HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONOMICO

BENITO BESADA RAMOS (Santa Clara, 1927). Graduado de la Universidad de La Habana en Derecho, licenciatura en Derecho Administrativo, licenciatura en Economía y licenciatura en Derecho Diplomático y Consular. De 1956 a 1960 laboró como profesor en la Universidad Central de Las Villas, de 1960 a 1966 desempeñó distintos cargos en el MINREX (Director Jurídico, Director de Organismos Internacionales, Ministro Consejero de la Embajada de Cuba en la Unión Soviética, Ministro Consejero de la Embajada de Cuba en Polonia, miembro de la delegación cubana a la Conferencia de la OEA en Punta del Este, jefe de la delegación cubana a la Conferencia de Viena sobre relaciones e inmunidades diplomáticas, miembro de la Comisión Cubana en el Tribunal de Justicia Internacional de La Haya. Desde 1967 labora en la Universidad de La Habana donde ha desempeñado el cargo de Profesor Titular y Jefe del Departamento de Filosofía Marxista y Pensamiento Económico de la Facultad de Economía.

Impartió un curso como profesor invitado de la Universidad Lomonosov de Moscú y varios de Economía Política del Capitalismo y Socialismo en la Universidad de Luanda, R.P.A., durante los años 1978-1980.

Milita en el Partido Comunista de Cuba y es delegado a la Asamblea Provincial del Poder Popular Ciudad de La Habana.
Fue electo Presidente de la Comisión Permanente de Legalidad y Orden Interior de esa Asamblea. Es autor de "La política de Estados Unidos con respecto a América Latina" (revista *Política Internacional)*, Comentarios a la ley de procedimiento laboral, "Causas económicas de la Guerra de los Diez Años" (revista *Vida Universitaria* y *Economía* y *Desarrollo)*, "Notas críticas sobre 'Teoría general' de Keynes" y "Antecedentes del Banco Nacional de Cuba" (revista *Economía y Desarrollo)*. Ha preparado diversas monografías acerca del pensamiento económico cubano y, además, ha redactado ponencias e informes destinados a conferencias y seminarios internacionales.

Actualmente es Vice Árbitro Principal del Órgano de Arbitraje Estatal de la República de Cuba y Profesor Titular adjunto de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana.

HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONOMICO

SELECCION DE TEXTOS:
BENITO BESADA RAMOS

TOMO II

ECONOMIA



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 1985

Esta reimpresión está basada en la edición de la Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976.

Realización: Xiomara Gálvez Rosabal

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar su opinión, por escrito, acerca de este libro y de nuestras ediciones.

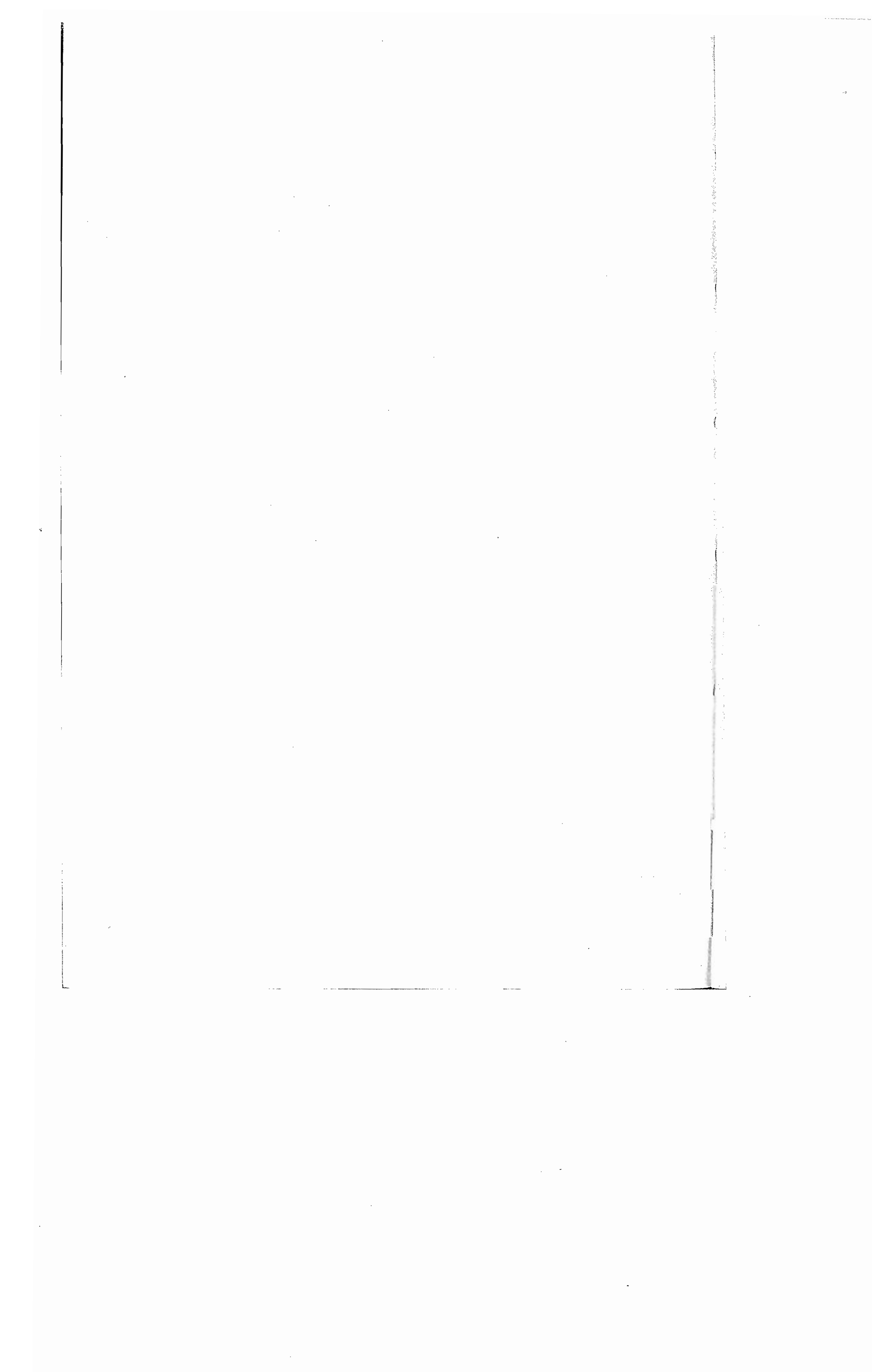
Editorial de Ciencias Sociales, calle 14 # 4104, Playa, La Habana, Cuba.

Friedrich List

Los años de su nacimiento y muerte son 1789 y 1846 respectivamente. Podemos considerarlo como economista político y hombre de negocios. Toda su obra escrita fue editada después de su muerte en diez volúmenes. El libro que lo hace figurar entre los grandes economistas alemanes es el que lleva por título: *Nationales System der Politische Oekonomie.*

En 1815, List, profesor universitario y funcionario público, dirigió un movimiento para derribar las aduanas interiores en Alemania. Debido al fracaso de este movimiento estuvo preso durante varios meses y posteriormente, en 1825, emigró a Estados Unidos de Norteamérica.

En este país permaneció más de nueve años y fue periodista, agricultor y promotor de empresas. Al regresar a su patria se había llevado a cabo la unión aduanera de la mayor parte de los países alemanes, base de la unificación política posterior. List trabajó, en los años siguientes a su regreso, en el diseño de planes para la construcción de ferrocarriles. En 1841 publicó su obra económica antes citada.



Sistema nacional de economía política,
traducción y prólogo de Manuel Sánchez Sarto,
pp. 132-138 y 150-162, Fondo de Cultura
Económica, México, 1942.

Las enseñanzas de la historia

En todas partes y en todas las épocas la inteligencia, moralidad y actividad de los ciudadanos han guardado una relación estrecha con el bienestar de la nación, aumentando o disminuyendo las riquezas en función de esas propiedades; ahora bien, nunca la laboriosidad y el ahorro, el espíritu de invención y de empresa de los individuos ha estado en condiciones de rendir cosa de importancia, cuando no han descansado en la libertad civil, en las instituciones y leyes públicas, en la administración del Estado y en la política exterior, y, sobre todo, en la unidad y potencialidad de la nación.

En todas partes nos muestra la historia una fuerte y recíproca influencia entre las energías y situaciones de la sociedad y de los individuos. En las ciudades italianas y hanseáticas, en Holanda e Inglaterra, en Francia y América, vemos aumentar las energías productivas y, como consecuencia, la riqueza de los individuos, en proporción a la libertad y al perfeccionamiento de las instituciones políticas y sociales; vemos, también, cómo éstas encuentran el estímulo de su ulterior perfeccionamiento en el desarrollo de las riquezas naturales y de las energías productivas de los individuos. El verdadero auge de la industria y del poderío inglés data de la época del auténtico establecimiento de la libertad nacional inglesa, al mismo tiempo que decaen las libertades de la industria y del poderío de los venecianos, de los hanseáticos, de los españoles y de los portugueses. Por laboriosos, económicos, inventivos e inteligentes que sean los individuos, no pueden suplir la falta de instituciones liberales. La historia enseña, también, que los individuos extraen la mayor parte de su energía productiva de las instituciones y circunstancias sociales.

La influencia de la libertad, de la inteligencia y de la cultura sobre el poderío y, de modo subsiguiente, sobre la energía productiva y la riqueza de la nación, en ningún aspecto se evidencia con claridad tan grande como en la navegación. Entre todas las ramas industriales, ninguna exige más energía, valor personal, espíritu de empresa y tenacidad que la navegación: son, ésas, esencias que sólo pueden prosperar en el ambiente de la libertad. En ningún sector productivo acarrean tan perniciosas consecuencias la ignorancia, la superstición y el prejuicio, la indolencia, la cobardía, el afeminamiento y la debilidad, y en ningún lugar es tan indispensable el sentido de independencia. Por ello la historia no ofrece ejemplo alguno de un pueblo esclavizado que descuelle en la navegación. Desde muy antiguo los indios, los chinos y los japoneses sólo se dedicaban a viajar por canales, ríos y costas. En el Egipto antiguo se aborrecía la navegación, verosímilmente porque los sacerdotes y los imperantes temían alimentar con ello el espíritu de la libertad y la independencia. Los Estados más libres y cultos de Grecia fueron también los más poderosos en el mar; con la libertad terminó igualmente su potencia marítima, y por mucho que la historia habla de las victorias terrestres de los reyes de Macedonia, nada dice de sus victorias en el mar.

¿Cuándo fueron los romanos una potencia marítima y cuándo se dejó de hablar de sus flotas? ¿Cuándo dio Italia leyes al Mediterráneo, y desde cuándo la propia navegación costera de los italianos cayó en manos de los extranjeros? Sobre la flota española, la Inquisición hacía tiempo que había dictado sentencia de muerte, antes de que las flotas de Inglaterra y Holanda la consumaran. Con el auge de las oligarquías mercantiles en los Estados hanseáticos el poderío y el espíritu de empresa se alejan de la Hansa. De los Países Bajos españoles sólo las comarcas marítimas obtienen la libertad, mientras que las sometidas a la Inquisición ven interceptados sus ríos. La flota inglesa, vencedora de la holandesa en el Canal, tomó posesión del dominio de los mares que ya tiempo antes le había asignado el espíritu de libertad, y, sin embargo, Holanda ha conservado hasta nuestros días una gran parte de su navegación, mientras que la de los españoles y portugueses quedó aniquilada. Vanos fueron los intentos de algunos grandes administradores en tiempo de los despóticos reyes de Francia, para crear una flota; siempre fracasaban en su empeño. ¿Cómo vemos, sin embargo, en nuestros días, robustecidas la navegación francesa y su potencia marítima? Apenas ha nacido la independencia de los Estados Unidos de América, y ya luchan éstos honrosamente contra las gigantescas flotas de la metrópoli. ¿Qué ocurre con la navegación de Centro y Sudamérica? Mientras sus banderas no ondeen en todos los mares, poca consistencia tendrán sus formas republicanas. Ved, en cambio, a Texas: apenas ha nacido a la vida y ya reclama una parte en los dominios de Neptuno.

Ahora bien, la navegación sólo absorbe una parte de las energías industriales de la nación, una parte que sólo puede prosperar y adqui-

rir mayor importancia en el conjunto y por el conjunto. En todo lugar y en toda época vemos que la navegación, el comercio exterior e interior, la agricultura misma sólo florecen allí donde las manufacturas han alcanzado un magnífico desarrollo. Pero si la libertad es condición de la prosperidad de la navegación, ¿cuánto más debe ser requisito para la prosperidad de la energía manufacturera entera, para el crecimiento de toda energía productiva nacional? La historia apenas conoce un pueblo rico, mercantil e industrioso que no sea, a la vez, un pueblo libre.

En todas partes se han desarrollado con las manufacturas los perfeccionamientos del comercio interior, la navegación, los canales y carreteras, la navegación a vapor y los ferrocarriles, las condiciones fundamentales de la agricultura perfeccionada y de la civilización.

La historia enseña que las artes y los oficios han emigrado de país en país, de ciudad en ciudad. Perseguidos y oprimidos en la patria, huían hacia las ciudades y territorios que les ofrecían libertad, protección y apoyo. Así emigraron de Grecia y Asia hacia Italia, de allí a Alemania, Flandes y Brabante, de allí a Holanda e Inglaterra. En todas partes era la incomprensión y el despotismo lo que las expulsaba, el espíritu de la libertad lo que las atraía. Sin la locura de los gobiernos continentales, Inglaterra difícilmente hubiera logrado la supremacía industrial. ¿Es, sin embargo, más prudente aguardar hasta que otras naciones sean tan insensatas que expulsen sus industrias y las obliguen a hallar cobijo y sustento entre nosotros o que, sin esperar a estos sucesos, tratemos de asentarlas entre nosotros, ofreciéndoles ventajas y procurando atraerlas? La experiencia enseña ciertamente que el viento lleva de una a otra región las semillas, y que de este modo los eriales pueden convertirse en espesas selvas; pero, ¿sería oportuno que el selvicultor aguardase hasta que, con el transcurso de los siglos, el viento llevase a cabo este perfeccionamiento del cultivo? ¿Sería insensato que mediante la plantación de zonas estériles tratase de conseguir ese mismo objeto en el curso de pocos decenios? La historia nos enseña que naciones enteras han hecho con éxito lo que nosotros vemos hacer a ese selvicultor.

Robustecidas por la energía de una libertad juvenil y favorecidas por su posición geográfica, así como por felices circunstancias y oportunidades, ciudades libres y aisladas, repúblicas insignificantes por su potencialidad guerrera, por la exigüidad de su territorio y por el número de sus habitantes, o ligas de tales ciudades y Estados, florecieron mucho antes, en virtud de las actividades industriales y mercantiles, que las grandes monarquías y, practicando un tráfico libre con éstas, entregándoles sus manufacturas y recibiendo en pago sus productos, se han elevado a un alto nivel de riqueza y poderío. Así ocurrió con Venecia, con la Hansa, con los belgas y los holandeses.

No menos provechoso fue, inicialmente, el libre tráfico para los grandes imperios con los cuales estaban en comunicación. Dada la riqueza de sus recursos naturales y la pobreza y tosquedad de sus condiciones

sociales, la libre importación de artículos manufacturados extranjeros, y la exportación de productos indígenas fueron los medios más seguros y eficaces de desarrollar sus energías productivas, habituar al trabajo a los pobladores propensos a la holganza y el merodeo, interesar a los terratenientes y a la nobleza en las actividades industriales, despertar al adormecido espíritu de empresa de sus comerciantes, exaltar, en una palabra su cultura, industria y poderío.

Inglaterra pudo advertir estos efectos del comercio y de las industrias manufactureras de la Hansa, de los italianos, de los belgas y de los holandeses. Pero exaltados por el tráfico libre hasta un determinado nivel de la evolución, los grandes países reconocieron que la etapa más alta de la cultura, del poderío y de la riqueza sólo puede alcanzarse mediante la unión de la manufactura y del comercio con la agricultura; diéronse cuenta de que las nuevas manufacturas de un país nunca pueden luchar con éxito contra la concurrencia extranjera, antigua y bien acreditada; que las pesquerías propias y la navegación mercantil nacional, bases de la potencia marítima, nunca prosperan sin especiales privilegios, y que el espíritu de empresa de los comerciantes del país quedarán siempre aplastados por el predominio del capital y las experiencias e ideas del extranjero. Así trataron de trasplantar al territorio propio mediante restricciones, premios y privilegios, los capitales, la destreza y el espíritu de empresa de los extranjeros, logrando con ello un éxito mayor o menor, más lento o más rápido, según que los medios empleados se eligieran con mayor o menor sagacidad, y fueron utilizados con más o menos tenacidad y energía.

Fue Inglaterra la nación que mejor supo comprender esa política. Pero interrumpida ésta por gobernantes insensatos o apasionados, por conmociones internas o guerras con el extranjero, el sistema adecuado a esa finalidad sólo llegó a imponerse firmemente por Eduardo VI, Isabel y la época revolucionaria. En efecto, ¿cómo podían influir adecuadamente las normas dictadas por Eduardo II, si sólo en tiempos de Enrique VI se permitió trasladar cereales de un condado inglés a otro o de remitirlos al extranjero? ¿Si todavía en tiempos de Enrique VII, y Enrique VIII se declaraba usuario todo interés, incluso el legítimo beneficio cambiario, y si aún se creía en esa época que era posible fomentar las industrias mediante una tributación más baja de los artículos de lana y de los jornales, y la producción cerealista mediante la restricción y limitación de los grandes rebaños de ganado lanar? Y ¿cuánto tiempo antes hubieran alcanzado la fabricación de lana y la navegación un alto grado de prosperidad en Inglaterra, si Enrique VIII no hubiese considerado el alza de los precios de los cereales como un mal; si en lugar de expulsar del país, en masa, los obreros extranjeros, hubiese aumentado su número, mediante la inmigración, siguiendo el ejemplo de regentes anteriores, y si Enrique VII no hubiese puesto el veto al Acta de Navegación que le había sido propuesta por el Parlamento?

Vemos en Francia un gran genio que suscita en el curso de pocos años, como por mágico conjuro, las manufacturas interiores, el tráfico libre en el interior, el comercio exterior, las pesquerías, la navegación y el poderío marítimo; en una palabra, todos los atributos de una nación grande, poderosa y rica; pero cómo, también, se arruinan de nuevo, todavía con mayor rapidez, bajo la férrea mano del fanatismo y del despotismo.

En vano vemos luchando en circunstancias desfavorables el tráfico libre contra la restricción investida con el poder; la Hansa es aniquilada, y Holanda se hunde bajo los golpes de Inglaterra y Francia.

Que la política mercantil *rectrictiva* sólo puede ser eficaz cuando se apoya en la cultura progresiva y en las libres instituciones nacionales, lo enseñan la caída de Venecia, de España y de Portugal, el retroceso de Francia por la revocación del edicto de Nantes y la historia de Inglaterra, en cuyo Imperio vemos cómo, en todo tiempo, la libertad corre pareja con la industria, el comercio y la riqueza nacional.

En cambio, que una cultura muy adelantada, con o sin instituciones libres, no asegura progresos económicos, a una nación cuando no está apoyada por una política comercial adecuada, lo enseñan, de una parte, la historia de los Estados libres norteamericanos; de otra, la experiencia de Alemania.

La nueva Alemania, sin una política comercial vigorosa y común, desamparada en el mercado propio a la competencia de las manufacturas extranjeras, superiores en todos los aspectos; excluida, en cambio, de los mercados extranjeros en virtud de restricciones arbitrarias y a menudo caprichosas; impedida por ello de hacer en su industria los progresos que reclama su cultura, ni siquiera puede mantener su nivel anterior, y es explotada como una colonia por aquella nación que ya siglos antes había sido objeto de expolio por parte de los comerciantes alemanes; y esto duró hasta que, finalmente, los Estados alemanes se decidieron, mediante un vigoroso sistema mercantil común, a asegurar el mercado interior para las propias industrias.

Situados los Estados libres norteamericanos, más que cualquier otra nación anterior a ellos, en condiciones de sacar provecho a la libertad mercantil, e influidos en su autonomía, ya desde la cuna, por las teorías de la escuela cosmopolita, tratan de resucitar, más que nadie, ese principio.

Pero obligada por las guerras con Gran Bretaña, vemos a esta nación norteamericana fabricar por sí misma, en dos ocasiones, los artículos manufacturados que reciba, en tráfico libre, de otras naciones; verse situada por dos veces al sobrevenir la paz, al borde de la ruina, por la competencia libre del extranjero, y aleccionada de que en la situación actual del mundo, cada gran nación debe garantizar su prosperidad e independencia continuadas y duraderas, basándolas, ante todo, en el desarrollo sustantivo y equilibrado de sus propias energías.

Así revela la historia que las restricciones no son sólo artificios de mentes especulativas, sino consecuencia natural de la diversidad de inte-

reses y esfuerzos de las naciones hacia la independencia o hacia el predominio político; es decir, de las disensiones nacionales y de la guerra, y que este conflicto de los intereses nacionales sólo puede cesar posteriormente mediante la unión de las naciones bajo la ley jurídica. La cuestión relativa a si las naciones pueden unirse o no en una federación de Estados; de si para resolver las diferencias que puedan surgir entre naciones independientes, en lugar de las armas deben valer las normas jurídicas, es una cuestión que coincide con esta otra: cómo, en lugar de los sistemas mercantiles nacionales, puede establecerse la libertad mundial del comercio.

Los intentos de algunas naciones, en el sentido de implantar unilateralmente esa libertad —frente a una nación tan preponderante por la industria, la riqueza y el dominio como por su sistema mercantil cerrado—, tales como los de Portugal, en 1703; de Francia en 1786; de Norteamérica, en 1786 y 1816; de Rusia, de 1815 a 1821, y de Alemania, por espacio de dos siglos, nos revelan que así no se logra otra cosa sino sacrificar la prosperidad de las distintas naciones sin ventaja para la humanidad entera, para el enriquecimiento de la potencia manufacturera y mercantil en cuestión. Suiza, como después veremos, constituye una excepción que puede igualmente aducirse en favor de uno u otro sistema,

No consideramos a Colbert como inventor de aquel sistema al que los italianos han aplicado el nombre de ese estadista; según hemos visto, antes de él fue desarrollado por los ingleses. Colbert se limitó a poner en actividad lo que Francia hubiese realizado más pronto o más tarde conforme a su destino histórico. Si se quiere imputar a Colbert una censura, sólo puede ser la de que bajo un gobierno despótico trató de ejecutar lo que sólo podía subsistir después de una fundamental reforma de la situación política.

A este reproche puede oponerse, en cambio, que el sistema de Colbert proseguido por sabios gobernantes y perspicaces ministros, hubiera eliminado los obstáculos que se oponían al progreso de la industria, de la agricultura y del comercio, así como a la libertad pública, y que entonces Francia no hubiese tenido una Revolución sino que, estimulada en su desarrollo, desde hace siglo y medio, hubiese logrado competir venturosamente con Inglaterra, en las manufacturas, en el fomento del tráfico interior, en el comercio exterior y en la colonización, así como en las pesquerías, en la navegación y en el poder marítimo.

La historia nos revela, finalmente, cómo las naciones dotadas con todos los recursos naturales exigidos para llevar su riqueza y poderío al grado más alto, sin entrar en contradicción con sus esfuerzos, pueden y deben alterar sus sistemas, a medida que van progresando, elevándose mediante el comercio libre con naciones más adelantadas hasta salir fuera de la barbarie y perfeccionar su agricultura, estimulando mediante limitaciones el auge de sus manufacturas, de sus pesquerías, de su navegación y de su comercio exterior, y después de haber alcanzado el más alto nivel de riqueza y de poderío, pueden efectuar un

paulatino retorno al principio del librecambio y de la libre competencia, tanto en el mercado propio como en el extranjero, protegiendo a sus agricultores, industriales y comerciantes contra la indolencia, y estimulándoles a defender el predominio adquirido. Vemos cómo España, Portugal y Nápoles se encuentran en el primer estadio; en el segundo, Alemania y Norteamérica, Francia parece cercana a los límites de la última etapa, que en la actualidad sólo ha sido plenamente alcanzada por Inglaterra.

La teoría de las fuerzas productivas y la teoría de los valores

La famosa obra de Adam Smith lleva el título siguiente: *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones.* De este modo, el fundador de la escuela dominante expresó con exactitud el doble punto de vista desde el cual debe considerarse tanto la economía de las naciones como la de los particulares. Las causas de la riqueza son algo completamente distinto de la riqueza misma. Un individuo puede poseer riquezas, esto es, valores en cambio, y no poseer las energías necesarias para crear más objetos útiles: en este caso consume y se empobrece. Un individuo puede ser pobre: pero se enriquece en cambio si posee la energía bastante para crear una suma de objetos útiles superior a la consumida por él,

La aptitud de crear riquezas es, en consecuencia, mucho más importante que la riqueza misma; no sólo asegura la posesión e incremento de lo que se adquiere, sino, también, la sustitución de lo perdido. Éste es más aún el caso de naciones enteras, que no pueden vivir de rentas, que el de los particulares. En cada siglo Alemania quedó devastada por la peste, el hambre y las guerras internas y externas; siempre salvó, sin embargo, una gran parte de sus energías productivas, y así llegó rápidamente a reponer un cierto bienestar, mientras que la rica y poderosa España, cabalgada por déspotas y frailes, en plena posesión de la paz interna, se hundía cada vez más profundamente en la pobreza y en la miseria. Sin embargo, para los españoles sale el mismo sol, poseen las mismas tierras, sus minas son tan ricas, el pueblo es el mismo que antes de descubrirse América y de fundarse la Inquisición; sólo que ese pueblo ha perdido poco a poco sus energías productivas, y es, ahora, pobre y miserable. La guerra de la Independencia norteamericana costó a la nación cientos de millones, pero sus energías productivas se robustecieron incomparablemente mediante el logro de la independencia nacional, y gracias a ello, en el curso de pocos años después de la paz, pudo adquirir riquezas mucho mayores que las poseídas anteriormente. Compárese la situación de Francia en el año 1809 con la del año 1839; ¡qué diferencia! Y, sin embargo, desde entonces ha perdido Francia una gran parte del continente europeo, ha padecido dos devastadoras invasiones y ha tenido que

derramar enormes sumas como indemnizaciones y contribuciones de guerra.

Es imposible que una gran inteligencia tan aguda como la de Adam Smith ignorase por completo la diferencia entre la riqueza y sus causas, y el influjo predominante de estas últimas sobre la situación de las naciones. En la introducción de su obra dice con toda claridad: el trabajo es la fuente de donde cada nación extrae sus riquezas, y el aumento de las riquezas depende en gran parte de la fuerza productiva del trabajo; concretamente, del grado de conocimiento, de la destreza e idoneidad con que generalmente se aplica el trabajo de la nación; en segundo lugar, de la proporción entre el número de los individuos productivamente empleados y el número de los que no lo están. De ello deducimos con qué claridad percibió Smith, en términos generales, que la situación de las naciones depende principalmente de la suma de sus energías productivas.

Sin embargo, no parece consustancial al plan de la Naturaleza que las ciencias surjan completamente perfeccionadas del cerebro de los pensadores individuales. Efectivamente, Smith estaba demasiado dominado por la idea cosmopolita de los fisiócratas: la "libertad general del comercio", y por su gran descubrimiento propio, la "división del trabajo", para perseguir la idea de la "fuerza productiva". Por mucho que la ciencia tenga que agradecerle en otros sectores, la idea de la "división del trabajo" parece ser la más espléndida de las suyas: es la que aseguró renombre a su libro y fama a su apellido. Excesivamente sagaz para no darse cuenta de que quien desea vender una piedra preciosa no meterá esa joya en su saco de trigo —por útiles que sean sus granos— para llevarla al mercado, sino que la exhibirá patentemente; demasiado experto para ignorar que si un principiante —y él lo era respecto a la economía política, al publicar su obra— logra hacer furor en el primer acto, se le perdona que esté mediocre en los siguientes, se le ocurrió iniciar su obra con la teoría de la división del trabajo. Smith no se equivocó en sus cálculos: su primer capítulo hizo la fortuna de su obra, fue el fundamento de su autoridad.

Por nuestra parte creemos fácil demostrar que precisamente ese celo por situar bajo la luz más ventajosa la importantísima idea de la "división del trabajo", impidió a Adam Smith desarrollar la idea de la "fuerza productiva" expresada por él en la introducción, y luego, aunque sólo ocasionalmente, con cierta frecuencia, dando así a su teoría una estructura mucho más perfecta. Smith se deja desviar evidentemente por el gran valor que concedió a la idea de la "división del trabajo", y considera a éste como el acervo *(fund)* de todas las riquezas de las naciones, sin advertir que él mismo percibe y expresa también la idea de que la productividad del trabajo depende principalmente del grado de destreza y buen juicio con que el trabajo se emplea. Y preguntamos ahora: ¿se razona científicamente al señalar como causa de un fenómeno lo que, en sustancia, es el resultado de causas más profundas? No cabe duda de que toda la riqueza se adquiere mediante el

esfuerzo o el trabajo espiritual y corporal; con ello, sin embargo, no se indica una causa de la cual puedan extraerse conclusiones útiles, en efecto, la Historia enseña que naciones enteras caen en la pobreza y en la miseria, a pesar de los esfuerzos de sus ciudadanos. Quien desee saber e investigar cómo esta nación desde la pobreza y la barbarie, llegó a la riqueza y a la civilización, y cómo aquella otra nación, desde un estado de riqueza y felicidad cayó en la pobreza y en la miseria, debe tener presente que el trabajo es la causa de la riqueza, y el ocio la causa de la pobreza (una observación que ya hizo el rey Salomón, mucho tiempo antes de Adam Smith); a continuación, debe formularse esta pregunta: ¿cuál es la causa del trabajo, y cuál es la causa del ocio? Con mayor exactitud podrían señalarse los miembros del hombre (la cabeza, las manos y los pies) como causas de la riqueza, si quisiéramos colocarnos más cerca de la verdad; entonces, la cuestión inmediata es la siguiente: ¿a qué se debe que estas cabezas, brazos y manos se mueven para la producción, y cuál es la causa que da eficacia a esos esfuerzos? ¿Qué otra cosa puede ser si no el espíritu que anima a los individuos, el orden social que fecunda sus actividades, las energías naturales que a su disposición se ofrecen? A medida que el hombre va dándose cuenta de la necesidad de subvenir al futuro; a medida que sus meditaciones y sentimientos le impulsan a asegurar el porvenir de sus allegados y a fomentar su dicha; a medida que desde la juventud se ha habituado a la meditación y al trabajo; que sus sentimientos nobles son objeto de atención, y se forman el cuerpo y el espíritu; que desde la juventud se le ofrecen hermosos ejemplos; que tiene ocasión de emplear sus energías para el mejoramiento de su condición; cuantos menos límites se pone a su actividad legítima; cuanto mayor es el éxito de sus esfuerzos y más seguros los frutos de los mismos; cuanto más respeto y atención merece de los demás por sus hábitos de orden y de trabajo; cuanto menos padece su espíritu por razón de los prejuicios, supersticiones, opiniones falsas e ignorancia, tanto más pondrá el hombre su cabeza y sus miembros al servicio de la producción, tanto mayor será su rendimiento, tanto mejor podrá vivir con los frutos de su trabajo. En todas estas relaciones la mayor parte depende del estado de la sociedad en la que el individuo se ha formado y se mueve; de si florecen las ciencias y las artes; de si las instituciones públicas y la ley producen la religiosidad, la moralidad y la inteligencia, la seguridad de la persona y de la propiedad, la libertad y el derecho; de si en la nación están regular y armónicamente desarrollados todos los factores del bienestar material, la agricultura, la manufactura y el comercio; de si el poderío de la nación es bastante grande para asegurar a los individuos el progreso en el bienestar y en la cultura, de generación en generación, y hacerlos aptos, no sólo para aprovechar en toda su extensión las energías internas, sino también para valorar las reservas naturales de otros países mediante el comercio exterior y la posesión de colonias. Adam Smith tuvo tampoco en cuenta la naturaleza de estas fuerzas, en su conjunto,

que ni una sola vez asignó productividad al trabajo intelectual de aquellos que tienen a su cargo el derecho y el orden, que cultivan la enseñanza y la religiosidad, la ciencia y el arte. Sus investigaciones se limitan a la actividad humana susceptible de producir valores materiales. En relación a ella reconoce, en efecto, que su productividad depende de la idoneidad y destreza con que se la emplea; pero en sus investigaciones sobre las causas de esa destreza e idoneidad no va más allá de la división del trabajo. División que explica simplemente por el cambio, por el incremento de los capitales materiales y por la extensión del mercado. A seguida se hunde su doctrina cada vez más profundamente en el materialismo, el particularismo y el individualismo. Si hubiera desarrollado la idea de fuerza productiva sin dejarse llevar por la idea valor, valor en cambio, hubiese llegado al convencimiento de que, junto a una teoría de los valores, debe existir una teoría de las fuerzas productivas, si se quiere explicar los fenómenos económicos. En cambio, se extravió explicando las fuerzas espirituales a base de las circunstancias materiales, dando pábulo a muchos absurdos y contradicciones que, como más tarde veremos, caracterizan a su escuela hasta la actualidad, debiéndose únicamente a esa circunstancia que las teorías de la economía política sean precisamente menos accesibles a los cerebros más capaces. Que la escuela de Smith no enseña otra cosa sino la teoría de los valores, se explica no sólo por el hecho de que su doctrina se basa siempre en el concepto del valor en cambio, sino, también, por la definición misma que da de su teoría. Ésta es —dice, por ejemplo, Say— aquella ciencia que enseña cómo se producen, distribuyen y consumen las riquezas o valores en cambio. Evidentemente, no es la ciencia que enseña cómo se suscitan y cultivan las fuerzas productivas, y cómo son oprimidos o aniquilados. Mc Culloch la denomina expresamente ciencia de los valores, y los escritores ingleses más recientes la llaman ciencia del cambio.

Algunos ejemplos sacados de la economía privada aclararán la diferencia existente entre la teoría de las fuerzas productivas y la teoría de los valores.

Cuando de dos padres de familia que son propietarios de hacienda, cada uno de ellos ahorra 1 000 táleros anuales y tiene cinco hijos, pero el uno coloca sus ahorros a interés y obliga a sus hijos a efectuar rudas labores, mientras que el otro dedica sus ahorros a hacer de dos de sus hijos agricultores bien formados, y deja que los otros tres aprendan la industria que mejor cuadre a sus especiales aptitudes, el primero procede conforme a la teoría de los valores, el segundo según la teoría de las fuerzas productivas. A su muerte, acaso el primero sea más rico que el segundo en valores de cambio, pero cosa distinta ocurre con las energías productivas. La hacienda de uno se divide en dos partes, cada una de las cuales, gracias a una explotación perfeccionada, es susceptible de arrojar un rendimiento neto igual al que antes se obtenía de la hacienda entera, mientras que los tres hijos restantes han adquirido con su formación abundantes medios de pro-

curarse el sustento. La hacienda del otro se divide en cinco partes, y cada una de ellas sigue siendo explotada tan mal como antes del conjunto. En una de esas familias se suscitan y desarrollan abundantes energías espirituales y talentos, que aumentan de generación en generación; cada generación siguiente poseerá más energías que la anterior, y adquirirá más riquezas materiales, mientras que en la otra familia la necedad y la pobreza irán aumentando a medida que se haga más pequeña la participación de sus individuos en la hacienda inicial. Así, el propietario de esclavos aumenta con éstos la suma de sus valores en cambio, pero arruina la capacidad productiva de las generaciones futuras. Todo gasto en instrucción de la juventud, en cultivo del derecho, en defensa de la nación, significa una destrucción de valores que favorece a la energía productiva. La mayor parte del consumo de una nación se dedica a educar la generación futura, a cultivar las energías nacionales productivas del porvenir.

La religión cristiana, la monogamia, la abolición de la esclavitud y de la servidumbre, la monarquía hereditaria, la invención del alfabeto, de la prensa, del correo, del dinero, de las pesas y medidas, del calendario y del reloj, la policía, la institución de la libre propiedad territorial y los medios de transporte, son fuentes abundantes de energía productiva. Para convencerse de ello basta comparar la condición de los Estados europeos con la de los asiáticos. Para conocer la influencia de la libertad de pensamiento y de conciencia sobre las fuerzas productivas de las naciones, basta leer la historia de Inglaterra y luego la de España. La publicidad del derecho, el juicio por jurados, la legislación parlamentaria, el control público de la administración del Estado, la autonomía administrativa de municipios y corporaciones, la libertad de la prensa, las asociaciones para fines de utilidad pública garantizan a los ciudadanos de los Estados constitucionales, lo mismo que a los poderes públicos, una suma de energía y fortaleza que difícilmente se puede producir de otro modo. Apenas cabe pensar en una ley o en una institución pública en las que no haya ejercido una influencia más o menos acentuada el aumento o la disminución de las energías productivas.

Si se señala simplemente el trabajo corporal como causa de la riqueza, ¿por qué razón las naciones nuevas son incomparablemente más ricas, pobladas, potentes y felices que las naciones de la Antigüedad? En los pueblos antiguos, en proporción a la población entera, había ocupados más brazos, el trabajo era mucho más duro, cada individuo poseía muchas más tierras, y, sin embargo, las masas estaban alimentadas y vestidas mucho peor que en tiempos recientes. Para explicar este fenómeno hemos de referirnos a todos los progresos realizados en el transcurso del pasado milenio en las ciencias y en las artes, en las instituciones domésticas y públicas, en la cultura intelectual y en la aptitud para la producción. El estado actual de las naciones es el resultado de la acumulación de todos los descubrimientos, invenciones, perfeccionamientos, mejoras y esfuerzos de las generacio-

nes pasadas; forman el capital espiritual de la humanidad viviente, y cada nación, en particular, sólo es productiva en la proporción en que ha asumido en sí estas conquistas de anteriores generaciones, y ha sabido incrementarlas por su propio esfuerzo, y en la medida en que las energías naturales de su territorio, la extensión y posición geográfica del mismo y su número de habitantes y poder político, le capacitan para desarrollar, con la mayor perfección y armonía posibles, todos los ramos de la alimentación dentro de sus fronteras, y de ejercer su influencia moral, intelectual, industrial, comercial y política sobre naciones menos adelantadas, y, en definitiva, sobre la situación del mundo.

La escuela quiere hacernos creer que la política y el dominio político no deben ser tenidos en cuenta en la economía política. Acaso tenga razón, en cuanto hace de los valores y del cambio el objeto de sus investigaciones; cabe fijar los conceptos de valor y capital, provecho, salario obrero y renta de la tierra, analizarlos en sus elementos integrantes y especular sobre la influencia que puede tener su alza y su disminución, sin tener en cuenta las condiciones políticas de una nación determinada. Es evidente, sin embargo, que estas materias corresponden igualmente a la economía privada que a la de naciones enteras. Basta examinar la historia de Venecia, de la Liga Hanseática, Portugal, Holanda e Inglaterra, para darse cuenta de la recíproca influencia que ejercen la riqueza material y el poder político. Así, la escuela incurre en las más extrañas contradicciones cuando trata de inquirir esta relación recíproca. Recordemos, por lo pronto, el juicio absurdo que Adam Smith le merece el Acta de Navegación inglesa.

Como no penetra en la naturaleza de las fuerzas productivas, ni abarca en su totalidad la situación de las naciones, la escuela desconoce especialmente el valor de un desarrollo armónico de la agricultura, de las manufacturas y del comercio, del poder político y de la riqueza interna, y, en particular, ignora el valor de una energía manufacturera peculiar de la nación y perfectamente desarrollada en todos sus sectores. Incurre en el error de colocar a un mismo nivel la energía manufacturera y la agrícola, hablando, en general, de trabajo, energía natural, capital, etc., sin tener en cuenta las diferencias que existen entre esos elementos. No ve que entre el simple Estado agrícola y el Estado agrícola-manufacturero existe una diferencia todavía mayor que entre el Estado pastoril y el agrícola. En el estadio de la simple agricultura subsisten la arbitrariedad y el vasallaje, la superstición y la ignorancia, la falta de medios de cultura, tráfico y transporte, la pobreza y la impotencia política. En el simple Estado agrícola sólo despierta y se desarrolla una pequeñísima parte de las energías espirituales y corporales de la nación; sólo puede utilizarse una parte insignificante de las energías naturales y reservas disponibles, y no puede acumularse capital, o sólo en pequeña escala. Compárese Polonia con Inglaterra; hubo un tiempo en que ambas naciones estuvieron a un mismo nivel cultural, y ahora ¡qué diferencia! Las manufacturas y

fábricas son la madre y los hijos de la libertad civil, de las luces, de las artes y ciencias, del comercio interior y exterior, de la navegación y de los perfeccionamientos del transporte, de la civilización y del poder político, son un medio eminente de liberar de sus cadenas a la agricultura, elevándola a la categoría de industria, de arte y de ciencia; de aumentar las rentas de la tierra, los rendimientos de la agricultura y los salarios del trabajo, y de dar valor a la tierra. La escuela ha asignado esta fuerza civilizadora al comercio exterior, confundiendo con ello al intermediario con el creador. Son las manufacturas extranjeras las que procuran al comercio ajeno las mercancías que nos aporta, y las que consumen los productos y materias primas que damos en pago. Pero si el tráfico con las manufacturas muy lejanas ejerce tan benéfica influencia sobre nuestra agricultura, cuánto mayor debe ser la influencia de aquellas manufacturas que están ligadas con nosotros local, comercial y políticamente; que satisfacen, no una pequeña parte, sino la porción mayor de nuestras necesidades en materia de artículos alimenticios y materias primas; aquellas cuyos productos industriales no están encarecidos por grandes costos de transporte; aquellas cuyo tráfico con nosotros no puede ser interrumpido por motivos de otro género, como los que inducen a las naciones manufactureras extranjeras a satisfacer sus necesidades, o por la guerra a las prohibiciones de importación.

Así podemos apreciar en qué extraños errores y contradicciones incurrió la escuela cuando señaló la riqueza material y el valor de cambio como objetos de su investigación, y el simple trabajo corporal como única energía productiva.

Quien cría cerdos es, según la escuela, un miembro productivo de la sociedad; quien educa hombres, un miembro improductivo. Quien produce gaitas o tambores para la venta, es un productor; los grandes virtuosos no son productivos, porque lo que ellos tocan no puede llevarse al mercado. El médico que salva a sus pacientes no pertenece a la clase productiva, pero sí, en cambio, el mancebo de botica, aunque los valores en cambio, o sea las píldoras que produce, existan sólo unos pocos minutos, antes de convertirse en cosas sin valor. Un Newton, un Watt, un Kepler, no son tan productivos como un asno, un caballo o un animal de labranza, elementos trabajadores que recientemente han sido incorporados por el señor Mc Culloch a la serie de los miembros productivos de la sociedad humana.

No se crea que J. B. Say haya logrado aportar alguna solución a ese defecto de la teoría de Adam Smith, con su ficción de los bienes o productos inmateriales; con ello no ha logrado sino velar ligeramente lo insensato de sus consecuencias, pero no liberarlas de su sentido materialista. Para él, los productores espirituales o inmateriales sólo son productivos porque son pagados con valores en cambio, y porque sus conocimientos se adquieren sacrificando valores de dicha clase, pero no porque producen energías productivas. Para él son solamente capital acumulado. Mc Culloch va todavía más lejos; dice que el hombre

es un producto del trabajo, como la máquina que él fabrica, y en su opinión, todas las investigaciones económicas deben ser consideradas desde ese punto de vista. Smith advirtió la exactitud de ese principio, pero no extrajo de él las consecuencias oportunas. Dicho autor infiere de ello que el comer y el beber son negocios productivos. Thomas Cooper estima un buen profesor de derecho americano en tres mil dólares, es decir, en un valor tres veces más alto que un buen esclavo agrícola.

Los referidos errores y contradicciones de la escuela pueden rectificarse fácilmente desde el punto de vista de la teoría de las fuerzas productivas. En efecto, los que crían cerdos, fabrican gaitas o preparan píldoras, son productores, pero los maestros de la juventud y de los adolescentes, los virtuosos, los médicos, los jueces y los administradores, lo son todavía en mayor escala. Aquéllos producen valores en cambio; éstos, fuerzas productivas. Uno, capacitando para la producción a las generaciones futuras; otro, fomentando la moralidad y la religiosidad en la generación presente; el tercero, colaborando el ennoblecimiento y dignificación del espíritu humano; el cuarto, salvando las energías productivas de sus pacientes; el quinto, garantizando la seguridad jurídica; el sexto, produciendo el orden público; el séptimo, estimulando a la producción, mediante el arte y el placer que procura. En la teoría de los valores, sólo pueden tomarse en consideración estos productores de energía productiva en cuanto son remunerados por sus servicios con valores en cambio, y el modo como sus prestaciones son consideradas, puede tener, en muchos casos, importancia práctica, como, por ejemplo, en la teoría de los impuestos públicos, en cuanto dichos impuestos han de abonarse con valores de cambio. Ahora bien, cuando se trata de las circunstancias internacionales o colectivas de la nación, esa teoría es insuficiente y conduce a una serie de opiniones limitadas y falsas.

La prosperidad de una nación no es, como cree Say, tanto mayor cuanto mayores son las riquezas, es decir, los valores en cambio acumulados, sino cuanto más ha desarrollado sus energías productivas. Aunque las leyes y las instituciones públicas no producen valores inmediatos, crean, por el contrario, energía productiva, y Say se equivoca al afirmar que los pueblos han llegado a la opulencia bajo cualesquiera formas de gobierno, y que no es posible crear riquezas por medio de las leyes.

El comercio exterior de la nación no puede ser juzgado exclusivamente desde el punto de vista del comerciante individual, y sólo según la teoría de los valores; es decir, teniendo únicamente en cuenta el incremento momentáneo de bienes materiales. La nación debe tener presentes aquellas otras circunstancias que condicionan su existencia, prosperidad y poderío presentes y futuros.

La nación debe sacrificar a los bienes materiales y renunciar a ellos para adquirir energías espirituales y sociales; debe sacrificar ventajas actuales para asegurarse las futuras. Si una energía manufacturera

desarrollada en todos los sectores es condición fundamental de un elevado auge de la civilización, de la prosperidad material y del poderío político de la nación, como creemos haber demostrado históricamente; si es cierto, como igualmente demostraremos que en las actuales circunstancias del mundo una energía manufacturera no protegida es incapaz de progresar, en régimen de libre concurrencia con otra robustecida desde hace tiempo y protegida en su propio territorio, ¿cómo es posible demostrar, con argumentos tomados sólo de la teoría de los valores, que lo mismo una nación que un comerciante individual deben comprar sus mercaderías allí donde las encuentren más baratas; que se considere necio fabricar algo que se puede obtener más barato en el extranjero; que se debe confiar la industria de la nación al cuidado de los individuos; que los aranceles protectores son monopolios otorgados a los industriales, a expensas de la nación?

Es cierto que, inicialmente, los aranceles protectores encarecen los artículos manufacturados; pero igualmente cierto es, y hasta ha sido reconocido por la escuela, que con el transcurso del tiempo, una nación capacitada para instituir una perfecta energía manufacturera puede fabricar, en la propia nación, más baratos los productos que importa de fuera. Así, pues, si con los aranceles protectores se exige un sacrificio de valores, esta pérdida queda compensada por la adquisición de una energía productiva mediante la cual se asegura a la nación para el porvenir no sólo una suma infinitamente mayor de bienes materiales, sino también la independencia industrial para el caso de guerra. Mediante la independencia industrial y la prosperidad interior que de ello resulta, extrae la nación los medios para el comercio exterior, para ensanchar su flota; incrementa su civilización, perfecciona en el interior sus instituciones y robustece su potencialidad hacia el exterior.

Así, cuando una nación llamada a desarrollar una energía manufacturera recurre al sistema protector, procede según el criterio de aquel propietario de una hacienda que con el sacrificio de valores materiales hace aprender un oficio productivo a parte de sus hijos.

A qué aberraciones ha llegado la escuela, juzgando, conforme a la teoría de los valores, circunstancias que en esencia deberían enfocarse conforme a la teoría de las fuerzas productivas, se advierte con claridad meridiana en el juicio que merecen a J. B. Say las primas establecidas por las naciones extranjeras para fomentar su exportación. A ese respecto dice lo siguiente: "Éstos son regalos que se hacen a nuestra nación." Supongamos que Francia considera un arancel protector del 25 % como suficiente para su producción fabril, todavía no consolidada, mientras que Inglaterra otorga una prima del 30 % a la exportación: ¿cuál sería la consecuencia de esta donación que los ingleses harían de semejante manera a los franceses? Los consumidores franceses recibirían durante algunos años los productos fabricados que necesitan, a precios más baratos que antes, pero las fábricas francesas quedarían arruinadas, arrojándose millones de personas a la

mendicidad, o forzándolas a emigrar, o a lanzarse sobre la agricultura. En el más favorable de los casos, los que hasta entonces fueron consumidores de los labriegos franceses se convertirían en competidores suyos, aumentando la producción en la agricultura y disminuyendo el consumo general. La consecuencia necesaria sería: desvalorización de los productos, caída de los valores, pobreza nacional y debilidad política en Francia. El regalo inglés en valores se pagaría muy caro en energías; parecería el obsequio que el sultán suele enviar a sus pachás: unos preciosos cordones de seda para que se ahorquen.

Desde que los troyanos recibieron de los griegos el regalo de un caballo de madera, siempre ha sido para una nación muy peligroso admitir presentes de otras naciones. Los ingleses han hecho regalos de enorme valor al Continente, en forma de subsidios, pero las naciones continentales los han pagado muy caros en pérdida de energías. Los subsidios actuaron como una prima a la exportación en favor de las fábricas inglesas y en perjuicio de las alemanas. Si Inglaterra quisiera obligarse hoy a suministrar gratuitamente a los alemanes todos los artículos manufacturados necesarios, por espacio de varios años, nosotros no aconsejaríamos que se aceptara semejante oferta. Si en virtud de nuevos inventos, los ingleses se ponen en condiciones de fabricar el lienzo un 40 % más barato que los alemanes, que utilizan sistemas anticuados de fabricación, y si en los procedimientos nuevos sólo llevan unos años de ventaja a los alemanes, sin protección arancelaria sucumbirá una de las ramas más importantes y antiguas de la manufactura alemana, y ello sería como si un miembro se desprendiera del cuerpo de esa nación. Pero ¿quién se consolaría de la pérdida de un brazo por el hecho de que comprase sus camisas un 40 % más baratas?

Con frecuencia se les ocurre a los ingleses ofrecer regalos a las naciones extranjeras: la forma de estos presentes es muy distinta, y no es raro que el regalo se haga contra la voluntad de los países interesados. Por su posición como monopolizadores de las manufacturas y del comercio mundial, sus fábricas caen de tiempo en tiempo en una situación que denominan *glut* (superabundancia) y que surge de lo que llaman *overtrading*. Entonces cada productor o comerciante arroja a los barcos sus reservas de mercaderías. Transcurridos ocho días esos artículos se ofrecen al 50 % de su valor en Hamburgo, Berlín y Francfort, y, después de tres semanas, en Nueva York. Los fabricantes ingleses experimentan una pérdida por el momento, pero salen a flote y se compensan más tarde obteniendo mejores precios. En cambio, los fabricantes alemanes y americanos reciben los golpes que merecían los ingleses, y quedan arruinados. La nación inglesa ve sólo el fuego, y escucha el ruido de la explosión, pero las ruinas caen en otros países, y cuando los habitantes de éstos se lamentan de sus lesiones, los intermediarios dicen que es cosa de la coyuntura. Cuando se piensa con qué frecuencia quedan conmovidos en su base, a consecuencia de tales coyunturas, la capacidad manufacturera, el sistema de crédito, la agricultura, y, en una palabra, la economía entera de las

naciones que se hallan en concurrencia libre con Inglaterra, y como estas naciones tienen que indemnizar más tarde a los fabricantes ingleses pagándoles en precios más altos —¿no resulta absurdo que las relaciones mercantiles entre las naciones hayan de ser reguladas según la teoría de los valores y según los principios cosmopolitas? A pesar de ello, la escuela no ha considerado oportuno esclarecer las causas y efectos de esas crisis mercantiles.

Casi sin excepción, los grandes estadistas de todas las naciones modernas han advertido la gran influencia de las manufacturas y fábricas sobre la riqueza, la civilización y el poderío de las naciones, y la necesidad de protegerlas: así ocurrió lo mismo con Eduardo III que con Isabel, con Federico el Grande como con José II, con Washington como con Napoleón. Sin penetrar en las profundidades de la teoría, el perspicaz talento de estos gobernantes apreció justamente y abarcó en su totalidad la naturaleza de las industrias. Estaba reservado a la escuela de los fisiócratas considerar esa naturaleza desde otro punto de vista, a causa de un razonamiento sofístico. Esa quimera ha desaparecido, destruida por la escuela moderna, pero tampoco ésta se ha liberado de los errores primitivos, sino que todavía se halla lejos de la realidad. Como ignoraba la diferencia entre energía productiva y valor en cambio, y no investigaba la primera con independencia de la última, sino que la subordinaba a su teoría del valor en cambio, le fue imposible captar la diferencia que existe entre la naturaleza de la energía productiva manufacturera. No advierte que con el auge de una energía manufacturera en un Estado agrícola se aplican y utilizan reservas naturales y de energías instrumentales (lo que la escuela denomina "capital"), que hasta ahora no habían estado en actividad y que nunca actuarían si no surgiera una energía manufacturera en el país; se imagina las cosas como si al establecer una fuerza manufacturera, semejante energía tuviese que ser arrancada de la agricultura y transferida a la actividad manufacturera, cuando en realidad esta última, es, en gran parte, una energía nueva que, lejos de adquirirse a expensas de la energía agrícola, ayuda a ésta a alcanzar un desarrollo más elevado.

Nassau William Senior

Nassau William Senior, economista inglés, nació en 1790 y murió en 1864. Era un tipo de hombre que se hizo más frecuente después de su tiempo: el economista que desempeña un papel importante como consejero en cuestiones de gobierno. Fue dos veces profesor de Economía Política en Oxford, primero, en la cátedra de Drummond, de 1825 a 1830 y después de 1847 a 1852 y, durante breve tiempo, en el King's College de Londres. La mayor parte del resto de su vida le ocupó en el estudio de muchas cuestiones sociales y económicas como miembro de comisiones oficiales y de otras maneras. Sus opiniones se desarrollaron, pues, en estrecho contacto con su experiencia de los negocios prácticos y sobre el fondo de su actitud política.

La obra económica más significante y conocida de Nassau W. Senior es: *An Oulline of the Science of Political Economy,* publicada en 1836.

A este escrito hay que agregar los siguientes:

An Introductory Lecture on Political Economy (1826 ó 1827);

Three Lectures on the Transmision of the Precions Metals from Country to Country and the Mercantile Theory of Wealth (1828);

Three Lectures on the Eost of Obtaining Money and on some Effects of Private and Government Paper Money (1830);

Three Lectures on the Rate of Wages (1830);

On National Property and on the prospects of the Present

Administration and of their Succesors (1835);

Historical and Philosophical Essays (1865).

Además, hay que mencionar varios volúmenes relatando sus viajes que según algunos autores, son interesantísimos porque contienen

buen número de conversaciones de Senior con varios de los hombres de Europa más notables de su tiempo.

Por otra parte, en 1928, se publicó en dos volúmenes la obra denominada *Industrial Eficiency and Social Economy*, con escritos originales de Senior que habían permanecido ignorados hasta entonces.

An Outline of the Science of Political Economy, pp. 57-67 y 79-81, Clowes & Sons, Londres, 1836.

Instrumentos de producción

Habiendo explicado la naturaleza de la producción y del consumo, pasamos ahora a estudiar los agentes por cuya intervención tiene lugar la producción.

I. TRABAJO

Los instrumentos primordiales de la producción son el trabajo y los agentes cuya ayuda nos ofrece la naturaleza, sin la cooperación del hombre.

El trabajo es el ejercicio voluntario de las facultades corporales o mentales con propósitos de producción. Quizás parezca innecesario definir una palabra que tiene un significado tan preciso y tan generalmente comprendido. Pero nociones peculiares relativas a las causas del valor han llevado a algunos economistas a emplear la palabra trabajo en sentidos tan diferentes de su acepción común, que durante algún tiempo será peligroso usar dicha palabra sin explicarla. Ya hemos observado que muchos escritores recientes han considerado el valor como dependiente sólo del trabajo. Cuando se les pide que expliquen cómo podrían aumentar de valor el vino en una bodega o un roble mientras se desarrolla desde que nace hasta que se convierte en árbol, según este principio, replican que consideran la mejora del vino y el crecimiento del árbol como otro tanto adicional empleado en ellos. No comprendemos en absoluto el sentido de esa réplica; pero hemos dado una definición del trabajo, por temor a que se supusiera que incluía las operaciones de la naturaleza, no ayudadas por el hombre. Quizás convenga también recordar a nuestros lectores que esa definición excluye todas las actividades que no están destinadas, inmediatamente o a través de sus productos, a ser objetos de cambio. Un

recadero alquilado y una persona que pasea para distraerse, un deportista y un guardabosque, las señoras que asisten a un baile en Inglaterra y una compañía de danzarinas de la India, pasan las mismas fatigas; pero el lenguaje ordinario no nos permite pensar que trabajan quienes se ejercitan por puro pasatiempo.

II. AGENTES NATURALES

En la expresión "los agentes que nos ofrece la naturaleza", o, para decirlo con mayor brevedad, "los agentes naturales", incluimos todo agente productor hasta donde no derive sus poderes de un acto humano.

La frase "agente natural" está lejos de ser una denominación conveniente, pero la hemos adoptado en parte porque ya la han usado en este sentido escritores eminentes y, en parte, porque no fuimos capaces de encontrar otra menos objetable. El principal de esos agentes es la tierra, con sus minas, sus ríos, sus bosques naturales con sus habitantes silvestres, en suma, todas sus producciones espontáneas. A éstas hay que añadir el océano, la atmósfera, la luz y el calor, y aun las leyes físicas, tales como las de la gravitación y la electricidad, con cuyo conocimiento podemos modificar las combinaciones de la materia. Todos esos agentes productivos han sido designados en general con lo que parece una sinécdoque inadecuada con la palabra *tierra;* en parte porque la tierra, como fuente de ganancias, es la más importante de las que son susceptibles de apropiación, pero principalmente porque su posesión en general lleva consigo el dominio sobre la mayor parte de los demás hombres. Y hay que recordar que, aunque los poderes de la naturaleza son necesarios para ofrecer un sustrato a los otros instrumentos de producción sobre el cual trabajar, no son por sí mismos, cuando son universalmente accesibles, causas de valor. La limitación de la oferta es, como hemos visto, un factor necesario del valor; y lo que es universalmente accesible es prácticamente ilimitado en cuanto a la oferta.

III. ABSTINENCIA

Pero aunque el trabajo humano y la operación de la naturaleza, independientemente de la del hombre, son los poderes productivos primordiales, requieren la concurrencia de un tercer principio productivo para darles eficacia completa. La población más laboriosa, habitante de un territorio fertilísimo, si dedicase todo su trabajo a la producción de resultados inmediatos y consumiese sus productos a medida que apareciesen, pronto encontraría sus mayores esfuerzos insuficientes para producir aun lo meramente necesario para existir.

A este tercer principio o instrumento de producción, sin el cual son ineficaces los otros dos, le daremos el nombre de *abstinencia,* palabra con la cual expresamos la conducta de una persona que se abstiene del uso improductivo de aquello de que puede disponer o que deliberadamente prefiere la producción de resultados remotos a la de resultados inmediatos.

Era a los efectos de este tercer instrumento de producción a los que nos referíamos cuando enunciamos cómo la tercera de nuestras proposiciones primordiales que los *poderes del trabajo y de los demás instrumentos que producen riqueza pueden aumentarse indefinidamente usando sus productos como medios de nueva producción.* Todas nuestras subsiguientes observaciones sobre la abstinencia son un desarrollo e ilustración de esta proposición. Decimos desarrollo e ilustración porque escasamente puede decirse que requieran prueba formal.

La división de los instrumentos de producción en tres grandes ramas ha sido familiar a los economistas durante mucho tiempo. A esas ramas las han llamado generalmente trabajo, tierra y capital. Estamos de acuerdo con el principio de esta división, aunque las ramas segunda y tercera las hemos sustituido con expresiones diferentes. Hemos preferido la frase agentes naturales a la palabra tierra para evitar la designación de todo un género con el nombre de una de sus especies, práctica que ocasionó que las otras especies afines fuesen por lo general desatendidas y con frecuencia olvidadas. Hemos sustituido la palabra capital con la palabra abstinencia por diversas razones.

La palabra capital ha sido definida de maneras tan diversas, que puede dudarse que tenga un significado generalmente admitido. Pero creemos que en la acepción popular y en la de los economistas mismos cuando no recuerdan sus definiciones, esa palabra significa *un artículo de riqueza, el resultado de la actividad humana empleada en la producción o la distribución de riqueza.* Decimos resultado de la actividad humana a fin de excluir los instrumentos productivos a que hemos dado el nombre de agentes naturales y que no ofrecen ganancia, en el sentido científico de la palabra, sino renta.

Es evidente que el capital, así definido, no es un simple instrumento productivo; en la mayor parte de los casos es el resultado de los tres instrumentos productivos combinados. Algún agente natural tiene que haber ofrecido el material, alguna dilación en el goce tiene en general que haberlo reservado del uso improductivo y, en general, tiene que haberse empleado algún trabajo en prepararlo y reservarlo. *Con la palabra abstinencia queremos expresar aquel agente, distinto del trabajo y de la operación de la naturaleza, cuya concurrencia es necesaria para la existencia de capital, y que está con la ganancia en la misma relación que el trabajo con los salarios.* Nos damos cuenta de que empleamos la palabra abstinencia en un sentido más extenso del que garantiza el uso común. Habitualmente sólo se presta atención a la abstinencia cuando no va unida al trabajo. Se reconoce instantáneamente en la conducta de un hombre que permite a un árbol o a un

animal doméstico que alcancen todo su desarrollo; pero es menos notoria cuando planta el esqueje o siembra la semilla. Atrae la atención del observador el trabajo y omite tomar en cuenta el sacrificio adicional que se hace cuando se sobrelleva el trabajo por un objetivo distante. Incluimos ese sacrificio adicional en la palabra abstinencia, no porque abstinencia sea un nombre inobjetable, sino porque no pudimos encontrar otro al que no puedan oponérsele objeciones aún mayores. Pensamos en otro tiempo usar "previsión"; pero previsión no implica privación y no tiene una relación necesaria con ganancia. Salir con paragua es previsor, pero no en el sentido usual de la palabra provechoso. Pensamos después en "frugalidad", pero esta palabra implica cuidado y atención, es decir, algún trabajo; y aunque en la práctica la abstinencia va acompañada siempre de algún grado de trabajo, es evidentemente necesario mantener separadas ambas en un análisis de los instrumentos de producción.

Puede decirse que la pura abstinencia, que es una mera negación, no puede producir efectos positivos; la misma observación puede aplicarse también a la intrepidez o aun a la libertad; pero ¿quién se opuso nunca a que se les considere equivalentes a agentes activos? Abstenerse del goce que está en nuestro poder, o buscar resultados lejanos y no inmediatos, figuran entre los esfuerzos más penosos de la voluntad humana. Es cierto que tales esfuerzos se hacen, y ciertamente son frecuentes en cualquier estado de la sociedad, salvo quizá en el más bajo, y aun en el más bajo se han hecho, porque de otro modo la sociedad no hubiera progresado; pero de todos los medios por los cuales el hombre puede elevarse en la escala del ser, la abstinencia, aunque es quizá el más eficaz, es el que aumenta con más lentitud y en general el menos difundido. Entre las naciones las menos civilizadas, y entre las diferentes clases de la misma nación las peor educadas, son siempre las más imprevisoras y, en consecuencia, las menos abstinentes.

CAPITAL

Ya hemos definido el capital como un artículo de riqueza, resultado del esfuerzo humano, empleado en la producción o distribución de riqueza, y hemos observado que cada artículo individual de capital es en general resultado de una combinación de los tres grandes instrumentos de producción: trabajo, abstinencia y operación de la naturaleza.

DIFERENTES MODOS EN QUE PUEDE EMPLEARSE EL CAPITAL

Cuando un hombre se ha posesionado de un artículo de riqueza y resuelve emplearlo no para meros fines de goce, sino como capital, o,

en otras palabras, como medio de producción ulterior, o de distribución parece haber ocho modos en que podría efectuarse su designio.

1. Puede destruirlo deliberadamente, para conseguir los efectos que son consecuencias directas de su destrucción. El consumo de pólvora en una mina y de carbón en el hogar de una máquina de vapor son ejemplos. Los alimentos que todo productor tiene que consumir para mantenerse en la salud y fuerza necesarias para seguir siendo productor también se consumen de ese modo.

2. Puede tenerlo y emplearlo para fines en que su destrucción gradual es la consecuencia incidental, pero no la consecuencia buscada, o en todos los casos, necesaria.

3. Puede cambiar su forma, como cuando se convierten materias primas en artículos acabados.

4. Puede simplemente retenerlo hasta que haya aumentado su valor por cambios ocasionados por el transcurso del tiempo, o por una nueva situación del mercado. El propietario de un viñedo que, inmediatamente después de una vendimia abundante, retiene su vino busca ambas ventajas.

5. Puede tenerlo listo para la venta a fin de satisfacer las necesidades de sus clientes. Los artículos acabados o el surtido de un comerciante se emplean de este modo.

6. Puede darlo al propietario de un agente natural a cambio del uso de ese agente; como cuando un agricultor paga renta a su terrateniente.

7. Puede darlo a un trabajador a cambio de sus esfuerzos; o, en otras palabras, puede emplearlo en pagar salarios.

8. Puede darlo a cambio de otra mercancía, para ser empleado como capital; o, en otras palabras, puede usarlo comercialmente.

La mayor parte de los capitalistas emplean partes de su capital de todas esas ocho maneras.

Si suponemos que el capital de un detallista de vinos consiste en los conocimientos que adquirió durante su preparación para el negocio en el almacén y en la sencilla maquinaria necesaria para su negocio, en el surtido de mercancías necesarias para su propio consumo corriente, y en cien pipas de vino en barricas y en botellas, veremos que sus conocimientos, su maquinaria, sus mercancías, son destruidas sin haber sido cambiadas directamente. Las únicas diferencias son, primero, que sus conocimientos siguen intactos hasta que la muerte o el retirarse de los negocios los dejan de pronto sin valor, mientras que sus edificios, maquinaria, ropas, mobiliario y alimentos son consumidos y remplazados en períodos sucesivos; y, segundo, que la destrucción de los alimentos es inmediata, y la de sus edificios, maquinaria, mobiliario y ropa es gradual. Encontraremos que retiene una parte del vino hasta que mejore con el tiempo, y otra parte la tiene como surtido listo para la venta inmediata, pero finalmente lo vende todo e invierte su precio en parte en la renta de los terrenos que ocupan sus edificios,

en parte en salarios a sus escribientes, porteros, dependientes de mostrador y otros trabajadores, y en parte en conservar los edificios y la maquinaria, y en parte en volver a comprar vino, botellas y tapones para conservar el surtido en su almacén y su tienda. Lo que queda del precio de su vino, y algo tiene que quedar, o estaría en peor situación que cualquiera de sus trabajadores, suele llamarse su *ganancia:* una parte de ella tiene que emplearla en reemplazar el surtido de mercancías necesarias para mantenerse en salud y vigor; el resto puede emplearlo ya en su propio goce personal y el de sus amigos, lo cual es un uso improductivo, o en aumentar su propio capital, o en crear un capital para otra persona, por ejemplo en la educación de su hijo, los cuales son usos productivos.

CAPITAL FIJO Y CIRCULANTE

Adam Smith dividió el capital en fijo y circulante.

"Existen dos maneras diferentes de emplear el capital para que rinda al inversionista un ingreso o beneficio.

"El primero consiste en procurarse, manufacturar o comprar bienes para venderlos con un beneficio. El capital empleado en esta forma no puede rendir beneficio ni ingreso al que lo emplea, mientras permanezca en su posesión o no cambie de forma. Los bienes acumulados por un comerciante no le dejan ninguna ganancia o beneficio hasta que los vende por dinero, y el dinero mismo apenas le deja utilidad hasta que se cambia nuevamente por otros bienes. Su capital sale de su posesión continuamente en una forma y retorna en otra, y sólo mediante esta circulación o cambio sucesivo obtiene una ganancia. Ésta es la razón por la cual esta masa recibe la denominación de capital circulante.

"El segundo modo de empleo consiste en mejorar las tierras o comprar aquellas máquinas útiles, instrumentos de comercio, u otra clase de bienes, que produzcan un ingreso o una ganancia, sin necesidad de tener que cambiar de dueño o circular ulteriormente. A estos capitales se les denomina, en consecuencia, con toda propiedad, capitales fijos.

"Por ejemplo, el capital de un mercader es enteramente circulante; no necesita de máquinas ni de instrumentos, a no ser que consideremos como tales la tienda o el almacén.

"Pero en el capital de cualquier fabricante o artesano ha de haber alguna porción invertida en los instrumentos del oficio. Esa porción es en unos más grande, y en otros más pequeña, porque un sastre, por ejemplo, apenas necesita más que un paquete de agujas; el instrumental del maestro zapatero es algo mayor, aunque no mucho más, y el del tejedor supera la de este último...

"En otras actividades se requiere un capital fijo mucho más grande. En una fundición, por ejemplo, el horno para fundir el mineral, la fra-

gua y el martinete son instrumentos de la industria que no se pueden instalar como no sea con un costo muy alto. En las minas de carbón y en las de cualquier otra especie son aún más costosas las máquinas para achicar el agua y para otra clase de maniobras.

"La porción de capital que el labrador emplea en aperos es capital fijo, pero la que invierte en salarios, o en mantener a los criados empleados en la labranza, es capital circulante. Obtiene un beneficio del uno, conservándolo en su poder, y del otro, cuando se separa del mismo."[1]

No sabemos que al principio de la división de Adam Smith se le haya objetado nunca directamente. Puede haber alguna duda, quizás, en si las palabras fijo y circulante son las mejores que pudieron elegirse; pero Adam Smith estampó en ellas el significado que quería, y desde entonces han circulado siempre con esa significación.

Pero Ricardo, con la desatención para el uso consagrado que tanto disminuye la utilidad de sus escritos, empleó las expresiones capital fijo y capital circulante con un sentido totalmente diferente. En esto lo siguió el señor Mill; y como ninguno de ambos escritores insinúa que su uso de tales expresiones no es el común, quizás convenga señalar la diferencia.

"Según la rapidez con que perece el capital —dice Ricardo— y requiere frecuentes reproducciones, o es de consumo lento, se le clasifica como capital circulante o fijo. Una división no esencial y cuya línea divisoria no puede trazarse de manera precisa. Un cervecero, cuyos edificios y maquinaria son valiosos y durables, emplea una considerable cantidad de lo que llamamos capital fijo: por el contrario, un fabricante de calzado, cuyo capital se utiliza principalmente para pagar salarios que se gastan en alimentos e indumentaria, bienes, éstos, más perecederos que los edificios y la maquinaria, utiliza una gran proporción de su capital en aquello que denominamos capital circulante."[2]

Muy bien pudo observar el señor Ricardo que la línea divisoria entre sus dos clases de capital no puede ser trazada con seguridad; porque ¿qué más vago, o más vacío de significado positivo, que términos tan relativos como lento y rápido? Lo singular es que tanto él como el señor Mill hayan supuesto, y parece claro que lo supusieron, que su división seguía a la de Adam Smith. Evidentemente, es una división opuesta. Las agujas del maestro sastre que Adam Smith toma por ejemplo de capital fijo, porque el sastre las retiene, según el señor Ricardo sería circulante porque son perecederas. Por otra parte, los materiales y el surtido de un fundidor de hierro serían capital circulante según Smith, y fijo según Ricardo.

Aun podemos hacer más clara la naturaleza del capital, y el concepto que Adam Smith tiene de ella, citando su subdivisión de los capitales fijo y circulante.

[1] Adam Smith: *La riqueza de las naciones*, pp. 252-253. *(N. de la E.)*

[2] David Ricardo: *Principios de Economía Crítica*, pp. 23-24. *(N. de la E.)*

"[El capital fijo] —dice— consta principalmente de los cuatro rubros siguientes:

"Primero, de todas las máquinas útiles e instrumentos de la industria, que facilitan y abrevian la labor.

"Segundo, de todos aquellos edificios que sirven para proporcionar una renta: son los almacenes, tiendas, fábricas, granjas, con todos sus añejos, establos, graneros, etc. Son una especie de instrumentos susceptibles de negociación, y han de considerarse como tales.

"Tercero, de las mejoras hechas en las tierras, o sea, de cuanto se ha invertido en las mismas, para desbrozarlas, desecarlas, cercarlas y abonarlas, poniéndolas en condiciones eficientes de labranza y cultivo. Una hacienda que ha sido objeto de mejoras se puede considerar bajo el mismo aspecto que aquellas máquinas útiles, que facilitan y abrevian el trabajo.

"Cuarto, de las aptitudes adquiridas y útiles por todos los habitantes o miembros de la sociedad. La adquisición de dichos talentos, mediante el estudio y el aprendizaje, implica siempre un gasto real, destinado a la preparación del sujeto que los adquiere, y viene a ser un capital fijo, invertido en su persona. La destreza perfeccionada de un operario se puede considerar bajo el mismo aspecto que una máquina o instrumento productivo, que facilita y abrevia el trabajo.

"[El capital circulante] se compone también de cuatro partes:

"La primera es el dinero, por cuyo medio circulan las otras tres, y se distribuyen entre sus propios consumidores.

"La segunda, el repuesto de provisiones que se halla en poder del carnicero, el ganadero, el labrador, el traficante en granos, el cervecero, etc., y de cuya venta esperan obtener un beneficio.

"La tercera son las materias primas o los productos en proceso de fabricación, que se convierten en vestidos, mobiliario y edificios, y que no habiendo alcanzado su forma definitiva, permanecen todavía en poder de sus productores, manufactureros, merceros, pañeros, madereros, ebanistas, ensambladores, ladrilleros, etcétera.

"La cuarta y última es toda obra acabada y completa, pero que aún permanece en poder del comerciante o del industrial, sin distribuirse entre los consumidores propiamente tales, como son aquellas obras terminadas que frecuentemente vemos en las tiendas del herrero, del orfebre, del joyero, del mueblista, del vendedor de porcelana, etc. El capital circulante consta, por lo tanto, de las provisiones, materiales y artículos acabados de todas clases, que se hallan en poder de los comerciantes respectivos, así como también del dinero necesario para hacerlos circular y efectuar la distribución entre quienes han de usarlos y consumirlos finalmente."[3]

Esta enumeración quizás contiene algunas distinciones inútiles y, creemos nosotros, dos exclusiones indebidas, pero, en términos generales, da una excelente visión de las diferentes especies de capital.

[3] Adam Smith, ob. cit., pp. 255-256. *(N. de la E.)*

Las cosas que parecen indebidamente excluidas son, primero, los artículos de primera necesidad para la vida, consumidos por el trabajador y el capitalista para su sostenimiento; y segundo, las casas y otras mercancías de consumo lento que el propietario arrienda al consumidor.

Difícilmente puede decirse que Adam Smith haya explicado sus razones para excluir del concepto de capital los artículos de primera necesidad propiedad del trabajador. Se limita a observar que el trabajador consume lo menos que puede, y saca su ingreso únicamente de su trabajo. El señor Malthus fijó su atención en el asunto. En este respecto coincide con Adam Smith fundándose en lo siguiente:

"El único consumo productivo, propiamente llamado así, es el consumo o destrucción de riqueza por los *capitalistas* con la intención de reproducirla. Ésta es la única línea clara de diferenciación que puede trazarse entre consumo productivo e improductivo. El obrero a quien emplea el capitalista consume la parte de sus salarios que no ahorra, como ingreso, para su subsistencia o su goce, y no como capital para la producción."[4]

El señor Malthus admitiría que el carbón en el hogar de una máquina de vapor está productivamente empleado, porque su consumo es la condición necesaria para que la máquina haga su trabajo. ¿Y en qué se diferencia el consumo de alimentos por el trabajador del consumo de carbón por la máquina de vapor? Simplemente en esto: en que el trabajador tiene placer con lo que consume y la máquina de vapor no. Si un trabajador estuviera constituido de tal suerte que no sintiera deseo de alimentos ni placer comiendo, y le recordase, su necesidad sólo la debilidad consiguiente a su carencia, ¿no serían productivamente consumidos sus alimentos, tomados únicamente, como lo serían, para permitirle sufrir sus fatigas? La naturaleza ha impuesto sabiamente un acto de necesidad diaria por el estímulo del hambre y la recompensa del placer, ¿pero disminuyen su productividad el estímulo y el goce? ¿Deja de ser la comida del labrador un medio para sus faenas porque él la considere su fin? ¿No está productivamente empleado el alimento del ganado de trabajo? ¿No considera el dueño de una plantación de las Indias Occidentales los suministros que envía a sus esclavos como capital destinado a consumo productivo?

Adam Smith expuso por extenso sus razones para excluir del concepto de capital las casas y otros artículos que el propietario da en renta al consumidor.

"La primera está constituida —dice— por aquella porción que se reserva para el consumo inmediato, y se caracteriza porque no produce renta ni provecho alguno. El conjunto de casas habitación, existentes en todo momento en el país, forma parte de esa primera categoría. Si la casa se alquila a un locatario, mediante el pago de un alquiler, como no produce nada por su cuenta, el locatario habrá de pagar

[4] *Definitions*, p. 258. *(N. de la E.)*

aquella renta con cargo a otra distinta, procedente de su trabajo, de su capital o de sus tierras. En los países donde son frecuentes las mascaradas es objeto de comercio el alquiler de disfraces por una noche. Los mueblistas suelen alquilar el mobiliario por meses o por años. Pero la renta que se obtiene de todas estas cosas se deriva, en última instancia, de otra fuente de ingresos. Un equipo de vestidos puede durar algunos años; el mobiliario de una casa, varios lustros o una centuria; pero el conjunto de casas, si están bien construidas y cuidadas puede perdurar por siglos. De todos modos, aunque el período de su consumo definitivo se dilate mucho más, no por eso dejarán de ser un fondo de consumo, como lo son los vestidos y el ajuar doméstico."[5]

Este lenguaje habría sido congruente si Adam Smith, como la mayor parte de sus sucesores, hubiese limitado la palabra capital a los instrumentos de consumo ulterior. Pero hemos visto que en esa palabra incluye cosas incapaces de consumo productivo, si no han llegado a las manos de los que finalmente han de usarlas. Si un collar de brillantes en la tienda de un joyero se llama correctamente capital, y Adam Smith ha afirmado expresamente que así es, ¿por qué no lo es una casa que ha sido hecha precisamente por un constructor para especular con ella? Es difícil de percibir por qué insistió tanto en la caducidad de las cosas en cuestión. Caducidad y durabilidad no son elementos en la distinción entre lo que es y lo que no es llamado correctamente capital. Muchas de las cosas que se usan productivamente tienen casi una existencia evanescente, como el gas que alumbra una fábrica. Por otra parte, las joyas de una familia de la nobleza no son capital, aunque no pueden señalarse límites a su duración. ¿Es por lo menos concebible que una casa pueda estar hecha de manera que no necesite reparaciones, y afectaría a la cuestión esta circunstancia? En realidad, la caducidad de esas cosas es desfavorable a la opinión de Adam Smith, porque muestra su semejanza con cosas que admitió que eran capital. Una bodega de vino en la casa de un tabernero cae dentro de su tercera clase de capital circulante; la bodega se va vaciando poco a poco, y cuando se ha bebido la última botella de vino se ha terminado el capital. Una casa que se alquila amueblada, una biblioteca circulante, un coche de alquiler, una silla de posta o un barco de vapor, sólo se diferencian de la bodega de vino en que el progreso de su consumo es más difícil de medir. Cada vez que se usan se desgastan un poco; y ese poco es tan comprado y tan consumido por el que alquila la casa o el coche como la botella de vino sacada de la bodega. Es cierto que pueden consumirse improductivamente, y que en ese caso el que los alquila tiene que pagar la renta sacándola de otro ingreso, como ocurre con el precio de *todo* lo que es improductivamente consumido. Pero la parte de la casa, del mobiliario y del

[5] Adam Smith, ob. cit., pp. 254-255. *(N. de la E.)*

coche no consumida aun es tan capital, en el sentido en que Adam Smith emplea esta palabra, del tapicero y del que tiene coches de alquiler, como la parte no consumida del vino lo es del tabernero.

El capital puede dividirse aún, según los fines a que es aplicable, en reproductivo, simplemente productivo e improductivo

Aplicamos la palabra *reproductivo* a todos los artículos de riqueza que pueden usarse para producir cosas de su misma clase. Todo capital agrícola es reproductivo, como lo son todos los artículos de primera necesidad para la vida. La parte de ellos que consumen los capitalistas y los trabajadores empleados en producir artículos de primera necesidad es uno de los medios por los cuales se sostiene el surtido normal. El carbón en el hogar de una máquina de vapor empleada en la explotación de una mina de carbón, los instrumentos de hierro de una fundición, y un barco cargado de madera y efectos navales, son todos éllos productivamente empleados.

Aplicamos la expresión *simplemente productivos* a los artículos de riqueza que, aunque instrumentos de producción, no pueden emplearse en producir cosas de su misma clase. Una máquina de hacer encaje es simplemente productiva. Su uso es hacer encaje, pero ese encaje no puede emplearse en hacer una nueva máquina. Todas las herramientas y la maquinaria empleadas en la producción de cosas que no pueden ser productivamente consumidas son simplemente productivas.

Aplicamos la palabra *improductivo,* o capital distributivo, a las mercancías destinadas a un uso improductivo, pero que no han llegado aun a ser propiedad de quienes han de ser sus últimos consumidores.

Una parte muy grande, quizás la parte más grande en valor, de las mercancías producidas en un estado avanzado de la sociedad caen bajo este encabezado en su primera producción.

Ya hemos observado que, en cualquier estado de la sociedad, el número de *consumidores* absolutamente improductivos es pequeño, y el número de consumidores absolutamente productivos es aún menor. Pero al aumentar la riqueza cada individuo aumenta su *consumo* improductivo, hasta que el monto total en toda la sociedad de dicho consumo puede exceder, y con frecuencia excede, del monto total del consumo productivo. Si miramos las tiendas de una ciudad opulenta, advertiremos que las mercancías destinadas al mero goce exceden con mucho en valor a las destinadas a ser empleadas en una producción ulterior.

Algunos de los sucesores de Adam Smith han excluido las cosas de que estamos hablando ahora de la palabra capital. Nosotros hemos seguido su ejemplo incluyéndolas, por dos razones:

En primer lugar, porque su exclusión es una desviación innecesaria del lenguaje corriente. Decir que un joyero, con joyas en su estable-

cimiento por valor de 50 000 libras, no tiene capital, sería un aserto cuyo sentido pocos oyentes podrían adivinar.

Pero, en segundo lugar, si fuese posible formular, cosa que ciertamente se necesita mucho, una nueva nomenclatura técnica para la economía política, aun así nosotros incluiríamos en la palabra capital las mercancías en cuestión. Todos los economistas incluyen en ese concepto las materias primas y los instrumentos con que se hacen dichas mercancías. Si el diamante en bruto y el oro en que va a ser engastado son capital mientras están separados, parece difícil comprender qué utilidad hay en una nomenclatura que les niega el carácter de capital cuando están unidos. Además, ningún economista dudará que se percibe una ganancia proporcional al tiempo medio durante el cual las mercancías en cuestión son retenidas por el capitalista. Por qué se hace esa ganancia trataremos de hacerlo ver más adelante, pero el hecho de que se hace puede suponerse indiscutible. Pero los economistas están de acuerdo en que todo lo que produce ganancia se llama propiamente capital.

La división del trabajo

Pero si el empleo de capital es necesario para el fin de permitir a un simple obrero dedicarse a una sola tarea, será todavía más obviamente necesario para permitir conjuntos o clases de productores, para contribuir, cada uno con su propio esfuerzo, en la producción. En estos casos, aun la simple distribución, el elemental prorrateo del precio de los objetos terminados entre los diferentes productores, requiere el empleo de un capital considerable, durante un tiempo considerable, o, en otras palabras, un considerable esfuerzo de abstinencia. Lo producido por trabajadores independientes pertenece por ley natural a su productor. Pero cuando ha habido una considerable división del trabajo, el producto no tiene propietario natural. Si intentáramos hacer un cómputo del número de personas ocupadas en producir una sola bufanda, o una pieza de encaje, descubriríamos que asciende a muchos miles; en realidad, decenas de miles. Claro que es imposible que todas esas personas aun si demostraran sus respectivos derechos como productores pudieran actuar como propietarios de la bufanda o del encaje y venderlos para su beneficio común.

Esta dificultad aumenta si separamos a los que ayudan en la producción anticipando capital, de los que contribuyen sólo con su trabajo —una distinción a menudo señalada por los términos patrón y trabajador; y si colocamos en grupos separados a los distintos capitalistas y trabajadores empleados en procesos distintos y permitimos a cada capitalista, cuando pasa el artículo, recibir de su inmediato sucesor el precio tanto de su propia abstinencia como de la mano de obra de sus trabajadores.

Resultaría interesante argüir este proceso en la historia de una bufanda o una pieza de encaje. El algodón de que está hecha puede suponerse que fue cosechado por un plantador de Tennessee o Louisiana. Para este propósito él debe haber empleado esclavos en preparar la tierra, plantar y cuidar el arbusto durante más de un año antes de que la vaina madurara. Cuando ya estuvo madura, se necesitó un trabajo considerable ayudado por maquinaria complicada, para extraerle las semillas al algodón. El vellón ya limpio se transportó por el Mississippi hasta Nueva Orleáns, y allí se vendió a un comerciante en algodón. El precio al que fue vendido debe haber sido suficiente, en primer lugar, para resarcir al plantador el dinero gastado en su producción y acarreo; y en segundo lugar, para darle una ganancia proporcional al tiempo transcurrido entre el pago de salarios y la venta de algodón; o, en otras palabras, para remunerarlo por su abstinencia por haberse privado tanto del uso de su dinero, o del placer que hubiera podido recibir del trabajo de sus esclavos, si en vez de ponerlos a cultivar algodón, los hubiera empleado para distraerse o regodearse de inmediato. El comprador de Nueva Orleáns, después de almacenar el algodón quizás durante cinco o seis meses, lo vende a un comerciante de Liverpool. Muy escaso trabajo debe haberse realizado en Nueva Orleáns y, en ausencia de circunstancias imprevistas, su precio sólo aumentó con la ganancia del acaparador. Este beneficio es la remuneración de su abstinencia por demorar, cinco o seis meses, el gozo que podría haber obtenido al emplear por sí mismo el dinero que pagó al plantador. El comerciante de Liverpool lo trajo a Inglaterra y lo vendió a un hilandero de Manchester. Lo debe haber vendido a un precio que le repuso en primer lugar, lo que pagó al acaparador, y en segundo lugar, el costo del transporte hasta Liverpool (en el costo de transporte se incluye una buena parte de los salarios de los que construyeron el barco; la ganancia de los que adelantaron el dinero para pagar esos salarios antes de que el barco estuviera terminado; los salarios y ganancias de los que importaron los materiales con que fue construido ese barco, y, en efecto, una cadena de salarios y ganancias que se remonta a los primeros tiempos de la civilización); en tercer lugar, la ganancia del comerciante durante el tiempo que se hicieron esos desembolsos antes de que la venta al manufacturero se llevara a cabo.

El hilandero lo sujetó a la acción de sus obreros y de sus máquinas, hasta que convirtió una parte del algodón, en hilos especiales para tejer muselinas y otra parte en hilos todavía más finos capaces de ser transformados en encaje.

El hilo así producido lo vende al tejedor y al bordador a un precio que le reponga, además del que pagó al comerciante, primero, los salarios de los obreros utilizados en la manufactura, segundo, los salarios y ganancias de todos aquellos que contribuyeron, con su trabajo de varios años, a crear los edificios y maquinaria; y tercero, la ganancia del fabricante. Sería fastidioso seguir el trayecto del hilo del tejedor al blanqueador, del blanqueador al pintor, del pintor al almacenista,

de él al detallista y así hasta el último comprador; o aun su más corto viaje del encajero a la bordadora y de ahí al último comprador. A cada paso un nuevo capital vuelve a pagar todos los pagos previos, sometido al artículo semielaborado, al proceso siguiente. Se adelantan los salarios empleados en su elaboración final y en su transportación y, finalmente, se vuelve a pagar por el capitalista siguiente todos sus propios aumentos y la ganancia proporcional al tiempo durante el cual se ha abstenido del gozo improductivo del capital empleado.

Se observará que no hemos mencionado los impuestos con que debieron haber sido gravados los artículos a través del proceso total que hemos descrito, o la renta que se debió haber pagado por el uso de los varios agentes naturales apropiados, cuyos servicios fueron imprevisibles y convincentes. No hemos hecho mención de la renta, porque su monto es circunstancial, y las consignaciones subsecuentes hubieran complicado este asunto. Expresamente no mencionamos los impuestos, porque se incluyeron ya en los temas que hemos enumerado. El dinero proveniente de los impuestos se emplea en pagar los salarios y ganancias de los que desempeñan o ayudan a desempeñar uno de los más importantes de todos los servicios, el proteger a la comunidad del fraude y la violencia. Las personas empleadas en esta forma proporcionan la misma asistencia al comerciante y al manufacturero, como la del velador que vigila los almacenes, y la del herrero que los fortifica con barras y candados.

Las limitaciones de este trabajo nos prohíben seguir el aumento gradual en el valor de una libra de algodón desde su recolección en las riberas del Mississippi hasta que aparece en forma de encaje en los escaparates de Bond-Street. Probablemente subestimaríamos la diferencia si dijéramos que el último precio es mil veces mayor que el primero. El precio de una libra de algodón más fino, una vez recolectada, es menor de dos chelines. Una libra de encaje de algodón más fino podría fácilmente ser superior a cien guineas. Ningunos medios, excepto la separación de las funciones del capitalista, de las del trabajador y el constante anticipo de capital de un capitalista a otro, podrían permitir a tantos cientos de productores encaminar sus esfuerzos a un solo objeto, continuar así durante un largo período y ajustar la recompensa por sus respectivos sacrificios.

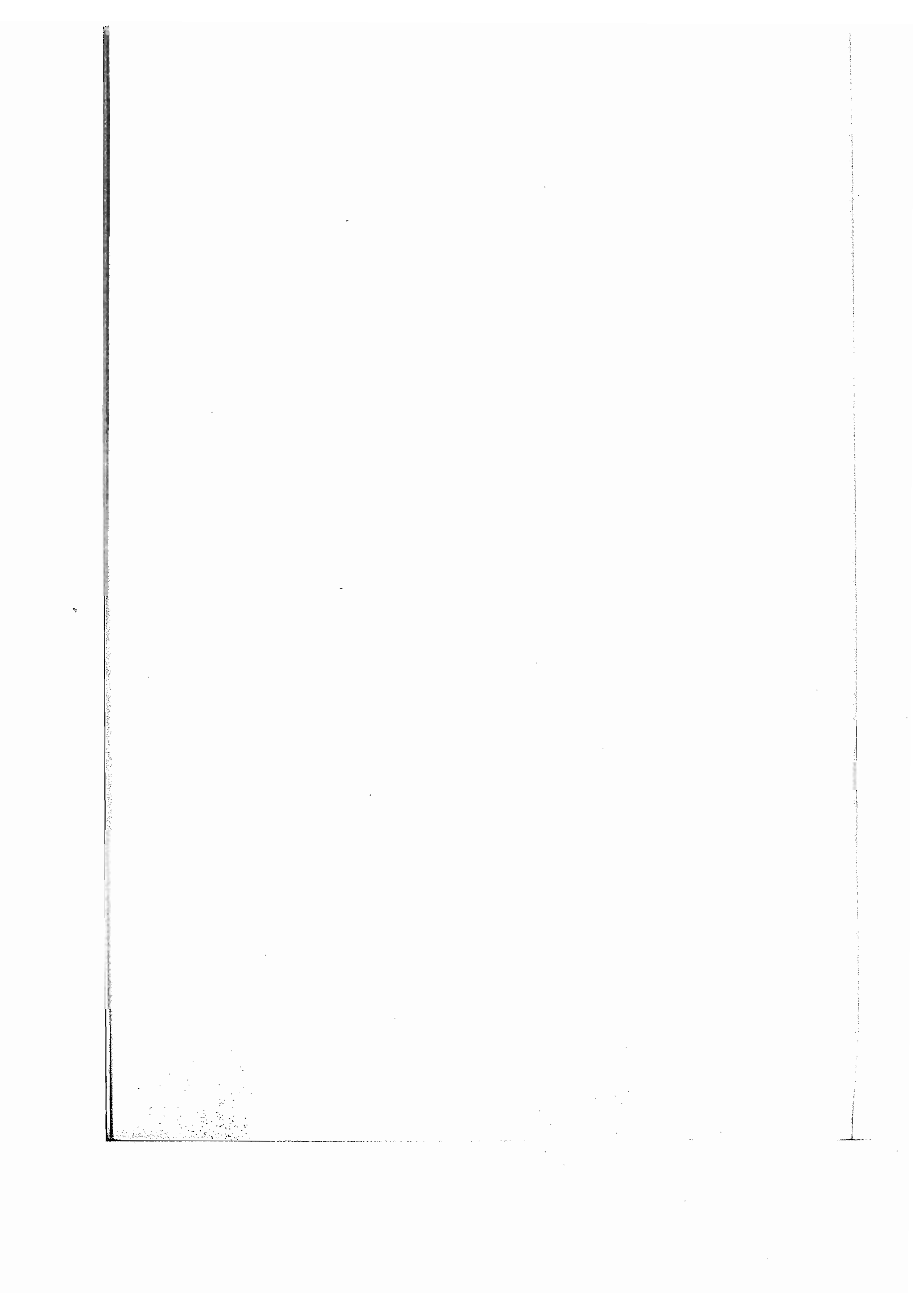
Frédéric Bastiat

El francés Frédéric Bastiat nació en 1801 y murió en 1850. Fue agricultor, periodista, economista y diputado en 1848, cargo que desempeñó muy poco tiempo, pues murió pocos meses después de que la Asamblea Revolucionaria inició sus tareas.

Bastiat publicó una notable serie de folletos, en los que atacó la intervención del Estado en la vida económica. Con el expresivo título de *Harmonies Économiques*, escribió en los últimos años de su vida un tratado general de Economía, cuyo primer volumen fue publicado en París, en 1850. El tema central de esta obra es que los principios económicos tienden a armonizar intereses que a primera vista parecen opuestos.

Además de esta obra inconclusa, podemos citar algunos folletos de estilo polémico, tales como:

Proprieté et Loi;
Justice et Fraternité;
Proteccionisme et communisme;
Paix et Liberté;
L'État.



Harmonies Économiques, pp. 565-575, Guillaumin et Cie., París, 1884.

Causas perturbadoras

¿Dónde estaría la humanidad si la fuerza, el engaño, la opresión y el fraude no hubieran venido nunca, y bajo ninguna forma, a mancillar las transacciones que se realizan en su seno?

¿Acaso la justicia y la libertad hubieran producido fatalmente la desigualdad y el monopolio?

Para saber esto, era preciso, en mi opinión, estudiar la naturaleza misma de las transaciones humanas, su origen, su razón de ser, sus consecuencias y las consecuencias de estas consecuencias hasta el efecto definitivo; y esto, independientemente de las perturbaciones contingentes que puede engendrar la injusticia; pues todos estarán de acuerdo en que la injusticia no es la esencia de las transaciones libres y voluntarias.

Que la injusticia se haya introducido fatalmente en el mundo, y que la sociedad no haya podido escaparse de ella, es una tesis que se puede sostener; y, teniendo en cuenta la naturaleza del hombre, con sus pasiones, su ignorancia y su imprevisión primitivas, yo lo creo así. —Por lo tanto, tendremos que estudiar también la naturaleza, el origen y los efectos de la injusticia.

Pero no es menos cierto que la ciencia económica debe comenzar por exponer la teoría de las transaciones humanas que se suponen libres y voluntarias, tal como la fisiología expone la naturaleza y las relaciones de los órganos, haciendo abstracción de las causas perturbadoras que modifican estas relaciones.

Nosotros creemos que los servicios se intercambian por otros servicios; nosotros creemos que el gran *desideratum* es la equivalencia de los servicios intercambiados.

Nosotros creemos que la mejor probabilidad que existe para llegar a esa equivalencia, es que se produzca bajo la influencia de la libertad, y que cada cual juzgue por sí mismo.

Sabemos que los hombres pueden equivocarse; pero sabemos también que pueden rectificarse; y creemos que cuanto más ha persistido el error, tanto más se acerca el momento de la rectificación.

Creemos que todo aquello que entorpece la libertad perturba la equivalencia de los servicios, y que todo aquello que perturba la equivalencia de los servicios engendra la desigualdad exagerada, la opulencia inmerecida de los unos, la miseria no menos inmerecida de los otros, con una pérdida general de riquezas, los odios, las discordias, las luchas, las revoluciones.

No llegamos al extremo de afirmar que la libertad —o la equivalencia de los servicios— produzca la igualdad absoluta, puesto que creemos que no hay nada absoluto en lo que se refiere al hombre. Pero pensamos que la libertad tiende a acercar a los hombres a un nivel móvil que se eleva continuamente.

Creemos que la desigualdad que puede quedar todavía bajo un régimen libre es, o el producto de circunstancias accidentales, o el castigo de las faltas y de los vicios, o la compensación de otras ventajas opuestas a las de la riqueza; y que, por consiguiente, ese resto de desigualdad no puede introducir entre los hombres el sentimiento de la irritación.

En fin, creemos que *libertad* es *armonía*...

Pero para saber si esta armonía existe en la realidad o sólo en nuestra imaginación, si es en nosotros una percepción o una simple aspiración, era preciso someter las transacciones libres a la prueba de un estudio científico; era preciso estudiar los hechos, sus relaciones y sus consecuencias. Es lo que hemos hecho. Hemos visto que si entre las necesidades del hombre y sus satisfacciones se interponían obstáculos innumerables, de tal suerte que, reducido al aislamiento, el hombre tenía que sucumbir —la unión de las fuerzas, la separación de las ocupaciones, en una palabra el intercambio, desarrollaba un número suficiente de facultades para que pudiera sucesivamente derribar los primeros obstáculos, atacar los segundos, derribarlos también, y así todos los demás, en una progresión tanto más que, gracias a la densidad de la población, el intercambio se hace más y más fácil.

Hemos visto que la inteligencia del hombre pone a su disposición medios de acción cada vez más numerosos, enérgicos y perfeccionados; que a medida que el capital se acrecienta, su parte absoluta en la producción aumenta, pero su parte relativa disminuye, mientras que tanto la parte absoluta como la parte relativa del trabajo actual va siempre en aumento: primera y poderosa causa de igualdad.

Hemos visto que ese instrumento admirable que se llama la tierra, ese laboratorio maravilloso en que se prepara todo cuanto sirve para alimentar, vestir y abrigar a los hombres, les había sido dado gratuitamente por el Creador; que aunque estuviera nominalmente apropiado, su acción productiva no podía estarlo, y seguía siendo gratuita a través de todas las transacciones humanas.

Hemos visto que la propiedad no tenía solamente ese efecto negativo de no oponerse a la comunidad, sino que contribuía directa e incesantemente a ensancharla: segunda causa de igualdad, puesto que cuanto más abundante es el fondo común, tanto más se borra la desigualdad de las propiedades.

Hemos visto que bajo la influencia de la libertad los servicios tienden a adquirir su valor normal, es decir, proporcional al trabajo: tercera causa de igualdad.

Hemos adquirido así la convicción de que entre los hombres tiende a establecerse un nivel natural, una fuerza que, en vez de empujarlos hacia un estado retrógrado o de dejarlos en una situación estacionaria, los llamaba hacia un medio constantemente progresivo.

Por último, en contra de lo que afirma la ciencia incompleta, hemos visto que ni las leyes del valor, del interés, de la renta, de la población, ni ninguna otra gran ley natural, venían a introducir la disonancia en este hermoso orden social, ya que, por el contrario, de esas leyes resultaba la armonía.

Al llegar a este punto, me parece oír exclamar al lector: "¡Aquí tenemos otra vez el optimismo de los economistas! Es inútil que el sufrimiento, la miseria, el proletariado, el pauperismo, el abandono de los niños, la inanición, la criminalidad, la rebelión, la desigualdad les salten a los ojos: se complacen siempre en cantar la armonía de las leyes sociales, y apartan su mirada de los hechos para que un espantoso espectáculo no venga a enturbiar el deleite que encuentran en su sistema. Huyen del mundo de las realidades para refugiarse ellos también, exactamente como los utopistas a quienes tanto critican, en el mundo de las quimeras. Más ilógicos que los socialistas, más ilógicos incluso que los comunistas —los cuales ven el mal, lo sienten, lo describen, lo execran, y no cometen otro error que el de indicar remedios ineficaces, impracticables o quiméricos—, los economistas niegan el mal, o son insensibles a él, si acaso no son ellos quienes lo engendran, gritando a la sociedad enferma: '*¡Dejad hacer, dejad pasar!* Todo va a pedir de boca en el mejor de los mundos posibles'."

En nombre de la ciencia, yo rechazo con toda mi energía semejantes reproches, semejantes interpretaciones de nuestras palabras. Nosotros vemos el mal tal como lo ven nuestros adversarios, lo deploramos al igual que ellos, nos esforzamos como ellos por comprender sus causas, y como ellos, estamos prontos a combatirlas. Pero nosotros planteamos la cuestión de una manera distinta. La sociedad, dicen nuestros adversarios, tal como la ha hecho la libertad del trabajo y de las transacciones, es decir, el libre juego de las leyes naturales, es detestable. Por consiguiente, es preciso arrancar del mecanismo ese engranaje maléfico, la libertad (a la cual ellos tienen el cuidado de llamar competencia, e incluso competencia anárquica), y poner en su lugar, por fuerza, unos engranajes artificiales de nuestra propia invención. —Y al llegar a este punto se presentan millones de inventos. Cosa muy natural, puesto que los espacios imaginarios no tienen límites.

Nosotros, después de haber estudiado las leyes providenciales de la sociedad, lo que decimos es esto: esas leyes son armónicas. Esas leyes admiten el mal, puesto que quienes las ponen en práctica son hombres, es decir, seres sujetos al error y al dolor. Pero el mal tiene también su misión en el organismo, una misión que consiste en limitarse y en destruirse a sí mismo al prepararle al hombre advertencias, correcciones, experiencias, luces —cosas, todas ellas, que se resumen en esta palabra: perfeccionamiento.

Y nosotros añadimos: no es verdad que la libertad reine entre los hombres; no es verdad que las leyes providenciales estén ejerciendo toda su acción; o, por lo menos, si estas leyes actúan, es para reparar lentamente, trabajosamente, la acción perturbadora de la ignorancia y del error. —No nos acuséis, pues, cuando decimos *dejad hacer*, pues lo que queremos decir con eso no es: "dejad hacer a los hombres, incluso cuando están haciendo el mal". Lo que queremos decir es esto: "estudiad las leyes providenciales, admiradlas y *dejadlas actuar*". Eliminad los obstáculos que esas leyes encuentran en los abusos de la fuerza y del engaño, y veréis realizarse en el seno de la humanidad esta doble manifestación del progreso: la igualación en el mejoramiento.

Porque, en resumidas cuentas, una de dos: o los intereses de los hombres son concordantes, o son discordantes por esencia. Quien dice interés dice una cosa hacia la cual gravitan invenciblemente los hombres, pues de lo contrario no sería el interés: si gravitaran hacia otra cosa, esta otra cosa es la que sería el interés. Por lo tanto, si los intereses son concordantes, basta que sean comprendidos para que el bien y la armonía se realicen, puesto que los hombres se abandonan naturalmente al bien y a la armonía. Es eso lo que nosotros sostenemos y, por esa razón decimos: ilustrad y dejad hacer. —Y si los intereses son discordantes por naturaleza, entonces tenéis razón: no hay otro medio de producir la armonía que violentar, estrujar y contrariar todos los intereses. ¡Curiosa armonía, sin embargo, la que no puede resultar sino de una acción exterior y despótica, contraria a los intereses de todos! Porque, como muy bien comprenderéis los hombres no se dejarán estrujar dócilmente; y, para que se plieguen a vuestros inventos, es preciso que comencéis por ser más fuertes que todos ellos juntos —o, si no, es preciso que consigáis engañarlos acerca de sus verdaderos intereses. En efecto, en la hipótesis de que los intereses sean naturalmente discordantes, lo más afortunado que podría ocurrir es que todos los hombres se engañaran a este respecto.

La fuerza y la impostura: tales son, por consiguiente, vuestros únicos recursos. Yo os desafío a que encontréis otros, a menos que convengáis en que los intereses son concordantes; y si convenís en ello, estáis con nosotros, y deberéis decir con nosotros: dejar que actúen las leyes providenciales.

Claro que os negaréis a hacerlo así. —Es preciso repetirlo: vuestro punto de partida es que los intereses son antagónicos; por eso no queréis que se entiendan y se arreglen entre sí; por eso no queréis la

libertad; por eso queréis la arbitrariedad. —Sois consecuentes con vosotros mismos.

Pero tened mucho cuidado. La lucha no va a entablarse solamente entre vosotros y la humanidad. Es evidente que vosotros aceptáis la idea de lucha, puesto que vuestra finalidad es justamente violentar los intereses. Pero la lucha va a entablarse asimismo en medio de vosotros, entre vosotros, inventores, empresarios de sociedades, puesto que sois mil, y pronto seréis diez mil, todos con opiniones diferentes. —¿Qué haréis? Yo lo veo muy bien: os esforzaréis por apoderaros del gobierno. Allí es donde radica la única fuerza capaz de vencer todas las resistencias. ¿Llegará a conseguirlo uno de vosotros? Mientras se encuentre ocupado en violentar a los gobernados, se verá atacado por todos los demás inventores, ansiosos también de apoderarse del instrumento gubernamental. Estos últimos tendrán muchas probabilidades de éxito, tanto más cuanto que el descontento público acudirá en su ayuda, puesto que —no lo olvidemos— el primero habrá lastimado los intereses de todos. Y así nos veremos arrojados a revoluciones perpetuas, cuyo único objeto será resolver esta cuestión: ¿cómo y por quién deben ser violentados los intereses de la humanidad?

No me acuséis de exageración. Todo eso es forzoso si los intereses de los hombres son discordantes; en efecto, en la hipótesis que consideramos, nunca podremos salir de este dilema: o los intereses se abandonan a sí mismos, y entonces la consecuencia será el desorden —o hará falta que alguien sea lo bastante fuerte para contrariarlos; y en este caso nace asimismo el desorden.

Verdad es que existe una tercera vía, a la cual ya he aludido. Esta tercera vía consiste en engañar a todos los hombres en cuanto a sus verdaderos intereses; y como la cosa no es ya fácil para un simple mortal, el medio más expedito es hacerse dios. Y a esta solución jamás dejan de recurrir los utopistas, cuando se atreven a hacerlo, en espera del día en que los nombren ministros. El lenguaje místico domina siempre en sus escritos; es un globo de ensayo para tantear la credulidad pública. Por desgracia, este medio ya no funciona en el siglo XIX.

Confesémoslo, pues, francamente: para salir de estas inextricables dificultades es de desear que, después de haber estudiado los intereses humanos, los encontremos armónicos. Entonces la tarea de los escritores, al igual que la de los gobiernos, se hace racional y fácil.

Como el hombre se equivoca con frecuencia acerca de sus propios intereses, nuestro papel como escritores consistiría en explicárselos, en describírselos, en hacérselos comprender, con la seguridad de que le bastará verlos para seguirlos inmediatamente. —Como el hombre, al equivocarse en cuanto a sus intereses, causa perjuicio a los intereses generales (esto es un resultado de la concordancia), el gobierno tendrá la función de hacer volver al pequeño número de los disidentes, de los violadores de las leyes providenciales, al camino de la justicia, que se confunde con el de la utilidad. —En otros términos, la función

única del gobierno consistirá en hacer reinar la justicia. Y ya no tendrá que meterse en dificultades para producir trabajosamente, a costa de muchos sacrificios, invadiendo el terreno de la libertad individual, una armonía que se hace por sí sola y que es destruida por la acción gubernamental.

De acuerdo con lo que precede, se verá que nosotros no somos tan fanáticos de la armonía social que no convengamos en que puede ser perturbada, y que lo es a menudo. Más aun: tengo que decir que, según mi opinión, las perturbaciones ocasionadas en este hermoso orden por las pasiones ciegas, por la ignorancia y por el error, son infinitamente más grandes y más prolongadas de lo que se podría suponer. Estas causas perturbadoras son las que vamos a estudiar.

Y, por encima del aparato, se cierne la facultad de comparar, de juzgar: la inteligencia. Pero la inteligencia humana es factible. Nosotros podemos equivocarnos. Esto nadie lo puede poner en duda; pues si alguien nos dijera: "El hombre no puede equivocarse", nosotros le contestaríamos: "No es a usted a quien hay que demostrarle la armonía."

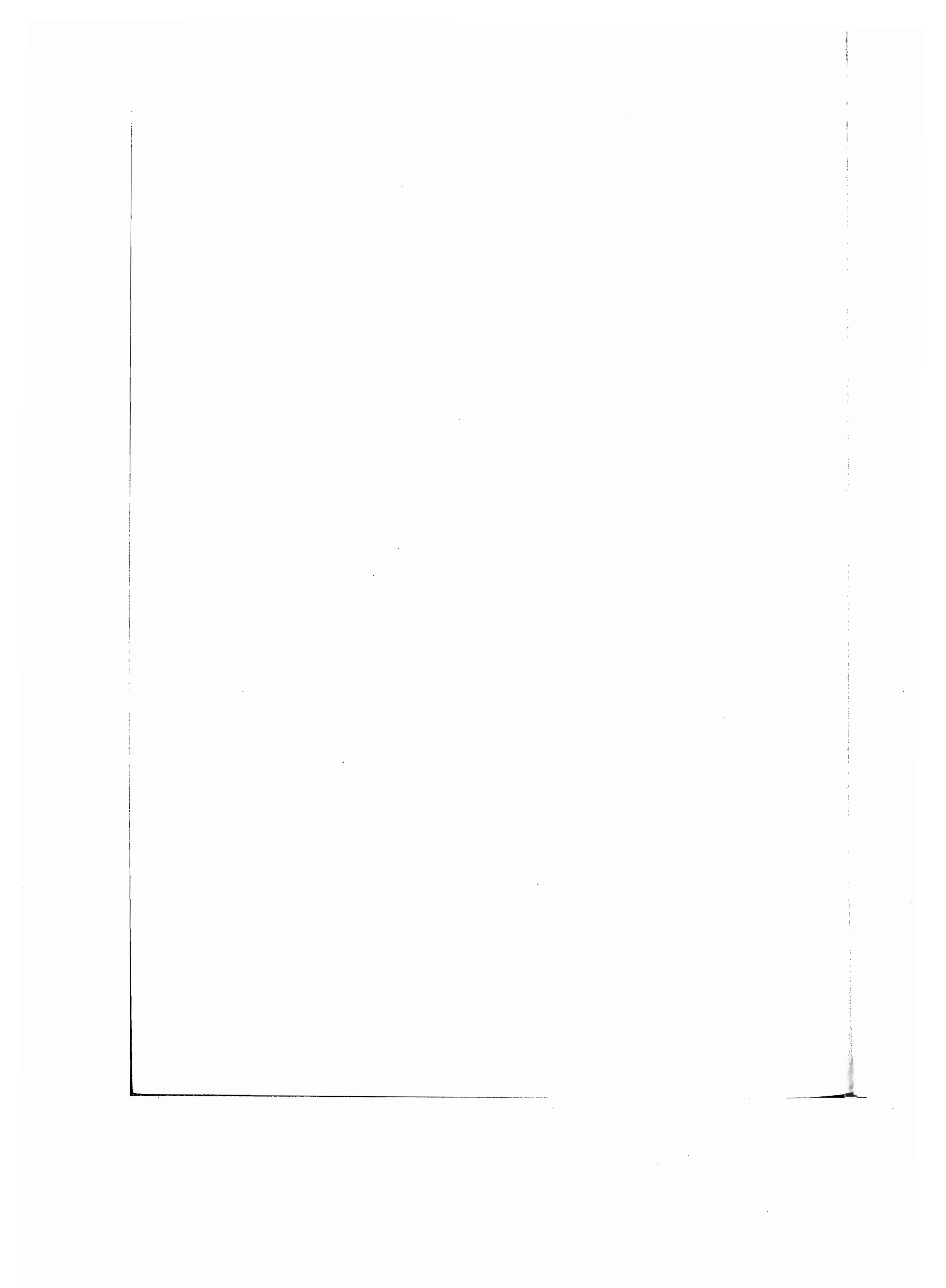
Podemos equivocarnos de varias maneras: podemos, por ejemplo, apreciar mal la importancia relativa de nuestras necesidades. En este caso, si vivimos en aislamiento, damos a nuestros esfuerzos una dirección que no está en concordancia con los intereses bien entendidos. Y si vivimos en el orden social y bajo la ley del intercambio, el efecto es el mismo: hacemos que la demanda y la remuneración se inclinen hacia un género de servicios fútiles o perjudiciales, y determinamos de ese lado la corriente del trabajo humano.

Podemos equivocarnos, asimismo, al ignorar que una satisfacción ardientemente buscada no hará cesar un sufrimiento sino a costa de abrir la fuente de otros sufrimientos, más grandes. No hay ningún efecto que no venga a ser, a su vez, causa de algo. La facultad de previsión se nos ha dado para que abarquemos el encadenamiento de los efectos, para que no hagamos el sacrificio del porvenir en aras del presente; pero muy a menudo carecemos de previsión.

El error determinado por la debilidad de nuestro juicio o por la fuerza de nuestras pasiones: he ahí la primera fuente del mal. Pertenece primordialmente al dominio de la moral. Aquí, como el error y la pasión son individuales, el mal, en cierta medida, es asimismo individual. Sus correctivos eficaces son la reflexión, la experiencia y la acción de la responsabilidad.

Sin embargo, los errores de esta naturaleza pueden llegar a adquirir un carácter social y a engendrar un mal muy generalizado, una vez que se hacen sistemáticos. Hay, por ejemplo, países en los cuales los hombres encargados del gobierno están fuertemente convencidos de que la prosperidad de los pueblos se mide, no por las necesidades que encuentran satisfacción, sino por los esfuerzos que se hacen, cualesquiera que sean los resultados. La división del trabajo ayuda mucho

a fomentar esta ilusión. Como los gobernantes ven que cada profesión está empeñada en vencer un obstáculo, se imaginan que la existencia del obstáculo es una fuente de riquezas. En esos países, cuando la vanidad, la futilidad y el falso amor de la gloria son pasiones dominantes, provocan deseos análogos y determinan en ese sentido una porción de la industria, los gobernantes lo creerían todo perdido si los gobernados llegaran a reformarse y a moralizarse. Piensan así: "¿qué sucedería con los peluqueros, con los cocineros, con los *grooms*, con las bordadoras, con los bailarines, con los fabricantes de galones, etcétera?" —No ven que el corazón humano contendrá siempre un número suficiente de deseos honrados, razonables y legítimos para dar alimento al trabajo; que la cuestión no consistirá nunca en suprimir gustos, sino en depurarlos y en transformarlos; que, por lo tanto, y siguiendo la misma evolución, el trabajo podrá desplazarse, pero no detenerse. En los países en que reinan esas tristes doctrinas se oirá decir a menudo: "es una lástima que la moral y la industria no puedan avanzar juntas. Nosotros quisiéramos ciertamente que los ciudadanos fuesen morales, pero no podemos permitir que se hagan perezosos y miserables. Por eso seguiremos fabricando leyes en el sentido del lujo. Si llega a ser necesario, pondremos impuestos sobre el pueblo; y, en interés del pueblo, para asegurarle el trabajo, crearemos cargos de reyes, de presidentes, de diplomáticos, de ministros, para que sean sus *representantes.*" —Esto se dice y se hace con la mayor buena fe del mundo. El pueblo mismo se presta de muy buena voluntad a ese juego. —Es claro que, cuando el lujo y la frivolidad se convierten así en un asunto legislativo, reglamentado, ordenado, impuesto, sistematizado por la fuerza pública, la ley de la responsabilidad pierde toda su fuerza moralizadora.



John Stuart Mill

Los años 1806 y 1873 son las fechas de nacimiento y muerte del notable economista inglés. Su padre, James Mill, lo sujetó desde la primera infancia a un trabajo intelectual excesivo y en oposición a los principios más elementales de la pedagogía moderna. A los catorce años sabía Griego, Latín, Historia de Inglaterra y Universal, Economía Política y Nociones de Filosofía.

A los dieciséis años comenzó a escribir en periódicos y revistas sobre temas económicos, políticos, sociales y filosóficos. Puede decirse que fue periodista, pero periodista de la más alta calidad, durante toda su vida.

> En 1843 publicó *System of Logie*, obra notable para su tiempo;
>
> en 1844 los *Essaye on some Unsetled Questions of Political Economy;*
>
> en 1848 los *Principales of Political Economy, with some of their Applications to Social Philosophy;*
>
> en 1859 *On Liberty;*
>
> posteriormente, los *Thoughts on Parliamentary Reform, Considerations on Representative Guovernment, Utilitarianism, Auguste Comte and Positivism,* y otras obras más que abarcan diferentes temas, compuestas con escritos publicados en la prensa inglesa.

John Stuart Mill fue empleado de la Compañía de las Indias, durante varios lustros y miembro del Parlamento en tres períodos seguidos. Escribió su *Autobiography* alrededor de tres años antes de su muerte.

Principios de economía política con algunas aplicaciones a la filosofía social,
con introducción y edición de *sir* W. J. Ashley,
pp. 219-236 y 746-757, Fondo de Cultura
Económica, México, 1943.

De la propiedad

1. Los principios que hemos expuesto en la primera parte de este tratado, son, en ciertos respectos, muy distintos de los que vamos a estudiar ahora. Las leyes y las condiciones que rigen la producción de la riqueza participan del carácter de realidades físicas. En ellas no hay nada de arbitrario o facultativo. Sea cual fuere lo producido por la humanidad, tiene que producirse en formas y condiciones impuestas por la constitución de cosas externas, y por las propiedades inherentes a su propia estructura física y espiritual. Quiéralo o no la humanidad, su producción estará limitada por la magnitud de su acumulación previa y, partiendo de ésta, será proporcional a su actividad, a su habilidad y a la perfección de su maquinaria y al prudente uso que haga de las ventajas que proporciona la combinación del trabajo. Quiéralo o no el hombre, el doble de trabajo no producirá en determinada tierra, el doble de alimentos, a menos que tenga lugar una mejora de los procedimientos de cultivo. Por lo tanto, gústele o no, los gastos improductivos de los individuos tenderán a empobrecer la colectividad, y sólo los productivos la enriquecerán. Las opiniones o deseos que existen respecto a estos diversos puntos, no rigen a las cosas mismas. Cierto que no podemos prever hasta qué punto se pueden alterar las formas de producción o aumentar la productividad del trabajo a través de la ampliación de nuestro conocimiento de las leyes de la naturaleza, que haga surgir nuevas formas de actividad de las que no podemos tener idea en la actualidad. Pero como quiera que sea que consigamos ampliar los límites que fija la constitución misma de las cosas, sabemos que existen. Está fuera de nuestro alcance alterar las propiedades extremas de la materia o del

espíritu, y sólo podemos emplearlas con mayor o menor éxito para lograr los acontecimientos que nos interesan.

No sucede lo propio con la distribución de la riqueza. Ésta depende tan sólo de las instituciones humanas. Una vez que existen las cosas, la humanidad, individual o colectivamente, puede disponer de ellas como le plazca. Puede ponerlas a disposición de quien le plazca y en las condiciones que se le antojen. Además, en el estado social, en cualquier estado excepto el del absoluto aislamiento, no se puede disponer de nada sin el consentimiento de la sociedad o, más bien, de aquellos que disponen de su fuerza activa. Incluso aquello que una persona ha producido con su propio trabajo, sin ayuda de nadie, no puede retenerlo si no es con el permiso de la sociedad. Ésta no sólo puede quitárselo, sino que los individuos podrían y querrían quitárselo, sólo con que la sociedad permaneciera pasiva; si no interviniera *en masse*, o empleara y pagara a personas con el fin de impedir que le molesten en su posesión. La distribución de la riqueza depende, por consiguiente, de las leyes y las costumbres de la sociedad. Las reglas que la determinan son el resultado de las opiniones y los sentimientos de la parte gobernante de la comunidad, y varían mucho según las épocas y los países; y podrían ser aún más diferentes, si así le placiera a la humanidad.

Es evidente que las opiniones y los sentimientos de la humanidad no los modela la casualidad. Son una consecuencia de las leyes fundamentales de la naturaleza humana, combinadas con el estado existente de los conocimientos y la experiencia, como asimismo de la situación existente de las instituciones sociales y la cultura intelectual y moral. Pero no forma parte de nuestro asunto el estudio de las leyes que rigen la formación de las opiniones humanas. Esas leyes forman parte de la teoría general del progreso humano, cuyo estudio es un asunto mucho más amplio y difícil que la economía política. Nosotros tenemos que estudiar no las causas, sino las consecuencias de las reglas según las cuales puede distribuirse la riqueza. Éstas, al menos, son tan poco arbitrarias, y participan tanto del carácter de leyes físicas, como las leyes de la producción. Los seres humanos pueden controlar sus propios actos, pero no las consecuencias que éstos puedan tener para ellos o para los demás. La sociedad puede sujetar la distribución de la riqueza a las reglas que estime mejores: pero los resultados prácticos que han de derivarse de la actuación de esas reglas tienen que descubrirse, como cualesquiera otras verdades físicas o espirituales, mediante la observación y el razonamiento.

Vamos, pues, a proceder al estudio de las diferentes formas de distribuir los productos de la tierra y el trabajo adoptadas en la práctica, o que pueden concebirse teóricamente. Nuestra atención se dirige en primer lugar hacia aquella institución primaria y fundamental sobre la que ha descansado siempre, excepto en algunos casos excepcionales y en número muy limitado el orden económico de la sociedad, aunque en sus características secundarias ha variado algo y es posible que

cambie aún. Me refiero, como es natural a la institución de la propiedad individual.

2. La propiedad individual, como institución, no debe su origen a ninguna de las consideraciones de carácter utilitario que abogan por su permanencia una vez establecidas. Sabemos lo bastante de la edad primitiva, tanto por la historia como por estados análogos de la sociedad en los tiempos actuales, para poder afirmar que los tribunales (que siempre preceden a las leyes) se establecieron en un principio no para fijar los derechos de cada cual, sino para reprimir la violencia y terminar las querellas. Y siendo ésta su finalidad principal, era natural que concedieran efecto legal a la primera ocupación, tratando como agresor a la persona que cometía primero la violencia, despojando o intentando despojar a otra de la posesión. Se consiguió así conservar la paz, que era la finalidad primordial del gobierno civil: mientras que al confirmar la posesión, incluso de aquello que no había sido el fruto de esfuerzos personales, a los que ya la poseían se daba una garantía, lo mismo a ellos que a los demás, de que se les protegería en su posesión.

Al estudiar la institución de la propiedad como un asunto de filosofía social, tenemos que dejar a un lado la cuestión de su origen real en cualquiera de las naciones existentes en Europa. Podemos suponer una comunidad desembarazada de toda posesión previa; un grupo de colonizadores que ocupa por primera vez un país deshabitado; que no trae consigo más que aquellas cosas que pertenecen a todos en común, y tiene el campo libre para adoptar las instituciones y la constitución política que juzgue más convenientes; que tiene, por consiguiente, que decidir si la producción se ha de llevar a cabo sujeta al principio de propiedad individual o a algún sistema de propiedad y acción colectiva.

Si se adoptara la propiedad privada, hemos de suponer que no iría acompañada de ninguna de las desigualdades e injusticias iniciales que obstruyen su acción provechosa en las antiguas sociedades. Hemos de suponer que a toda persona adulta, hombre o mujer, se le aseguraría la libre disposición de sus facultades físicas y espirituales; y los instrumentos de producción, tierra y herramientas se distribuirían equitativamente entre ellos, de manera que todos pudieran empezar en iguales condiciones, por lo que respecta a los medios exteriores a la persona. Podemos también imaginar que al hacer este reparto inicial, se compensarían los daños producidos por la misma naturaleza, y se restablecería el equilibrio asignando a los miembros menos robustos de la comunidad ciertas ventajas al hacer la distribución, suficientes para que estuvieran en iguales condiciones que los demás. Pero una vez hecho el reparto, éste no se modificaría para nada; se abandonaría a los individuos a sus propios esfuerzos y a la suerte, para que hicieran el uso que creyeran más conveniente de aquello que se les había asignado. Si, por el contrario, se excluía la propiedad individual, el plan que habría que adoptar consistiría en mantener la tierra y

todos los instrumentos de producción como propiedad indivisa de la comunidad, realizándose todas las operaciones de la actividad por cuenta de la misma. La dirección de los trabajos de la comunidad recaería sobre uno o varios magistrados, que podemos suponer serían elegidos por los sufragios de la colectividad, y todos obedecerían voluntariamente. La repartición de los productos sería también un acto público. El principio en que se basara éste podría ser o bien el de una completa igualdad, o el de proporcionar las partes con arreglo a las necesidades o los merecimientos de los individuos, de cualquier manera que se adaptara a las ideas de justicia que prevalecieran en la comunidad.

Ejemplos en pequeña escala de esta clase de asociaciones son las órdenes monásticas, los moravos, los secuaces de Rapp y otros: y por efecto de las esperanzas que ofrecen de aliviar las miserias y las iniquidades que aparecen en una sociedad en que la riqueza se halla distribuida con gran desigualdad, en todas las épocas en que se ha especulado activamente acerca de los principios fundamentales de la sociedad han aparecido y se han hecho populares proyectos para aplicar en gran escala esa misma idea. En una época como la presente (1848), en la que se considera inevitable una revisión general de todos los principios, y en la que más que en ninguna otra época de la historia tienen voz en la discusión los miembros de la comunidad que más padecen, era inevitable que las ideas de esta naturaleza se extendieran con profusión. Las últimas revoluciones de Europa han hecho surgir muchas discusiones de esta clase y, como es consiguiente, se ha dedicado una atención extraordinaria a las diversas formas que se le han dado a esas ideas; y no es probable que disminuya esta atención sino que, por el contrario, es fácil que aumente cada vez más.

Los que atacan el principio de la propiedad individual pueden dividirse en dos clases: aquellos cuyo plan entraña una absoluta igualdad en la distribución de todos los medios físicos de vida y goce, y aquellos que admiten la desigualdad, pero basada en un principio, o que se supone tal, de justicia o de conveniencia generales y no, como tantas desigualdades sociales existentes, tan sólo de la casualidad. A la cabeza de la primera clase, y como el primero entre los que pertenecen a la generación actual, se ha de situar a mister Owen y sus adeptos. Más recientemente se han hecho notar como apóstoles de doctrinas similares Louis Blanc y M. Cabet (si bien el primero defiende la igualdad de la distribución como transición hacia un ideal más alto de justicia: que cada cual trabaje según su capacidad y reciba según sus necesidades). El nombre característico para este sistema económico es comunismo, palabra de origen continental y que sólo recientemente se ha introducido en este país. La palabra socialismo, que tuvo su origen entre los comunistas ingleses quienes la adoptaron para designar su propia doctrina, se emplea hoy (1849) en el continente en un sentido más amplio; que no entraña necesariamente el comunismo, o sea la completa abolición de la propiedad privada, sino aplicada a cualquier

sistema que requiera que la tierra y los instrumentos de producción sean la propiedad no de individuos, sino de comunidades o asociaciones o del gobierno. Entre todos esos sistemas, los dos que tienen pretensiones intelectuales más elevadas son los que se han llamado saint-simonismo y fourierismo, nombres derivados de los de sus autores reales o supuestos; el primero, muerto ya como sistema, pero que durante los primeros años que siguieron a su aparición sembró la semilla de casi todas las tendencias socialistas que se han extendido tanto en Francia; el segundo, todavía (1865) floreciente por el número, el talento y el celo de sus adherentes.

3. Cualesquiera que sean los méritos o los defectos de esos diferentes sistemas, no puede decirse, en verdad, que sean impracticables. Ninguna persona razonable puede poner en duda que una comunidad aldeana, compuesta de unos cuantos miles de habitantes, que cultiven en propiedad indivisa la misma extensión de tierra que en la actualidad alimenta a todos ellos y que produzcan mediante el trabajo combinado y los procedimientos más perfectos los artículos manufacturados que precisen, podrían cultivar todos los productos necesarios para mantenerse en comodidad; y que encontraría los medios de obtener y, si fuera necesario, exigir, la cantidad de trabajo necesaria para ese fin, de cada miembro de la comunidad capaz de trabajar.

La objeción que ordinariamente se hace al sistema de propiedad en común e igual distribución de los productos, que cada persona estaría siempre ocupada en evadirse del trabajo que le correspondiera, indica, sin duda, una dificultad real. Pero los que alegan esa objeción olvidan hasta qué punto esa misma dificultad se presenta en el sistema que rige actualmente las nueve décimas partes de los negocios de la sociedad. La objeción parte del supuesto de que no se puede obtener trabajo honrado y eficiente más que de aquellos que han de recoger individualmente el beneficio de sus propios esfuerzos. Pero bien pequeña es la parte de todo el trabajo que se realiza en Inglaterra —desde el peor pagado hasta el que lo es mejor— llevada a cabo por personas que trabajan en beneficio propio. Desde el segador o el peón irlandés hasta el presidente del tribunal supremo o el ministro de Estado, casi todo el trabajo de la sociedad se remunera con un jornal o un salario fijo. Un obrero de fábrica tiene menos interés personal en su trabajo que el miembro de una asociación comunista, puesto que no trabaja como éste para una sociedad de la que él mismo es socio. Se dirá, sin embargo, que si bien los trabajadores no tienen, en la mayor parte de los casos, un interés personal en su trabajo, están vigilados y dirigidos en él, y que la parte mental del mismo la realizan personas que sí están interesadas. No obstante, aun esto dista de ser una realidad universal. En todas las empresas públicas y en muchas privadas entre las que se cuentan las más grandes y prósperas, no sólo los trabajos de detalle sino también los de dirección y control están encomendados a funcionarios asalariados. Y si bien "el ojo del amo", cuando éste es activo e inteligente, es de un valor proverbial, es preciso recordar que

en una granja o en una manufactura socialista, cada trabajador estaría no bajo el ojo del amo, sino bajo los de toda la comunidad. En el caso extremo de una obstinada perseverancia en no realizar el trabajo que le corresponde, la comunidad dispondría de los recursos que tiene ahora la sociedad para hacer cumplir los requisitos de asociación. El despido, remedio único en la actualidad, no es tal remedio cuando cualquier trabajador que se contrate para sustituir al despedido estará en iguales condiciones que su predecesor; la posibilidad del despido sólo faculta al patrón para obtener de sus obreros la cantidad acostumbrada de trabajo, garantía de la eficiencia de éste. Incluso el trabajador que pierde su empleo por holgazanería o negligencia no tiene que temer, en el peor de los casos, más que la disciplina de un asilo, y si el deseo de evitar ésta es motivo suficiente en un caso, también lo sería en el otro. No es que yo desprecie la fuerza del aliciente que se da al trabajo cuando la totalidad o una buena parte del beneficio del esfuerzo suplementario pertenece al trabajador. Pero en el sistema actual este aliciente no existe en la mayoría de los casos. Si el trabajo comunista fuera menos vigoroso que el de un cultivador propietario o un obrero que trabaje por su cuenta, sería con toda probabilidad más enérgico que el de un trabajador alquilado, que no tiene ningún interés personal en el asunto. En el estado actual de la sociedad no puede ser más notoria la indiferencia de las clases ineducadas de trabajadores asalariados hacia los deberes que se comprometen a cumplir. Ahora bien, es una condición admitida en el plan comunista que todos recibirán educación; y dada esta condición, es evidente que todos los miembros de la asociación cumplirían sus deberes con una diligencia igual, por lo menos, que la de la generalidad de los funcionarios asalariados de las clases medias y alta, los cuales se supone no han de ser desleales a la confianza en ellos depositada, porque mientras no sean despedidos su paga es la misma por muy flojamente que cumplan con su deber. No cabe duda de que, por regla general, la remuneración por medio de salarios fijos no produce el máximo de celo en ninguna clase de funcionarios; y esto es todo lo que puede alegarse en contra del trabajo comunista.

Y que esta inferioridad tuviera que existir por necesidad no es en modo alguno tan cierto como dan por supuesto los que están poco acostumbrados a pensar en un estado de cosas más avanzado que aquél con el cual están familiarizados. La humanidad es capaz de mostrar espíritu público en un grado mucho más elevado del que se acostumbra suponer posible en la época actual. Y ningún suelo sería más favorable para el desarrollo de ese sentimiento que una asociación comunista, ya que toda la ambición y toda la actividad corporal y mental que se ejercitan actualmente en la persecución de intereses separados y egoístas, precisarían otra forma de emplearse, y la encontrarían de manera natural en la persecución del beneficio general de la comunidad. La misma causa, que con tanta frecuencia se invoca para explicar la devoción del sacerdote católico o el fraile hacia los

intereses de su orden, a saber, que no tienen ningún interés extraño, uniría, bajo el comunismo, el ciudadano a la comunidad. E independientemente de todo motivo público, cada miembro de la asociación estaría sujeto a la jurisdicción del más universal y más fuerte de todos los motivos, el de la opinión pública. Nadie negará la fuerza de ésta para disuadir de llevar a cabo un acto u omisión reprobada en forma positiva por la comunidad; sin embargo, el poder de la emulación, para excitar a realizar los mayores esfuerzos con el fin de obtener la aprobación y la admiración de los demás, lo atestigua la experiencia cada vez que los seres humanos compiten en público los unos con los otros, incluso en las cosas más frívolas y de las cuales el público no saca beneficio alguno. Una competencia de la que puede derivarse el mayor bien para la comunidad no es, ciertamente, la clase de disputa que repudiaría el socialismo. Por consiguiente, debemos considerar como cuestión aún no decidida, hasta qué punto disminuiría la energía del trabajo en un régimen comunista, o si a la larga, habría en realidad, alguna disminución.

Otra de las objeciones que se hace al comunismo es semejante a la que con tanta frecuencia se invoca contra la ley de beneficiencia: que si a cada miembro de la comunidad se le asegura la subsistencia para él y para cada uno de sus hijos, con la sola condición de estar dispuesto a trabajar, desaparecería toda prudencia en la multiplicación de la humanidad y la población empezaría a crecer a un paso tal que reducirla a la comunidad a la muerte por hambre, pasando primero por grados sucesivos de privaciones. Cierto que habría motivos para tener esto del comunismo si éste no aportara consigo mismo motivos de restricción equivalentes a los que habría hecho desaparecer. Pero el comunismo es precisamente un estado de cosas en el cual es de suponer que la opinión pública se declararía con gran energía contra esta clase de intemperancia egoísta. Todo aumento del número de habitantes que disminuyera las comunidades o aumentara los trabajos de la masa, causaría (lo que no sucede ahora) inconvenientes inmediatos y evidentes a cada individuo de la comunidad; inconvenientes que no podrían achacarse a la avaricia de los patrones o a los injustos privilegios de los ricos. En circunstancias tan distintas de las actuales la opinión no podría menos de reprobar goces semejantes o de otra clase cualquiera, que se realizara a expensas de la comunidad; y si la reprobación no fuera suficiente, la castigaría con las penas que fueran necesarias. Así, pues, el plan comunista, en lugar de estar particularmente expuesto a las objeciones que se derivaran del peligro de la sobrepoblación, se recomienda por el grado especial con que tienden a impedir ese mal.

La distribución equitativa del trabajo entre los miembros de la comunidad es una dificultad más real. Hay muchas clases distintas de trabajo ¿y por medio de qué patrón se compararían las unas con las otras? ¿Quién ha de ser el juez que dictamine qué cantidad de hilado de algodón, o de distribución de alimentos desde los almacenes

o de colocación de ladrillos, o de limpieza de chimeneas, equivale a una cierta cantidad de labranza de la tierra? La dificultad de hacer un ajuste entre las diferentes clases de trabajo la sienten en forma tan aguda los escritores comunistas, que por regla general pensaron que sería necesario que todos los miembros de la comunidad realizarán por turno cada uno de los trabajos útiles: disposición que, haciendo desaparecer la división del trabajo sacrificaría en tal forma las ventajas de la producción cooperativa que disminuiría mucho la productividad. Además, incluso en la misma clase de trabajo, la igualdad nominal de éste sería en realidad una desigualdad tan grande que el sentimiento de la justicia se revelaría contra su aplicación. Todas las personas no son igualmente aptas para todos los trabajos, y la misma cantidad de trabajo sería una carga muy desigual para el débil y para el fuerte, para el robusto y el delicado, el ligero y el lento, el torpe y el inteligente.

Pero estas dificultades, si bien reales, no son insuperables. Proporcionar trabajo a las fuerzas y las capacidades de los individuos, aliviar una ley general para evitar que en determinados casos actúe con demasiada severidad, no son problemas que la inteligencia humana, guiada por un sentimiento de justicia no puede resolver en forma adecuada. Y la peor y más injusta disposición que a este respecto pudiera hacerse, en un sistema que aspira a la igualdad, no llegaría ni con mucho a la desigualdad y la injusticia con que el trabajo (sin hablar de la remuneración) se distribuye ahora. Hemos de recordar también que el comunismo, como sistema social, existe sólo en la imaginación; que por el momento se comprenden mucho mejor sus dificultades que sus recursos, y que el intelecto humano empieza tan sólo a buscar los medios de organizarlo en todos sus detalles, de manera que venza aquéllas y obtenga las mayores ventajas de los últimos.

Por consiguiente, si hubiera de elegirse entre el comunismo con todos sus azares y el estado actual (1852) de la sociedad con todos sus sufrimientos e injusticias; si la institución de la propiedad privada entrañara necesariamente que los productos del trabajo han de repartirse como vemos que se hace hoy en día, casi en razón inversa del trabajo —la parte mayor para aquellos que nunca han trabajado, la parte que le sigue en magnitud para aquellos cuyo trabajo es casi nominal, y así sucesivamente en una escala descendente, disminuyendo la remuneración a medida que el trabajo es más duro y más desagradable, hasta que el trabajo corporal más fatigoso y agotador no puede contar con la seguridad de poder ganar ni aun las cosas más necesarias para la vida—; si esto o el comunismo fuera la alternativa, serían como polvo en el platillo de una balanza. Pero, para hacer aplicable la comparación, tenemos que comparar el comunismo en su mejor estado con el régimen de propiedad individual, no como es, sino como pudiera hacerse que fuera. El principio de la propiedad privada nunca se ha practicado fielmente en ningún país; y menos, tal vez, en éste. El orden social de la Europa moderna comenzó con una distribución

de la propiedad que no fue el resultado de un reparto equitativo o de la adquisición mediante la actividad, sino de la conquista y la violencia; y a pesar de todo lo que la actividad ha estado haciendo durante muchos siglos para modificar lo que la fuerza había edificado, el sistema retiene todavía muchas y grandes huellas de su origen. Las leyes de la propiedad no se han ajustado nunca, todavía a los principios en que descansa la justificación de la propiedad privada. Han creado la propiedad de cosas que nunca debieron ser propiedad, y la propiedad absoluta allí donde sólo debería existir la propiedad condicionada. No han mantenido el fiel de la balanza entre los seres humanos, sino que han amontonado impedimentos sobre algunos, para dar ventajas a otros; han fomentado adrede las desigualdades, y han impedido a todos empezar juntos la carrera. Cierto que es incomparable con todas las leyes de la propiedad privada que todos empiecen en iguales condiciones; pero si todos los esfuerzos que se han hecho para agravar la desigualdad de posibilidades derivada de la actuación natural del principio, se hubieran hecho con el fin de moderar esa desigualdad por todos los medios que no fueran incompatibles con el principio en sí; si la tendencia de la legislación hubiera sido favorecer la difusión de la riqueza, en lugar de su concentración —alentar la subdivisión de las grandes masas de riquezas, en lugar de esforzarse por mantenerlas unidas—, no se hubiera asociado el principio de la propiedad individual con todos los males físicos y sociales de los cuales, según casi todos los escritores socialistas, es inseparable.

Siempre que se defiende la propiedad privada se supone que ésta significa el medio de garantizar a los individuos los frutos de su propio trabajo y abstinencia. La garantía de los frutos del trabajo y la abstinencia de otros, que se trasmiten a ellos sin ningún mérito y esfuerzo propios, no es la esencia de la institución, sino una mera consecuencia accidental que, cuando alcanza una cierta altura, no secunda los fines que hacen legítima la propiedad privada, sino que choca con ellos. Para juzgar el destino final de la institución de la propiedad tenemos que suponer rectificado todo aquello que la hace actuar en una forma opuesta al principio equitativo de la proporcionalidad entre la remuneración fundada del mismo. Hemos de suponer también que se realizan dos condiciones sin las cuales ni el comunismo ni ningunas otras leyes o instituciones podrían evitar que la situación de la masa humana degenerara en la degradación y la miseria. Una de esas condiciones es la de la educación universal; la otra, una debida limitación del número de habitantes de la comunidad. Realizadas esas dos condiciones, no podría existir la pobreza, incluso bajo las presentes instituciones sociales; y, dadas éstas, la cuestión del socialismo no es, como generalmente la exponen los socialistas, una cuestión de volar hacia el único refugio contra los males que ahora aquejan a la humanidad; sino a una mera cuestión de ventajas relativas, que el futuro tiene que decidir. Aun sabemos demasiado poco sobre lo que el sistema individual llevado a su mayor perfección, o el socialismo

en la mejor de sus formas, pueden realizar, para poder decidir cuál de los dos será la forma de la sociedad humana.

Si se nos permite aventurar una opinión, la elección final dependerá probablemente y de manera principal de la siguiente consideración: cuál de los dos sistemas es compatible con la mayor suma de libertad humana y espontaneidad. Una vez asegurados los medios de subsistencia, la más fuerte de todas las necesidades de los seres humanos es la libertad; y ésta (la diferencia de las necesidades físicas, que a medida que la civilización avanzada se hacen más moderadas y más fáciles de controlar) aumenta en lugar de disminuir en intensidad a medida que la inteligencia y las facultades morales se desarrollan más y más. La perfección tanto de las instituciones sociales como de la moralidad práctica consistiría en asegurar a todas las personas completa independencia y libertad de acción, sin otra restricción que la de no perjudicar a los demás; y la educación que les enseñara, o las instituciones sociales que les exigieran cambiar el control de sus propias acciones por no importa qué cantidad de comodidades o de abundancia, o renunciar a la libertad en gracias a la igualdad, les privaría de una de las más elevadas características de la naturaleza humana. Queda por descubrir hasta qué punto sería compatible la conservación de esta característica con la organización comunista de la sociedad. No cabe duda de que esta objeción, como todas las demás que se han hecho a los planes socialistas, se ha exagerado mucho. No sería preciso que todos los miembros de la asociación vivieran más juntos que ahora, ni sería necesario controlar la forma en que dispusieran de su parte individual en la producción, como asimismo del mucho tiempo libre de que dispondrían si limitaban su producción a aquellas cosas que realmente valiera la pena producir. Los individuos no estarían encadenados necesariamente a una ocupación o a una localidad determinada. Las restricciones del comunismo serían libertad en comparación con la situación actual de la mayoría de la raza humana. La generalidad de los trabajadores en este país y en casi todos los demás tiene tan poca libertad para escoger su ocupación o para trasladarse de un sitio a otro, depende en la práctica en tal forma de reglas fijas y de la voluntad de los demás, como en cualquier sistema poco diferente de la absoluta esclavitud; y eso sin mencionar la completa sujeción doméstica de la mitad de la especie, a la que cabe el honor tanto al owenismo como a casi todas las otras formas del socialismo de asignarles iguales derechos, por todos respectos, que al sexo que hasta ahora ha sido el dominante. Pero no es comparándolo con el defectuoso sistema actual de la sociedad como se pueden apreciar las reivindicaciones del comunismo; ni es bastante que prometiera una mayor libertad personal y espiritual que la que actualmente disfrutan aquellos que no disponen ni de una ni de otra en proporción que merezca la pena. La cuestión real es si quedaría algún asilo para la individualidad del carácter; si la opinión pública no se convertiría en un yugo tiránico; si la absoluta dependencia de cada uno para los demás y de los demás para cada uno, no

oprimiría a todos bajo la misma mansa uniformidad de pensamientos, sentimientos y acciones. Este es ya uno de los males más notorios del actual estado de la sociedad, a pesar de existir una mayor diversidad de educación y ocupaciones y una dependencia menos absoluta del individuo, con respecto a la masa, que en el régimen comunista. Ninguna sociedad en la que la excentricidad pueda ser objeto de reproche puede ser un estado sano. Falta aún comprobar si el plan comunista sería compatible con aquel desarrollo multiforme de la naturaleza humana, con aquellas múltiples semejanzas, aquella diversidad de gustos y talentos y variedad de puntos de vista intelectuales, que no sólo constituyen una gran parte del interés de la vida humana, sino que, procurando el choque estimulante de las inteligencias y presentando a cada uno innumerables ideas que él mismo no hubiera podido concebir, son el resorte principal del progreso espiritual y moral.

4. Hasta ahora he limitado mis observaciones a la doctrina comunista, que constituye el límite extremo del socialismo, según la cual no sólo los instrumentos de producción, la tierra y el capital, son la propiedad indivisa de la comunidad, sino que los productos y el trabajo se reparten con igualdad, en la medida de lo posible. Las objeciones, bien o mal fundadas, a las que se halla expuesto el socialismo, se aplican a esta forma del mismo con su fuerza mayor. Las otras variantes del socialismo difieren principalmente del comunismo en que no se apoyan tan sólo en lo que M. Louis Blanc llama el pundonor de la actividad, sino que retienen en mayor o menor proporción los alimentos al trabajo que se derivan de los intereses pecuniarios privados. Así, la adopción del principio por el que la remuneración debe ser proporcionada al trabajo es ya una modificación de la teoría estricta del comunismo. Casi todas las tentativas hechas en Francia para llevar a la práctica el socialismo, por asociaciones de obreros que fabricaban por su propia cuenta, empezaron remunerando por igual a todos, sin tener en cuenta la cantidad de trabajo realizado por cada uno: casi sin excepción, se abandonó este plan al poco tiempo, recurriéndose al trabajo a destajo. El principio original apela a un tipo más elevado de justicia, y se adopta a una situación moral más elevada de la naturaleza humana. El proporcionar la remuneración al trabajo realizado es justo mientras la mayor o menor cantidad de trabajo es una cuestión voluntaria: cuando depende de las diferencias naturales de fuerza o capacidad, este principio de remuneración es por sí mismo una injusticia: es dar a los que ya tienen; acordar más a los que ya han sido más favorecidos por la naturaleza. Sin embargo, considerándolo meramente como una transacción con el tipo egoísta de carácter que ha formado bajo el tipo imperante de moralidad, el que dan las instituciones sociales existentes, es altamente expeditivo; y, en tanto la educación no se haya renovado por completo, es más probable que tenga éxito inmediato que cualquier intento de aplicar el ideal más elevado.

Las dos formas detalladas de socialismo no comunista, conocidas con los nombres de saintsimonismo y fourierismo, se hallan por completo exentas de las objeciones que por lo general se hacen al comunismo; y si bien tiene sus propios puntos débiles, no obstante por la gran fuerza intelectual que en muchos aspectos las distinguen y por el tratamiento amplio y filosófico que dan a algunos de los problemas fundamentales de la sociedad y la moral, pueden con justicia contarse entre las producciones más notables de las épocas pasadas y de la actual.

Según el plan saint-simoniano los productos no se distribuyen por igual, sino que hay desigualdad en el reparto; no propone que todos hagan todos los trabajos, sino que cada uno realice aquél para el cual tiene más vocación o capacidad; a cada uno se le asigna una función, como los grados de un regimiento según el criterio de la autoridad directriz, y la remuneración se realiza bajo la forma de un salario, proporcionado a la importancia de la función en sí y a los méritos de la persona que la ejecuta. Para la constitución del cuerpo de gobernantes pueden adoptarse diferentes planes, compatibles con la esencia del sistema. Podría elegirse por sufragio popular. Según la idea de los autores originales, se suponía que los gobernantes eran personas geniales y virtuosas, que obtenían la adhesión voluntaria de los demás por la fuerza de su superioridad esperitual. Es probable que este sistema funcionara bien en ciertos estados especiales de la sociedad. Se ha realizado, en efecto, un experimento feliz de naturaleza semejante, el cual he aludido ya con anterioridad: el de los jesuitas en el Paraguay. Una raza de salvajes, más refractaria que ninguna otra de las conocidas a realizar un trabajo sostenido con vistas a un objetivo lejano, se sujetó al dominio espiritual de algunos hombres civilizados e instruidos que estaban unidos entre sí por un sistema de comunidad de bienes. Los salvajes se sometieron a la autoridad absoluta de esos hombres a quienes reverenciaban, y éstos les instruyeron en las artes de la vida civilizada, les enseñaron a realizar trabajos para la comunidad, que por ningún motivo hubieran realizado para sí mismos. Este sistema social duró poco, siendo destruido prematuramente por arreglos diplomáticos y la fuerza extranjera. Es probable que, si pudo funcionar, se debió en gran parte a la inmensa distancia en punto a inteligencia y conocimientos que separaba a unos pocos dirigentes de la masa entera de gobernados, sin que existieran grados intermedios, ni de tipo social ni intelectual. En cualesquiera otras circunstancias hubiera sido con toda probabilidad un completo fracaso. Supone un despotismo absoluto por parte de los que están a la cabeza de la asociación; despotismo que no resultaría atenuado si los que ejercen se renuevan de tiempo en tiempo por votación popular. Pero suponer que unos cuantos seres humanos, como quiera que fueran elegidos, podrían, mediante no importa qué mecanismo de agentes subordinados, adaptar el trabajo de cada persona a su capacidad y proporcionar la remuneración de cada uno de sus méritos

—ser, de hecho, para cada miembro de la comunidad, los dispensadores de la justicia distributiva; o que cualquiera que fuera el uso que hicieran de su fuerza, darían satisfacción a todos, o lograrían sumisión sin recurrir a la fuerza— es una suposición tan quimérica que es innecesario razonar en contra de ella. Podría aceptarse una regla fija e inmutable, como la de la igualdad, como se acepta la suerte o la necesidad externa; pero que un puñado de seres humanos pesara a cada cual en la balanza, y diera más a uno y menos a otro con arreglo a su juicio y su capricho, no se soportaría a menos que lo hicieran personas que se creyera fueran más que hombres, y respaldadas por terrores sobrenaturales.

La forma del socialismo que se ha combinado con mayor habilidad y en la que se han previsto en mayor grado todas las objeciones posibles, es la que se conoce comúnmente con el nombre de fourierismo. No entra en las miras de este sistema la abolición de la propiedad privada, ni tampoco de la herencia; por el contrario, admite abiertamente, como elemento en la distribución de los productos, tanto el capital como el trabajo. El fourierismo propone que todas las actividades se lleven a cabo por medio de asociaciones de unos dos mil miembros, los cuales realizarían todos sus trabajos en un distrito de una legua cuadrada de extensión, aproximadamente, bajo la dirección de jefes seleccionados por ellos mismos. Al hacer la distribución se asigna una cierta cantidad mínima a cada miembro de la comunidad, ya sea o no capaz de trabajar. El resto de los productos se distribuye en proporciones fijadas de antemano, entre los tres elementos, trabajo, capital y talento. El capital de la comunidad puede pertenecer en proporciones desiguales a los diferentes miembros de la misma, los cuales recibirían, como en cualquier compañía por acciones, dividendos proporcionales. El derecho de cada persona a la parte de la producción adjudicada al talento se estima por el grado o el rasgo que ocupa el individuo en los diversos grupos de trabajadores a los cuales pertenece; grados que en cada caso se conferirían por la elección de sus propios compañeros. Una vez recibida la remuneración, no sería obligatorio gastarla o gozarla en común; habría *ménsages* separados para los que así los prefieran y no se proyecta otra comunidad debida que el que todos los miembros de la asociación residan en un mismo grupo de edificios, con objeto de economizar, no sólo en la edificación, sino también en todas las ramas de la economía doméstica; y para que la enorme parte de los productos de la actividad que hoy se lleva la ganancia de los meros distribuidores pueda reducirse a la menor cantidad posible, todas las operaciones de compra y venta de la comunidad las realizaría un solo agente.

Este sistema, a diferencia del comunismo, no destruye al menos en teoría, ninguno de los alicientes al esfuerzo que existen en el estado actual de la sociedad. Por el contrario, si las disposiciones adoptadas funcionaran de acuerdo con las intenciones de quienes las imaginaron, incluso reforzarían esos alicientes, ya que cada persona tendría una

seguridad mucho mayor de recoger individualmente los frutos de su mayor habilidad o energía, tanto corporal como mental, que la que puede sentir bajo el orden social existente el que no sea de aquellos que se hallan situados en las posiciones más ventajosas. No obstante, los fourieristas tienen todavía otro recurso. Creen que han resuelto el gran problema fundamental de hacer el trabajo atractivo. Y afirman, valiéndose de argumentos de gran fuerza, que tal cosa no es impracticable; uno de los argumentos que emplean, es también común a los owenistas, es que casi ningún trabajo de los que soportan los seres humanos para proveer a su subsistencia, excede en intensidad a aquellos que otros seres humanos, cuya subsistencia se halla asegurada, están dispuestos a soportar por mero placer. Cierto que éste es un hecho muy significativo y del cual pueden derivar grandes enseñanzas los que estudian la filosofía social. Pero se corre el riesgo de estirar demasiado el argumento basado sobre esta consideración. Si muchas personas practican con entera libertad ocupaciones incómodas y fatigosas, a título de diversión. ¿Quién puede dejar de ver que esas ocupaciones diviertan precisamente porque se realizan con toda libertad y pueden abandonarse cuando se quiera? Con gran frecuencia, la libertad de poder abandonar una situación hace que sea agradable en lugar de penosa. Más de una persona que permanece en la misma ciudad, la misma calle y la misma casa, desde enero hasta diciembre, sin que ni con el deseo ni con el pensamiento quiera trasladarse a otro sitio encontraría absolutamente intolerable la reclusión si se viera obligada a permanecer en el mismo lugar por mandato de la autoridad.

Según los fourieristas, apenas si ninguna clase de trabajo útil es por su misma naturaleza desagradable, a menos que se considere como deshonroso, o que sea inmoderado, o que se le destituya de todo estímulo y simpatía. Alegan, asimismo, que una sociedad en la que no hubiera ninguna clase ociosa, ni ningún despilfarro de trabajo no sería necesario que persona alguna trabajara con exceso, ya que en la sociedad actual se derrocha una enorme cantidad de trabajo en producir cosas inútiles, y que en ella se podrían obtener todas las ventajas que ofrece la asociación, tanto en el aumento de la producción como en la economía y en el consumo. Creen así mismo que los demás requisitos que harían atractivo el trabajo se encontrarían en la realización de todos los trabajos por grupos sociales, a varios de los cuales podría pertenecer a la vez un mismo individuo, a su gusto: fijándose en su rango en cada uno de ellos de acuerdo con el servicio que fuera capaz de realizar, según la apreciación de sus camaradas. Se deduce de la diversidad de gustos y talentos que cada miembro de la comunidad podría pertenecer a varios grupos, ocupándose así en varios trabajos, unos corporales y otros mentales, y podría ocupar un puesto elevado en uno determinado o en varios a la vez; de modo que en la práctica resultaría una igualdad efectiva, o algo más próximo a ella de lo que a primera vista puede parecer, por efecto del mayor

desarrollo que podrían tener las diversas capacidades naturales que residen en cada individuo.

Incluso después de una reseña tan breve, tiene que ser evidente que este sistema no violenta en modo alguno ninguna de las leyes generales que influyen en la actividad humana, aun en el imperfecto estado actual de la cultura intelectual, y moral, y que sería temerario declararlo absolutamente incapaz de tener éxito o inapropiado para cumplir una gran parte de las esperanzas que en el mismo depositan sus adeptos. Lo que hay que desear con respecto a este como a las demás variantes del socialismo, y a lo que tienen perfecto derecho, es la oportunidad de un ensayo. Todos pueden ensayarse en escala moderada, sin riesgo alguno personal ni pecuniario, si no es para aquellos que se sometan al ensayo. Es la experiencia la que ha de decidir cuánto y hasta qué punto, uno o varios de estos sistemas posibles de propiedad en común estarán en disposición de sustituir a la "organización de la actividad" basada en la propiedad privada de la tierra y el capital. Entretanto, podemos afirmar, sin intentar limitar las capacidades finales de la naturaleza humana, que durante mucho tiempo aún, el economista político se interesará sobre todo en las condiciones de existencia y de progreso inherentes a una sociedad basada en la propiedad privada y en la rivalidad personal; y que en el estado actual del perfeccionamiento humano, el fin principal a perseguir no es la subversión del sistema de la propiedad individual sino su mejoramiento y la completa participación de todos los miembros de la comunidad en las ganancias que del mismo se deriven.

Del futuro probable de las clases trabajadoras

1. Las observaciones del capítulo precedente tenían como principal objeto combatir un falso ideal de la sociedad humana. Su aplicación a los fines prácticos de los tiempos presentes consiste en moderar la excesiva importancia que se atribuye al simple incremento de la producción y en fijar la tensión sobre una mejor distribución una remuneración más ampl.a del trabajo, considerándolos como los dos objetivos más importantes por alcanzar. Ni al legislador ni al filántropo debe interesarles mucho el que la producción total absoluta aumente o no, una vez que ésta ha alcanzado un determinado volumen; pero sí es de la mayor importancia el que aumente en proporción al número de los que se la reparten, y esto (lo mismo si la riqueza de la humanidad es estacionaria, que si aumenta con la mayor rapidez que nunca se haya conocido en un país antiguo), tiene que depender de las opiniones y de las costumbres de la clase más numerosa: la de los trabajadores manuales.

Cuando hablo, aquí o en cualquier otro lugar, de "las clases trabajadoras", o de los trabajadores como "clase", uso esa frase de acuerdo

con la costumbre y como representativa de un estado de relaciones sociales existente, pero que en modo alguno es necesario o permanente. No reconozco como justo ni saludable un estado de la sociedad en la que exista una "clase" que no sea trabajadora, ni seres humanos exceptuados de soportar su parte en los trabajos inherentes a la vida humana, excepto aquellos que no pueden trabajar o que por sus trabajos anteriores han ganado justamente el derecho al descanso. No obstante, mientras exista el gran mal de una clase no trabajadora, los trabajadores también constituyen una clase, y puede hablarse de ellos, si bien sólo provisionalmente, en ese sentido.

En los últimos tiempos se ha reflexionado y se ha discutido mucho acerca de la situación de la gente trabajadora bajo el doble aspecto moral y social, y se ha generalizado mucho la opinión de que aquélla no es la que debiera ser. Las sugerencias que se han hecho y las controversias que se han suscitado, más bien sobre puntos sueltos que sobre los fundamentos del asunto, han puesto de manifiesto la existencia de dos teorías opuestas acerca de la posición social deseable para los trabajadores manuales. A una de ellas puede llamársela la teoría de la dependencia y la protección; a la otra, la de la autodependencia.

Según la primera de dichas teorías, la suerte de los pobres en todo aquello que les afecta colectivamente, debe regularse *para* ellos, no *por* ellos. No debe exigírseles que piensen por sí mismos o estimularles a que lo hagan, ni conceder a sus propias reflexiones o a sus proyectos influencia alguna en la fijación de sus destinos. Se supone que es deber de las clases más altas pensar por ellos y hacerse responsables de su suerte, de la misma manera que el jefe y los oficiales de un ejército son responsables de la suerte de los soldados que lo componen. Se pretende que las clases más elevadas deben prepararse para realizar a conciencia esta función y que toda su conducta debe tender a inculcar en el pobre la confianza en ellos, para que, al mismo tiempo que rinden una obediencia pasiva y activa a las reglas que se les fijan, puedan resignarse en todos los demás respectos a una confiante *insouciance* y reposar al abrigo de sus protectores. Según esta teoría, la relación entre el rico y el pobre debe ser (y esta teoría se aplica también a la relación entre el hombre y la mujer) sólo en parte autoritaria; debe ser amable, moral y sentimental: tutela afectuosa, por un lado, diferencia respetuosa y agradecida por el otro, Los ricos deben estar *in loco parentis* del pobre, guiándolos y reprimiéndolos como niños. No se necesitaría ninguna acción expontánea de su parte. No debe exigírseles otra cosa que el trabajo de cada día y que sean morales y religiosos. Su moralidad y su religión se la proporcionarán sus superiores, que deberán cuidar de que se les enseñe como es debido, y deberán hacer todo lo necesario para que, a cambio de su trabajo y de su fidelidad, estén bien alimentados, vestidos, alojados, confortados espiritualmente y que se diviertan inocentemente.

Éste es el ideal del futuro para aquellos cuyo disgusto con el presente toma la forma de afecto al pasado y de pena por haber desaparecido. Como otros ideales, ejerce una influencia inconsciente sobre las opiniones y sentimientos de muchas personas que nunca se guiaron a sabiendas por un ideal. Tiene también esto de común con otros ideales: que nunca se ha realizado de hecho. Apela a nuestras simpatías imaginativas bajo la forma de una restauración de los buenos tiempos de nuestros antepasados. Pero no puede indicarse ninguna época durante la cual las clases más altas de este país o de algún otro desempeñaran un papel que ni de lejos se asemejara al que se le asigna en esta teoría. Es una idealización basada en la conducta y el carácter de alguno que otro individuo. Todas las clases poderosas y privilegiadas, como tales clases, han usado su fuerza para satisfacer sus propios egoísmos y han demostrado su propia importancia despreciando y no cuidado con cariño a aquellos que a su juicio eran seres inferiores por el hecho de que necesitaban trabajar en beneficio suyo. No quiero decir que haya de ser siempre así, o que el perfeccionamiento humano no tienda a corregir los intensos sentimientos egoístas que engendra el poder; pero aunque pueda aminorarse el mal, no puede arrancarse de raíz mientras no se haya eliminado el poder mismo. Al menos me parece innegable el hecho de que mucho antes de que las clases superiores pudieran mejorar lo bastante para regir las clases inferiores de la manera tutelar que se da por supuesta, éstas habrán adquirido tal conciencia de sí mismas que no podrá gobernárselas de esa manera.

Me doy perfecta cuenta de todo lo que hay de seductor en el cuadro de la sociedad que nos presenta esta teoría. Aunque los hechos que pinta no tienen ningún modelo en el pasado, los sentimientos sí lo tienen. En ellos reside todo lo que hay de real en la concepción. Así, como es esencialmente repulsiva la idea de una sociedad cuyo único aglutinante son las relaciones y los sentimientos que se derivan de los intereses pecuniarios, hay algo naturalmente atractivo en la de una sociedad que abunde en fuertes afectos personales y en abnegación desinteresada. Se ha de admitir que hasta ahora la fuente más rica en tales sentimientos ha sido la relación entre protector y protegido. Los más fuertes afectos de los seres humanos en general se manifiestan por las cosas o las personas que se interponen entre ellos y algún mal muy temido. De aquí que, en las épocas de violencia e inseguridad, en las que es general la dureza y la crueldad de las costumbres, en las que a cada paso acechan los peligros y los sufrimientos a aquellos que no ocupan una situación dominante ni tienen derecho a la protección de alguien que la tenga, la protección generosamente concebida y la recibida con gratitud, son los lazos más fuertes que unen a los seres humanos; los sentimientos que se derivan de esa relación son los más vivos, a su alrededor se cobijan todo el entusiasmo y toda la ternura de las naturalezas más sensibles: la lealtad de una parte, la caballerosidad de la otra, son principios que se exaltan hasta

convertirse en pasiones. No es mi deseo menospreciar esas cualidades. El error está en no darse cuenta de que esas virtudes y esos sentimientos, como el espíritu de clan y la hospitalidad de los árboles nómadas, pertenecen a un estado rudo e imperfecto de la unión social, y que los sentimientos entre protectores y protegidos, ya sea entre reyes y súbditos, entre ricos y pobres, entre hombres y mujeres, no pueden ya tener ese carácter bello y tierno cuando no haya ya peligros serios de que proteger. ¿Qué hay en el presente estado de la sociedad para que sea natural que seres humanos, con una fuerza y el valor ordinarios, sientan la más viva gratitud a cambio de la protección? Las leyes los protegen, mientras éstas no dejen criminalmente de cumplir con su cometido. Estar en poder de alguien es ahora, hablando en términos generales, la única situación que expone al que en ella se halla a dolorosas injusticias. Los llamados protectores son ahora las únicas personas contra las cuales es preciso protegerse en las circunstancias ordinarias. La brutalidad y la tiranía que aparecen en todos los informes de la policía son los de maridos para con sus esposas, los de padres para con sus hijos. El hecho de que las leyes no impidan esas atrocidades, el de que sólo ahora estén haciendo su primer tímido intento de reprimirlas y castigarlas, lejos de ser algo necesario no son más que un motivo de oprobio y de vergüenza para aquellos que hacen las leyes y las administran. Ningún hombre ni mujer que posea medios de vida o que pueda ganárselos con su trabajo, precisa más protección de la que la ley podría y debería darles. Siendo éste el caso, supone un gran desconocimiento de la naturaleza humana seguir dando por supuesto que han de subsistir siempre las relaciones basadas en la protección y no ver que el adjudicarse el papel de protector y del poder que va unido al mismo, sin que haya ninguna necesidad que lo justifique, tiene que engendrar precisamente los sentimientos opuestos a la lealtad.

Por lo que respecta a los obreros, puede asegurarse, al menos por lo que se refiere a los países más adelantados de Europa, que no se sujetarán nunca más al sistema de gobierno patriarcal o paternal. Ésa es una cuestión que se decidió ya cuando se les enseñó a leer y escribir y tuvieron así acceso a los periódicos y a los folletos políticos; cuando se permitió que escucharan a oradores de distintas ideologías, que les predicaban sentimientos y creencias en oposición con los de sus superiores; cuando se les reunió en número considerable bajo un mismo techo para trabajar; cuando los ferrocarriles les permitieron ir de un sitio a otro, y cambiar de patrón como quien se cambia de camisa; cuando se les estimuló a que tomaran parte en el gobierno, dándoles el voto electoral. Las clases trabajadoras han tomado sus intereses en sus propias manos, y muestran constantemente que creen que los intereses de sus patrones no son idénticos a los suyos, sino opuestos. Algunos de los que pertenecen a las clases más altas se hacen ilusiones de que pueden contrarrestarse esas tendencias por una educación moral y religiosa; pero dejaron pasar ya

el tiempo en el que hubiera sido eficaz este remedio. Los principios de la Reforma han llegado hasta las capas más profundas de la sociedad junto con la lectura y la escritura, y los pobres no aceptarán ya durante mucho más tiempo una religión y una moral prescritas por otros. Me refiero sobre todo a este país y, en especial, a la población de las ciudades y de los distritos mejor cultivados de Escocia y del norte de Inglaterra, en donde los salarios son más altos. Tal vez en los condados del sur, en los que la agricultura está menos modernizada y la población es más práctica, pueda la pequeña nobleza retener, durante algún tiempo aún, algo de la antigua deferencia y la sumisión de los pobres, sobornándolos con altos salarios y trabajo constante, asegurándoles el sostenimiento y no exigiendo de ellos nunca nada que no les agrade. Pero esas dos condiciones que jamás han ido unidas, no pueden nunca ir juntas durante mucho tiempo. En la práctica sólo puede garantizarse la subsistencia haciendo el trabajo obligatorio y restringiendo la procreación por lo menos mediante contención moral. Y entonces se darían cuenta, los que quisieran hacer revivir un pasado que no comprenden, de lo desesperada que era la tarea que se habían impuesto. Todo el edificio de la influencia patriarcal o señorial que intentaran elevar a base de halagos a los pobres, se vendría abajo ante la necesidad de imponer una severa ley de beneficencia.

2. El bienestar y el buen comportamiento de las clases trabajadoras ha de descansar de aquí en adelante sobre otras bases muy distintas. Los pobres han soltado las andaderas y no se les puede ya gobernar o tratar como si fueran niños. Su destino tiene que depender en lo sucesivo de sus propias cualidades. Las naciones modernas tendrán que aprender la lección de que el bienestar de un pueblo se ha de lograr por medio de la justicia y la libertad de los ciudadanos, la διχαιοσύνη y σμφοοσύνη. La teoría de la dependencia intenta hacer que no sean necesarias esas cualidades en las clases subordinadas. Pero ahora, cuando incluso en lo referente a su situación son cada día menos subalternas y sus espíritus cada vez menos conformes con el grado de dependencia que aún resta, son las virtudes de la independencia las que más necesitan. De ahora en adelante, los consejos, las exhortaciones, las normas de conducta que se le propongan, tienen que ofrecérseles de igual a igual y aceptarlas ellos con los ojos bien abiertos. La perspectiva del futuro depende del grado en que pueda convertírseles en seres racionales.

No hay razones para creer que esta perspectiva sea algo más que una esperanza. Cierto que hasta ahora el progreso ha sido y continúa siendo lento. Pero las masas se están educando espontáneamente, y esta educación puede acelerarse y perfeccionarse si se les ayuda a conseguirla. La instrucción que se obtiene leyendo periódicos y folletos políticos no es tal vez la más sólida, pero de todas maneras es preferible a no tener ninguna. Con ocasión de la última crisis de la industria textil se ha puesto de manifiesto de una manera admirable lo que

esta instrucción significa para el pueblo; los hilanderos y tejedores del Lancashire han actuado con una sensatez y una paciencia que han sido tan justamente aplaudidas, por el hecho de que, leyendo periódicos, comprendían las causas de la calamidad que sobre ellos había caído y sabían que no podía imputarse ésta a sus patrones ni al gobierno. No es seguro que su conducta hubiera sido tan racional y ejemplar si la calamidad hubiera sido anterior a la saludable medida de emancipación fiscal que hizo posible la prensa de un penique. Las instituciones para conferencias y discusiones, las deliberaciones colectivas sobre cuestiones de interés común, los sindicatos, la agitación política, todo eso sirve para despertar el espíritu público, para difundir entre las masas las diversas ideas y provocar la reflexión y el pensamiento en los más inteligentes. Aunque la obtención demasiado precoz de los derechos electorales por las clases menos educadas pudiera, tal vez, retrasar su mejoramiento más bien que adelantarlo, no cabe duda de que la tentativa de obtenerlos ha estimulado aquél en gran manera. Entretanto, las clases trabajadoras forman ya parte del público; intervienen, al menos una parte de ellas, en las discusiones de asuntos de interés general; todos los que usan la prensa como un instrumento pueden tenerlas por audiencia si se presenta la ocasión; los obreros, al menos los de las ciudades, tienen acceso a los medios de instrucción que han permitido a las clases medias tener las ideas que hoy tienen. No pueden dudarse de que con tales recursos se desarrollará su inteligencia, incluso con sus propios esfuerzos y sin ninguna ayuda; pero hay motivos para esperar que se realizarán grandes mejoras en la calidad y cantidad de la educación escolar por los esfuerzos del gobierno o de los particulares y que el adelanto en la cultura espiritual del pueblo, y las virtudes que de ella se derivan, progresará con mayor rapidez y con menos intermitencias y errores que si se la abandonara a sí misma.

Puede anticiparse que este aumento de la inteligencia producirá los efectos siguientes: primero, que la masa del pueblo se resistirá cada vez más a ser dirigida y gobernada por la simple autoridad y el *prestigio* de los superiores. Si ya ahora no siente ningún temor respetuoso, ni ningún principio de obediencia religiosa que le sujete espiritualmente a una clase por encima de ellos, menos aún los sentirán de aquí en adelante. La teoría de la dependencia y la protección les resultará cada vez más intolerable y exigirán que sean ellos mismos los que gobiernen su conducta y su situación. Al mismo tiempo, es muy posible que en muchos casos, pidan la intervención de la legislatura en sus asuntos y que se dicten leyes regulando algunas cosas que les afectan con ideas bastante equivocadas acerca de cuáles son sus verdaderos intereses. No obstante, exigirán que se aplique su propia voluntad, sus ideas y sugerencias, y no las normas que otras personas han hecho para ellos. Este estado de espíritu es compatible con el hecho de que sienten respeto por la superioridad de la inteligencia y los conocimientos, y que atiendan las opiniones, sobre cualquier asunto, de aquellos

que ellos juzgan que lo conocen bien. Una deferencia de esta clase tiene profundas raíces en la naturaleza humana; pero serán ellos mismos quienes juzgarán cuáles son las personas que tienen derecho a ella.

3. Paréceme que el mejoramiento de la inteligencia, de la educación y del amor a la independencia de las clases trabajadoras, no puede por menos de ir acompañado de un aumento correspondiente de la sensatez que se manifiesta en normas de conducta previsoras, y que, por consiguiente, irá disminuyendo la proporción entre la población por un lado y el capital y las oportunidades de empleo por otro. Otro cambio, hacia el cual existe una tendencia muy pronunciada en la actualidad, aceleraría mucho este resultado tan deseable; me refiero a la posibilidad del libre acceso de ambos sexos a todas las ocupaciones industriales. Las mismas razones que no hacen ya necesario que el pobre dependa del rico, hacen igualménte innecesario que la mujer dependa del hombre; y lo menos que exige la justicia es que la ley y la costumbre no hagan forzosa esta dependencia (cuando la protección correlativa es ya superflua) decretando que una mujer, que no haya heredado medio de fortuna que le permita vivir independiente, no tenga casi ninguna posibilidad de obtener su subsistencia si no es como esposa y madre. Dejemos que adopten esta ocupación las mujeres que la prefieran; pero es una injusticia notoria que no haya elección posible, que no exista ninguna otra *carriére* para la gran mayoría de las mujeres, si no es en las ocupaciones más humildes. No pasará mucho tiempo sin que se reconozca que las ideas y las instituciones que han convertido el mero accidente del sexo en la base de una desigualdad de derechos legales, y en una forzosa disparidad de funciones sociales, son el mayor obstáculo al mejoramiento moral, social e incluso intelectual. Me limitaré, por ahora, a indicar, entre las consecuencias probables de la independencia social y económica de la mujer, una gran disminución del mal de la sobrepoblación. Consagrando una mitad de la especie humana a la función exclusiva de la procreación, haciendo que ésta llene la vida entera de uno de los sexos y que se entreteja en casi todos los objetivos del otro, se ha fomentado el instinto animal hasta adquirir la preponderancia desproporcionada que hasta hoy ha ejercido en la vida humana.

4. Las consecuencias políticas de la fuerza y la importancia cada día mayores de la clase obrera, y del ascendiente cada vez mayor de las masas que, incluso en Inglaterra y bajo las actuales instituciones, van dando con rapidez a la voluntad de la mayoría por lo menos una voz negativa en los actos de gobierno, son un asunto demasiado amplio para discutirlo en este lugar. Pero, limitándonos a las consideraciones económicas y a pesar del efecto que el mejoramiento de la inteligencia de las clases trabajadoras, juntamente con leyes más justas, puede tener por lo que respecta a alterar en su favor la distribución de los productos, no puedo concebir se contenten permanentemente con su situación de trabajar por un salario como condición definitiva. Estarán dispues-

tos a pasar por la clase de sirvientes, pero no se resignarán a permanecer en ella toda la vida, querrán ser patrones. La situación normal de los trabajadores en un país nuevo cuya riqueza y población crece rápidamente, como América o Australia, es empezar como trabajadores asalariados para trabajar por su cuenta unos cuantos años después y acabar dando empleo a otros. Pero en los países viejos y muy poblados, por regla general, los que empiezan su vida, como trabajadores asalariados, continúan así hasta el final, a menos que bajen aún más y terminen recibiendo la caridad pública. En la etapa actual del progreso humano, cuando las ideas de igualdad se extienden más cada día entre las clases más pobres y no puede contenérselas si no es recurriendo a la completa supresión de la libertad de palabra y de imprenta, no es de esperar que pueda mantenerse, para siempre la división de la raza humana en dos clases hereditarias: patrones y obreros. Esta relación es casi tan poco satisfactoria para el que paga el salario como para el que lo recibe. Si los ricos consideran a los pobres, por una especie de ley natural, como sus sirvientes y subordinados, los pobres, a su vez, consideran al rico como una presa, buena para hacerla objeto de exigencias indefinidas que aumentan con cada concesión que se les hace. La ausencia total de justicia y de lealtad que caracteriza las relaciones entre ambas clases es tan acusada del lado de los obreros como del de los patrones. En vano buscaremos entre las clases trabajadoras en general el noble orgullo de dar buen trabajo a cambio de buen salario; lo que quiere la mayoría es recibir lo más posible dando a cambio bajo forma de servicio lo menos posible. Más tarde o más temprano, les resultará insoportable a las clases patronales vivir en íntimo contacto con personas cuyos intereses y sentimientos les son hostiles. Los capitalistas tienen casi tanto interés como los trabajadores en colocar todas las actividades bajo un pie tal que los que trabajan para ellos puedan sentir por su trabajo el mismo interés que siente el que trabaja por su propia cuenta.

La opinión que he sostenido en otro capítulo de esta obra en lo referente a la pequeña propiedad rústica y a los agricultores propietarios, tal vez haya hecho al lector sacar la conclusión de que el recurso con que cuento para libertar por lo menos a los trabajadores del campo del trabajo asalariado, es la más amplia difusión de la propiedad de la tierra. No es ésta, sin embargo, mi opinión. Cierto que creo que esta forma de economía agrícola, que tan sin razón se ha menospreciado, es muy preferible, por lo que respecta a sus efectos sobre la felicidad humana, al trabajo asalariado en cualquier forma de las que hoy existen; porque la restricción prudencial de la procreación actúa mucho más directamente, y la experiencia muestra que es más eficaz, y porque, en punto a la seguridad, a la independencia, al ejercicio de facultades distintas de los animales, la situación del agricultor propietario es muy superior a la del trabajador agrícola en este país o en cualquier otro de los antiguos. Dado el estado actual de la inteligencia humana, sentiría que allí donde aquel sistema existe y trabaja a satis-

facción, se le suprimiera para implantar algún otro por tenerse la idea absurda de que las mejoras en la agricultura son necesariamente las mismas en cualesquiera circunstancias. Yo aconsejaría su introducción con preferencia a un sistema de trabajo exclusivamente asalariado, en los países atrasados bajo el punto de vista industrial, como Irlanda, como un medio muy eficaz para elevar a la población desde el estado de indiferencia semisalvaje, al de una actividad perseverante y de cálculo previsor.

Pero no es probable que un pueblo que haya adoptado ya el sistema de producción en grande, en la industria o en la agricultura, desista de él, ni sería de desear que lo hiciera, si la población se mantiene dentro de los límites adecuados para que guarde la debida proporción con los medios de mantenimiento. Es indudable que el trabajo es mucho más productivo bajo el sistema de grandes empresas industriales; la producción, si no es mayor en términos absolutos, lo es en proporción al trabajo empleado: el mismo número de personas pueden sostenerse al mismo nivel de vida con menos fatiga y más horas de ocio, lo que será una gran ventaja, tan pronto como la civilización y el progreso hayan adelantado tanto que lo que es un beneficio para el conjunto lo sea asimismo para cada individuo de los que la componen. Y bajo el punto de vista moral, que es aún más importante que el económico, la meta de la actividad humana debe ser algo mejor que el dispersar a la humanidad por la superficie de la tierra en familias aisladas, regida cada una por un déspota patriarcal, como hoy ocurre, y sin casi ninguna comunidad de intereses materiales o espirituales con otros seres humanos. En este estado de cosas el dominio del cabeza de familia sobre los demás miembros es absoluto; mientras que el efecto que produce sobre él mismo se manifiesta por una tendencia a concentrar todos sus intereses en la familia considerada como una prolongación de su propia personalidad, a dejarse absorber por la pasión de la posesión y dedicar todas sus preocupaciones a la conservación de lo que tiene y a la adquisición de otros bienes. Esta situación moral puede verse, sin embargo, si se considera sólo como un paso para salir del estado de pura animalidad, del abandono descuidado a los instintos bestiales y su sustitución por la libertad y una prudente previsión. Pero si lo que se desea es que se desarrollen el espíritu público, los sentimientos generosos, la justicia y la igualdad, la escuela en que se fomentan todas estas cualidades es la de la asociación y no la del aislamiento. La finalidad del progreso no debe ser tan sólo la de situar a los seres humanos en condiciones de que no tengan que depender los unos de los otros, sino permitirles trabajar los unos con o para los otros, unidos por relaciones que no impliquen una subordinación. Hasta ahora no ha habido más alternativa para los que tienen que vivir de su trabajo que trabajar cada uno para sí o para un amo. Pero la influencia civilizadora y beneficiosa de la asociación y la eficiencia y la economía de la producción en gran escala, pueden obtenerse sin necesidad de dividir los productores en dos partes con inte-

reses y sentimientos hostiles, siendo la mayoría de los que hacen el trabajo meros sirvientes bajo la autoridad del que aporta los fondos, sin otro interés en la empresa que ganar sus salarios con el menor trabajo posible. Las especulaciones y las discusiones de los últimos cincuenta años y los acontecimientos de los últimos treinta son concluyentes a este respecto. Si continúa el progreso que incluso el despotismo militar triunfante sólo ha conseguido retrasar, no paralizar, no hay duda alguna que la situación del trabajador asalariado irá tendiendo gradualmente a limitarse a la clase de trabajadores cuyas bajas cualidades morales hacen que no sean apropiados para nada más independiente, y que la relación entre amos y obreros irá siendo sustituida por una asociación bajo una de estas dos formas: en algunos casos, la asociación de los trabajadores con el capitalista, en otros casos, y quizá en todos al fin, la asociación entre los mismos trabajadores.

Friedrich Engels

Del socialismo utópico al socialismo científico[1]
Tomado de Editorial Progreso, Moscú, 1971.

Prólogo a la edición inglesa de 1892

El pequeño trabajo que tiene delante el lector, formaba parte, en sus orígenes, de una obra mayor. Hacia 1875, el doctor E. Dühring, privatdocent en la Universidad de Berlín, anunció de pronto y con bastante estrépito su conversión al socialismo y presentó al público alemán, no sólo una teoría socialista detalladamente elaborada, sino también un plan práctico completo para la reorganización de la sociedad. Se abalanzó, naturalmente, sobre sus predecesores, honrando particularmente a Marx, sobre quien derramó las copas llenas de su ira.

Esto ocurría por los tiempos en que las dos secciones del Partido Socialista alemán —los eisenachianos y los lassalleanos[2]— acababan de fusionarse, adquiriendo éste así, no sólo un inmenso incremento de fuer-

[1] Engels escribió el presente prólogo para la edición inglesa de su obra *Del socialismo utópico al socialismo científico*, publicada en Londres en 1892 y traducida por A. Eveling con el título de *El socialismo utópico y el socialismo científico*.

[2] *Lassalleanos y eisenacheanos:* dos partidos del movimiento obrero alemán de la década del 60 y principios de la del 70 del siglo XIX.

Lassalleanos: partidarios de continuadores del socialista pequeño burgués alemán Fernando Lassalle, miembros de la Unión General Obrera Alemana, fundada en 1863. Marx y Engels criticaron duramente en repetidas ocasiones la teoría, la táctica y los principios de organización de los lassalleanos como corriente oportunista en el movimiento obrero alemán.

Eisenacheanos: miembros del Partido Obrero Socialdemócrata de Alemania, fundado en 1869 en el Congreso constituyente de Eisenach. Encabezaban a los eisenacheanos Guillermo Liebknecht y Augusto Bebel, influenciados ideológicamente por Marx y Engels.

En 1875, bajo la influencia del auge del movimiento obrero y del recrudecimiento de las represiones gubernativas, ambos partidos se unificaron en el Congreso de Gotha, constituyendo el Partido Socialista Obrero de Alemania, en el que los lassalleanos representaban el ala oportunista.

za, sino algo que importaba todavía más: la posibilidad de desplegar toda esta fuerza contra el enemigo común. El Partido Socialista alemán se iba convirtiendo rápidamente en una potencia. Pero, para convertirlo en una potencia, la condición primordial era no poner en peligro la unidad recién conquistada. Y el doctor Dühring se aprestaba públicamente a formar en torno a su persona una secta, el núcleo, un partido futuro aparte. No había, pues, más remedio que recoger el guante que se nos lanzaba y dar la batalla, por muy poco agradable que ello nos fuese.

Por cierto, la cosa, aunque no muy difícil, había de ser, evidentemente, harto pesada. Es bien sabido que nosotros, los alemanes, tenemos una terrible y poderosa *Gründlichkeit* un cavilar profundo o una caviladora profundidad, como se le quiera llamar. En cuanto uno de nosotros expone algo que reputa una nueva doctrina, lo primero que hace es elaborarla en forma de un sistema universal. Tiene que demostrar que lo mismo los primeros principios de la lógica que las leyes fundamentales del universo, no han existido desde toda una eternidad con otro designio que el de llevar, al fin y a la postre, hasta esta teoría recién descubierta, que viene a coronar todo lo existente. En este respecto, el doctor Dühring estaba cortado en absoluto por el patrón nacional. Nada menos que un *Sistema completo de la filosofía* —filosofía intelectual, moral, natural y de la historia—, un *Sistema completo de economía política y de socialismo* y, finalmente, una *Historia crítica de la economía política* —tres gordos volúmenes en octavo, pesados por fuera y por dentro, tres cuerpos de ejército de argumentos, movilizados contra todos los filósofos y economistas precedentes en general y contra Marx en particular—; en realidad, un intento de completa "subversión de la ciencia"; tuve que vérmelas con todo eso; tuve que tratar todos los temas posibles, desde las ideas sobre el tiempo y el espacio hasta el bimetalismo[3] desde la eternidad de la materia y el movimiento hasta la naturaleza perecedera de las ideas morales; desde la selección natural de Darwin hasta la educación de la juventud en una sociedad futura. Cierto es que la sistemática universalidad de mi contrincante me brindaba ocasión para desarrollar frente a él, en una forma más coherente de lo que hasta entonces se había hecho, las ideas mantenidas por Marx y por mí acerca de tan grande variedad de materias. Y ésta fue la razón principal que me movió a acometer esta tarea, por lo demás tan ingrata.

Mi réplica vio la luz, primero, en una serie de artículos publicados en el *Vorwärts* de Leipzig, órgano central del Partido Socialista, y, más tarde, en forma de libro, con el título de *Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft (la subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring)*, del que en 1886 se publicó en Zurich una segunda edición.

A instancias de mi amigo Paul Lafargue, actual representante de Lille en la Cámara de los diputados de Francia, arreglé tres capítulos de

[3] *Bimetalismo:* sistema monetario, en el que desempeñan las funciones de dinero dos metales: el oro y la plata.

este libro para un folleto, que él tradujo y publicó en 1880 con el título de *Socialisme utopique et socialisme scientifique.* De este texto francés se hicieron una versión polaca y otra española. En 1883 nuestros amigos de Alemania publicaron el folleto en su idioma original. Desde entonces, se han publicado, a base del texto alemán, traducciones al italiano, al ruso, al danés, al holandés y al rumano. Es decir, que, contando la actual edición inglesa, este folleto se halla difundido en diez lenguas. No sé de ninguna otra publicación socialista, incluyendo nuestro *Manifiesto comunista* de 1848, y *El capital* de Marx, que haya sido traducida tantas veces. En Alemania se han hecho cuatro ediciones, con una tirada total de unos veinte mil ejemplares.

El apéndice *La marca*[4] fue escrito con el propósito de difundir entre el Partido Socialista alemán algunas nociones elementales respecto a la historia y al desarrollo de la propiedad rural en Alemania. En aquel entonces era tanto más necesario cuanto que la incorporación de los obreros urbanos al partido estaba en vías de concluirse y se planteaba la tarea de ocuparse de las masas de obreros agrícolas y de los campesinos. Este apéndice fue incluido en la edición, teniendo en cuenta la circunstancia de que las formas primitivas de posesión de la tierra, comunes a todas las tribus teutónicas, así como la historia de su decadencia, son menos conocidas todavía en Inglaterra que en Alemania. He dejado el texto en su forma original, sin aludir a la hipótesis recientemente expuesta por Maxim Kovalevski, según la cual al reparto de las tierras de cultivo y de pastoreo entre los miembros de la Marca precedió el cultivo en común de estas tierras por una gran comunidad familiar patriarcal, que abarcó a varias generaciones (de ejemplo puede servir la *zádruga* de los sudeslavos, que aún existe hoy día). Luego, cuando la comunidad creció y se hizo demasiado numerosa para administrar en común la economía, tuvo lugar el reparto de la tierra. Es probable que Kovalevski tenga razón, pero el asunto se encuentra aún *sub judice.*

Los términos de economía empleados en este trabajo coinciden, en tanto que son nuevos, con los de la edición inglesa de *El capital* de Marx. Designamos como "producción mercantil" aquella fase económica en que los objetos no se producen solamente para el uso del productor, sino también para los fines del cambio, es decir, *como mercancías,* y no como valores de uso. Esta fase va desde los albores de la producción para el cambio hasta los tipos presentes; pero sólo alcanza su pleno desarrollo bajo la producción capitalista, es decir, bajo las condiciones en que el capitalista propietario de los medios de producción, emplea, a cambio de un salario, a obreros, a hombres despojados de todo medio de producción, salvo su propia fuerza de trabajo, y se embolsa el excedente del precio de venta de los productos sobre su costo de producción. Dividimos la historia de la producción industrial

[4] *La marca:* antigua comunidad alemana. En el apéndice a la primera edición alemana de *Del socialismo utópico al socialismo científico,* Engels ofrece con este título un breve resumen de la historia del campesinado alemán desde la antigüedad.

desde la Edad Media en tres períodos: 1) industria artesana, pequeños maestros artesanos con unos cuantos oficiales y aprendices, en que cada obrero elabora el artículo completo; 2) manufactura, en que se congrega en un amplio establecimiento un número más considerable de obreros, elaborándose el artículo completo con arreglo al principio de la división del trabajo, donde cada obrero sólo ejecuta una operación parcial, de tal modo que el producto está acabado sólo cuando ha pasado sucesivamente por las manos de todos; 3) moderna industria, en que el producto se fabrica mediante la máquina movida por la fuerza motriz y el trabajo del obrero se limita a vigilar y rectificar las operaciones del mecanismo.

Sé muy bien que el contenido de este libro indignará a gran parte del público británico. Pero si nosotros, los continentales, hubiésemos guardado la menor consideración a los prejuicios de la "respetabilidad" británica, es decir, del filisteísmo británico, habríamos salido todavía peor parados de lo que hemos salido. Esta obra defiende lo que nosotros llamamos el "materialismo histórico", y en los oídos de la inmensa mayoría de los lectores británicos la palabra materialismo es una palabra muy malsonante. "Agnosticismo"[5] aún podría pasar, pero materialismo es de todo punto inadmisible.

Y sin embargo, la patria primitiva de todo el materialismo moderno, a partir del siglo XVII es Inglaterra.

"El materialismo es hijo nativo de la Gran Bretaña. Ya el escolástico[6] británico Duns Escoto se preguntaba si la materia no podría pensar.

"Para realizar este milagro, iba a refugiarse en la omnipotencia divina, es decir, obligaba a la propia teología[7] a predicar el materialismo. Duns Escoto era, además, nominalista. El nominalismo[8] aparece como elemento primordial en los materialistas ingleses y es, en general, la expresión primera del materialismo.

[5] *Agnosticismo* (del griego *a*, no y *gnosis*, saber): doctrina idealista, según la cual el mundo es incognoscible, la inteligencia humana es limitada y no puede conocer nada fuera de las sensaciones. El agnosticismo se manifiesta en distintas formas: unos agnósticos reconocen la existencia objetiva del mundo material, pero niegan la posibilidad de conocerlo; otros niegan la existencia del mundo material, alegando que el hombre no está en condiciones de saber si existe algo fuera de sus sensaciones.

[6] *Escolástico:* representante de la escolástica, filosofía religiosa dominante en la Edad Media, que se distinguía por su carácter extremadamente abstracto, su total divorcio de la realidad y su empleo de toda clase de artimañas lógicas con el propósito de argumentar los dogmas de la Iglesia cristiana.

[7] *Teología* (traducido literalmente del griego significa ciencia que trata de Dios): doctrina religiosa, que pretende sistematizar y argumentar "científicamente" la moral, los dogmas y los cultos religiosos.

[8] *Nominalistas:* representantes de una tendencia de la filosofía medieval que consideraba los conceptos genéricos únicamente como nombres apropiados para designar las cosas con existencia *real*. En oposición a los realistas medievales, los nominalistas negaban la existencia de los conceptos como prototipos y fuentes creadoras de las cosas. De este modo, reconocían el carácter primario del objeto y el carácter secundario del concepto. En este sentido, el nominalismo fue la primera manifestación del materialismo en la Edad Media.

"El verdadero padre del materialismo inglés es Bacon. Para él, las ciencias naturales son la verdadera ciencia, y la física experimental, la parte más importante de las ciencias naturales. Anaxágoras con sus homoiomerias[9] y Demócrito con sus átomos son las autoridades que cita con frecuencia. Según su teoría, los sentidos son infalibles y constituyen la fuente de todos los conocimientos. Toda ciencia se basa en la experiencia y consiste en aplicar un método racional de investigación a lo dado por los sentidos. La inducción, el análisis, la comparación, la observación, la experimentación son las condiciones fundamentales de este método racional. Entre las propiedades inherentes a la materia, la primera y más importante es el movimiento, concebido no sólo como movimiento mecánico y matemático, sino más aún como impulso, como espíritu vital, como tensión, como "Qual"* —para emplear la expresión de Jakob Böhme— de la materia.

"Las formas primitivas de la última son fuerzas sustanciales vivas, individualizantes, a ella inherentes, las fuerzas que producen las diferencias específicas.

"En Bacon, como su primer creador, el materialismo guarda todavía de un modo ingenuo los gérmenes de un desarrollo multilateral. La materia sonríe con un destello poéticamente sensorial a todo el hombre. En cambio, la doctrina aforística es todavía de por sí un hervidero de inconsecuencias teológicas.

"En su desarrollo ulterior, el materialismo se hace unilateral. Hobbes sistematiza el materialismo de Bacon. La sensoriedad abstracta del geómetra. El movimiento físico se sacrifica al movimiento mecánico o matemático, la geometría es proclamada como la ciencia fundamental. El materialismo se hace misántropo. Para poder dar la batalla en su propio terreno al espíritu misantrópico y descarnado, el materialismo se ve obligado también a flagelar su carne y convertirse en asceta. Se presenta como una entidad intelectual, pero desarrolla también la lógica despiadada del intelecto.

"Si los sentidos suministran al hombre todos los conocimientos —argumenta Hobbes partiendo de Bacon—, los conceptos, las ideas, las representaciones mentales, etc., no son más que fantasmas del mundo físico, más o menos despojado de su forma sensorial. La ciencia no puede hacer más que dar nombres a estos fantasmas. Un nombre puede ponérsele a varios fantasmas. Puede incluso haber nombres de nombres. Pero sería una contradicción querer, de una parte, buscar

[9] *Homoiomerias:* según la doctrina de Anaxágoras, filósofo de la Antigua Grecia, son minúsculas partículas materiales determinadas cualitativamente y divisibles infinitamente. Anaxágoras consideraba que las homoiomerías eran la base inicial de todo lo existente y que sus combinaciones daban origen a la diversidad de las cosas.

* *Qual* es un juego de palabras filosóficas. *Qual* significa, literalmente, tortura, dolor que incita a realizar una acción cualquiera. Al mismo tiempo, el místico Böheme transfiere a la palabra alemana algo del término latino *qualitas* (Calidad). Su *Qual* era, por oposición al dolor producido exteriormente, un principio activo, nacido del desarrollo espontáneo de la cosa, de la relación o de la personalidad sometida a su influjo y que, a su vez, provocaba este desarrollo. (*Nota de Engels.*)

el origen de todas las ideas en el mundo de los sentidos, y de otra parte, afirmar que una palabra es algo más que una palabra, que además de los seres siempre individuales que nos representamos, existen seres universales. Una sustancia incorpórea es el mismo contrasentido que un cuerpo incorpóreo. Cuerpo, ser, sustancia, es una y la misma idea real. *No se puede separar el pensamiento de la materia que piensa.* Es ella el sujeto de todos los cambios. La palabra "infinito" carece de sentido, si no es como expresión de la capacidad de nuestro espíritu para añadir sin fin. Como sólo lo material es perceptible, susceptible de ser sabido, nada se sabe de la existencia de Dios. Sólo mi propia existencia es segura. Toda pasión humana es movimiento mecánico que termina o empieza. Los objetos de los impulsos son el bien. El hombre se halla sujeto a las mismas leyes que la naturaleza. El poder y la libertad son cosas idénticas.

"Hobbes sistematizó a Bacon, pero sin aportar nuevas pruebas en favor de su principio fundamental: el de que los conocimientos y las ideas tienen su origen en el mundo de los sentidos.

"Locke, en su: *Essay on the Human understanding (Ensayo sobre el entendimiento humano)* fundamenta el principio de Bacon y Hobbes.

"Del mismo modo que Hobbes destruyó los prejuicios teísticos[10] del materialismo baconiano, Collins, Dodwell, Coward, Hartley, Priestley, etcétera, derribaron la última barrera teológica del sensualismo de Locke. El deísmo[11] no es, por lo menos para los materialistas, más que un modo cómodo y fácil de deshacerse de la religión".[12]

Así se expresaba Marx hablando de los orígenes británicos del materialismo moderno. Y si a los ingleses de hoy día no les hace mucha gracia este homenaje que Marx rinde a sus antepasados, lo sentimos por ellos. Pero es innegable, a pesar de todo, que Bacon, Hobbes y Locke fueron los padres de aquella brillante escuela de materialistas franceses que, pese a todas las derrotas que los alemanes y los ingleses infligieron por mar y por tierra a Francia, hicieron del siglo XVIII un siglo eminentemente francés; y esto, mucho antes de aquella revolución francesa que coronó el final del siglo y cuyos resultados todavía hoy nos estamos esforzando nosotros por aclimatar en Inglaterra y en Alemania.

No puede negarse. Si a mediados del siglo un extranjero culto se instalaba en Inglaterra, lo que más le sorprendía era la beatería y la estupidez religiosa —así tenía que considerarla él— de la "respetable"

[10] *Teísticos:* propios del teísmo, doctrina filosófica religiosa que reconoce la existencia de Dios como persona, como ser racional y sobrenatural creador del universo. Según el teísmo Dios interviene activamente en la vida de la naturaleza y de la sociedad.

[11] *Deísmo:* doctrina filosófico-religiosa, que reconoce a Dios como causa primaria racional e impersonal del mundo, pero niega su intervención en la vida de la naturaleza y de la sociedad.

[12] Marx y F. Engels. *La sagrada familia, o Crítica de la crítica crítica. Contra Bruno Bauer y consortes.*

clase media inglesa. Por aquel entonces, todos nosotros éramos materialistas, o, por lo menos, librepensadores muy avanzados, y nos parecía inconcebible que casi todos los hombres cultos de Inglaterra creyesen en una serie de milagros imposibles, y que hasta geólogos como Buckland y Mantell tergiversasen los hechos de su ciencia, para no dar demasiado en la cara de los mitos del Génesis; inconcebible que, para encontrar a gente que se atreviese a servirse de su inteligencia en materias religiosas, hubiese que ir a los sectores no ilustrados, a las "hordas de los que no se lavan", y como aquel entonces se decía, a los obreros, y principalmente a los socialistas owenianos.

Pero, de entonces acá, Inglaterra se ha "civilizado". La exposición de 1851[13] fue el toque a muerte por el exclusivismo insular inglés. Inglaterra fue, poco a poco, internacionalizándose en cuanto a la comida y la bebida, en las costumbres y en las ideas, hasta el punto de que ya desearía yo que ciertas costumbres inglesas encontrasen en el continente una acogida tan general como la que han encontrado otros usos continentales en Inglaterra. Lo que puede asegurarse es que la difusión del aceite para la ensalada (que antes de 1851 sólo conocía la aristocracia) fue acompañada de una fatal difusión del escepticismo continental en materias religiosas, habiéndose llegado hasta el extremo de que el agnosticismo, aunque no se considere todavía tan elegante como la Iglesia anglicana oficial, está, no obstante, en lo que a la respetabilidad se refiere, casi a la misma altura que la secta baptista y ocupa, desde luego, un rango mucho más alto que el Ejército de Salvación.[14] No puedo por menos de pensar que para muchos que deploran y maldicen con toda su alma estos progresos del descreimiento será un consuelo saber que estas ideas flamantes no son de origen extranjero, no circulan con la marca de "made in Germany", fabricado en Alemania, como tantos otros artículos de uso dario, sino que tienen, por el contrario, un añejo y venerable origen inglés y que sus autores británicos de hace doscientos años iban bastante más allá que sus descendientes de hoy día.

En efecto, ¿qué es el agnosticismo sino un materialismo vergonzante? La concepción agnóstica de la naturaleza es enteramente materialista. Todo el mundo natural está regido por leyes y excluye en absoluto toda influencia exterior. Pero nosotros, añade cautamente el agnóstico, no estamos en condiciones de poder probar o refutar la existencia de un ser supremo fuera del mundo por nosotros conocido. Esta reserva podía

[13] Se alude a la primera Exposición Universal de Comercio e Industria, que tuvo lugar en Londres de mayo a octubre de 1851.

[14] *Ejército de Salvación:* organización religioso-filantrópica reaccionaria, fundada en Inglaterra en 1865 por el Predicador W. Booths y que más tarde extendió su actividad a otros países (adoptó su denominación en 1880, al reorganizarse al estilo militar). Apoyada en medida considerable por la burguesía, esta organización emprendió una amplia propaganda religiosa y fundó una red de instituciones de beneficencia con el fin de apartar a las masas trabajadoras de la lucha contra los explotadores. Algunos de esos predicadores recurrieron a la demagogia social y a reprobación hipócrita del egoísmo de los ricos.

tener su razón de ser en la época en que Laplace, como Napoleón le preguntase por qué en la *Mécanique Céleste*[15] del gran astrónomo no se mencionaba siquiera al creador del mundo, contestó con estas palabras orgullosas: *Je n'avais pas besoin de cette hypothese.** Pero hoy nuestra idea del universo en su desarrollo no deja el menor lugar ni para un creador ni para un regente del universo; y si quisiéramos admitir la existencia de un ser supremo puesto al margen de todo el mundo existente, incurriríamos en una contradicción lógica, y además, me parece, inferiríamos una ofensa inmerecida a los sentimientos de la gente religiosa.

Nuestro agnóstico reconoce también que todos nuestros conocimientos descansan en las comunicaciones que recibimos por medio de nuestros sentidos. Pero, ¿cómo sabemos —añade— si nuestros sentidos nos transmiten realmente una imagen exacta de los objetos que percibimos a través de ellos? Y a continuación nos dice que cuando habla de las cosas o de sus propiedades, no se refiere, en realidad, a estas cosas ni a sus propiedades, acerca de las cuales no puede saber nada de cierto, sino solamente a las impresiones que dejan en sus sentidos. Es, ciertamente, un modo de concebir que parece difícil rebatir por vía de simple argumentación. Pero los hombres, antes de argumentar, habían actuado. *Im Anfang war die Tat.*** Y la acción humana había resuelto la dificultad mucho antes de que las cavilaciones humanas la inventasen. *The proof of the plodding is in the athing.**** Desde el momento en que aplicamos estas cosas, con arreglo a las cualidades que percibimos en ellas, a nuestro propio uso, sometemos las percepciones de nuestros sentidos a una prueba infalible en cuanto a su exactitud o falsedad. Si estas percepciones fuesen falsas, lo sería también nuestro juicio acerca de la posibilidad de emplear la cosa de que se trata, y nuestro intento de emplearla tendría que fracasar forzosamente. Pero si conseguimos el fin perseguido, si encontramos que la cosa corresponde a la idea que nos formábamos de ella, que nos da lo que de ella esperábamos al emplearla, tendremos la prueba positiva de que, *dentro de estos límites,* nuestras percepciones acerca de esta cosa y de sus propiedades coinciden con la realidad existente fuera de nosotros. En cambio, si nos encontramos con que hemos dado un golpe en falso, no tardamos generalmente mucho tiempo en descubrir las causas de nuestro error; llegamos a la conclusión de que la percepción en que se basaba nuestra acción era incompleta y superficial, o se hallaba enlazada con los resultados de otras percepciones de un modo no justificado por la realidad de las cosas; es decir, habíamos realizado lo que denominamos un razonamiento defectuoso. Mientras adiestremos y emplee-

[15] Se trata del *Traité de mécanique celeste. (Tratado de mecanica celeste)* de P. S. Laplace. La primera edición de esta obra se publicó en cinco tomos, en París, de 1799 a 1825.

* "No tenía necesidad de recurrir a esta hipótesis". (*N. de la E.*)

** "En el principio era la acción". *Goethe*. Fausto, parte I, escena III. *(N. de la E.)*

*** "El pudín se prueba comiéndolo". (*N. de la E.*)

mos bien nuestros sentidos y ajustemos nuestro modo de proceder a los límites que trazan las observaciones bien hechas y bien utilizadas, veremos que los resultados de nuestros actos suministran la prueba de la conformidad de nuestras percepciones con la naturaleza objetiva de las cosas percibidas. Ni en un sólo caso, según la experiencia que poseemos hasta hoy, nos hemos visto obligados a llegar a la conclusión de que las percepciones sensoriales científicamente controladas originan en nuestro cerebro ideas del mundo exterior que difieren por su naturaleza de la realidad, o de que entre el mundo exterior y las percepciones que nuestros sentidos nos transmiten de él media una incompatibilidad innata.

Pero, al llegar aquí, se presenta el agnóstico neokantiano y nos dice: Sí, podremos tal vez percibir exactamente las propiedades de una cosa, pero nunca aprehender la cosa en sí por medio de ningún proceso sensorial o discursivo. Esta "cosa en sí" cae más allá de nuestras posibilidades de conocimiento. A esto, ya hace mucho tiempo que ha contestado Hegel: desde el momento en que conocemos todas las propiedades de una cosa, conocemos también la cosa misma; sólo queda en pie el hecho de que esta cosa existe fuera de nosotros, y en cuanto nuestros sentidos nos suministraron este hecho, hemos aprehendido hasta el último residuo de la cosa en sí, la famosa e incognoscible *Ding an sich* de Kant. Hoy, sólo podemos añadir a eso que, en tiempos de Kant, el conocimiento que se tenía de las cosas naturales era lo bastante fragmentario para poder sospechar detrás de cada una de ellas una misteriosa "cosa en sí". Pero, de entonces acá, estas cosas inaprehensibles han sido aprehendidas, analizadas y, más todavía, reproducidas una tras otra por los gigantescos progresos de la ciencia. Y, desde el momento en que podemos *producir* una cosa, no hay razón ninguna para considerarla incognoscible. Para la química de la primera mitad de nuestro siglo, las sustancias orgánicas eran cosas misteriosas. Hoy aprendemos ya a fabricarlas una tras otra, a base de los elementos químicos y sin ayuda de procesos orgánicos. La química moderna nos dice que tan pronto como se conoce la constitución química de cualquier cuerpo, este cuerpo puede integrarse a partir de sus elementos. Hoy, estamos todavía lejos de conocer exactamente la constitución de las sustancias orgánicas superiores, los cuerpos albuminoides, pero no hay absolutamente ninguna razón para que no adquiramos, aunque sea dentro de varios siglos, este conocimiento y con ayuda de él podamos fabricar albúmina artificial. Y cuando lo consigamos, habremos conseguido también producir la vida orgánica, pues la vida, desde sus formas más bajas hasta las más altas, no es más que la modalidad normal de existencia de los cuerpos albuminoides.

Pero, después de hechas estas reservas formales, nuestro agnóstico habla y obra en un todo como el materialista empedernido, que en el fondo es. Podrá decir: a juzgar por lo que *nosotros* sabemos, la materia y el movimiento o, como ahora se dice, la energía, no pueden crearse ni destruirse, pero no tenemos pruebas de que ambas no hayan sido

creadas en algún tiempo remoto y desconocido. Y, si intentáis volver contra él esta confesión en un caso dado, os llamará al orden a toda prisa y os mandará callar. *Si in abstracto* reconoce la posibilidad del espiritualismo,[16] *in concreto* no quiere saber nada de él. Os dirá: por lo que sabemos y podemos saber, no existe creador ni regente del universo; en lo que a nosotros respecta, la materia y la energía son tan increables como indestructibles; para nosotros, el pensamiento es una forma de la energía, una función del cerebro. Todo lo que nosotros sabemos nos lleva a la conclusión de que el mundo material se halla regido por leyes inmutables, etcétera, etcétera. Por tanto, en la medida en que es un hombre de ciencia, en la medida en que *sabe* algo, el agnóstico es materialista; fuera de los confines de su ciencia, en los campos que no domina, traduce su ignorancia al griego, y la llama agnosticismo.

En todo caso, lo que sí puede asegurarse es que, aunque yo fuese agnóstico, no podría dar a la concepción de la historia esbozada en este librito el nombre de "agnosticismo histórico". Las gentes de sentimientos religiosos se reirían de mí, y los agnósticos me preguntarían, indignados, si quería burlarme de ellos. Así, pues, confío en que la "respetabilidad" británica, que en alemán se llama filisteísmo, no se enfadará demasiado porque emplee en inglés, como en tantos otros idiomas, el nombre de "materialismo histórico" para designar eso concepción de los derroteros de la historia universal que ve la causa final y la fuerza propulsora de todos los acontecimientos históricos importantes en el desarrollo económico de la sociedad, en las transformaciones del modo de producción y de cambio, en la consiguiente división de la sociedad en distintas clases y en las luchas de estas clases entre sí.

Se me guardará tal vez, esta consideración, sobre todo si demuestro que el materialismo histórico puede incluso ser útil para la respetabilidad británica. Ya he aludido al hecho de que, hace cuarenta o cincuenta años, el extranjero culto que se instalaba a vivir en Inglaterra se veía desagradablemente sorprendido por lo que necesariamente tenía que considerar como beatería y mojigatería de la respetable clase media inglesa. Ahora demostraré que la respetable clase media inglesa de aquel tiempo no era, sin embargo, tan estúpida como el extranjero inteligente se figuraba. Sus tendencias religiosas tenían su explicación.

Cuando Europa salió del medioevo, la clase media en ascenso de las ciudades era su elemento revolucionario. La posición reconocida que se había conquistado dentro del régimen feudal de la Edad Media, era ya demasiado estrecha para su fuerza de expansión. El libre desarrollo de esta clase media, *la burguesía,* no era ya compatible con el sistema feudal; éste tenía forzosamente que derrumbarse.

Pero el gran centro internacional del feudalismo era la Iglesia católica romana. Ella unía a toda Europa occidental feudalizada, pese a todas sus guerras intestinas, en gran unidad política, contrapuesta tanto

[16] *Espiritualismo:* doctrina idealista del principio espiritual del mundo.

al mundo cismático griego como al mundo mahometano. Rodeó a las instituciones feudales del halo de la consagración divina. También ella había levantado su jerarquía según el modelo feudal, y era, en fin de cuentas, el mayor de todos los señores feudales, pues poseía, por lo menos, la tercera parte de toda la propiedad territorial del mundo católico. Antes de poder dar en cada país y en diversos terrenos la batalla al feudalismo secular había que destruir esta organización central sagrada.

Paso a paso, con el auge de la burguesía, iba produciéndose el gran resurgimiento de la ciencia. Volvían a cultivarse la astronomía, la mecánica, la física, la anatomía, la fisiología. La burguesía necesitaba, para el desarrollo de su producción industrial, una ciencia que investigase las propiedades de los cuerpos físicos y el funcionamiento de las fuerzas naturales. Pero, hasta entonces, la ciencia no había sido más que la servidora humilde de la Iglesia, a la que no se le se consentía traspasar las fronteras establecidas por la fe; en una palabra, había sido cualquier cosa menos una ciencia. Ahora, la ciencia se rebelaba contra la Iglesia; la burguesía necesitaba a la ciencia y se lanzó con ella a la rebelión.

Aquí no he tocado más que dos de los puntos en que la burguesía en ascenso tenía necesariamente que chocar con la religión establecida; pero esto bastará para probar: primero, que la clase más directamente interesada en la lucha contra el poder de la Iglesia católica era precisamente la burguesía y, segundo, que por aquel entonces toda lucha contra el feudalismo tenía que vestirse con un ropaje religioso y dirigirse en primera instancia contra la Iglesia. Pero el grito de guerra lanzado por las universidades y los hombres de negocios de las ciudades, tenía inevitablemente que eoncontrar, como en efecto encontró, una fuerte resonancia entre las masas del campo, entre los campesinos, que en todas partes estaban empeñados en una dura lucha contra sus señores feudales eclesiásticos y seculares, lucha en la que se ventilaba su existencia.

La gran campaña de la burguesía europea contra el feudalismo culminó en tres grandes batallas decisivas.

La primera fue la que llamamos la Reforma protestante alemana. Al grito de rebelión de Lutero contra la Iglesia, respondieron dos insurrecciones políticas; primero, la de la nobleza baja, acaudillada por Franz von Sickingen, en 1523, y luego la gran guerra campesina en 1525. Ambas fueron aplastadas, a causa, principalmente, de la falta de decisión del partido más interesado en la lucha: la burguesía de las ciudades; falta de decisión cuyas causas no podemos investigar aquí. Desde este instante, la lucha degeneró en una reyerta entre los príncipes locales y el poder central del emperador, trayendo como consecuencia el borrar a Alemania por doscientos años del concierto de las naciones políticamente activas de Europa. Cierto es que la Reforma luterana condujo a una nueva religión; aquella precisamente que necesitaba la monarquía absoluta. Apenas abrazaron el luteranismo, los

campesinos del noreste de Alemania se vieron degradados de hombres libres a siervos de la gleba.

Pero, donde Lutero falló, triunfó Calvino. El dogma calvinista cuadraba a los más intrépidos burgueses de la época. Su doctrina de la predestinación era la expresión religiosa del hecho de que en el mundo comercial, en el mundo de la competencia, el éxito o la bancarrota no depende de la actividad o de la aptitud del individuo, sino de circunstancias independientes de él. "Así que no es del que quiere ni del que corre, sino de la misericordia" de fuerzas económicas superiores, pero desconocidas. Y esto era más verdad que nunca en una época de revolución económica, en que todos los viejos centros y caminos comerciales eran desplazados por otros nuevos, en que se abría al mundo América y la India y en que vacilaban y se venían abajo hasta los artículos económicos de fe más sagrados: los valores del oro y de la plata. Además, el régimen de la Iglesia calvinista era absolutamente democrático y republicano: ¿cómo podían los reinos de este mundo seguir siendo súbditos de los reyes, de los obispos y de los señores feudales donde el reino de Dios se había republicanizado? Si el luteranismo alemán se convirtió en un instrumento sumiso en manos de los pequeños príncipes alemanes, el calvinismo fundó una república en Holanda y fuertes partidos republicanos en Inglaterra y, sobre todo en Escocia.

En el calvinismo encontró acabada su teoría de lucha la segunda gran insurrección de la burguesía. Esta insurrección se produjo en Inglaterra. La puso en marcha la burguesía de las ciudades, pero fueron los campesinos medios (la *yeomanry*) de los distritos rurales los que arrancaron el triunfo. Cosa singular: en las tres grandes revoluciones burguesas son los campesinos los que suministran las tropas de combate, y ellos también, precisamente, la clase, que, después de alcanzar el triunfo, sale arruinada infaliblemente por las consecuencias económicas de este triunfo. Cien años después de Cromwell, la *yeomanry* de Inglaterra casí había desaparecido. En todo caso, sin la intervención de esta *yeomanry* y del elemento *plebeyo* de las ciudades, la burguesía nunca hubiera podido conducir la lucha hasta su final victorioso ni llevado al cadalso a Carlos I. Para que la burguesía se embolsase aunque sólo fueran los frutos del triunfo que estaban bien maduros, fue necesario llevar la revolución bastante más allá de su meta; exactamente como habría de ocurrir en Francia en 1793 y en Alemania en 1848. Parece ser ésta, en efecto, una de las leyes que presiden el desarrollo de la sociedad burguesa.

Después de este exceso de actividad revolucionaria, siguió la inevitable reacción que, a su vez, rebasó también el punto en que debía haberse mantenido. Tras una serie de vacilaciones, consiguió fijarse por fin el nuevo centro de gravedad, que se convirtió a su vez en nuevo punto de arranque. El período grandioso de la historia inglesa, al que los filisteros dan el nombre de "la gran rebelión", y las luchas que le siguieron, alcanzan su remate en el episodio relativamente insignifi-

cante de 1689, que los historiadores liberales señalan con el nombre de "la revolución gloriosa".[17]

El nuevo punto de partida fue una transacción entre la burguesía en ascenso y los antiguos grandes terratenientes feudales. Estos, aunque entonces como hoy se les conociese por el nombre de aristocracia, estaban ya desde hacía largo tiempo en vías de convertirse en lo que Luis Felipe había de ser mucho después en Francia: en los primeros burgueses de la nación. Para suerte de Inglaterra, los antiguos barones feudales se habían destrozado unos a otros en las guerras de las Dos Rosas.[18] Sus sucesores, aunque descendientes en su mayoría de las mismas antiguas familias, procedían ya de líneas colaterales tan alejadas, que formaban una corporación completamente nueva; sus costumbres y tendencias tenían mucho más de burguesas que de feudales; conocían perfectamente el valor del dinero, y se aplicaron en seguida a aumentar las rentas de sus tierras, arrojando de ellas a cientos de pequeños arrendatarios y sustituyéndolos por rebaños de ovejas. Enrique VIII creó una masa de nuevos landlords burgueses, regalando y dilapidando los bienes de la Iglesia; y a idénticos resultados condujeron las confiscaciones de grandes propiedades territoriales, que se prosiguieron sin interrupción hasta fines del siglo XVII, para entregarlas luego a individuos semi o enteramente advenedizos. De aquí que la "aristocracia" inglesa, desde Enrique VII, lejos de oponerse al desarrollo de la producción industrial, procurase sacar indirectamente provecho de ella. Además, una parte de los grandes terratenientes se mostró dispuesta en todo momento, por móviles económicos o políticos, a colaborar con los caudillos de la burguesía industrial y financiera. La transacción de 1689 no fue, pues, difícil de conseguir. Los trofeos políticos —los cargos, las sinecuras, los grandes sueldos— les fueron respetados a las familias de la aristocracia rural, a condición de que defendiesen cumplidamente los intereses económicos de la clase media financiera, industrial y mercantil. Y estos intereses económicos eran ya, por aquel entonces, bastante poderosos; eran ellos los que trazaban los rumbos de la política nacional. Podía haber rencillas acerca de los detalles, pero la oligarquía aristocrática sabía demasiado bien cuán inseparablemente unida se hallaba su propia prosperidad económica a la de la burguesía industrial y comercial.

[17] La historiografía burguesa inglesa llama "revolución gloriosa" al golpe de Estado de 1688, con el que se derrocó en Inglaterra la dinastía de los Estuardo y se instauró la monarquía constitucional encabezada por Guillermo de Orange (desde 1689), basada en un compromiso entre la aristocracia terrateniente y la gran burguesía.

[18] *La guerra de las Dos Rosas* (1455-1485): guerra entre los representantes de dos familias feudales inglesas que se disputaban el trono: los York, en cuyo escudo figuraba una rosa blanca, y los Lancaster, que tenían en el escudo una rosa roja. Alrededor de los York se agrupaba una parte de los grandes feudales del sur, más desarrollado económicamente, los caballeros y los habitantes de las ciudades; los Lancaster eran apoyados por la aristocracia feudal de los condados del norte. La guerra llevó casi al exterminio total de las antiguas familias feudales y terminó al subir al trono la nueva dinastía de los Tudor, que implantó el absolutismo en Inglaterra.

A partir de este momento, la burguesía se convirtió en parte integrante, modesta pero reconocida, de las clases dominantes de Inglaterra. Compartía con todas ellas el interés de mantener sojuzgada a la gran masa trabajadora del pueblo. El comerciante o fabricante mismo ocupaba, frente a su dependiente, a sus obreros o a sus criados, la posición del amo, o la posición de su "superior natural", como se decía hasta hace muy poco en Inglaterra. Tenía que estrujarles la mayor cantidad y la mejor calidad posible de trabajo; para conseguirlo, había de educarlos en una conveniente sumisión. Personalmente, era un hombre religioso; su religión le había suministrado la bandera bajo la cual combatió al rey y a los señores; muy pronto, había descubierto también los recursos que esta religión le ofrecía para trabajar los espíritus de sus inferiores naturales y hacerlos sumisos a las órdenes de los amos, que los designios inescrutables de Dios les habían puesto. En una palabra, el burgués inglés participaba ahora en la empresa de sojuzgar a los "estamentos inferiores", a la gran masa productora de la nación, y uno de los medios que se empleaba para ello era la influencia de la religión.

A esto venía a añadirse una nueva circunstancia, que reforzaba las inclinaciones religiosas de la burguesía: la aparición del materialismo en Inglaterra. Esta nueva doctrina no sólo hería los píos sentimientos de la clase media, sino que, además, se anunciaba como una filosofía destinada solamente a los sabios y hombres cultos del gran mundo; al contrario de la religión, buena para la gran masa no ilustrada, incluyendo a la burguesía. Con Hobbes, esta doctrina pisó la escena como defensora de las prerrogativas y de la omnipotencia reales e invitó a la monarquía absoluta a atar corto a aquel *puer robustus sed maliciosus** que era el pueblo. También en los continuadores de Hobbes, en Bolingbroke, en Shaftesbury, etc., la nueva forma deística del materialismo seguía siendo una doctrina aristocrática, esotérica** y odiada, por tanto, de la burguesía, no sólo por ser una herejía religiosa, sino también por sus conexiones políticas antiburguesas. Por eso, frente al materialismo y al deísmo de la aristocracia, las sectas protestantes, que habían suministrado la bandera y los hombres para luchar contra los Estuardos, eran precisamente las que daban el contingente principal a las fuerzas de la clase media progresista y las que todavía hoy forman la médula del "gran partido liberal".

Entretanto, el materialismo pasó de Inglaterra a Francia donde se encontró con una segunda escuela materialista de filósofos que habían surgido del cartesianismo,[19] y con la que se refundió. También en Francia seguía siendo al principio una doctrina exclusivamente aristocrática. Pero su carácter revolucionario no tardó en revelarse. Los

* Muchacho robusto, pero malicioso. (*N. de la E.*)

** Oculta, sólo destinada a los iniciados. (*N. de la E.*)

[19] *Cartesianismo:* doctrina de Descartes y corriente en la filosofía y en las ciencias naturales de los siglos XVII-XVIII, que desarrolló sus ideas. Recibió su denominación de *Cartesius*, nombre latinizado de Descartes.

materialistas franceses no limitaban su crítica simplemente a las materias religiosas, sino que la hacían extensiva a todas las tradiciones científicas y a todas las instituciones políticas de su tiempo; para demostrar la posibilidad de aplicación universal de su teoría, siguieron el camino más corto: la aplicaron audazmente a todos los objetos del saber en la *Encyclopédie*, la obra gigantesca que les valió el nombre de "enciclopedistas". De este modo, el materialismo, bajo una u otra forma —como materialismo declarado o como deísmo—, se convirtió en el credo de toda la juventud culta de Francia; hasta tal punto, que durante la gran Revolución la teoría creada por los realistas ingleses sirvió de bandera teórica a los republicanos y terroristas franceses, y de ella salió el texto de la *Declaración de los Derechos del Hombre*.[20]

La gran Revolución francesa fue la tercera insurrección de la burguesía, pero la primera que se despojó totalmente del manto religioso, dando la batalla en el campo político abierto. Y fue también la primera que llevó realmente la batalla hasta la destrucción de uno de los dos combatientes, la aristocracia, y el triunfo completo del otro, la burguesía. En Inglaterra, la continuidad ininterrumpida de las instituciones prerrevolucionarias y postrevolucionarias y la transacción sellada entre los grandes terratenientes y capitalistas, encontraban su expresión en la continuidad de los precedentes judiciales, así como en la respetuosa conservación de las formas feudales de la ley. En Francia, la revolución rompió plenamente con las tradiciones del pasado, barrió los últimos vestigios del feudalismo y creó, con el *Code civil*[21] una adaptación magistral a las relaciones capitalistas modernas del antiguo Derecho romano, de aquella expresión casi perfecta de las relaciones jurídicas derivadas de la fase económica que Marx llama la "producción mercantil"; tan magistral, que este Código francés revolucionario sirve todavía hoy en todos los países —sin exceptuar a Inglaterra de modelo para las reformas del derecho de propiedad. Pero, no por ello debemos perder de vista una cosa. Aunque el Derecho inglés continúa expresando las relaciones económicas de la sociedad capitalista en un lenguaje feudal bárbaro, que guarda con la cosa expresada la misma relación que la ortografía con la fonética inglesa —"*vous écrivez Londres et vous prononcez Constantinople*",* decía un francés—, este Derecho inglés es el único que ha mantenido indemne a través de los siglos y que ha trasplantado a Norteamérica y a las colonias la mejor parte de aquella libertad personal, aquella autonomía

[20] Engels se refiere a la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, aprobada por la Asamblea Constituyente en 1789. Se proclamaban en ella los principios políticos del nuevo régimen burgués. La Declaración fue incluida en la Constitución francesa de 1791.

[21] *Code civil* (Código Civil): uno de los cinco códigos adoptados bajo Napoleón I en Francia de 1804 a 1810 (motivo por el cual se hizo usual la denominación del Código civil como el Código de Napoleón), que constituían la sistematización general del Derecho burgués. Engels calificó el Código Civil, aprobado en 1804, de código clásico de la sociedad burguesa.

* Se escribe Londres y se pronuncia Constantinopla. (*N. de la E.*)

local y aquella salvaguardia contra toda ingerencia, fuera de la de los tribunales; en una palabra, aquellas antiguas libertades germánicas que en el continente se habían perdido bajo el régimen de la monarquía absoluta y que hasta ahora no han vuelto a recobrarse íntegramente en ninguna parte.

Pero volvamos a nuestro burgués británico. La revolución francesa le brindó una magnífica ocasión para arruinar, con ayuda de las monarquías continentales, el comercio marítimo francés, anexionarse las colonias francesas y reprimir las últimas pretensiones francesas de hacerle la competencia por mar. Fue ésta una de las razones de que la combatiese. La segunda razón era que los métodos de esta revolución le hacían muy poca gracia. No ya su "execrable" terrorismo, sino también su intento de implantar el régimen burgués hasta en sus últimas consecuencias. ¿Qué iba a hacer en el mundo el burgués británico sin su aristocracia, que le imbuía maneras (dignas de sus preceptores) e inventaba para él modas, que le suministraba la oficialidad para el ejército, salvaguardia del orden dentro del país, y para la marina, conquistadora de nuevos dominios coloniales y de nuevos mercados en el exterior? Cierto es que también había dentro de la burguesía una minoría progresista, formada por gentes cuyos intereses no habían salido tan bien parados en la transacción; esta minoría, integrada más que nada por la clase media de posición más modesta, simpatizaba con la revolución, pero era impotente en el parlamento.

Por tanto, cuanto más se convertía el materialismo en el credo de la revolución francesa, tanto más se aferraba el piadoso burgués británico a su religión. ¿Acaso la época del terror en París no había demostrado lo que ocurre, cuando el pueblo pierde la religión? Conforme se extendía el materialismo de Francia a los países vecinos y recibía el refuerzo de otras corrientes teóricas afines, principalmente el de la filosofía alemana; conforme en el continente el ser materialista y librepensador era, en realidad, una cualidad indispensable para ser persona culta, más tenazmente se afirmaba la clase media inglesa en sus diversas confesiones religiosas. Por mucho que variasen las unas de las otras, todas eran confesiones decididamente religiosas, cristianas.

Mientras que la revolución aseguraba el triunfo político de la burguesía en Francia, en Inglaterra Watt, Arkwright, Cartwright y otros iniciaron una revolución industrial, que desplazó completamente el centro de gravedad del poder económico. Ahora, la burguesía enriquecíase mucho más aprisa que la aristocracia terrateniente. Y, dentro de la burguesía misma, la aristocracia financiera, los banqueros, etc., iban pasando cada vez más a segundo plano ante los fabricantes. La transacción de 1689, aun con las enmiendas que habían ido introduciéndose poco a poco a favor de la burguesía, ya no correspondía a la posición recíproca de las dos partes interesadas. Había cambiado también el carácter de éstas: la burguesía de 1830 difería mucho de la del siglo anterior. El poder político que aún conservaba la aristocracia

y que se ponía en acción contra las pretensiones de la nueva burguesía industrial, hízose incompatible con los nuevos intereses económicos. Planteábase la necesidad de renovar la lucha contra la aristocracia; y esta lucha sólo podía terminar con el triunfo del nuevo poder económico. Bajo el impulso de la revolución francesa de 1830, se impuso en primer término, pese a todas las resistencias, la ley de reforma electoral.[22] Esto dio a la burguesía una posición fuerte y reconocida en el parlamento. Luego, vino la derogación de las leyes cerealistas,[23] que instauró de una vez para siempre el predominio de la burguesía, y sobre todo de su parte más activa, los fabricantes, sobre la aristocracia de la tierra. Fue éste el mayor triunfo de la burguesía, pero fue también el último conseguido en su propio y exclusivo interés. Todos sus triunfos posteriores hubo de compartirlos con un nuevo poder social, aliado suyo en un principio, pero luego rival de ella.

La revolución industrial había creado una clase de grandes fabricantes capitalistas, pero había creado también otra, mucho más numerosa, de obreros fabriles. Esta clase crecía constantemente en número, a medida que la revolución industrial se iba adueñando de una rama industrial tras otra. Y con su número, crecía también su fuerza, que se demostró ya en 1824, cuando obligó al parlamento a derogar a regañadientes las leyes contra la libertad de coalición.[24] Durante la campaña de agitación por la reforma electoral, los obreros formaban el ala radical del partido de la reforma; y cuando la ley de 1832 los privó del derecho de sufragio, sintetizaron sus reivindicaciones en la Carta del Pueblo (People's Charter)[25] y se constituyeron en oposición a la fuerte

[22] Se trata de la reforma electoral aprobada por la Cámara de los Comunes de Inglaterra en 1831 y ratificada definitivamente por la Cámara de los Lores en junio de 1832. La reforma estaba enfilada contra el monopolio político de la aristocracia terrateniente y financiera y abrió las puertas del Parlamento a la burguesía industrial. El proletariado y la pequeña burguesía, que habían constituido la fuerza principal en la lucha por la reforma, fueron engañados por la burguesía liberal y no consiguieron el derecho al sufragio.

[23] *Leyes cerealistas:* altos derechos aduaneros por la importación de trigo, aprobados por el Parlamento británico en 1815 en provecho de los grandes terratenientes (landlords). Las leyes cerealistas agravaban las condiciones de vida de los sectores más pobres de la población y eran desventajosas también para la burguesía industrial, pues encarecían la mano de obra, reducían la capacidad del mercado interior e impedían el desarrollo del comercio exterior. A fines de los años 30, la burguesía inglesa fundó la Liga contra las leyes cerealistas, encabezada por Cobden y Bright. Durante varios años, la Liga luchó por la derogación de las leyes cerealistas, que, finalmente, fueron anuladas en 1846.

[24] En 1824, el Parlamento inglés presionado por el movimiento obrero de masas, tuvo que abolir la prohibición de las asociaciones obreras (tradeuniones). Sin embargo, en 1825 aprobó la Ley de las coaliciones obreras que a pesar de ratificar dicha abolición, limitó en extremo la actividad de los tradeuniones. En particular, la agitación corriente para incorporar a los obreros a la unión y a la participación en las huelgas era calificada de "coacción" y "violencia" y se castigaba como delito común.

[25] *La Carta del Pueblo* (People's Charter), que contenía las reivindicaciones de los cartistas, fue publicada el 8 de mayo de 1838 como proyecto de ley a presentar en el Parlamento. Constaba de seis puntos: sufragio universal (para los hombres mayores de 21 años), elecciones anuales al Parlamento, voto secreto, distritos electorales iguales, derecho a ser elegidos diputados los no propietarios y retribución de los diputados. El Parlamento rechazó tres veces —en 1839, 1842 y 1849— las peticiones de los cartistas de que fuese aprobada la Carta del Pueblo.

Liga contra las leyes cerealistas[26] burguesas, en un partido independiente, el partido cartista, que fue el primer partido obrero de nuestro tiempo.

A continuación, vinieron las revoluciones continentales de Febrero y Marzo de 1848, en las que los obreros desempeñaron un papel tan importante y en las que plantearon, por lo menos en París, reivindicaciones que eran resueltamente inadmisibles, desde el punto de vista de la sociedad capitalista. Y luego sobrevino la reacción general. Primero, la derrota de los cartistas del 10 de abril de 1848; después, el aplastamiento de la insurrección obrera de París, en junio del mismo año; más tarde, los descalabros de 1849 en Italia, Hungría y el sur de Alemania; y por último, el triunfo de Luis Bonaparte sobre París, el 2 de diciembre de 1851. Con esto, habíase conseguido ahuyentar por lo menos durante algún tiempo, el espantajo de las reivindicaciones obreras, pero ¡a qué costa! Por tanto, si el burgués británico estaba ya antes convencido de la necesidad de mantener en el pueblo vil el espíritu religioso, ¡con cuanta mayor razón tenía que sentir esa necesidad, después de todas estas experiencias! Por eso, sin hacer el menor caso de las risotadas de burla de sus colegas continentales, continuaba año tras año gastando miles y decenas de miles en la evangelización de los estamentos inferiores. No contento con su propia maquinaria religiosa, se dirigió al Hermano Jonathan,[27] el más grande organizador de negocios religiosos por aquel entonces, e importó de los Estados Unidos el revivalismo,[28] a Moody y Sankey, etc.; y, por último, aceptó incluso hasta la ayuda peligrosa del Ejército de Salvación, que viene a restaurar los recursos de propaganda del cristianismo primitivo, que se dirige a los pobres como a los elegidos, combatiendo al capitalismo a su manera religiosa y atizando así un elemento de lucha de clases del cristianismo primitivo, que un buen día puede llegar a ser molesto para las gentes ricas que hoy suministran de su bolsillo el dinero para esta propaganda.

Parece ser una ley de desarrollo histórico el que la burguesía no pueda detentar en ningún país de Europa el poder político —al menos, durante largo tiempo— de la misma manera exclusiva con que pudo hacerlo la aristocracia feudal durante la Edad Media. Hasta en Fran-

[26] *Liga contra las leyes cerealistas:* organización de la burguesía industrial inglesa, fundada en 1838 por Cobden y Bright, fabricantes de Manchester. Al reivindicar la absoluta libertad de Comercio, la Liga procuraba la abolición de dichas leyes (véase la nota Nº 23), con el fin de disminuir los salarios de los obreros y debilitar las posiciones económicas y políticas de la aristocracia terrateniente. La Liga trataba de utilizar a las masas obreras en su lucha contra los terratenientes. Sin embargo, los obreros avanzados de Inglaterra habían emprendido ya entonces el camino del movimiento obrero independiente y políticamente formado (el cartismo). La Liga dejó de existir al ser derogadas las leyes cerealistas.

[27] *Hermano Jonathan:* mote irónico dado por los ingleses a los norteamericanos durante la guerra de las colonias inglesas de América del Norte por su independencia (1775-1783).

[28] *Revivalismo:* corriente de la Iglesia protestante surgida en Inglaterra en la primera mitad del siglo XVIII y extendida en Norteamérica; sus adeptos trataban de consolidar y ampliar la influencia de la religión cristiana mediante las prédicas religiosas y la organización de nuevas comunidades de creyentes.

cia, donde se extirpó tan de raíz el feudalismo, la burguesía, como clase global, sólo ejerce todo el poder durante breves períodos de tiempo. Bajo Luis Felipe (1830-1848), sólo gobernaba una pequeña parte de la burguesía, pues otra parte mucho más considerable quedaba excluida del sufragio por el elevado censo de fortuna que se exigía para poder votar. Bajo la segunda República (1848-1851), gobernó toda la burguesía, pero sólo durante tres años; su incapacidad abrió el camino al Segundo Imperio. Sólo ahora, bajo la tercera República, vemos a la burguesía en bloque empuñar el timón por espacio de veinte años, pero en eso revela ya gratos síntomas de decadencia. Hasta ahora, una dominación de la burguesía mantenida durante largos años sólo ha sido posible en países como Norteamérica, que nunca conocieron el feudalismo y donde la sociedad se ha construido desde el primer momento sobre una base burguesa. Pero hasta en Francia y en Norteamérica llaman ya a la puerta con recios golpes los sucesores de la burguesía: los obreros.

En Inglaterra, la burguesía no ha ejercido jamás el poder indiviso. Hasta el triunfo de 1832 dejó a la aristocracia en el disfrute casi exclusivo de todos los altos cargos públicos. Yo no acertaba a explicarme la sumisión con la que la clase media rica se resignaba a tolerar esto, hasta que un día el gran fabricante liberal W. E. Foster, en un discurso, suplicó a los jóvenes de Bradford que aprendiesen francés si querían hacer carrera, contando a este propósito el triste papel que había hecho él, cuando, siendo ministro, se vio metido de pronto en una sociedad en que el francés era, por lo menos, tan necesario como el inglés. En efecto, los burgueses ingleses de aquel entonces eran, quien más quien menos, unos nuevos ricos sin cultura, que tenían que ceder a la aristocracia, quisieran o no, todos aquellos altos puestos del Gobierno que exigían otras dotes que la limitación y la fatuidad insulares, salpimentadas por la astucia para los negocios.* Todavía hoy los debates inacabables de la prensa sobre la *middle-class-education***

* Y hasta en materia de negocios la fatuidad del chovinismo nacional es un mal consejero. Hasta hace muy poco, el fabricante inglés corriente consideraba denigrante para un inglés hablar otro idioma que no fuese el suyo propio y le enorgullecía en cierto modo que esos "pobres diablos" de los extranjeros se instalasen a vivir en Inglaterra, descargándole con ello del trabajo de vender sus productos en el extranjero. No advertía siquiera que estos extranjeros, alemanes en su mayor parte, se adueñaban de este modo de una gran parte del comercio exterior de Inglaterra —tanto del de importación como del de exportación— y que el comercio directo de los ingleses con el extranjero iba circunscribiéndose casi exclusivamente a las colonias, a China, a los Estados Unidos y a Sudamérica. Y tampoco advertía que estos alemanes comerciaban con otros alemanes del extranjero, que con el tiempo iban organizando una red completa de colonias comerciales por todo el mundo. Y cuando, hace unos cuarenta años, Alemania empezó seriamente a fabricar para la exportación, encontró en estas colonias comerciales alemanas un instrumento que le prestó maravillosos servicios en la empresa de transformarse, en tan poco tiempo, de un país exportador de cereales en un país industrial de primer orden. Por fin, hace unos diez años, los fabricantes ingleses empezaron a inquietarse y a preguntar a sus embajadores y cónsules cómo era que ya no podían retener a todos sus clientes. La respuesta unánime fue ésta: 1º porque no os molestáis en aprender la lengua de vuestros clientes y exigís que ellos aprendan la vuestra, y 2º porque no intentáis siquiera satisfacer las necesidades, las costumbres y los gustos de vuestros clientes, sino que queréis que se atengan a los vuestros, a los de Inglaterra. (*Nota de Engels.*).

** Educación de la clase media. (*N. de la E.*)

revelan que la clase media inglesa no se considera aún bastante buena para recibir la mejor educación y busca algo más modesto. Por eso, aún después de la derogación de las leyes cerealistas, se consideró como algo muy natural que los que habían arrancado el triunfo, los Cobden, los Bright, los Forster, etc., quedasen privados de toda participación en el Gobierno oficial, hasta que por último, veinte años después, una nueva ley de Reforma[29] les abrió las puertas del ministerio. Hasta hoy día está la burguesía inglesa tan profundamente penetrada de un sentimiento de inferioridad social, que sostiene a costa suya y del pueblo una casta decorativa de zánganos que tienen por oficio representar dignamente a la nación en todos los actos solemnes y se considera honradísima cuando se encuentra a un burgués cualquiera reconocido como digno de ingresar en esta corporación selecta y privilegiada, que al fin y al cabo ha sido fabricada por la misma burguesía.

Así, pues, la clase media industrial y comercial no había conseguido aún arrojar por completo del poder político a la aristocracia terrateniente, cuando se presentó en la escena el nuevo rival: la clase obrera. La reacción que se produjo después del movimiento cartista y las revoluciones continentales, unida a la expansión sin precedentes de la industria inglesa desde 1848 a 1866 (expansión que suele atribuirse sólo al librecambio, pero que se debió en mucha mayor parte a la extensión gigantesca de los ferrocarriles, los transatlánticos y los medios de comunicación en general) volvió a poner a los obreros bajo la dependencia de los liberales, cuya ala radical formaban, como en los tiempos anteriores al cartismo. Pero, poco a poco, las exigencias obreras en cuanto al sufragio universal fueron haciéndose irresistibles. Mientras los "whigs", los caudillos de los liberales, temblaban de miedo, Disraelí demostraba su superioridad; supo aprovechar el momento propicio para los "tories"[30] introduciendo en los distritos electorales urbanos el régimen electoral del *household suffrage* y, en relación con éste, una nueva distribución de los distritos electorales. A esto siguió poco después la votación secreta, luego, en 1884, el *household suffrage* hízose extensivo a todos los distritos, incluso a los de condado, y se introdujo una nueva distribución de las circunscripciones electorales, que las nivelaba hasta cierto punto. Todas estas reformas aumentaron de tal modo la fuerza de la clase obrera en las elecciones, que ésta representaba ya a la mayoría de los electores en 150 a 200 distritos. ¡Pero no hay mejor escuela de respeto a la tradición que el sistema parlamentario! Si la clase media mira con devoción y veneración al grupo que lord John

[29] Se trata de la reforma parlamentaria efectuada en 1867 por el Gobierno conservador de Derby-Disraeli. Como resultado de ella, el número de electores en Inglaterra aumentó en más del doble y cierta parte de obreros calificados conquistó el derecho al sufragio.

[30] *Whigs y tories:* partidos políticos ingleses surgidos en los años 70-80 del siglo XVII. El partido de los whigs expresaba los intereses de los círculos financieros y de la burguesía mercantil, así como de una parte de la aristocracia aburguesada. Los whigs organizaron el Partido Liberal. El partido de los tories representaba a los grandes terratenientes y a las altas jerarquías de la Inglesia anglicana; posteriormente fundó el Partido Conservador. Los partidos de los whigs y los tories se alternaban en el poder.

Manners llama bromeando "nuestra vieja nobleza", la masa de los obreros miraba en aquel tiempo con respeto y acatamiento a la que entonces se llamaba "la clase mejor", la burguesía. En realidad, el obrero británico de hace quince años era ese obrero modelo cuya consideración respetuosa por la posición de su patrono y cuya timidez y humildad al plantear sus propias reivindicaciones ponían un poco de bálsamo en las heridas que a nuestros socialistas alemanes de cátedra[31] les inferían las incorregibles tendencias comunistas y revolucionarias de los obreros de su país.

Sin embargo, los burgueses ingleses, como buenos hombres de negocios, veían más allá que los profesores alemanes. Sólo de mala gana habían compartido el poder con los obreros. Durante el período cartista habían tenido ocasión de aprender de lo que era capaz el pueblo, ese *puer robustus sed malitiosus.* Desde entonces habían tenido que aceptar y ver convertida en ley nacional la mayor parte de la Carta del Pueblo. Ahora más que nunca era importante tener al pueblo a raya mediante recursos morales; y el recurso moral primero y más importante con que se podía influenciar a las masas seguía siendo la religión. De aquí la mayoría de puestos otorgados a curas en los organismos escolares y de aquí que la burguesía se imponga a sí misma cada vez más tributos para sostener toda clase de revivalismos, desde el ritualismo hasta el Ejército de Salvación.

Y entonces llegó el triunfo del respetable filisteísmo británico sobre la libertad de pensamiento y la indiferencia en materias religiosas del burgués continental. Los obreros de Francia y Alemania se volvieron rebeldes. Estaban totalmente contaminados de socialismo, y además, por razones muy fuertes, no se preocupaban gran cosa de la legalidad de los medios empleados para conquistar el Poder. Aquí, el *puer robustus* se había vuelto realmente cada día más *malitiosus.* Y al burgués francés y alemán no le quedaba más recurso que renunciar tácitamente a seguir siendo librepensador, como esos guapos mozos que cuando se ven acometidos irremediablemente por el mareo, dejan caer el cigarro humeante con que fantocheaban a bordo. Los burlones fueron adoptando uno tras otro, exteriormente, una actitud devota y empezaron a hablar con respeto de la Iglesia, de sus dogmas y ritos, llegando incluso, cuando no había más remedio, a compartir estos últimos. Los burgueses franceses se negaban a comer carne los viernes y los burgueses alemanes se aguantaban, sudando en sus reclinatorios, interminables sermones protestantes. Habían llegado con su materialismo a una situación embarazosa. *Die Religion muss dem Volk erhalten werden* ("¡Hay

[31] *Socialismo de cátedra:* corriente de la ideología burguesa de los años 70-90 del siglo XIX. Sus representantes (A. Wagner, H. Schmoller, L. Bretano y W. Sombart, entre otros) eran principalmente profesores de universidades alemanes. Predicaban desde sus cátedras el reformismo burgués, tratando de presentarlo como socialismo. Afirmaban que el Estado era una institución situada por encima de las clases, que podía reconciliar a las clases enemigas e implantar gradualmente el "socialismo" sin afectar los intereses de los capitalistas. Su programa se limitaba a la concesión de seguros a los obreros en caso de enfermedad o de accidente, a la adopción de ciertas medidas en la esfera de la legislación fabril, etc., y tenía por fin apartar a los obreros de la lucha de clases.

que conservar la religión para el pueblo!"); era el último y único recurso para salvar a la sociedad de su ruina total. Para desgracia suya, no se dieron cuenta de esto hasta que habían hecho todo lo humanamente posible para derrumbar para siempre la religión. Había llegado, pues, el momento en que el burgués británico podía reírse, a su vez, de ellos y gritarles: "¡Ah, necios, eso ya podía habérselo dicho yo hace doscientos años!"

Sin embargo, me temo mucho que ni la estupidez religiosa del burgués británico ni la conversión *post festum** del burgués continental, consigan poner un dique a la creciente marea proletaria. La tradición es una gran fuerza de freno; es la *vis inertiae*** de la historia. Pero es una fuerza meramente pasiva; por eso tiene necesariamente que sucumbir. De aquí que tampoco la religión pueda servir a la larga de muralla protectora de la sociedad capitalista. Si nuestras ideas jurídicas, filosóficas y religiosas no son más que los brotes más próximos o más remotos de las condiciones económicas imperantes en una sociedad dada, a la larga estas ideas no pueden mantenerse cuando han cambiado completamente aquellas condiciones. Una de dos: o creemos en una revelación sobrenatural, o tenemos que reconocer que no hay dogma religioso capaz de apuntalar una sociedad que se derrumba.

Y la verdad es que también en Inglaterra comienzan otra vez los obreros a moverse. Indudablemente, el obrero inglés está atado por una serie de tradiciones. Tradiciones burguesas, como la tan extendida creencia de que no pueden existir más que dos partidos, el conservador y el liberal, y de que la clase obrera tiene que valerse del gran partido liberal para laborar por su emancipación. Y tradiciones obreras, heredadas de los tiempos de sus primeros tanteos de actuación independiente, como la eliminación, en numerosas y antiguas tradeuniones, de todos aquellos obreros que no han tenido un determinado tiempo reglamentario de aprendizaje; lo que significa, en rigor, que cada una de estas uniones se crea sus propios esquiroles. Pero, a pesar de todo esto y mucho más, la clase obrera inglesa avanza, como el mismo profesor Brentano[32] se ha visto obligado a comunicar, con harto dolor, a sus hermanos, los socialistas de cátedra. Avanza, como todo en Inglaterra, con paso lento y mesurado, vacilante aquí, y allí mediante tanteos, a veces estériles; avanza a trechos, con una desconfianza excesivamente prudente hacia el nombre del Socialismo, pero asimilándose poco a poco la esencia. Avanza, y su avance va comunicándose a una

* Después de la fiesta, o sea, con tardanza. (*N. de la E.*)

** La fuerza de la inercia. (*N. de la E.*)

[32] Engels se refiere a las obras y discursos de L. Brentano dedicados a las tradeuniones inglesas. En ello se deshacía en elogios de las tradeuniones iglesas como modelo de organización de la clase obrera que, según él, permitía conseguir en el capitalismo el mejoramiento radical de la vida de los obreros y librarse de la explotación capitalista. Brentano y otros socialistas de cátedra afirmaban que la existencia de sindicatos bien organizados hacía innecesarios la lucha política y el partido político de la clase obrera. En el trabajo *Brentano contra Marx*, Engels reveló la falsedad y el sentido de clase de tales afirmaciones.

capa obrera tras otra. Ahora, ha sacudido el letargo de los obreros no calificados del East End de Londres, y todos nosotros ya hemos visto qué magnífico empuje han dado, a su vez, a la clase obrera estas nuevas fuerzas. Y si el ritmo del movimiento no es aconsonantado a la impaciencia de unos u otros, no deben olvidar que es precisamente la clase obrera la que mantiene vivos los mejores rasgos del carácter nacional inglés y que en Inglaterra, cuando se da un paso hacia adelante, ya no se pierde jamás. Si los hijos de los viejos cartistas no dieron de sí, por los motivos indicados, todo lo que de ellos se podía esperar, parece que los nietos van a ser dignos de sus abuelos.

Pero, el triunfo de la clase obrera europea no depende solamente de Inglaterra. Este triunfo sólo puede asegurarse mediante la cooperación, por lo menos de Inglaterra, Francia y Alemania. En estos dos últimos países, el movimiento obrero le lleva un buen trecho de delantera al de Inglaterra. En Alemania, se halla incluso a una distancia ya mesurable del triunfo. Los progresos obtenidos aquí desde hace veinticinco años, no tienen precedente. El movimiento obrero alemán avanza con velocidad acelerada. Y si la burguesía alemana ha dado pruebas de su carencia lamentable de capacidad política, de disciplina, de bravura, de energía y de perseverancia, la clase obrera de Alemania ha demostrado que posee en grado abundante todas estas cualidades. Hace ya casi cuatrocientos años que Alemania fue el punto de arranque del primer gran alzamiento de la clase media de Europa; tal como están hoy las cosas, ¿es descabellado pensar que Alemania vaya a ser también el escenario del primer gran triunfo del proletariado europeo?

20 de abril de 1892.

F. ENGELS

Publicado por primera vez en el libro Frederick Engels. *Socialism Utopian and Scientific,* London, 1892, y con algunas omisiones en la traducción alemana del autor I. NN 1, 2, 1892-1893.

SE PUBLICA DE ACUERDO CON EL TEXTO DEL LIBRO.
TRADUCIDO DEL INGLÉS.

Del socialismo utópico al socialismo científico

I

El socialismo moderno es, en primer término, por su contenido, fruto del reflejo en la inteligencia, por un lado, de los antagonismos de clase que imperan en la moderna sociedad entre poseedores y desposeídos, capitalistas y obreros asalariados, y, por otro lado, de la anarquía que reina en la producción. Pero, por su forma teórica, el socialismo empieza presentándose como una continuación, más desarrollada y más consecuente, de los principios proclamados por los grandes ilustradores franceses del siglo XVIII. Como toda nueva teoría, el socialismo, aunque tuviese sus raíces en los hechos materiales económicos, hubo de empalmar, al nacer, con las ideas existentes.

Los grandes hombres que en Francia ilustraron las cabezas para la revolución que había de desencadenarse, adoptaron ya una actitud resueltamente revolucionaria. No reconocían autoridad exterior de ningún género. La religión, la concepción de la naturaleza, la sociedad, el orden estatal: todo lo sometían a la crítica más despiadada; cuanto existía había de justificar los títulos de su existencia ante el fuero de la razón o renunciar a seguir existiendo. A todo se aplicaba como rasero único de la razón pensante. Era la época en que, según Hegel, "el mundo giraba sobre la cabeza",* primero, en el sentido de que la

* He aquí el pasaje de Hegel referente a la revolución francesa: "La idea, el concepto del Derecho, se hizo valer *de golpe*, sin que pudiese oponerle ninguna resistencia la vieja armazón de la injusticia. Sobre la idea del Derecho se ha basado ahora, por tanto, una Constitución, y sobre ese fundamento debe basarse en adelante todo. Desde que el sol alumbra en el firmamento y los planetas giran alrededor de él, nadie había visto que el hombre se alzase sobre la cabeza, es decir, sobre la idea, construyendo con arreglo a ésta la realidad. Anaxágoras fue el primero que dijo que el *nús*, la razón gobierna el mundo: pero sólo ahora el hombre ha acabado de comprender que el pensamiento debe gobernar la realidad espiritual. Era, pues, *una espléndida aurora. Todos los seres pensantes celebraron esta nueva época. Una sublime emoción* reinaba en aquella época, *un entusiasmo del espíritu estremecía el mundo*, como si por vez primera se lograse la reconciliación del mundo con la divinidad". Hegel, *Philosophie der Geschichte*, 1840, S. 535 (Hegel, *Filosofía de la Historia*, 1840, p. 535). ¿No habrá llegado la hora de de aplicar la ley contra los socialistas** a estas doctrinas subversivas y atentatorias contra la sociedad, del difunto profesor Hegel? *(Nota de Engels).*

** Se trata de la *Ley de excepción contra los socialistas*, promulgada en Alemania el 21 de octubre de 1878. Bajo la presión del movimiento obrero de masas, la ley fue derogada el 1 de octubre de 1890.

cabeza humana y los principios establecidos por su especulación reclamaban el derecho a ser acatados como base de todos los actos humanos y de toda relación social, y luego también, en el sentido más amplio de que la realidad que no se ajustaba a estas conclusiones se veía subvertida de hecho desde los cimientos hasta el remate. Todas las formas anteriores de sociedad y de Estado, todas las ideas tradicionales, fueron arrinconadas en el desván como irracionales; hasta allí, el mundo se había dejado gobernar por puros prejuicios; todo el pasado no merecía más que conmiseración y desprecio. Sólo ahora había apuntado la aurora, el reino de la razón; en adelante, la superstición, la injusticia, el privilegio y la opresión serían desplazados por la verdad eterna, por la eterna justicia, por la igualdad basada en la naturaleza y por los derechos inalienables del hombre.

Hoy sabemos ya que ese reino de la razón no era más que el reino idealizado de la burguesía; que la justicia eterna vino a tomar cuerpo en la justicia burguesa; que la igualdad se redujo a la igualdad burguesa ante la ley; que como uno de los derechos más esenciales del hombre se proclamó la propiedad burguesa; y que el Estado de la razón, el "contrato social" de Rousseau[34] pisó y solamente podía pisar el terreno de la realidad, convertido en república democrática burguesa. Los grandes pensadores del siglo XVIII, como todos sus predecesores, no podían romper las fronteras que su propia época les trazaba.

Pero, junto al antagonismo entre la nobleza feudal y la burguesía, que se erigía en representante de todo el resto de la sociedad, manteníase en pie el antagonismo general entre explotadores y explotados, entre ricos holgazanes y pobres que trabajaban. Y este hecho era precisamente el que permitía a los representantes de la burguesía arrogarse la representación, no de una clase determinada, sino de toda la humanidad doliente. Más aún. Desde el momento mismo en que nació, la burguesía llevaba en sus entrañas a su propia antítesis, pues los capitalistas no pueden existir sin obreros asalariados, y en la misma proporción en que los maestros de los gremios medievales se convertían en burgueses modernos, los oficiales y los jornaleros no agremiados transformábanse en proletarios. Y, si, en términos generales, la burguesía podía arrogarse el derecho a representar *en sus luchas contra la nobleza,* además de sus intereses, los de las diferentes clases trabajadoras de la época, al lado de todo gran movimiento burgués que se desataba estallaban movimientos independientes de aquella clase que era el precedente más o menos desarrollado del proletariado moderno. Tal fue en la época de la Reforma y de las guerras campesinas en

[31] Según la teoría de Rousseau, vivieron los hombres en los primeros tiempos, en estado natural, en el que todos eran iguales. El surgimiento de la propiedad privada y el desarrollo de la desigualdad patrimonial determinaron el paso de los hombres del estado natural al estado civil y condujeron a la formación del Estado, basado en el contrato social. Sin embargo, en lo sucesivo, el desarrollo de la desigualdad política llevó a la infracción del contrato social y al surgimiento de la carencia de derechos. Esta última debe ser suprimida por un Estado razonable, basado en un nuevo contrato social.

Alemania la tendencia de los anabaptistas[35] y de Tomás Münzer; en la gran Revolución inglesa, los "levellers",[36] y en la gran Revolución francesa, Babeuf. Y estas sublevaciones revolucionarias de una clase incipiente son acompañadas, a la vez, por las correspondientes manifestaciones teóricas: en los siglos XVI y XVII aparecen las descripciones utópicas de un régimen ideal de la sociedad,[37] en el siglo XVIII, teorías directamente comunistas ya, como las de Morelly y Mably. La reivindicación de la igualdad no se limitaba a los derechos políticos, sino que se extendía a las condiciones sociales de vida de cada individuo; ya no se trataba de abolir tan sólo los privilegios de clase, sino de destruir las propias diferencias de clase. Un comunismo ascético, a lo espartano, que prohibía todos los goces de la vida: tal fue la primera forma de manifestarse de la nueva doctrina. Más tarde, vinieron los tres grandes utopistas: Saint-Simón, en quien la tendencia burguesa sigue afirmándose todavía, hasta cierto punto, junto a la tendencia proletaria; Fourier y Owen, quien, en el país donde la producción capitalista estaba más desarrollada y bajo la impresión de los antagonismos engendrados por ella, expuso en forma sistemática una serie de medidas encaminadas a abolir las diferencias de clase, en relación directa con el materialismo francés.

Rasgo común a los tres es el no actuar como representantes de los intereses del proletariado, que entretanto había surgido como un producto de la propia historia. Al igual que los ilustradores franceses, no se proponen emancipar primeramente a una clase determinada, sino, de golpe, a toda la humanidad. Y lo mismo que ellos, pretenden instaurar el reino de la razón y de la justicia eterna. Pero entre su reino y el de los ilustradores franceses media un abismo. También el mundo burgués, instaurado según los principios de éstos, es injusto e irracional y merece, por tanto, ser arrinconado entre los trastos inservibles, ni más ni menos que el feudalismo y las formas sociales que le precedieron. Si hasta ahora la verdadera razón y la verdadera justicia no han gobernado el mundo, es, sencillamente, porque nadie ha sabido penetrar debidamente en ellas. Faltaba el hombre genial que ahora se alza ante la humanidad con la verdad, al fin, descubierta. El que ese hombre haya aparecido ahora, y no antes, el que la verdad haya sido al fin, descubierta ahora y no antes, no es, según ellos, un acontecimiento inevitable, impuesto por la concatenación del desarrollo histó-

[35] *Anabaptistas* (rebautizados); partidarios de una secta religiosa que surgió en Alemania y Suiza en el siglo XVI. En la guerra campesina de 1524-1525, los anabaptistas, entre los cuales predominaban los campesinos, artesanos y pequeños comerciantes, se sumaron al ala más revolucionaria del movimiento, encabezada por Tomás Münzer.

[36] Engels se refiere a los *verdaderos levellers* (verdaderos igualitarios) o *diggers* (cavadores) componentes de la extrema izquierda durante la revolución burguesa del siglo XVII en Inglaterra. Los "diggers", que representaban los intereses de los pobres del campo y de la ciudad, reivindicaban la supresión de la propiedad privada sobre la tierra, propagaban las ideas del comunismo igualitario primitivo y trataron de llevarlas a la práctica mediante la roturación colectiva de las tierras comunales.

[37] Engels alude a las obras de los representantes del comunismo utópico: Tomás Moro *(Utopía,* 1516) y Tomás Campanela *(Ciudad del Sol,* 1623).

rico, sino porque el puro azar lo quiere así. Hubiera podido aparecer quinientos años antes ahorrando con ello a la humanidad quinientos años de errores, de luchas y de sufrimientos.

Hemos visto cómo los filósofos franceses del siglo XVIII, los precursores de la revolución, apelaban a la razón como único juez de todo lo existente. Se pretendía instaurar un Estado racional, una sociedad ajustada a la razón, y cuanto contradecía a la razón eterna debía ser desechado sin piedad. Y hemos visto también que, en realidad, esa razón eterna no era más que el sentido común idealizado del hombre del estado llano que, precisamente por aquel entonces, se estaba convirtiendo en burgués. Por eso, cuando la revolución francesa puso en obra esta sociedad racional y este Estado racional, resultó que las nuevas instituciones, por más racionales que fuesen en comparación con las antiguas, distaban bastante de la razón absoluta. El Estado racional había quebrado completamente. El contrato social de Rousseau venía a tomar cuerpo en la época del terror, y la burguesía, perdida la fe en su propia habilidad política, fue a refugiarse, primero, en la corrupción del Directorio[38] y, por último, bajo la égida del despotismo napoleónico. La prometida paz eterna se había trocado en una interminable guerra de conquistas. Tampoco corrió mejor suerte la sociedad de la razón. El antagonismo entre pobres y ricos, lejos de disolverse en el bienestar general, habíase agudizado al desaparecer los privilegios de los gremios y otros, que tendían un puente sobre él, y los establecimientos eclesiásticos de beneficencia, que lo atenuaban. La "libertad de la propiedad" de las trabas feudales, que ahora se convertía en realidad, resultaba ser, para el pequeño burgués y el pequeño campesino, la ilbertad de vender a esos mismos señores poderosos su pequeña propiedad, agobiada por la arrolladora competencia el gran capital y de la gran propiedad terrateniente; con lo que se convertía en la "libertad" del pequeño burgués y del pequeño campesino *de toda* propiedad. El auge de la industria sobre bases capitalistas convirtió la pobreza y la miseria de las masas trabajadoras en condición de vida de la sociedad. El pago al contado fue convirtiéndose, cada vez en mayor grado, según la expresión de Carlyle, en el único eslabón que enlazaba a la sociedad. La estadística criminal crecía de año en año. Los vicios feudales, que hasta entonces se exhibían impúdicamente a la luz del día, no desaparecieron, pero se recataron, por el momento, un poco al fondo de la escena; en cambio, florecían exhuberantemente los vicios burgueses, ocultos hasta allí bajo la superficie. El comercio fue degenerando cada vez más en estafa. La "fraternidad" de la divisa

[38] *Época del terror:* período de la dictadura democrático-revolucionaria de los jacobinos (de junio de 1793 a julio de 1794) durante el cual aplicaron el terror revolucionario en respuesta al terror contrarrevolucionario de los girondinos y de los realistas.

Directorio (constaba de cinco miembros, uno de los cuales se elegía cada año): órgano dirigente del poder ejecutivo de Francia, instituido de acuerdo con la Constitución que se aprobó en 1795 después de caer en 1794 la dictadura revolucionaria de los jacobinos. Existió hasta el golpe bonapartista de 1799. Apoyaba el régimen de terror contra las fuerzas democráticas y defendía los intereses de la gran burguesía.

revolucionaria[39] tomó cuerpo en las deslealtades y en la envidia de la lucha de competencia. La opresión violenta cedió el puesto a la corrupción, y la espada, como principal palanca del poder social, fue sustituida por el dinero. El derecho de pernada pasó del señor feudal al fabricante burgués. La prostitución se desarrolló en proporciones hasta entonces inauditas. El matrimonio mismo siguió siendo lo que ya era: la forma reconocida por la ley, el manto oficial con que se cubría la prostitución, complementado además por una gran abundancia de adulterios. En una palabra, comparadas con las brillantes promesas de los ilustradores, las instituciones sociales y políticas instauradas por el "triunfo de la razón" resultaron ser unas tristes y decepcionantes caricaturas. Sólo faltaban los hombres que pusieran de relieve el desengaño y que surgieron en los primeros años del siglo XIX. En 1802, vieron la luz las *Cartas ginebrinas* de Saint-Simon; en 1808, publicó Fourier su primera obra, aunque las bases de su teoría databan ya de 1799; el 1 de enero de 1800, Roberto Owen se hizo cargo de la dirección de la empresa de New Lanark.[40]

Sin embargo, por aquel entonces, el modo capitalista de producción, y con él el antagonismo entre la burguesía y el proletariado, se habían desarrollado todavía muy poco. La gran industria, que en Inglaterra acababa de nacer, era todavía desconocida en Francia. Y sólo la gran industria desarrolla, de una parte, los conflictos que transforman en una necesidad imperiosa la subversión del modo de producción y la eliminación de su carácter capitalista —conflictos que estallan no sólo entre las clases engendradas por esa gran industria, sino también entre las fuerzas productivas y las formas de cambio por ella creadas— y, de otra parte, desarrolla también en estas gigantescas fuerzas productivas los medios para resolver estos conflictos. Si bien, hacia 1800 los conflictos que brotaban del nuevo orden social apenas empezaban a desarrollarse, estaban mucho menos desarrollados, naturalmente, los medios que habían de conducir a su solución. Si las masas desposeídas de París lograron adueñarse por un momento del Poder durante el régimen del terror y con ello llevar al triunfo a la revolución burguesa, incluso *en contra* de la burguesía, fue sólo para demostrar hasta qué punto era imposible mantener por mucho tiempo este poder en las condiciones de la época. El proletariado, que apenas empezaba a destacarse en el seno de estas masas desposeídas, como tronco de una clase nueva, totalmente incapaz todavía para desarrollar una acción política propia, no representaba más que un estamento oprimido, agobiado por toda clase de sufrimientos, incapaz de valerse por sí mismo. La ayuda, en el mejor de los casos, tenía que venirle de fuera, de lo alto.

Esta situación histórica informa también las doctrinas de los fundadores del socialismo. Sus teorías incipientes no hacen más que refle-

[39] Trátase del lema de la Revolución burguesa francesa de fines del siglo XVIII: "Libertad, Igualdad y Fraternidad".

[40] *New-Lanark:* frábrica de hilados de algodón cerca de la ciudad escocesa de Lanark, fundada en 1784, con un pequeño poblado añejo.

jar el estado incipiente de la producción capitalista, la incipiente condición de clase. Se pretendía sacar de la cabeza la solución de los problemas sociales, latente todavía en las condiciones económicas poco desarrolladas de la época. La sociedad no encerraba más que males, que la razón pensante era la llamada a remediar. Tratábase por eso de descubrir un sistema nuevo y más perfecto de orden social, para implantarlo en la sociedad desde fuera, por medio de la propaganda, y a ser posible, con el ejemplo, mediante experimentos que sirviesen de modelos. Estos nuevos sistemas sociales nacían condenados a moverse en el reino de la utopía; cuanto más detallados y minuciosos fueran, más tenían que degenerar en puras fantasías.

Sentado esto, no tenemos por qué detenernos ni un momento más en este aspecto, incorporado ya definitivamente al pasado. Dejemos que los traperos literarios revuelvan solemnemente en estas fantasías, que hoy parecen mover a risa, para poner de relieve, sobre el fondo de ese "cúmulo de dislates", la superioridad de su razonamiento sereno. Nosotros en cambio, nos admiramos de los geniales gérmenes de ideas y de las ideas geniales que brotan por todas partes bajo esa envoltura de fantasía y que los filisteos son incapaces de ver.

Saint-Simon era hijo de la gran Revolución francesa, que estalló cuando él no contaba aún treinta años. La revolución fue el triunfo del tercer estado, es decir, de la gran masa *activa* de la nación, a cuyo cargo corrían la producción y el comercio, sobre los estamentos hasta entonces *ociosos* y privilegiados de la sociedad: la nobleza y el clero. Pero pronto se vio que el triunfo del tercer estado no era más que el triunfo de una parte muy pequeña de él, la conquista del poder político por el sector socialmente privilegiado de esa clase: la burguesía poseyente. Esta burguesía, además, se desarrollaba rápidamente ya en el proceso de la revolución especulando con las tierras confiscadas y luego *vendidas* de la aristocracia y de la Iglesia, y estafando a la nación por medio de los suministros al ejército. Fue precisamente el gobierno de estos estafadores el que, bajo el Directorio, llevó a Francia y a la revolución al borde de la ruina, dando con ello a Napoleón el pretexto para su golpe de Estado. Por eso, en la idea de Saint-Simon, el antagonismo entre el tercer estado y los estamentos privilegiados de la sociedad tomó la forma de un antagonismo entre "obreros" y "ociosos". Los "ociosos" eran no sólo los antiguos privilegiados, sino todos aquellos que vivían de sus rentas, sin intervenir en la producción ni en el comercio. En el concepto de "trabajadores" no estaban solamente los obreros asalariados, sino también los fabricantes, los comerciantes y los banqueros. Que los ociosos habían perdido la capacidad para dirigir espiritualmente y gobernar políticamente era un hecho evidente, que la revolución había sellado con carácter definitivo. Y, para Saint-Simon, las experiencias de la época del terror habían demostrado, a su vez, que los descamisados no poseían tampoco esa capacidad. Entonces, ¿quiénes habían de dirigir y gobernar? Según Saint-Simon, la ciencia y la industria, unidas por un nuevo lazo religioso, un "nuevo cristia-

nismo", forzosamente místico y rigurosamente jerárquico, llamado a restaurar la unidad de las ideas religiosas, rota desde la Reforma. Pero la ciencia eran los sabios académicos; y la industria eran, en primer término, los burgueses activos, los fabricantes, los comerciantes, los banqueros. Y aunque estos burgueses habían de transformarse en una especie de funcionarios públicos, de hombres de confianza de toda la sociedad, siempre conservarían frente a los obreros una posición autoritaria y económicamente privilegiada. Los banqueros serían en primer término los llamados a regular toda la producción social por medio de una reglamentación del crédito. Ese modo de concebir correspondía perfectamente a una época en que la gran industria, y con ella el antagonismo entre la burguesía y el proletariado, apenas comenzaba a despuntar en Francia. Pero Saint-Simon insiste muy especialmente en esto: lo que a él le preocupa siempre y en primer término es la suerte de "la clase más numerosa y más pobre" de la sociedad *(la classe la plus nombreuse et la plus pauvre).*

Saint-Simon sienta ya, en sus *Cartas ginebrinas,* la tesis de que: "todos los hombres deben trabajar".

En la misma hora, se expresa ya la idea de que el reinado del terror era el gobierno de las masas desposeídas.

"Ved —les grita— lo que aconteció en Francia, cuando vuestros camaradas subieron al Poder: ellos provocaron el hambre".[41]

Pero el concebir la revolución francesa como una lucha de clases, y no sólo entre la nobleza y la burguesía, sino entre la nobleza, la burguesía y los *desposeídos,* era para el año 1802, un descubrimiento verdaderamente genial. En 1816, Saint-Simon declara que la política es la ciencia de la producción y predice ya la total absorción de la política por la economía.[42] Y si aquí no hace más que aparecer en germen la idea de que la situación económica es la base de las instituciones políticas, proclama ya claramente la transformación del gobierno político sobre los hombres en una administración de las cosas y en la dirección de los procesos de la producción, que no es sino la idea de la "abolición del Estado", que tanto estrépito levanta últimamente. Y, alzándose al mismo plano de superioridad sobre sus contemporáneos, declara, en 1814, inmediatamente después de la entrada de las tropas coligadas en París, y reitera en 1815, durante la guerra de los Cien Días,[43] que la

[41] Engels cita la segunda carta de la obra de Saint-Simón *Lettres d'un habitant de Geneve a ses contemporains (Cartas de un habitante de Ginebra a sus contemporáneos).*

[42] Engels alude a un pasaje de las *Cartas de Saint-Simon al Americano* (carta octava). Estas cartas fueron publicadas en la recopilación de H. Saint-Simon *L'industrie, ou Discussions politique, morales et philosophiques, dans l'interet de tous les hommes livres a des travaux utiles et independants,* t. II, París 1817.

[43] Los ejércitos aliados de los países integrantes de la sexta coalición antifrancesa (Rusia, Austria, Inglaterra, Prusia y otros Estados) entraron en París el 31 de marzo de 1814. El imperio de Napoleón cayó, y éste, después de abdicar, fue desterrado a la isla de Elba. En Francia tuvo lugar la primera restauración de la monarquía de los Borbones. *Cien Días:* (período de la breve restauración del Imperio de Napoleón, que duró desde el momento de su regreso a París, del destierro de la isla de Elba, el 20 de marzo de 1815, hasta su segunda abdicación el 22 de junio del mismo año después de la derrota de Waterloo.

alianza de Francia con Inglaterra y, en segundo término, la de estos países con Alemania es la única garantía del desarrollo próspero y la paz en Europa.[44] Para predicar a los franceses de 1815 una alianza con los vencedores de Waterloo, [45] hacía falta tanta valentía como capacidad para ver a lo lejos en la historia.

Lo que en Saint-Simon es una amplitud genial de conceptos que les permite contener ya, en germen, casi todas las ideas no estrictamente económicas de los socialistas posteriores, en Fourier es la crítica ingeniosa auténticamente francesa, pero no por ello menos profunda, de las condiciones sociales existentes. Fourier coge por la palabra a la burguesía, a sus encendidos profetas de antes y a sus interesados aduladores de después de la revolución. Pone al desnudo despiadadamente la miseria material y moral del mundo burgués, y la compra con las promesas fascinadoras de los viejos ilustradores con su imagen de una sociedad en la que sólo reinaría la razón, de una civilización que haría felices a todos los hombres y de una ilimitada perfectibilidad humana. Desenmascara las brillantes frases de los ideólogos burgueses de la época, demuestra cómo a esas frases altisonantes responde, por todas partes, la más mísera de las realidades y vuelca sobre este ruidoso fiasco de la fraseología su sátira mordaz. Fourier no es sólo un crítico; su espíritu siempre jovial hace de él un satírico, uno de los más grandes satíricos de todos los tiempos. La especulación criminal desatada con el reflujo de la ola revolucionaria y el espíritu mezquino del comercio francés en aquellos años, aparecen pintados en sus obras con trazo magistral y deleitoso. Pero todavía es más magistral en él la crítica de la forma burguesa de las relaciones entre los sexos y de la posición de la mujer en la sociedad burguesa. Él es el primero que proclama que el grado de emancipación de la mujer en una sociedad es la medida de la emancipación general. Sin embargo, donde más descuella Fourier es en su modo de concebir la historia de la sociedad. Fourier divide toda la historia anterior en cuatro fases o etapas de desarrollo: el salvajismo, el patriarcado, la barbarie, y la civilización, fase esta última que coincide con lo que llamamos hoy sociedad burguesa, es decir, con el régimen social implantado desde el siglo XVI, y demuestra que el: "orden civilizado eleva a una forma compleja, ambigua, equívoca e hipócrita todos aquellos vicios que la barbarie practicaba en medio de la mayor sencillez".

[44] Engels se refiere a dos trabajos escritos por Saint-Simon en colaboración con su discípulo Thierry: *De la réorganisation de la societé européenne, ou de la nécessité et des moyens de rassembler les peuples de l'Europe en un seul corps politique, en conservant a chacun son independance nationale* y *Opinion sur les mesures a prendre contre la coalition de 1815.* Ambos folletos fueron editados en París: el primero, en octubre de 1814, y el segundo, en 1815.

[45] *Waterloo* (Bélgica): el 18 de junio de 1815, el ejército napoleónico fue derrotado por las tropas anglo-holandesas al mando de Wellington y por el ejército prusiano de Blücher. La batalla desempeñó un papel decisivo en la campaña de 1815, predeterminando la victoria definitiva de la séptima coalición antifrancesa (Inglaterra, Rusia, Austria, Prusia, Suecia, España y otros Estados) y el derrumbamiento del Imperio de Napoleón.

Para él, la civilización se mueve en un "círculo vicioso", en un ciclo de contradicciones, que está reproduciendo constantemente sin acertar a superarlas, consiguiendo de continuo lo contrario precisamente de lo que quiere o pretexta querer conseguir.[46] Y así nos encontramos, por ejemplo, con que "en la civilización, *la pobreza brota de la misma abundancia.*"[47]

Como se ve, Fourier maneja la dialéctica con la misma maestría que su contemporáneo Hegel. Frente a los que se llenan la boca hablando de la ilimitada capacidad humana de perfección, pone de relieve, con igual dialéctica, que toda fase histórica tiene su vertiente ascensional, mas también su ladera descendente[48] y proyecta esta concepción sobre el futuro de toda la humanidad. Y así como Kant introduce en la ciencia de la naturaleza la idea del acabamiento futuro de la tierra, Fourier introduce en su estudio de la historia la idea del acabamiento futuro de la humanidad.

Mientras el huracán de la revolución barría el suelo de Francia, en Inglaterra se desarrollaba un proceso revolucionario, más tranquilo, pero no por ello menos poderoso. El vapor y las máquinas-herramientas convirtieron la manufactura en la gran industria moderna, revolucionando con ello todos los fundamentos de la sociedad burguesa. El ritmo adormilado del desarrollo del período de la manufactura se convirtió en un verdadero período de lucha y embate de la producción. Con una velocidad cada vez más acelerada, iba produciéndose la división de la sociedad en grandes capitalistas y proletarios desposeídos, y entre ellos, en lugar del antiguo estado llano estable, llevaba una existencia insegura una masa inestable de artesanos y pequeños comerciantes, la parte más fluctuante de la población. El nuevo modo de producción sólo empezaba a remontarse por su vertiente ascensional; era todavía el modo de producción normal, regular, el único posible, en aquellas circunstancias. Y, sin embargo, ya entonces originó toda una serie de graves calamidades sociales: hacinamiento en los barrios más sórdidos de las grandes ciudades de una población desarraigada de su suelo; disolución de todos los lazos tradicionales de la costumbre, de la sumisión patriarcal y de la familia; prolongación abusiva del trabajo, que sobre todo en las mujeres y en los niños tomaba proporciones aterradoras; desmoralización en masa de la clase trabajadora, lanzada de súbito a condiciones de vida totalmente nuevas: del campo a la ciudad, de la agricultura a la industria, de una situación estable a otra cons-

[46] Véase Ch. Fourier. *Théorie de l'unité universelle,* vol. I et IV; Oeuvres completes. t. II, París, 1843, p. 78-79, et t. V, París, 1841, pp. 213-214.

Acerca del "círculo vicioso" en que se mueve la civilización, véase Ch. Fourier. *Le Nouveau Monde industriel et Sociétaire, ou Invention du precédé d'industrie attrayante el naturelle distribuée en séries passionéss, Oeuvres completes,* t. VI, París, 1845, p. 27-46, 390. La primera edición se publicó en París en 1829. Vease también Ch. Fourier, *Oeuvres completes,* t. I. París, 1841, p. 202.

[47] Ch. Fourier, *Oeuvres completes,* t. VI, París, 1845, p. 35.

[48] Ch. Fourier, *Oeuvres completes,* t. I, París, 1841, p. 50 et suir.

tantemente variable e insegura. En estas circunstancias, se alza como reformador un fabricante de veintinueve años, un hombre cuyo candor casi infantil rayaba en lo sublime y que era, a la par, un dirigente innato de hombres como pocos. Roberto Owen habíase asimilado las enseñanzas de los ilustradores materialistas del siglo XVIII según las cuales el carácter del hombre es, de una parte, el producto de su organización innata, y de otra, el fruto de las circunstancias que rodean al hombre durante su vida, y principalmente durante el período de su desarrollo. La mayoría de los hombres de su clase no veían en la revolución industrial más que caos y confusión, una ocasión propicia para pescar en río revuelto y enriquecerse aprisa. Owen vio en ella el terreno adecuado para poner en práctica su tesis favorita, introduciendo orden en el caos. Ya en Manchester, dirigiendo una fábrica de más de quinientos obreros, había intentado, no sin éxito, aplicar prácticamente su teoría. Desde 1800 a 1829 encauzó en este sentido, aunque con mucha mayor libertad de iniciativa y con un éxito que le valió fama europea, la gran fábrica de hilados de algodón de New Lanark, en Escocia, de la que era socio y gerente. Una población que fue creciendo paulatinamente hasta 2 500 almas, reclutada al principio entre los elementos más heterogéneos, la mayoría de ellos muy desmoralizados, convirtióse en sus manos en una colonia modelo, en la que no se conocía la embriaguez, la policía, los jueces de paz, los procesos, los asilos para pobres, ni la beneficencia pública. Para ello, le bastó sólo con colocar a sus obreros en condiciones más humanas de vida, consagrando un cuidado especial a la educación de su descendencia. Owen fue el creador de las escuelas de párvulos, que funcionaron por vez primera en New Lanark. Los niños eran enviados a la escuela desde los dos años, y se encontraban tan a gusto en ella, que con dificultad se les podía llevar a su casa. Mientras que en las fábricas de sus competidores los obreros trabajaban hasta trece y catorce horas diarias, en New Lanark la jornada de trabajo era de diez horas y media. Cuando una crisis algodonera obligó a cerrar la fábrica durante cuatro meses, los obreros de New Lanark, que quedaron sin trabajo, siguieron cobrando íntegros sus jornales. Y, con todo, la empresa había incrementado hasta el doble su valor y rendido a sus propietarios, hasta el último día, abundantes ganancias.

Sin embargo, Owen no estaba satisfecho con lo conseguido. La existencia que había procurado a sus obreros distaba todavía mucho de ser, a sus ojos, una existencia digna de un ser humano.

"Aquellos hombres eran mis esclavos."

Las circunstancias relativamente favorables, en que les había colocado, estaban todavía muy lejos de permitirles desarrollar racionalmente y en todos sus aspectos el carácter y la inteligencia, y mucho menos desenvolver libremente sus energías.

"Y, sin embargo, la parte productora de aquella población de 2 500 almas daba a la sociedad una suma de riqueza real que apenas medio siglo antes hubiera requerido el trabajo de 600 000 hombres juntos."

Yo me preguntaba: ¿a dónde va a parar la diferencia entre la riqueza consumida por estas 2 500 personas y la que hubieran tenido que consumir las 600 000?

La contestación era clara: esa diferencia se invertía en abonar a los propietarios de la empresa el cinco por ciento de interés sobre el capital de instalación, a lo que venían a sumarse más de 300 000 libras esterlinas de ganancia. Y el caso de New Lanark era, sólo que en proporciones mayores, el de todas las fábricas de Inglaterra.

"Sin esta nueva fuente de riqueza creada por las máquinas, hubiera sido imposible llevar adelante las guerras libradas para derribar a Napoleón y mantener en pie los principios de la sociedad aristocrática. Y, sin embargo, este nuevo poder era obra de la clase obrera."*

A ella debían pertenecer también, por tanto, sus frutos. Las nuevas y gigantescas fuerzas productivas, que hasta allí sólo habían servido para que se enriqueciesen unos cuantos y para la esclavización de las masas, echaban, según Owen, las bases para una reconstrucción social y estaban llamadas a trabajar solamente, como propiedad colectiva de todos, para el bienestar colectivo.

Fue así, por este camino puramente práctico, como fruto, por decirlo así, de los calculos de un hombre de negocios, cómo surgió el comunismo oweniano, que conservó en todo momento este carácter práctico. Así, en 1823, Owen propone un sistema de colonias comunistas para combatir la miseria reinante en Irlanda y presenta, en apoyo de su propuesta, un presupuesto completo de gastos de establecimiento, desembolsos anuales e ingresos probables.[50] Y así también en sus planes definitivos de la sociedad del porvenir, los detalles técnicos están calculados con un dominio tal de la materia, incluyendo hasta diseños, dibujos de frente y a vista de pájaro, que, una vez aceptado el método oweniano de reforma de la sociedad, pero sería lo que podría objetar, ni aún el técnico experto, contra los pormenores de su organización.

El avance hacia el comunismo constituye el momento crucial en la vida de Owen. Mientras se había limitado a actuar sólo como filántropos, no había cosechado más que riquezas, aplausos, honra y fama. Era el hombre más popular de Europa. No sólo los hombres de su clase y posición social, sino también los gobernantes y los príncipes le escuchaban y lo aprobaban. Pero, en cuanto hizo públicas sus teorías

* De *The Revolution in Mind and Practice* (*La revolución en el espíritu y en la práctica*), un memorial dirigido a todos "los republicanos rojos, comunistas y socialistas de Europa", y enviado al Gobierno provisional francés de 1848, así como "a la reina Victoria y a sus consejeros responsables".[49]

[49] Owen. *The Revolution in the Mind and Practice of the Human Race: or The Coming Change from Irrationality to Rationality*, London, 1849. (R. Owen. *La revolución en el espíritu y en la práctica de la raza humana. o el paso futuro de la irracionalidad a la razón).*

50. R. Owen. *Report of the proceedings at the several public meetings, held in Dublin. . . on the 18th March, 12th April, 19 April and 3rd May Dublin, 1823.* (R. Owen. *Informe sobre varias reuniones públicas que se celebraron en Dublin. . . el 18 de marzo, el 12 y el 19 de abril y el 3 de mayo.* Dublin, 1823.)

comunistas, se volvió la hoja. Eran principalmente tres grandes obstáculos los que, según él, se alzaban en el camino de la reforma social: la propiedad privada, la religión y la forma vigente del matrimonio. Y no ignoraba a lo que se exponía atacándolos: la proscripción de toda la sociedad oficial y la pérdida de su posición social. Pero esta consideración no le contuvo en sus ataques despiadados contra aquellas instituciones, y ocurrió lo que él preveía. Desterrado de la sociedad oficial, ignorado completamente por la prensa, arruinado por sus fracasados experimentos comunistas en América, a los que sacrificó toda su fortuna, se dirigió a la clase obrera, en el seno de la cual actuó todavía durante treinta años. Todos los movimientos sociales, todos los progresos reales registrados en Inglaterra en interés de la clase trabajadora, van asociados al nombre de Owen. Así, en 1819, después de cinco años de grandes esfuerzos, consiguió que fuese votada la primera ley limitando el trabajo de la mujer y del niño en las fábricas.[51] El fue también quien presidió el primer congreso en que las tradeuniones de toda Inglaterra se fusionaron en una gran organización sindical única.[52] Y fue también él quien creó, como medidas de transición, para que la sociedad pudiera organizarse de manera íntegramente comunista, de una parte, las cooperativas de consumo y de producción —que han servido por lo menos para demostrar prácticamente que el comerciante y el fabricante no son indispensables—, y de otra parte, los bazares obreros, establecimientos de intercambio de los productos del trabajo por medio de bonos de trabajo y cuya unidad era la hora de trabajo rendido;[53] estos establecimientos tenían necesariamente que fracasar, pero anticiparon a los bancos proudhonianos de intercambio,[54] diferenciándose de ellos solamente en que no pre-

[51] En enero de 1815, en una gran reunión pública celebrada en Glasgow, Owen propuso diversas medidas para mejorar la situación de los niños y de los obreros adultos en las fábricas. En bill, presentado en junio de 1815 por iniciativa de Owen, fue aprobado por el Parlamento como ley sólo en julio de 1819 y, además muy recortado. La ley, que regulaba el trabajo en las fábricas de tejidos de algodón, prohibió el empleo de niños menores de nueve años, redujo a 12 horas la jornada laboral para los menores de 18 años y estableció para todos los obreros dos descansos (para el desayuno y la comida) de hora y media en total.

[52] En octubre de 1853 tuvo lugar en Londres, bajo la presidencia de Owen, un Congreso de las sociedades cooperativas y de los sindicatos, en el que se fundó formalmente la *Grand-National Consolidated Trade Union* de Gran Bretaña e Irlanda. Los Estatutos de la Unión fueron aprobados en febrero de 1834. Según los planes de Owen, esta Unión debía tomar en sus manos la dirección de la producción y llevar a cabo la transformación completa de la sociedad por vía pacífica. Este plan utópico fracasó muy pronto. Al chocar con una fuerte resistencia de la sociedad y del Estado burgués, la Unión se desmoronó en agosto de 1834.

[53] Se alude a los bazares para el intercambio equitativo de los productos del trabajo *(Equitable Labour Exchange Bazaars)*, fundados por las cooperativas obreras en distintas ciudades de Inglaterra. El primero de ellos lo fundó Roberto Owen en septiembre de 1832, en Londres, y existió hasta mediados de 1834.

[54] Proudhon intentó organizar un Banco de intercambio durante la revolución de 1848-1849. *Su Banque de peuple* (Banco del Pueblo) fue fundado en París el 31 de enero de 1849 y existió cerca de dos meses, pero sólo en el papel: quebró antes de empezar a funcionar y fue clausurado a principios de abril.

tendían ser la panacea universal para todos los males sociales, sino pura y simplemente un primer paso dado hacia una transformación mucho más radical de la sociedad.

Los conceptos de los utopistas han dominado durante mucho tiempo las ideas socialistas del siglo XIX, y en parte aún las siguen dominando hoy. Les rendían culto, hasta hace muy poco tiempo, todos los socialistas franceses e ingleses, y a ellos se debe también el incipiente comunismo alemán, incluyendo a Weitling. El socialismo es, para todos ellos, la expresión de la verdad absoluta, de la razón y de la justicia, y basta con descubrirlo para que por su propia virtud conquiste el mundo. Y, como la verdad absoluta no está sujeta a condiciones de espacio ni de tiempo, ni al desarrollo histórico de la humanidad, sólo el azar puede decidir cuándo y dónde este descubrimiento ha de revelarse. Añádase a esto que la verdad absoluta, la razón y la justicia varían con los fundadores de cada escuela: y, como el carácter específico de la verdad absoluta, de la razón y la justicia está condicionado, a su vez, en cada uno de ellos, por la inteligencia subjetiva, las condiciones de vida, el estado de cultura y la disciplina mental, resulta que en este conflicto de verdades absolutas no cabe más solución que estas se vayan puliendo las unas a las otras. Y, así, era inevitable que surgiese una especie de socialismo eclético y mediocre, como el que, en efecto, sigue imperando todavía en las cabezas de la mayor parte de los obreros socialistas de Francia e Inglaterra; una mescolanza extraordinariamente abigarrada y llena de matices, compuesta de los desahogos críticos, las doctrinas económicas y las imágenes sociales del porvenir menos discutibles de los diversos fundadores de sectas, mescolanza tanto más fácil de componer cuanto más los ingredientes individuales habían ido perdiendo, en el torrente de la discusión, sus contornos perfilados y agudos, como los guijarros lamidos por la corriente de un río. Para convertir el socialismo en una ciencia, era indispensable, ante todo, situarlo en el terreno de la realidad.

II

Entretanto, junto a la filosofía francesa del siglo XVIII, y tras ella, había surgido la moderna filosofía alemana, a la que vino a poner remate Hegel. El principal mérito de esta filosofía es la restitución de la dialéctica, como forma suprema del pensamiento. Los antiguos filósofos griegos eran todos dialécticos innatos, espontáneos, y la cabeza más universal de todos ellos, Aristóteles, había llegado ya a estudiar las formas más sustanciales del pensar dialéctico. En cambio, la nueva filosofía, aun teniendo algún que otro brillante mantenedor de la dialéctica (como por ejemplo, Descartes y Spinoza), había ido cayendo cada vez más, influida principalmente por los ingleses, en la llamada manera metafísica de pensar, que también dominó casi totalmente entre los franceses del siglo XVIII a lo menos en sus obras especialmente

filosóficas. Fuera del campo estrictamente filosófico, también ellos habían creado obras maestras de dialéctica; como testimonio de ello basta citar *El sobrino de Rameau*, de Diderot, y el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* de Rousseau.

Resumiremos aquí, concisamente, los rasgos más esenciales de ambos métodos discursivos.

Cuando nos paramos a pensar sobre la naturaleza, o sobre la historia humana, o sobre nuestra propia actividad espiritual, nos encontramos de primera intención con la imagen de una trama infinita de concatenaciones y mutuas influencias, en la que nada permanece en lo que era, ni cómo y dónde era, sino que todo se mueve y cambia, nace y perece. Vemos pues, ante todo, la imagen de conjunto, en la que los detalles pasan todavía más o menos a segundo plano; nos fijamos más en el movimiento, en las transiciones, en la concatenación, que en *lo que* se mueve, cambia y se concatena. Esta concepción del mundo, primitiva, ingenua, pero esencialmente exacta, es la de los antiguos filósofos griegos, y aparece expresada claramente por vez primera en Heráclito: todo es y no es, pues todo *fluye*, todo se halla sujeto a un proceso constante de transformación, de incesante nacimiento y caducidad. Pero esta concepción, por exactamente que refleje el carácter general del cuadro que nos ofrecen los fenómenos, no basta para explicar los elementos aislados que forman ese cuadro total; sin conocerlos, la imagen general no adquirirá tampoco un sentido claro. Para penetrar en estos detalles tenemos que desgajarlos en su entronque histórico o natural e investigarlos por separado, cada uno de por sí, en su carácter, causas y efectos especiales, etc. Tal es la misión primordial de las ciencias naturales y de la historia, ramas de investigación que los griegos clásicos situaban, por razones muy justificadas, en un plano puramente secundario, pues primeramente debían dedicarse a acumular los materiales científicos necesarios. Mientras no se reúne una cierta cantidad de materiales naturales e históricos, no puede acometerse el examen crítico, la comparación y, congruentemente, la división en clases, órdenes y especies. Por eso, los rudimentos de las ciencias naturales exactas no fueron desarrollados hasta llegar a los griegos del período alejandrino,[55] y más tarde, en la Edad Media, por los árabes; la auténtica ciencia de la naturaleza sólo data de la segunda mitad del siglo XV, y, a partir de entonces, no ha hecho más que progresar constantemente con ritmo acelerado. El análisis de la naturaleza en sus diferentes partes, la clasificación de los diversos procesos y objetos naturales en determinadas categorías, la investigación interna de los cuerpos orgánicos según su diversa estructura anatómica, fueron otras

[55] *El período alejandrino* de desarrollo de la ciencia abarca desde el siglo III antes de nuestra era hasta el siglo VII de nuestra era. Debe su nombre a la ciudad egipcia de Alejandría, uno de los más importantes centros de las relaciones económicas internacionales de aquella época. En el período alejandrino adquirieron gran desarrollo una serie de ciencias: las matemáticas y la mecánica (con Euclides y Arquímedes), la geografía, la astronomía, la anatomía, la fisiología, etcétera.

tantas condiciones fundamentales a que obedecieron los progresos gigantescos realizados durante los últimos cuatrocientos años en el conocimiento científico de la naturaleza. Pero este método de investigación nos ha legado, a la par, el hábito de enfocar las cosas y los procesos de la naturaleza aisladamente, sustraídos a la concatenación del gran todo; por tanto, no en su dinámica, sino enfocados estáticamente; no como sustancialmente variables, sino como consistencias fijas; no en su vida, sino en su muerte. Por eso este método de observación, al transplantarse, con Bacón y Locke, de las ciencias naturales a la filosofía, provocó la estrechez específica característica de estos últimos siglos: el método metafísico de pensamiento.

Para el metafísico, las cosas y sus imágenes en el pensamiento, los conceptos, son objetos de investigación aislados, fijos, rígidos, enfocados uno tras otro, cada cual de por sí, como algo dado y perenne. Piensa sólo en antítesis sin mediatividad posible; para él, una de dos: "si, sí; no, no: porque lo que va más allá de esto, de mal procede". Para él, una cosa existe o no existe; un objeto no puede ser al mismo tiempo lo que es y otro distinto. Lo positivo y lo negativo se excluyen en absoluto. La causa y el efecto revisten asimismo, a sus ojos, la forma de una rígida antítesis. A primera vista, este método discursivo nos parece extraordinariamente razonable, porque es el del llamado sentido común. Pero el mismo sentido común, personaje muy respetable de puertas adentro, entre las cuatro paredes de su casa, vive peripecias verdaderamente maravillosas en cuanto se aventura por los anchos campos de la investigación: y el método metafísico de pensar, por muy justificado y hasta por necesario que sea en muchas zonas del pensamiento, más o menos extensas según la naturaleza del objeto de que se trate, tropieza siempre, tarde o temprano, con una barrera franqueada la cual se torna en un método unilateral, limitado, abstracto, y se pierde en insolubles contradicciones, pues, absorbido por los objetos concretos, no alcanza a ver su concatenación; preocupado con su existencia, no para mientes en su génesis ni en su caducidad; concentrado en su estatismo, no advierte su dinámica; obsesionado por los árboles no alcanza a ver el bosque. En la realidad de cada día sabemos, por ejemplo, y podemos decir con toda certeza si un animal existe o no; pero, investigando la cosa con más detención, nos damos cuenta de que a veces el problema se complica considerablemente, como lo saben muy bien los juristas, que tanto y tan en vano se han atormentado por descubrir un límite racional a partir del cual deba la muerte del niño en el claustro materno considerarse como un asesinato; ni es fácil tampoco determinar con fijeza el momento de la muerte, toda vez que la fisiología ha demostrado que la muerte no es un fenómeno repentino, instantáneo, sino un proceso muy largo. Del mismo modo, todo ser orgánico es, en todo instante, él mismo y otro; en todo instante va asimilando materias absorbidas del exterior y eliminando otras de su seno; en todo instante, en su organismo mueren unas células y nacen otras; y, en el transcurso de un período

más o menos largo, la materia de que está formado se renueva totalmente, y nuevos átomos de materia vienen a ocupar el lugar de los antiguos, por donde todo ser orgánico es, al mismo tiempo, el que es y otro distinto. Asimismo nos encontramos, observando las cosas detenidamente, con que los dos polos de una antítesis, el positivo y el negativo, son tan inseparables como antitéticos el uno del otro y que, pese a *todo* su antagonismo, se penetran recíprocamente; y vemos que la causa y el efecto son representaciones que sólo rigen como tales en su aplicación al caso concreto, pero, que, examinando el caso concreto en su concatenación con la imagen total del universo, se juntan y se diluyen en la idea de una trama universal de acciones y reacciones, en que las causas y los efectos cambian constantemente de sitio y en que lo que ahora o aquí es efecto, adquiere luego o allí carácter de causa y viceversa.

Ninguno de estos fenómenos y métodos discursivos encaja en el cuadro de las especulaciones metafísicas. En cambio, para la dialéctica, que enfoca las cosas y sus imágenes conceptuales sustancialmente en sus conexiones, en su concatenación, en su dinámica, en su proceso de génesis y caducidad, fenómenos como los expuestos no son más que otras tantas confirmaciones de su modo genuino de proceder. La naturaleza es la piedra de toque de la dialéctica, y las modernas ciencias naturales nos brindan para esta prueba un acervo de datos extraordinariamente copiosos y enriquecido con cada día que pasa, demostrando con ello que la naturaleza se mueve, en última instancia, por los cauces dialécticos y no por los carriles metafísicos, que no se mueve en la eterna monotonía de un ciclo constantemente repetido, sino que recorre una verdadera historia. Aquí hay que citar en primer término a Darwin, quien, con su prueba de que toda la naturaleza orgánica existente, plantas y animales, y entre ellos, como es lógico, el hombre, es producto de un proceso de desarrollo que dura millones de años, ha asestado a la concepción metafísica, de la naturaleza el más rudo golpe. Pero, hasta hoy, los naturalistas que han sabido pensar dialécticamente pueden contarse con los dedos, y este conflicto entre los resultados descubiertos y el método discursivo tradicional pone al desnudo la ilimitada confusión que reina hoy en las ciencias naturales teóricas y que constituye la desesperación de maestros y discípulos, de autores y lectores.

Sólo siguiendo la senda dialéctica, no perdiendo jamás de vista las innumerables acciones y reacciones generales del devenir y del perecer, de los cambios de avance y de retroceso, llegamos a una concepción exacta del universo, de su desarrollo y del desarrollo de la humanidad, así como de la imagen proyectada por ese desarrollo en las cabezas de los hombres. Y éste fue, en efecto, el sentido en que empezó a trabajar, desde el primer momento, la moderna filosofía alemana. Kant comenzó su carrera de filósofo disolviendo el sistema solar estable de Newton y su duración eterna —después de recibido el famoso primer impulso— en un proceso histórico: en el nacimiento del Sol y de todos

los planetas a partir de una masa nebulosa en rotación. De aquí dedujo ya la conclusión de que este origen implicaba también, necesariamente, la muerte futura del sistema solar. Medio siglo después, su teoría fue confirmada matemáticamente por Laplace, y, al cabo de otro medio siglo, el espectroscopio ha venido a demostrar la existencia en el espacio de esas masas ígneas de gas, en diferente grado de condensación.

La filosofía alemana moderna encontró su remate en el sistema de Hegel, en el que por vez primera —y ése es su gran mérito— se concibe todo el mundo de la naturaleza, de la historia y del espíritu como un proceso, es decir, en constante movimiento, cambio, transformación y desarrollo, y se intenta, además, poner de relieve la íntima conexión que preside este proceso de movimiento y desarrollo. Contemplada desde este punto de vista, la historia de la humanidad no aparecía ya como un caos árido de violencias absurdas, igualmente condenables todas ante el fuero de la razón filosófica hoy ya madura y buenas para ser olvidadas cuanto antes, sino como el proceso de desarrollo de la propia humanidad, que al pensamiento incumbía ahora seguir en sus etapas graduales y a través de todos los extravíos, y demostrar la existencia de leyes internas que guían todo aquello que a primera vista pudiera creerse obra del ciego azar.

No importa que el sistema de Hegel no resolviese el problema que se planteaba. Su mérito, que sentó época, consistió en haberlo planteado. Porque se trata de un problema que ningún hombre solo puede resolver. Y aunque Hegel era, con Saint-Simon, la cabeza más universal de su tiempo, su horizonte hallábase circunscrito, en primer lugar, por la limitación inevitable de sus propios conocimientos, y, en segundo lugar, por los conocimientos y concepciones de su época, limitados también en extensión y profundidad. A esto hay que añadir una tercera circunstancia. Hegel era idealista; es decir, que para él las ideas de su cabeza no eran imágenes más o menos abstractas de los objetos y fenómenos de la realidad, sino que estas cosas y su desarrollo se le antojaban, por el contrario, proyecciones realizadas de la "Idea", que ya existía no se sabe cómo, antes de que existiese el mundo. Así, todo quedaba cabeza abajo, y se volvía completamente del revés la concatenación real del universo. Y por exactas y aun geniales que fuesen no pocas de las conexiones concretas concebidas por Hegel, era inevitable, por las razones a que acabamos de aludir, que muchos de sus detalles tuviesen un carácter amañado, artificioso, construido; falso, en una palabra. El sistema de Hegel fue un aborto gigantesco, pero el último de su género. En efecto, seguía adoleciendo de una contradicción íntima incurable; pues, mientras de una parte arrancaba como supuesto esencial de la concepción histórica, según la cual la historia humana es un proceso de desarrollo que no puede, por su naturaleza, encontrar remate intelectual en el descubrimiento de eso que llaman verdad absoluta, de la otra se nos presenta precisamente como suma y compendio de esa verdad absoluta. Un sistema universal y definitiva-

mente plasmado del conocimiento de la naturaleza y de la historia, es incompatible con las leyes fundamentales del pensamiento dialéctico; lo cual no excluye, sino que, lejos de ello, implica que el conocimiento sistemático del mundo exterior en su totalidad pueda progresar gigantescamente de generación en generación.

La conciencia de la total inversión en que incurría el idealismo alemán, llevó necesariamente al materialismo; pero adviértase bien no a aquel materialismo puramente metafísico y exclusivamente mecánico del siglo XVIII. En oposición a la simple repulsa, ingenuamente revolucionaria, de toda la historia anterior, el materialismo moderno ve en la historia el proceso de desarrollo de la humanidad, cuyas leyes dinámicas es misión suya descubrir. Contrariamente a la idea de la naturaleza que imperaba en los franceses del siglo XVIII, al igual que en Hegel, y en la que ésta se concebía como un todo permanente e invariable, que se movía dentro de ciclos cortos, con cuerpos celestes eternos, tal y como se los representaba Newton, y con especies invariables de seres orgánicos, como enseñara Linneo, el materialismo moderno resume y compendia los nuevos progresos de las ciencias naturales, según los cuales la naturaleza tiene también su historia en el tiempo, y los mundos, así como las especies orgánicas que en condiciones propicias los habitan, nacen y mueren, y los ciclos, en el grado en que son admisibles, revisten dimensiones infinitamente más grandiosas. Tanto en uno como en otro caso, el materialismo moderno es sustancialmente dialéctico y no necesita ya de una filosofía que se halla por encima de las demás ciencias. Desde el momento en que cada ciencia tiene que rendir cuentas de la posición que ocupa en el cuadro universal de las cosas y del conocimiento de éstas, no hay ya margen para una ciencia especialmente consagrada a estudiar las concatenaciones universales. Todo lo que queda en pie de la anterior filosofía; con existencia propia, es la teoría del pensar y de sus leyes: la lógica formal y la dialéctica. Lo demás se disuelve en la ciencia positiva de la naturaleza y de la historia.

Sin embargo, mientras que esta revolución en la concepción de la naturaleza sólo había podido imponerse en la medida en que la investigación suministraba a la ciencia los materiales positivos correspondientes, hacía ya mucho tiempo que se habían revelado ciertos hechos históricos que imprimieron un viraje decisivo al modo de enfocar la historia. En 1831, estalla en Lyon la primera insurrección obrera, y de 1838 a 1842 alcanza su apogeo el primer movimiento obrero nacional: el de los cartistas ingleses. La lucha de clases entre el proletariado y la burguesía pasó a ocupar el primer plano de la historia de los países europeos más avanzados, al mismo ritmo con que se desarrollaba en ellos, por una parte, la gran industria, y por otra, la dominación política recién conquistada de la burguesía. Los hechos venían a dar un mentís cada vez más rotundo a las doctrinas económicas burguesas de la identidad de intereses entre el capital y el trabajo y de la armonía universal y el bienestar general de las naciones, como fruto de la

libre concurrencia. No había manera de pasar por alto estos hechos, ni era tampoco posible ignorar el socialismo francés e inglés, expresión teórica suya, por muy imperfecta que fuese. Pero la vieja concepción idealista de la historia, que aún no había sido desplazada, no conocía luchas de clases basadas en intereses materiales, ni conocía intereses materiales de ningún género; para ella, la producción, al igual que todas las relaciones económicas, sólo existía accesoriamente, como un elemento secundario dentro de la "historia cultural".

Los nuevos hechos obligaron a someter toda la historia anterior a nuevas investigaciones, entonces se vio que, con excepción del estado primitivo, *toda* la historia anterior había sido la historia de las luchas de clases, y que estas clases sociales pugnantes entre sí eran todas las épocas fruto de las relaciones de producción y de cambio, es decir, de las relaciones *económicas* de su época; que la estructura económica de la sociedad en cada época de la historia constituye, por tanto, la base real cuyas propiedades explican, en última instancia, toda la superestructura integrada por las instituciones jurídicas y políticas, así como por la ideología religiosa, filosófica, etc., de cada período histórico. Hegel había liberado a la concepción de la historia de la metafísica, la había hecho dialéctica; pero su interpretación de la historia era esencialmente idealista. Ahora, el idealismo quedaba desahuciado de su último reducto, de la concepción de la historia, sustituyéndolo una concepción materialista de la historia, con lo que se abría el camino para explicar la conciencia del hombre por su existencia, y no ésta por su conciencia, que hasta entonces era lo tradicional.

De este modo el socialismo no aparecía ya como el descubrimiento casual de tal o cual intelecto de genio, sino como el producto necesario de la lucha entre dos clases formadas históricamente: el proletariado y la burguesía. Su misión ya no era elaborar un sistema lo más perfecto posible de sociedad, sino investigar el proceso histórico económico del que forzosamente tenían que brotar estas clases y su conflicto, descubriendo los medios para la solución de éste en la situación económica así creada. Pero el socialismo tradicional era incompatible con esta nueva concepción materialista de la historia, ni más ni menos que la concepción de la naturaleza del materialismo francés no podía avenirse con la dialéctica y las nuevas ciencias naturales. En efecto, el socialismo anterior criticaba el modo capitalista de producción existente y sus consecuencias, pero no acertaba a explicarlo, ni podía, por tanto, destruirlo ideológicamente; no se le alcanzaba más que repudiarlo, lisa y llanamente, como malo. Cuanto más violentamente clamaba contra la explotación de la clase obrera, inseparable de este modo de producción, menos estaba en condiciones de indicar claramente en qué consistía y cómo nacía esta explotación. Más de lo que se trataba era, por una parte, exponer ese modo capitalista de producción en sus conexiones históricas y como necesario para una determinada época de la historia, demostrando con ello también la necesidad

de su caída, y, por otra parte, poner al desnudo su carácter interno, oculto todavía. Este se puso de manifiesto con el descubrimiento de la *plusvalía*. Descubrimiento que vino a revelar que el régimen capitalista de producción y la explotación del obrero, que de él se deriva, tenían por forma fundamental la apropiación de trabajo no retribuido; que el capitalista, aun cuando compra la fuerza de trabajo de su obrero por todo su valor, por todo el valor que representa como mercancía en el mercado, saca siempre de ella más valor que lo que le paga, y que esta plusvalía es, en última instancia, la suma de valor de donde proviene la masa cada vez mayor del capital acumulada en manos de las clases poseedoras. El proceso de la producción capitalista y el de la producción de capital quedaban explicados.

Estos dos grandes descubrimientos: la concepción materialista de la historia y la revelación del secreto de la producción capitalista, mediante la plusvalía, se los debemos a *Marx*. Gracias a ellos, el socialismo se convierte en una ciencia, que sólo nos queda por desarrollar en todos sus detalles y concatenaciones.

III

La concepción materialista de la historia parte de la tesis de que la producción, y tras ella el cambio de sus productos, es la base de todo orden social; de que en todas las sociedades que desfilan por la historia, la distribución de los productos, y junto a ella la división social de los hombres en clases o estamentos, es determinada por lo que la sociedad produce y cómo lo produce y por el modo de cambiar sus productos. Según eso, las últimas causas de todos los cambios sociales y de todas las revoluciones políticas no deben buscarse en las cabezas de los hombres ni en la idea que ellos se forjen de la verdad eterna ni de la eterna justicia, sino en las transformaciones operadas en el modo de producción y de cambio; han de buscarse no en la *filosofía*, sino en la *economía* de la época de que se trata. Cuando nace en los hombres la conciencia de que las instituciones sociales vigentes son irracionales e injustas, de que la razón se ha tornado en sinrazón y la bendición en plaga,* esto no es más que un indicio de que en los métodos de producción y en las formas de cambio se han producido calladamente transformaciones con las que ya no concuerda el orden social, cortado por el patrón de condiciones económicas anteriores. Con ello queda dicho que en las nuevas relaciones de producción han de contenerse ya —más o menos desarrollados los medios necesarios para poner término a los males descubiertos. Y esos medios no han de *sacarse* de la cabeza de nadie, si no que es la cabeza la que tiene que *descubrirlos* en los hechos materiales de la producción, tal y como los ofrece la realidad.

* Goethe. *Fausto*, parte I, escena 4. (*N. de la E.*)

¿Cuál es, en este aspecto, la posición del socialismo moderno?

El orden social vigente —verdad reconocida hoy por casi todo el mundo— es obra de la clase dominante de los tiempos modernos, de la burguesía. El modo de producción propio de la burguesía, al que desde Marx se da el nombre de modo capitalista de producción, era incompatible con los privilegios locales y de los estamentos, como lo era con los vínculos interpersonales del orden feudal. La burguesía echó por tierra el orden feudal y levantó sobre sus ruinas el régimen de la sociedad burguesa, el imperio de la libre concurrencia de la libertad de domicilio, de la igualdad de derechos de los poseedores de las mercancías y tantas otras maravillas burguesas más. Ahora ya podía desarrollarse libremente el modo capitalista de producción. Y al venir el vapor y la nueva producción maquinizada y transformar la antigua manufactura en gran industria, las fuerzas productivas creadas y puestas en movimiento bajo el mando de la burguesía se desarrollaron con una velocidad inaudita y en proporciones desconocidas hasta entonces. Pero, del mismo modo que en su tiempo la manufactura y la artesanía, que seguía desarrollándose bajo su influencia, chocaron con las trabas feudales de los gremios, hoy la gran industria, al llegar a un nivel de desarrollo más alto, no cabe ya dentro del estrecho marco en que la tiene cohibida el modo capitalista de producción. Las nuevas fuerzas productivas desbordan ya la forma burguesa en que son explotadas, y este conflicto entre las fuerzas productivas y el modo de producción no es precisamente un conflicto planteado en las cabezas de los hombres, algo así como el conflicto entre el pecado original del hombre y la justicia divina, sino que existe en la realidad, objetivamente, fuera de nosotros, independientemente de la voluntad o de la actividad de los mismos hombres que lo han provocado. El socialismo moderno no es más que el reflejo de este conflicto material en la mente, su proyección ideal en las cabezas, empezando por las de la clase que sufre directamente sus consecuencias: la clase obrera.

¿En qué consiste este conflicto?

Antes de sobrevenir la producción capitalista, es decir, en la Edad Media, regía con carácter general la pequeña producción basada en la propiedad privada del trabajador sobre sus medios de producción: en el campo, la agricultura corría a cargo de pequeños labradores, libres o siervos; en las ciudades, la industria estaba en manos de los artesanos. Los medios de trabajo —la tierra, los aperos de labranza, el taller, las herramientas— eran medios de trabajo individual, destinados tan sólo al uso individual y, por tanto, forzosamente, mezquinos, diminutos, limitados. Pero esto mismo hacía que perteneciesen, por lo general, al propio productor. El papel histórico del modo capitalista de producción y de su portadora, la burguesía, consistió precisamente en concentrar y desarrollar estos dispersos y mezquinos medios de producción, transformándolos en las potentes palancas de la producción de los tiempos actuales. Este proceso, que viene desarrollando la burguesía desde el siglo XV y que pasa históricamente por las tres

etapas de la cooperación simple, la manufactura y la gran industria, aparece minuciosamente expuesto por Marx en la sección cuarta de *El capital.* Pero la burguesía, como asimismo queda demostrado en dicha obra, no podía convertir esos primitivos medios de producción en poderosas fuerzas productivas sin convertir los medios individuales de producción en medios *sociales,* sólo manejables por una *colectividad de hombres.* La rueca, el telar manual, el martillo del herrero fueron sustituidos por la máquina de hilar, por el telar mecánico, por el martillo movido a vapor; el taller individual cedió el puesto a la fábrica, que impone la cooperación de cientos de miles de obreros. Y, con los medios de producción, se transformó la producción misma, dejando de ser una cadena de actos individuales para convertirse en una cadena de actos sociales, y los productos individuales, en productos sociales. El hilo, las telas, los artículos de metal que ahora salían de la fábrica eran producto del trabajo colectivo de un gran número de obreros, por cuyas manos tenía que pasar sucesivamente para su elaboración. Ya nadie podía decir: esto lo he hecho *yo,* este producto es *mío.*

Pero allí donde la producción tiene forma cardinal esa división social del trabajo creada paulatinamente, por impulso elemental, sin sujeción a plan alguno, la producción imprime a los productos la forma de *mercancía* cuyo intercambio, compra y venta, permite a los distintos productores individuales satisfacer sus diversas necesidades. Y esto era lo que acontecía en la Edad Media. El campesino, por ejemplo, vendía al artesano los productos de la tierra, comprándole a cambio los artículos elaborados en su taller. En esta sociedad de productores individuales, de productores de mercancías, vino a introducirse más tarde el nuevo modo de producción. En medio de aquella división espontánea del trabajo *sin plan ni sistema,* que imperaba en el seno de toda la sociedad, el nuevo modo de producción implantó la división *planificada* del trabajo dentro de cada fábrica: al lado de la producción *individual,* surgió la producción *social.* Los productos de ambas se vendían en el mismo mercado, y por lo tanto, a precios aproximadamente iguales. Pero la organización planificada podía más que la división espontánea del trabajo; las fábricas en que el trabajo estaba organizado socialmente elaboraban productos más baratos que los pequeños productores individuales. La producción individual fue sucumbiendo poco a poco en todos los campos y la producción social revolucionó todo el antiguo modo de producción. Sin embargo, este carácter revolucionario suyo pasaba desapercibido; tan desapercibido, que, por el contrario, se implantaba con la única y exclusiva finalidad de aumentar y fomentar la producción de mercancías. Nació directamente ligada a ciertos resortes de producción e intercambio de mercancías que ya venían funcionando: el capital comercial, la industria artesana y el trabajo asalariado. Y ya que surgía como una nueva forma de producción de mercancías, mantuviéronse en pleno vigor bajo ella las formas de apropiación de la producción de mercancías.

En la producción de mercancías, tal como se había desarrollado en la Edad Media, no podía surgir el problema de a quién debían pertenecer los productos del trabajo. El productor individual los creaba, por lo común, con materias primas de su propiedad, producidas no pocas veces por él mismo, con sus propios medios de trabajo y elaborados con su propio trabajo manual o el de su familia. No necesitaba, por tanto, apropiárselos, pues ya eran suyos por el mero hecho de producirlos. La propiedad de los productos basábase, pues, en el *trabajo personal.* Y aun en aquellos casos en que se empleaba la ayuda ajena, ésta era, por lo común, cosa accesoria y recibía frecuentemente, además del salario, otra compensación: el aprendiz y el oficial de los gremios no trabajaban tanto por el salario y la comida como para aprender y llegar a ser algún día maestros. Pero, sobreviene la concentración de los medios de producción en grandes talleres y manufacturas, su transformación en medios de producción realmente sociales. No obstante, estos medios de producción y sus productos sociales eran considerados como si siguiesen siendo lo que eran antes: medios de producción y productos individuales. Y si hasta aquí el propietario de los medios de trabajo se había apropiado de los productos, porque eran, generalmente, productos suyos y la ayuda ajena constituía una excepción, ahora el propietario de los medios de trabajo seguía apropiándose el producto, aunque éste ya no era un producto *suyo,* sino fruto exclusivo del *trabajo ajeno.* De este modo, los productos, creados ahora socialmente, no pasaban a ser propiedad de aquellos que habían puesto realmente en marcha los medios de producción y que eran sus verdaderos creadores, sino del *capitalista.* Los medios de producción y la producción se habían convertido esencialmente en factores sociales. Y, sin embargo, veíanse sometidos a una forma de apropiación que presupone la producción privada individual, es decir, aquella en que cada cual es dueño de su propio producto y, como tal, acude con él al mercado. El modo de producción se ve sujeto a esta forma de apropiación, a pesar de que destruye el supuesto sobre el cual descansa.* En esta contradicción, que imprime al nuevo modo de producción su carácter capitalista, *se encierra, en germen, todo el conflicto de los tiempos actuales.* Y cuanto más el nuevo modo de producción se impone e impera en todos los campos fundamentales de la producción y en todos los países económicamente importantes, desplazando a la producción individual, salvo vestigios insignificantes, *mayor es la evidencia con que se revela la incompatibilidad entre la producción social y la apropiación capitalista.*

* No necesitamos explicar que, aun cuando la *forma* de apropiación permanezca invariable, el *carácter* de la apropiación sufre una revolución por el proceso que describimos, en no menor grado que la producción misma. La apropiación de un producto propio y la apropiación de un producto ajeno son, evidentemente, dos formas muy distintas de apropiación. Y advertimos de pasada, que el trabajo asalariado, que contiene ya el germen de todo el modo capitalista de producción, es muy antiguo; coexistió durante siglos enteros, en casos aislados y dispersos, con la esclavitud. Sin embargo, este germen sólo pudo desarrollarse hasta formar el modo capitalista de producción cuando se dieron las premisas históricas adecuadas. (*Nota de Engels.*)

Los primeros capitalistas se encontraron ya, como queda dicho, con la forma del trabajo asalariado. Pero como excepción, como ocupación secundaria, auxiliar, como punto de transición. El labrador que salía de vez en cuando a ganar un jornal, tenía sus dos fanegas de tierra propia, de las que, en caso extremo, podía vivir. Las ordenanzas gremiales velaban por que los oficiales de hoy se convirtiesen mañana en maestros. Pero, tan pronto como los medios de producción adquirieron un carácter social y se concentraron en manos de los capitalistas, las cosas cambiaron. Los medios de producción y los productos del pequeño productor individual fueron depreciándose cada vez más, hasta que a este pequeño productor no le quedó otro recurso que colocarse a ganar un jornal pagado por el capitalista. El trabajo asalariado, que antes era excepción y ocupación auxiliar, se convirtió en regla y forma fundamental de toda la producción, y la que antes era ocupación accesoria se convierte ahora en ocupación exclusiva del obrero. El obrero asalariado temporal se convirtió en asalariado para toda la vida. Además, la muchedumbre de estos asalariados de por vida se ve gigantescamente engrosada por el derrumbe simultáneo del orden feudal, por la disolución de las mesnadas de los señores feudales, la expulsión de los campesinos de sus fincas, etc. Se ha realizado el completo divorcio entre los medios de producción concentrados en manos de los capitalistas, de un lado, y de otro, los productores que no poseían más que su propia fuerza de trabajo. *La contradicción entre la producción social y la apropiación capitalista se manifiesta como antagonismo entre el proletariado y la burguesía.*

Hemos visto que el modo de producción capitalista vino a introducirse en una sociedad de productores de mercancías, de productores individuales, cuyo vínculo social era el cambio de sus productos. Pero toda sociedad basada en la producción de mercancías presenta la particularidad de que en ella los productores pierden el mando sobre sus propias relaciones sociales. Cada cual produce por su cuenta, con los medios de producción de que acierta a disponer, y para las necesidades de su intercambio privado. Nadie sabe qué cantidad de artículos de la misma clase que los suyos se lanza al mercado, ni cuántos necesita éste; nadie sabe si su producto individual responde a una demanda efectiva, ni si podrá cubrir los gastos, ni siquiera en general, si podrá venderlo. La anarquía impera en la producción social. Pero la producción de mercancías tiene, como toda forma de producción, sus leyes características, específicas e inseparables de la misma; y estas leyes se abren paso a pesar de la anarquía, en la misma anarquía y a través de ella. Toman cuerpo en la única forma de ligazón social que subsiste: en el cambio, y se imponen a los productores individuales bajo la forma de las leyes imperativas de la competencia. En un principio, por tanto, estos productores las ignoran, y es necesario que una larga experiencia las vaya revelando poco a poco. Se imponen, pues, sin los productores y aun en contra de ellos, como leyes naturales ciegas que presiden esta forma de producción. El producto impera sobre el productor.

En la sociedad medieval, y sobre todo en los primeros siglos de ella, la producción estaba destinada principalmente al consumo propio, a satisfacer sólo las necesidades del productor y de su familia. Y allí donde, como acontecía en el campo, subsistían relaciones personales de vasallaje, contribuía también a satisfacer las necesidades del señor feudal. No se producía, pues, intercambio alguno, ni los productos revestían, por lo tanto, el carácter de mercancías. La familia del labrador producía casi todos los objetos que necesitaba: aperos, ropas y víveres. Sólo empezó a producir mercancías cuando consiguió crear un remanente de productos, después de cubrir sus necesidades propias y los atributos en especie que había de pagar al señor feudal; este remanente, lanzado al intercambio social, al mercado, para su venta, se convirtió en mercancía. Los artesanos de las ciudades, por cierto, tuvieron que producir para el mercado ya desde el primer momento. Pero también obtenían ellos mismos la mayor parte de los productos que necesitaban para su consumo; tenían sus huertos y sus pequeños campos, apacentaban su ganado en los bosques comunales, que además les suministraban la madera y la leña; sus mujeres hilaban el lino y la lana, etc. La producción para el cambio, la producción de mercancías, estaba en sus comienzos. Por eso el intercambio era limitado, el mercado reducido, el modo de producción estable. Frente al exterior imperaba el exclusivismo local; en el interior, la asociación local: la marca* en el campo, los gremios en las ciudades.

Pero al extenderse la producción de mercancías y, sobre todo, al aparecer el modo capitalista de producción, las leyes de producción de mercancías, que hasta aquí apenas habían dado señales de vida, entran en funciones de una manera franca y potente. Las antiguas asociaciones empiezan a perder fuerza, las antiguas fronteras locales se vienen a tierra, los productores se convierten más y más en productores de mercancías independientes y aislados. La anarquía de la producción social sale a la luz y se agudiza cada vez más. Pero el instrumento principal con el que el modo capitalista de producción fomenta esta anarquía en la producción social es precisamente lo inverso de la anarquía: la creciente organización de la producción con carácter social, dentro de cada establecimiento de producción. Con este resorte, pone fin a la vieja estabilidad pacífica. Allí donde se implanta en una rama industrial, no tolera a su lado ninguno de los viejos métodos. Donde se adueña de la industria artesana, la destruye y aniquila. El terreno del trabajo se convierte en un campo de batalla. Los grandes descubrimientos geográficos[56] y las empresas de colonización que les siguen, multiplican los mercados y aceleran el proceso de transformación del taller del artesano en manufactura. Y la lucha no estalla solamente entre los productores locales aislados; las contiendas locales van

* Véase el apéndice al final. *(Nota de* Engels.) Se refiere aquí a su trabajo *La marca (N. de la E.)*.

[56] Los más importantes son el descubrimiento de América por Cristóbal Colón en 1492 y el de la ruta marítima a la India por el portugués Vasco de Gama en 1498.

cobrando volumen nacional, y surgen las guerras comerciales de los siglos XVII y XVIII.[57] Hasta que, por fin, la gran industria y la implantación del mercado mundial dan carácter universal a la lucha, a la par que le imprimen una inaudita violencia. Lo mismo entre los capitalistas individuales que entre industrias y países enteros, la posesión de las condiciones —naturales o artificialmente creadas— de la producción, decide la lucha por la existencia. El que sucumbe es arrollado sin piedad. Es la lucha darwinista por la existencia individual, transplantada, con redoblada furia, de la naturaleza a la sociedad. Las condiciones naturales de vida de la bestia se convierten en el punto culminante del desarrollo humano. La contradicción entre la producción social y la apropiación capitalista se manifiesta ahora como *antagonismo entre la organización de la producción dentro de cada fábrica y la anarquía de la producción en el seno de toda sociedad.*

El modo capitalista de producción se mueve en estas dos formas de manifestación de la contradicción inherente a él por sus mismos orígenes, describiendo sin apelación aquel "círculo vicioso" que puso de manifiesto Fourier. Pero lo que Fourier, en su época, no podía ver todavía era que este círculo va reduciéndose gradualmente, que el movimiento se desarrolla más bien en espiral y tiene que llegar necesariamente a su fin, como el movimiento de los planetas, chocando con el centro. Es la fuerza propulsora de la anarquía social de la producción la que convierte a la inmensa mayoría de los hombres, cada vez más marcadamente, en proletarios, y estas masas proletarias serán, a su vez, las que, por último, pondrán fin a la anarquía de la producción. Es la fuerza propulsora de la anarquía social de la producción la que convierte la capacidad infinita de perfeccionamiento de las máquinas de la gran industria en un precepto imperativo, que obliga a todo capitalista industrial a mejorar continuamente su maquinaria, so pena de perecer. Pero mejorar la maquinaria equivale a hacer superflua una masa de trabajo humano. Y así como la implantación y el aumento cuantitativo de la maquinaria trajeron consigo el desplazamiento de millones de obreros manuales por un número reducido de obreros mecánicos, su perfeccionamiento determina la eliminación de un número cada vez mayor de obreros de las máquinas, y, en última instancia, la creación de una masa de obreros disponibles que sobrepuja la necesidad media de ocupación del capital, de un verdadero ejército industrial de reserva, como yo hube de llamarlo ya en 1845,* de un ejército de trabajadores disponibles para los tiempos en que la

[57] Engels se refiere a la serie de guerras de los siglos XVII y XVIII entre los Estados europeos más importantes por la hegemonía en el comercio con la India y América y por la conquista de mercados coloniales. Al comienzo, los principales contrincantes fueron Inglaterra y Holanda (las guerras anglo-holandesas de 1652-1654, 1664-1667 y 1672-1674 fueron guerras comerciales típicas). Más tarde se entabló una lucha decisiva entre Inglaterra y Francia. De todas estas guerras salió triunfante Inglaterra, en cuyas manos se concentró a fines del siglo XVIII casi todo el comercio mundial.

* *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, p. 109. (*Nota de Engels.*) (Véase K. Marx y F. Engels. *Obras*, 2ª ed. en ruso, t. 2, p. 320.) (*N. de la E.*)

industria trabaja a todo vapor y que luego, en las crisis que sobrevienen necesariamente después de esos períodos, se ve lanzado a la calle, constituyendo en todo momento un grillete atado a los pies de la clase trabajadora en su lucha por la existencia contra el capital y un regulador para mantener los salarios en el nivel bajo que corresponde a las necesidades del capitalismo. Así, pues, la maquinaria, para decirlo con Marx, se ha convertido en el arma más poderosa del capital contra la clase obrera, en un medio de trabajo que arranca constantemente los medios de vida de manos del obrero, ocurriendo que el producto mismo del obrero se convierte en el instrumento de su esclavización.[58] De este modo, la economía en los medios de trabajo lleva consigo, desde el primer momento, el más despiadado despilfarro de la fuerza de trabajo y un despojo contra las condiciones normales de la función misma del trabajo.[59] Y la maquinaria, el recurso más poderoso que ha podido crearse para acortar la jornada de trabajo, se trueca en el recurso más infalible para convertir la vida entera del obrero y de su familia en una gran jornada de trabajo disponible para la valorización del capital; así ocurre que el exceso de trabajo de unos es la condición determinante de la carencia de trabajo de otros, y que la gran industria, lanzándose por el mundo entero, en carrera desenfrenada, a la conquista de nuevos consumidores, reduce en su propia casa el consumo de las masas a un mínimo de hambre y mina con ello su propio mercado interior. "La ley que mantiene constantemente el exceso relativo de población o ejército industrial de reserva en equilibrio con el volumen y la energía de la acumulación del capital, ata al obrero al capital con ligaduras más fuertes que las cuñas con que Vulcano clavó a Promoteo a la roca. Esto origina que a la acumulación del capital corresponda una acumulación igual de miseria. La acumulación de la riqueza en uno de los polos determina en el polo contrario, en el polo de la clase que *produce su propio producto como capital*, una acumulación igual de miseria, de tormentos de trabajo, de esclavitud, de ignorancia, de embrutecimiento y de degradación moral" (Marx, *El capital*, t. I, c. XXIII).[60] Y esperar del modo capitalista de producción otra distribución en los productos sería como esperar que los dos electrodos de una batería, mientras estén conectados con ésta, no descompongan el agua ni liberen oxígeno en el polo positivo e hidrógeno en el negativo.

Hemos visto que la capacidad de perfeccionamiento de la maquinaria moderna, llevada a su límite máximo, se convierte, gracias a la anarquía de la producción dentro de la sociedad, en un precepto imperativo que obliga a los capitalistas industriales, cada cual de por sí, a mejorar incesantemente su maquinaria, a hacer siempre más potente su fuerza de producción. No menos imperativo es el precepto en que se

[58] Engels cita el primer tomo de *El capital*, sección IV, c. XIII, § 5 y § 9.

[59] K. Marx. *El capital*. t. I, sección IV, c. XIII, § 8.

[60] K. Marx. *El capital*. t. I, sección VII, c. XIII, § 4.

convierte para él la mera posibilidad efectiva de dilatar su órbita de producción. La enorme fuerza de expansión de la gran industria, a cuyo lado la de los gases es un juego de chicos, se revela hoy ante nuestros ojos como una *necesidad* cualitativa y cuantitativa de expansión, que se burla de cuantos obstáculos encuentra a su paso. Estos obstáculos son los que le oponen el consumo, la salida, los mercados de que necesitan los productos de la gran industria. Pero la capacidad extensiva e intensiva de expansión de los mercados, obedece por su parte, a leyes muy distintas y que actúan de un modo mucho menos enérgico. La expansión de los mercados no puede desarrollarse al mismo ritmo que la de la producción. La colisión se hace inevitable, y como no puede dar ninguna solución mientras no haga saltar el propio modo de producción capitalista, esa colisión se hace periódica. La producción capitalista engendra un nuevo "círculo vicioso".

En efecto, desde 1825, año en que estalla la primera crisis general, no pasan diez años seguidos sin que todo el mundo industrial y comercial, la producción y el intercambio de todos los pueblos civilizados y de su séquito de países más o menos bárbaros, se salga de quicio. El comercio se paraliza, los mercados están sobresaturados de mercancías, los productos se estancan en los almacenes abarrotados, sin encontrar salida; el dinero contante se hace invisible; el crédito desparece; las fábricas paran; las masas obreras carecen de medios de vida precisamente por haberlos producido en exceso, las bancarrotas y las liquidaciones se suceden unas a otras. El estancamiento dura años enteros, las fuerzas productivas y los productos se derrochan y destruyen en masa, hasta que, por fin, las masas de mercancías acumuladas, más o menos depreciadas, encuentran salida, y la producción y el cambio van reanimándose poco a poco. Paulatinamente, la marcha se acelera, el paso de andadura se convierte en trote, el trote industrial, en galope y, por último, en carrera desenfrenada, en un *steeple-chase** de la industria, el comercio, el crédito y la especulación, para terminar finalmente, después de los saltos más arriesgados, en la fosa de un crac. Y así, una vez y otra. Cinco veces se ha venido repitiendo la misma historia desde el año 1825, y en estos momentos (1877) la estamos viviendo por sexta vez. Y el carácter de estas crisis es tan nítido y tan acusado, que Fourier las abarcaba todas cuando describía, la primera, diciendo que era una *crise pléthorique*, nacida de la superabundancia.[61]

En las crisis estalla en explosiones violentas la contradicción entre la producción social y la apropiación capitalista. La circulación de mercancías queda, por el momento, paralizada. El medio de circulación, el dinero, se convierte en un obstáculo para la circulación; todas las leyes de la producción y circulación de mercancías se vuelven

* Carrera de obstáculos *(N. de la E.)*.

61 Ch. Fourier *Oeuvres completes*, t. VI París, 1845, p. 393-394.

del revés. El conflicto económico alcanza su punto de apogeo: *el modo de producción se rebela contra el modo de cambio.*

El hecho de que la organización social de la producción dentro de las fábricas se haya desarrollado hasta llegar a un punto en que se ha hecho inconciliable con la anarquía —coexistente con ella y por encima de ella— de la producción en la sociedad, es un hecho que se les revela tangiblemente a los propios capitalistas, por la concentración violenta de los capitales, producida durante las crisis a costa de la ruina de muchos grandes y, sobre todo, pequeños capitalistas. Todo el mecanismo del modo capitalista de producción falla, agobiado por las fuerzas productivas que él mismo ha engendrado. Ya no acierta a transformar en capital esta masa de medios de producción, que permanecen inactivos, y por esto precisamente debe permanecer inactivo el ejército industrial de reserva. Medios de producción, medios de vida, obreros disponibles: todos los elementos de la producción y de la riqueza general existen con exceso. Pero "la superabundancia se convierte en fuente de miseria y de penuria" (Fourier), ya que es ella, precisamente, la que impide la transformación de los medios de producción y de vida en capital, pues en la sociedad capitalista, los medios de producción no pueden ponerse en movimiento más que convirtiéndose previamente en capital, en medio de explotación de la fuerza humana de trabajo. Esta imprescindible calidad de capital de los medios de producción y de vida se alza como un espectro entre ellos y la clase obrera. Esta calidad es la que impide que se engranen la palanca material y la palanca personal de la producción; es la que no permite a los medios de producción funcionar ni a los obreros trabajar y vivir. De una parte, el modo capitalista de producción revela, pues, su propia incapacidad para seguir rigiendo sus fuerzas productivas. De otra parte, estas fuerzas productivas acucian con intensidad cada vez mayor a que se elimine la contradicción, a que se las redima de su condición de capital, *a que se reconozca de hecho su carácter de fuerzas productivas sociales.*

Es esta rebelión de las fuerzas de producción, cada vez más imponentes, contra su calidad de capital, esta necesidad cada vez más imperiosa de que se reconozca su carácter social, la que obliga a la propia clase capitalista a tratarlas cada vez más abiertamente como fuerzas productivas sociales, en el grado en que ello es posible dentro de las relaciones capitalistas. Lo mismo los períodos de alta presión industrial, con su desmedida expansión del crédito, que el crac mismo, con el desmoronamiento de grandes empresas capitalistas, impulsan esa forma de socialización de grandes masas de medios de producción con que nos encontramos en las diversas categorías de sociedades anónimas. Algunos de estos medios de producción y de comunicación son ya de por sí tan gigantescos, que excluyen, como ocurre con los ferrocarriles, toda otra forma de explotación capitalista. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, ya no basta tampoco esta forma; los grandes productores nacionales de una rama industrial se unen

para formar un trust, una agrupación encaminada a regular la producción; determinan la cantidad total que ha de producirse, se la reparten entre ellos e imponen de este modo un precio de venta fijado de antemano. Pero, como estos trusts se desmoronan al sobrevenir la primera racha mala en los negocios, empujan con ello a una socialización todavía más concentrada; toda la rama industrial se convierte en una sola gran sociedad anónima, y la competencia interior cede el puesto al monopolio interior de esta única sociedad; así sucedió ya en 1890 con la producción inglesa de álcalis, que en la actualidad, después de fusionarse todas las cuarenta y ocho grandes fábricas del país, es explotada por una sola sociedad con dirección única y un capital de ciento veinte millones de marcos.

En los trusts, la libre concurrencia se trueca en monopolio y la producción sin plan de la sociedad capitalista capitula ante la producción planeada y organizada de la futura sociedad socialista a punto de sobrevenir. Claro está que, por el momento, en provecho y beneficio de los capitalistas. Pero aquí la explotación se hace tan patente, que tiene forzosamente que derrumbarse. Ningún pueblo toleraría una producción dirigida por los trusts, una explotación tan descarada de la colectividad por una pequeña cuadrilla de cortadores de cupones.

De un modo o de otro, con o sin trusts, el representante oficial de la sociedad capitalista, el Estado tiene que acabar haciéndose cargo del mando de la producción.* La necesidad a que responde esta transformación de ciertas empresas en propiedad del Estado empieza mani-

* Y digo que *tiene* que hacerse cargo, pues, la nacionalización sólo representará un progreso económico, un paso de avance hacia la conquista por la sociedad de todas las fuerzas productivas, aunque esta medida sea llevada a cabo por el Estdo actual, cuando los medios de producción o de transporte se desborden ya *realmente* de los cauces directivos de una sociedad anónima, cuando, por tanto, la medida de la nacionalización sea ya *económicamente* inevitable. Pero recientemente, desde que Bismarck emprendió el camino de la nacionalización, ha surgido una especie de falso socialismo, sumiso y servil, que en *todo* acto de nacionalización hasta en los dictados por Bismarck, ve una medida socialista. Si la nacionlización de la industria del tabaco fuese socialismo, habría que incluir entre los fundadores del socialismo a Napoleón y a Metternich. Cuando el Estado Belga, por razones políticas y financieras perfectamente vulgares, decidió construir por su cuenta las principales líneas férreas del país, o cuando Bismarck, sin que ninguna necesidad económica le impulsase a ello, nacionalizó las líneas más importantes de la red ferroviaria de Prusia, pura y simplemente para así poder manejarlas y aprovecharlas mejor en caso de guerra, para convertir al personal de ferrocarriles en ganado electoral sumiso al gobierno y, sobre todo, para procurarse una nueva fuente de ingresos sustraída a la fiscalización del parlamento, todas estas medidas no tenían, ni directa ni indirectamente, ni consciente ni inconscientemente, nada de socialistas. De otro modo, habría que clasificar también entre las instituciones socialistas a la Real Compañía de Comercio Marítimo,[62] la Real Manufactura de Porcelanas, y hasta los sastres de compañía del ejército, sin olvidar la nacionalización de los prostíbulos propuesta muy en serio, allá por el año treinta y tantos, bajo Federico Guillermo III, por un hombre listo. (*Nota de Engels.*)

[62] *Comercio Marítimo:* sociedad comercial y de crédito fundada en 1772 en Prusia. Gozaba de importantes privilegios estatales y concedía grandes créditos al gobierno, desempeñando, en realidad, el papel de banquero y corredor de bolsa suyo. En 1904 fue transformada oficialmente en Banco del Estado prusiano.

festándose en las grandes empresas de transportes y comunicaciones, tales como el correo, el telégrafo y los ferrocarriles.

A la par que las crisis revelan la incapacidad de la burguesía para seguir rigiendo las fuerzas productivas modernas, la transformación de las grandes empresas de producción y transporte en sociedades anónimas, trusts y en propiedad del Estado demuestra que la burguesía no es ya indispensable para el desempeño de estas funciones. Hoy, las funciones sociales del capitalista corren todas a cargo de empleados a sueldo, y toda la actividad social de aquél se reduce a cobrar sus rentas, cortar sus cupones y jugar en la Bolsa, donde los capitalistas de toda clase se arrebatan unos a otros sus capitales. Y si antes el modo capitalista de producción desplazaba a los obreros, ahora desplaza también a los capitalistas, arrinconándolos, igual que a los obreros, entre la población sobrante; aunque por ahora todavía no en el ejército industrial de reserva.

Pero las fuerzas productivas no pierden su condición de capital al convertirse en propiedad de las sociedades anónimas y de los trusts o en propiedad del Estado. Por lo que a las sociedades anónimas y a los trusts se refiere, es palpablemente claro. Por su parte, el Estado moderno no es tampoco más que una organización creada por la sociedad burguesa para defender las condiciones exteriores generales del modo capitalista de producción contra los atentados, tanto de los obreros como de los capitalistas individuales. El Estado moderno, cualquiera que sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista, es el Estado de los capitalistas, el capitalista colectivo ideal. Y cuanto más fuerzas productivas asuma en propiedad, tanto más se convertirá en capitalista colectivo y tanta mayor cantidad de ciudadanos explotará. Los obreros siguen siendo obreros asalariados, proletarios. La relación capitalista, lejos de abolirse con estas medidas, se agudiza, llega al extremo, a la cúspide. Mas, al llegar a la cúspide se derrumba. La propiedad del Estado sobre las fuerzas productivas no es solución del conflicto, pero alberga ya en su seno el medio formal, el resorte para llegar a la solución.

Esta solución sólo puede estar en reconocer de un modo efectivo el carácter social de las fuerzas productivas modernas y, por lo tanto, en armonizar el modo de producción, de apropiación y de cambio con el carácter social de los medios de producción. Para esto, no hay más que un camino: que la sociedad, abiertamente y sin rodeos, tome posesión de esas fuerzas productivas, que ya no admite otra dirección que la suya. Haciéndolo así, el carácter social de los medios de producción y de los productos, que hoy se vuelve contra los mismos productores, rompiendo periódicamente los cauces del modo de producción y de cambio, y que sólo puede imponerse con una fuerza y eficacia tan destructoras como el impulso ciego de las leyes naturales, será puesto en vigor con plena conciencia por los productores y se convertirá, de causa constante de perturbaciones y de cataclismos periódicos, en la palanca más poderosa de la producción misma.

Las fuerzas activas de la sociedad obran, mientras no las conocemos y contamos con ellas, exactamente lo mismo que las fuerzas de la naturaleza: de un modo ciego, violento, destructor. Pero, una vez conocidas, tan pronto como se ha sabido comprender su acción, su tendencia y sus efectos, en nuestras manos está el supeditarlas cada vez más de lleno a nuestra voluntad y alcanzar por medio de ellas los fines propuestos. Tal es lo que ocurre, muy señaladamente, con las gigantescas fuerzas modernas de producción. Mientras nos resistamos obstinadamente a comprender su naturaleza y su carácter —y a esta comprensión se oponen el modo capitalista de producción y sus defensores—, estas fuerzas actuarán a pesar de nosotros, contra nosotros, y nos dominarán, como hemos puesto bien de relieve. En cambio, tan pronto como penetremos en su naturaleza, esas fuerzas, puestas en manos de los productores asociados, se convertirán, de tiranos demoníacos, en sumisas servidoras. Es la misma diferencia que hay entre el poder destructor de la electricidad en los rayos de la tormenta y la electricidad sujeta en el telégrafo y en el arco voltaico; la diferencia que hay entre el incendio y el fuego puesto al servicio del hombre. El día en que las fuerzas productivas de la sociedad moderna se sometan al régimen congruente con su naturaleza, por fin conocida, la anarquía social de la producción dejará el puesto a una reglamentación colectiva y organizada de la producción acorde con las necesidades de la sociedad y de cada individuo. Y el régimen capitalista de apropiación, en que el producto esclaviza primero a quien lo crea y luego a quien se lo apropia, será sustituido por el régimen de apropiación del producto que el carácter de los modernos medios de producción está reclamando: de una parte, apropiación directamente social, como medio para mantener y ampliar la producción; de otra parte, apropiación directamente individual, como medio de vida y de disfrute.

El modo capitalista de producción, al convertir más y más en proletarios a la inmensa mayoría de los individuos de cada país, crea la fuerza que, si no quiere perecer, está obligada a hacer esa revolución. Y, al forzar cada vez más la conversión en propiedad del Estado de los grandes medios socializados de producción, señala ya por sí mismo el camino por el que esa revolución ha de producirse. *El proletariado toma en sus manos el poder del Estado y comienza por convertir los medios de producción en propiedad del Estado.* Pero con este mismo acto se destruye a sí mismo como proletariado, y destruye toda diferencia y todo antagonismo de clases, y con ello mismo, el Estado como tal. La sociedad, que se había movido hasta el presente entre antagonismos de clase, ha necesitado del Estado, o sea, de una organización de la correspondiente clase explotadora para mantener las condiciones exteriores de producción, y, por tanto, particularmente, para mantener por la fuerza a la clase explotada en las condiciones de opresión (la esclavitud, la servidumbre o el vasallaje y el trabajo asalariado), determinadas por el modo de producción exis-

tente. El Estado era el representante oficial de toda la sociedad, su síntesis en un cuerpo social visible; pero lo era sólo como Estado de la clase que en su época representaba a toda la sociedad: en la antigüedad era el Estado de los ciudadanos esclavistas; en la Edad Media el de la nobleza feudal; en nuestros tiempos es el de la burguesía. Cuando el Estado se convierta finalmente en representante efectivo de toda la sociedad será por sí mismo superfluo. Cuando ya no exista ninguna clase social a la que haya que mantener sometida; cuando desaparezcan, junto con la dominación de clase, junto con la lucha por la existencia individual, engendrada por la actual anarquía de la producción, los choques y los excesos resultantes de esto, no habrá ya nada que reprimir ni hará falta, por tanto, esa fuerza especial de represión que es el Estado. El primer acto en que el Estado se manifiesta efectivamente como representante de toda la sociedad: la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad, es a la par su último acto independiente como Estado. La intervención de la autoridad del Estado en las relaciones sociales se hará superflua en un campo tras otro de la vida social y cesará por sí misma. El gobierno sobre las personas es sustituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción. El Estado no es "abolido"; se *extingue*. Partiendo de esto es como hay que juzgar el valor de esa frase del "Estado popular libre"[63] en lo que toca a su justificación provisional como consigna de agitación y en lo que se refiere a su falta de fundamento científico. Partiendo de esto es también como debe ser considerada la reivindicación de los llamados anarquistas de que el Estado sea abolido de la noche a la mañana.

Desde que ha aparecido en la palestra de la historia el modo de producción capitalista ha habido individuos y sectas enteras ante quienes se ha proyectado más o menos vagamente, como ideal futuro, la apropiación de todos los medios de producción por la sociedad. Mas, para que esto fuese realizable, para que se convirtiese en una necesidad histórica, era menester que antes se diesen las condiciones efectivas para su realización. Para que este progreso, como todos los progresos sociales, sea viable, no basta con que la razón comprenda que la existencia de las clases es incompatible con los dictados de la justicia, de la igualdad, etc.; no basta con la mera voluntad de abolir estas clases, sino que son necesarias determinadas condiciones económicas nuevas. La división de la sociedad en una clase explotadora y otra explotada, una clase dominante y otra oprimida, era una consecuencia necesaria del anterior desarrollo incipiente de la producción. Mientras el trabajo global de la sociedad sólo rinde lo estrictamente indispensable para cubrir las necesidades más elementales de todos;

63 *El Estado popular libre* era en los años 70 del siglo pasado la reivindicación programática y la consigna del día de los socialdemócratas alemanes. Véase la crítica marxista de esta consigna en el capítulo IV de la obra de Marx *Crítica del programa de Gotha* y en la carta de Engels a Bebel del 18-28 de marzo de 1875. Véase también la obra de Lenin *El Estado y la revolución*, c. I, § 4, y c. IV, § 3.

mientras, por lo tanto, el trabajo absorbe todo el tiempo o casi todo el tiempo de la inmensa mayoría de los miembros de la sociedad, ésta se divide, necesariamente, en clases. Junto a la gran mayoría constreñida a no hacer más que llevar la carga del trabajo, se forma una clase eximida del trabajo directamente productivo y a cuyo cargo corren los asuntos generales de la sociedad: la dirección de los trabajos, los negocios públicos, la justicia, las ciencias, las artes, etc. Es, pues, la ley de la división del trabajo la que sirve de base a la división de la sociedad en clases. Lo cual no impide que esta división de la sociedad en clases se lleve a cabo por la violencia y el despojo, la astucia y el engaño; ni quiere decir que la clase dominante, una vez entronizada, se abstenga de consolidar su poderío a costa de la clase trabajadora, convirtiendo su papel social de dirección en una mayor explotación de las masas.

Vemos, pues, que la división de la sociedad en clases tiene su razón histórica de ser, pero sólo dentro de determinados límites de tiempo, bajo determinadas condiciones sociales. Era condicionada por la insuficiencia de la producción, y será barrida cuando se desarrollen plenamente las modernas fuerzas productivas. En efecto, la abolición de las clases sociales presupone un grado histórico de desarrollo tal, que la existencia, no ya de esta o de aquella clase dominante concreta, sino de una clase dominante cualquiera que ella sea y, por tanto, de las mismas diferencias de clase, representa un anacronismo. Presupone, por consiguiente, un grado culminante en el desarrollo de la producción, en el que la apropiación de los medios de producción y de los productos y, por tanto, del poder político, del monopolio de la cultura y de la dirección espiritual por una determinada clase de la sociedad, no sólo se hayan hecho superfluos, sino que además constituyen económica, política e intelectualmente una barrera levantada ante el progreso. Pues bien; a este punto ya se ha llegado. Hoy la bancarrota política e intelectual de la burguesía ya apenas es un secreto ni para ella misma, y su bancarrota económica es un fenómeno que se repite periódicamente de diez en diez años. En cada una de estas crisis, la sociedad se asfixia, ahogada por la masa de sus propias fuerzas productivas y de sus productos a los que no puede aprovechar, y se enfrenta, impotente, con la absurda contradicción de que sus productores no tengan que consumir, por falta precisamente de consumidores. La fuerza expansiva de los medios de producción rompe las ligaduras con que los sujeta el modo capitalista de producción. Esta liberación de los medios de producción es lo único que puede permitir el desarrollo ininterrumpido y cada vez más rápido de las fuerzas productivas, y con ello, el crecimiento prácticamente ilimitado de la producción. Mas no es esto sólo. La apropiación social de los medios de producción no sólo arrolla los obstáculos artificiales que hoy se le oponen a la producción, sino que acaba también con el derroche y la asolación de fuerzas productivas y de productos, que es una de las consecuencias inevitables de la pro-

ducción actual y que alcanza su punto de apogeo en las crisis. Además, al acabar con el necio derroche de lujo de las clases dominantes y de sus representantes políticos, pone en circulación para la colectividad toda una masa de medios de producción y de productos. Por vez primera, se da ahora, y *se da* de un modo efectivo, la posibilidad de asegurar a todos los miembros de la sociedad, por medio de un sistema de producción social, una existencia que, además de satisfacer plenamente y cada día con mayor holgura sus necesidades materiales, les garantiza el libre y completo desarrollo y ejercicio de sus capacidades físicas y espirituales.*

Al posesionarse la sociedad de los medios de producción, cesa la producción de mercancías, y con ella el imperio del producto sobre los productores. La anarquía reinante en el seno de la producción social deja el puesto a una organización armónica, proporcional y consciente. Cesa la lucha por la existencia individual y con ello, en cierto sentido, el hombre sale definitivamente del reino animal y se sobrepone a las condiciones animales de existencia, para someterse a condiciones de vida verdaderamente humanas. Las condiciones de vida que rodean al hombre y que hasta ahora le dominaban, se colocan, a partir de este instante, bajo su dominio y su control y el hombre, al convertirse en dueño y señor de sus propias relaciones sociales, se convierte por primera vez en señor consciente y efectivo de la naturaleza. Las leyes de su propia actividad social, que hasta ahora se alzaban frente al hombre como leyes naturales, como poderes extraños que lo sometían a su imperio, son aplicadas ahora por él con pleno conocimiento de causa y, por tanto, sometidas a su poderío. La propia existencia social del hombre que hasta aquí se le enfrentaba como algo impuesto por la naturaleza y la historia, es a partir de ahora obra libre suya. Los poderes objetivos y extraños que hasta ahora venían imperando en la historia se colocan bajo el control del hombre mismo. Sólo desde entonces, éste comienza a trazarse su historia con plena conciencia de lo que hace. Y, sólo desde entonces, las causas sociales puestas en acción por él, comienzan a producir predominantemente y cada vez en mayor medida los efectos apetecidos. Es el salto de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad.

* Unas cuantas cifras darán al lector una noción aproximada de la enorme fuerza expansiva que, aun bajo la opresión capitalista, desarrollan los modernos medios de producción. Según los cálculos de Giffen, la riqueza global de la Gran Bretaña e Irlanda ascendía en números redondos, a:

1814 ...	2 200 000 000 de lib. est.	=	44 000 000 000	de marcos
1865 ...	6 100 000 000 " " "	=	122 000 000 000	" "
1875 ...	8 500 000 000 " " "	=	170 000 000 000	" "

Para dar una idea de lo que representa el despilfarro de medios de producción y de producción y de productos malogrados durante las crisis, diré que en el segundo Congreso de los industriales alemanes, celebrado en Berlín el 21 de febrero de 1878, se calculó en 455 000 000 de marcos las pérdidas globales que supuso el último crac, solamente para la *industria siderúrgica alemana*. (*Nota de Engels*.)

Resumamos brevemente, para terminar, nuestra trayectoria de desarrollo:

I. *Sociedad medieval:* Pequeña producción individual. Medios de producción adaptados al uso individual, y, por tanto, primitivos, torpes, mezquinos, de eficacia mínima. Producción para el consumo inmediato, ya del propio productor, ya de su señor feudal. Sólo en los casos en que queda un remanente de productos, después de cubrir ese consumo, se ofrece en venta y se lanza al intercambio. Por tanto, la producción de mercancías está aún en sus albores, pero encierra ya, en germen, *la anarquía de la producción social.*

II. *Revolución capitalista:* Transformación de la industria, iniciada por medio de la cooperación simple y de la manufactura. Concentración de los medios de producción, hasta entonces dispersos, en grandes talleres, con lo que se convierten en medios de producción del individuo en medios de producción sociales, metamorfosis que no afecta, en general, a la forma del cambio. Quedan en pie las viejas formas de apropiación. Aparece el *capitalista:* en su calidad de propietario de los medios de producción, se apropia también de los productos y los convierte en mercancías. La producción se transforma en un acto social; el cambio y, con él, la apropiación siguen siendo actos individuales: *el producto social es apropiado por el capitalista individual.* Contradicción fundamental, de la que se derivan todas las contradicciones en que se mueve la sociedad actual y que pone de manifiesto claramente la gran industria:

A. El productor se separa de los medios de producción. El obrero se ve condenado a ser asalariado de por vida. *Antítesis de burguesía y proletariado.*

B. Relieve creciente y eficacia acentuada de las leyes que presiden la producción de mercancías. Competencia desenfrenada. *Contradicción entre la organización social dentro de cada fábrica y la anarquía social en la producción total.*

C. De una parte, perfeccionamiento de la maquinaria, que la competencia convierte en imperativo para cada fabricante y que equivale a un desplazamiento cada vez mayor de obreros: *ejército industrial de reserva.* De otra parte, extensión ilimitada de la producción, que la competencia impone también como norma coactiva a todos los fabricantes. Por ambos lados, un desarrollo inaudito de las fuerzas productivas, exceso de la oferta sobre la demanda, superproducción, abarrotamiento de los mercados, crisis cada diez años, círculo vicioso: *superabundancia, aquí de medios de producción y de productos, y allá de obreros* sin trabajo y sin medios de vida. Pero estas dos palancas de la producción y del bienestar social no pueden combinarse, porque la forma capitalista de la producción impide a las fuerzas productivas actuar y a los productos circular, a no ser que se convierta previamente en capital, que es lo que precisamente les veda su propia superabundancia. La contradicción se exalta hasta convertirse en contrasentido: *el modo de producción se rebela contra la forma de cambio.*

La burguesía se muestra incapaz para seguir rigiendo sus propias fuerzas sociales productivas.

D. Reconocimiento parcial del carácter social de las fuerzas productivas, arrancado a los propios capitalistas. Apropiación de los grandes organismos de producción y de transporte, primero por *sociedades anónimas,* luego por trusts, y más tarde por el *Estado.* La burguesía se revela como una clase superflua; todas sus funciones sociales son ejecutadas ahora por empleados a sueldo.

III. *Revolución proletaria:* solución de las contradicciones: el proletariado toma el poder político, y, por medio de él, convierte en propiedad pública los medios sociales de producción, que se les escapan de las manos a la burguesía. Con este acto, redime los medios de producción de la condición de capital que hasta allí tenían y da a su carácter social plena libertad para imponerse. A partir de ahora es ya posible una producción social con arreglo a un plan trazado de antemano. El desarrollo de la producción convierte en un anacronismo la subsistencia de diversas clases sociales. A medida que desaparece la anarquía de la producción social languidece también la autoridad política del Estado. Los hombres, dueños por fin de su propia existencia social, se convierten en dueños de la naturaleza, en dueños de sí mismos, en hombres libres.

La realización de este acto que redimirá al mundo es la misión histórica del proletariado moderno. Y el socialismo científico, expresión teórica del movimiento proletario es el llamado a investigar las condiciones históricas y, con ello, la naturaleza misma de este acto, infundiendo de este modo a la clase llamada a hacer esta revolución, a la clase hoy oprimida, la conciencia de las condiciones y de la naturaleza de su propia acción.

Escrito por F. Engels de enero de 1880 a primera mitad de marzo del mismo año. Publicado en la revista *Le revue socialiste.* NN 3, 4, 5; 20 de marzo, 20 de abril y 5 de mayo de 1880 y como folleto aparte en francés: F. Engels: *Socialisme utopique et socialisme scientifique,* París, 1880.

Se publica de acuerdo con el texto de la edición francesa de 1880 cotejada con la edición alemana de 1891.

Morelly

Se sabe muy poco de la vida de este economista del siglo XVIII. Parece que nació en 1709. Se ignoran su nombre de pila y la fecha de su muerte. Su libro se publicó en 1755 bajo el título de *Le Code de la nature ou le véritable esprit de ses lois, de tout temps negligé, ou meconnu.* En sus páginas se advierte al pedagogo y al teólogo.

Le code de la nature ha sido llamado el libro socialista del siglo XVIII. Morelly vio con claridad los males y los vicios de la sociedad capitalista, y se caracterizó por el valor, la generosidad y el propósito de servir al hombre. Pero no pudo ahondar en el origen, en las causas de esos vicios y esos males; no pudo descubrir los engranajes ocultos del mundo mercantil. Este descubrimiento estaba reservado a Carl Marx.

Code de la nature ou le véritable sprit de ses lois, pp. 85-109, Paul Geuthner, París, 1910.

Modelo de legislación conforme a las leyes de la naturaleza

Ofrezco este esbozo de leyes en forma de apéndice y como una especie de suplemento, ya que, por desgracia, salta a la vista que en nuestros días sería prácticamente imposible constituir semejante república.

El presente texto, que no necesita de largos comentarios, le hará comprender a todo lector sensato de cuántas miserias podrían librar estas leyes a los hombres. Acabo de probar que a los primeros legisladores les hubiera sido fácil hacer que los pueblos no hubiesen conocido otras distintas: si mis pruebas son completas, habré alcanzado el objeto que me proponía.

No tengo la temeridad de pretender la reforma del género humano: pero sí el valor suficiente para decir la verdad, sin que se me dé nada de las alharacas de quienes tienen miedo de ella, porque su interés está en engañar a nuestra especie, o en mantenerla en errores cuyas primeras víctimas son ellos mismos.[1]

I. Nada en la sociedad, pertenecerá de manera singular ni en propiedad a nadie, exceptuando las cosas de que alguien esté haciendo un uso actual, ya sea para sus necesidades, ya para sus placeres, ya para su trabajo cotidiano.

II. Todo ciudadano será hombre público, sostenido, mantenido y ocupado a expensas del público.

III. Por su parte, todo ciudadano contribuirá a la utilidad pública según sus fuerzas, su talento y su edad; en esa forma se regularán sus deberes, de acuerdo con los leyes *distributivas*.

IV. Para que todo se ejecute en buen orden, sin confusión y sin trastornos, toda una nación será empadronada y dividida por fami-

[1] Se incluyen aquí solamente las leyes relacionadas directa o indirectamente con lo económico.

lias, por tribus y por ciudades, y, si es lo bastante populosa, por provincias.

V. Cada tribu se compondrá de un número igual de familias, cada ciudad de un número igual de tribus, y así sucesivamente.

VI. A medida que la nación vaya creciendo, las tribus y las ciudades se multiplicarán de manera proporcional; pero es preciso esperar hasta que con ese crecimiento se puedan constituir nuevas ciudades, tan pobladas como las otras.

VII. El número diez y sus múltiplos serán los términos de toda visión civil de cosas o de personas, es decir, que todo empadronamiento, toda distribución por clases y toda medida distributiva, etc., se compondrán de partes decimales.

VIII. Por decenas, etc., por centenas, etc., de ciudades, habrá para cada profesión un número de obreros determinado en proporción de lo fatigoso que sea su trabajo y de la necesidad de los artículos que proporcionen al pueblo de cada ciudad, sin fatigar demasiado a esos obreros.

IX. Para reglamentar la distribución de los productos de la naturaleza y del arte, se observará, en primer lugar, que algunos de ellos son duraderos, es decir, que pueden conservarse o servir durante largo tiempo, y que entre todos los productos de esta especie se pueden distinguir varias clases: 1) algunos son de uso cotidiano y universal; 2) otros son de uso universal, pero no de uso continuo; 3) algunos son necesarios de manera continua solamente a pocas personas, y de vez en cuando a todo el mundo; 4) otros no son nunca de uso continuo ni de uso general, como por ejemplo, los productos de simple ornato o de placer. Pues bien, todos esos productos duraderos se acumularán en almacenes públicos y allí serán distribuidos, los unos cotidianamente o en fechas señaladas a todos los ciudadanos, para servir a las necesidades ordinarias de la vida y como materia prima para las obras de las distintas profesiones; los otros serán suministrados a las personas que se sirvan de ellos.

X. Se observará, en segundo lugar, que hay productos de la naturaleza o del arte que no son sino de una duración pasajera; estas cosas serán traídas y distribuidas en las plazas públicas por aquellos que estén encargados de su cultivo o de su preparación.

XI. Estos productos de toda especie serán también empadronados, y su cantidad se fijará proporcionalmente, ya sea al número de los ciudadanos de cada ciudad, ya al número de quienes los utilicen. Los productos que puedan conservarse durante un tiempo, serán almacenados públicamente conforme a las mismas reglas, y su excedente se pondrá en reserva.

XII. En caso de que los artículos de ornato, y únicamente éstos, así los de uso universal como los de uso particular, lleguen a escasear hasta el punto de que no se les pueda encontrar en cantidad suficiente, de suerte que un solo ciudadano pueda verse privado de ellos,

en ese caso se suspenderá toda distribución, o bien dichas cosas se suministrarán en menor cantidad, en tanto que se remedia la escasez; pero se vigilará con el mayor cuidado que tales accidentes no ocurran con respecto a las cosas universales necesarias.

XIII. Los artículos excedentes de cada ciudad y de cada provincia se distribuirán entre las ciudades y provincias que estén en peligro de carecer de ellos, o bien se guardarán para atender a sus necesidades futuras.

XIV. En virtud de las leyes sagradas, nada se venderá ni se intercambiará entre conciudadanos, de suerte que, por ejemplo, el que tenga necesidad de algunas hierbas, legumbres o frutas, irá a tomar la cantidad que le haga falta únicamente para un día a la plaza pública, adonde serán traídas estas cosas por aquellos que las cultivan. Si alguien tiene necesidad de pan, irá a abastecerse para un tiempo determinado en casa de aquél que lo fabrica, y éste, a su vez, encontrará en el almacén público la cantidad de harina requerida para el pan que debe elaborar, ya para un día, ya para varios. Aquel que tenga necesidad de un vestido, lo recibirá del encargado de hacerlos, y éste tomará la tela en casa de quien lo fabrica, y este último sacará la materia prima del almacén adonde habrá sido llevada por aquellos que la cultivan: de idéntica manera se procederá con todas las otras cosas que se distribuirán a cada padre de familia para su uso y el de sus hijos.

XV. Si la nación socorre a una nación vecina o extranjera con los productos de su territorio, o es socorrida por ella, este comercio será el único que se haga por trueque, y por mediación de ciudadanos que todo deberán ponerlo en público; pero se atenderá, con el más escrupuloso cuidado, a que este comercio no introduzca la propiedad en la república.

XVI. Cada ciudad tendrá su territorio, de la manera más homogénea y más regular que sea posible, pero no en propiedad, y suficiente tan sólo para la subsistencia de sus habitantes, y para dar ocupación a quienes están encargados del cultivo de las tierras.

XVII. Cuando una ciudad se encuentra situada en un terreno estéril, sólo se ejercerán en ellas las artes y las ciudades vecinas suministrarán a sus habitantes los artículos necesarios para la subsistencia. Sin embargo, esa ciudad tendrá su corporación de agricultores, al igual que las otras, ya sea para sacar todo el provecho posible de su territorio, ya para ayudar al cultivo de las tierras de las ciudades vecinas.

XVIII. Todo ciudadano, sin excepción, desde los veinte años de edad hasta los veinticinco, estará obligado a ejercer la agricultura, a menos que alguna invalidez lo dispense de ello.

XIX. En cada ciudad, esta corporación de jóvenes destinada a la agricultura estará compuesta de labradores, jardineros, pastores, carniceros, zapadores, acarreadores por tierra o por agua, carpinteros,

albañiles, herreros, y otras profesiones relacionadas con la agricultura. Los jóvenes que durante el tiempo señalado hayan ejercido una de las seis profesiones enumeradas aquí en primer lugar, podrán abandonarla para volver a practicar la que hubieren aprendido anteriormente, o bien podrán permanecer adscritos a la agricultura mientras sus fuerzas se lo permitan.

XX. Como en cada ciudad las tribus no excederán un número determinado de familias (o lo excederán sólo por un margen pequeñísimo), y como las ciudades mismas no excederán jamás un número determinado de tribus, la extensión de cada ciudad será aproximadamente igual.

XXI. Alrededor de una amplia plaza, de trazo regular, se levantarán los almacenes públicos de toda clase de artículos y las salas destinadas a las asambleas públicas. Estos edificios tendrán una estructura uniforme y agradable.

XXII. Más allá de este recinto se alinearán de manera regular los barrios de la ciudad, iguales, de un mismo aspecto, y divididos de manera regular por calles.

XXIII. Cada tribu ocupará un barrio, y cada familia un alojamiento espacioso y cómodo; todos estos edificios serán uniformes.

XXIV. Todos los barrios de una ciudad estarán dispuestos de manera que se puedan aumentar cuando sea necesario, sin alterar la regularidad, y siempre que estos aumentos no sobrepasen ciertos límites.

XXV. A alguna distancia, en torno a los Barrios de la ciudad, se construirán en forma de galerías los talleres de todas las profesiones mecánicas para todas las corporaciones de obreros cuyo número exceda de diez; pues ya queda dicho que en cada ciudad no habrá sino un número suficiente de obreros para cada profesión mecánica.

XXVI. En el exterior de este recinto de talleres se construirá otra hilera de edificios destinados al alojamiento de las personas empleadas en la agricultura y en las profesiones que de ella dependen, y para servir asimismo de talleres a esas profesiones, de granjas, de bodegas, de establos para animales domésticos y de almacenes de herramientas, siempre proporcionalmente al servicio de cada ciudad.

XXVII. Fuera de todos estos recintos, y a cierta distancia, se construirá en el sitio más saludable un edificio espacioso y cómodo para alojar y cuidar en él a todo ciudadano enfermo.

XXVIII. En otro sitio se construirá un retiro cómodo para todos los ciudadanos inválidos y decrépitos.

XXIX. Por otro lado, en el sitio menos agradable y más desierto, se construirá un edificio rodeado de altos muros, dividido en varios alojamientos pequeños, cerrados con rejas de hierro, en los cuales se encerrará a aquellos que hayan merecido ser separados temporalmente de la sociedad.

XXX. Cerca de aquí estará el campo de sepultura, rodeado asimismo de muros, en el cual se construirán por separado, y con mampostería muy fuerte, unas a manera de cavernas bastante espaciosas, y provistas de sólidas rejas, para que allí queden encerrados a perpetuidad los ciudadanos que hayan merecido morir civilmente, es decir, quedar separados para siempre de la sociedad. Esas mismas cavernas les servirán luego de tumbas.

XXXI. Todos los edificios en general de cada ciudad serán construidos, mantenidos o reconstruidos por las corporaciones de obreros destinados a la arquitectura.

XXXII. La limpieza de las ciudades y de los caminos públicos será mantenida ordinariamente por las corporaciones de zapadores y de carreteros; éstos atenderán asimismo al abasto y a la buena disposición de los almacenes. De manera extraordinria, todos aquellos cuya profesión es precisamente trabajar la tierra se sumarán a los otros para trabajar de tiempo en tiempo en la construcción o reparación de los caminos públicos o de los conductos de aguas.

XXXIII. En cada profesión, las personas de más edad y al mismo tiempo las de mayor experiencia dirigirán por turno, según su rango de antigüedad, y durante cinco días, a cinco o diez de sus compañeros y tasarán moderadamente su trabajo, en la parte que les haya sido impuesta a ellos mismos.

XXXIV. En cada corporación profesional habrá, para cada diez o veinte obreros, un maestro que tendrá el cuidado de instruirlos, de supervisar sus tareas y de rendir cuentas sobre su trabajo y sobre su conducta al jefe de corporación, cuyo cargo durará un año; el cargo de maestro será perpetuo, y los maestros serán, por turno, jefes de corporación.

XXXV. Nadie podrá ser maestro de una profesión sino después de un año de haber cumplido su servicio de agricultura y de haber vuelto a dedicarse a su primera profesión, es decir, a los veintiséis años cumplidos.

XXXVI. En cada profesión, aquel que haya descubierto algún secreto importante se lo comunicará a todos los miembros de su corporación, y a partir de ese momento será maestro, aunque no tenga todavía la edad requerida, y se le designará jefe de esa corporación para el año siguiente; sólo en este caso se interrumpirá el turno, para reanudarse en seguida.

XXXVII. A los diez años, todo ciudadano comenzará a aprender la profesión a la cual lo oriente su inclinación, y de la cual parezca ser capaz, sin que nadie ejerza violencia sobre él. A los quince o dieciocho contraerá matrimonio. De los veinte a los veinticinco profesará alguna de las ramas de la agricultura. A los veintiséis será maestro en su primera profesión, si vuelve a dedicarse a ella, o en algún oficio relacionado con la agricultura, si ha decidido seguir adscrito a ella. Pero si acaso decide abrazar un género de ocupación completamente distin-

to, entonces sólo podrá ser maestro a los treinta años. A los cuarenta años, todo ciudadano que no haya pasado por ningún cargo será obrero voluntario, es decir que, sin quedar exento de trabajo, no estará sujeto sino a aquel que desee elegir, y a la tarea que él mismo se imponga; será dueño de sus horas de descanso.

XXXVIII. Los inválidos y los ancianos decrépitos serán cómodamente alojados, alimentados y mantenidos en la casa pública destinada a tal efecto por cada ciudad. Todos los ciuaadanos enfermos, sin excepción, serán transportados también a la casa comunal que les está destinada, y cuidados exactamente con el mismo escrúpulo y el mismo aseo que si estuvieran en el seno de su familia, y sin ninguna distinción ni preferencia. El senado de cada ciudad se ocupará con particular cuidado de reglamentar la economía y el servicio de estas casas, viendo que no falte en ellas ninguna de las cosas necesarias o agradables, ya sea para el restablecimiento de la salud, ya para el buen progreso de la convalescencia, ya, finalmente, para todo lo que puede servir de distracción en el tedio de la enfermedad.

XXXIX. Los jefes de cada profesión señalarán las horas de descanso y de trabajo, y prescribirán lo que deba hacerse.

XL. Cada cinco días, la jornada estará destinada al descanso público; para este efecto, el año se dividirá en setenta y tres partes iguales; este día de descanso será doble una sola vez al año, en que se le añadirá un día más.

XLI. Las fiestas públicas comenzarán siempre en un día de descanso público, y durarán seis días, incluyendo éste.

XLII. Las fiestas se celebrarán inmediatamente antes de la iniciación de las primeras labores, antes de la iniciación de las cosechas, después de haber recolectado y almacenado los frutos de toda especie, y al comienzo de cada año, en esta última oportunidad se celebrarán los matrimonios, y los jefes anuales de ciudades y de corporaciones ocuparán sus cargos, según el turno.

XLIII. Todo ciudadano a la edad de treinta años, se vestirá según su gusto, pero sin lujo extraordinario; tomará sus alimentos asimismo en el seno de su familia, sin intemperancia y sin profusión. La presente ley ordena a los senadores y a los jefes reprimir severamente los excesos que en esto puedan cometerse, y los mismos deberán dar ejemplo de modestia.

XLIV. Desde los diez años hasta los treinta, los jóvenes, dentro de cada profesión, se vestirán uniformemente con las mismas telas, limpias, pero comunes y corrientes, y adecuadas a sus ocupaciones. Cada corporación se distinguirá por un color conforme al objeto principal de su trabajo, o por alguna otra señal que se elija.

XLV. Todo ciudadano tendrá un vestido de trabajo y un vestido de fiesta, de aspecto modesto y conveniente, todo ello de acuerdo con los medios de que disponga la república, pero sin que ningún adorno pueda hacer que a una persona se le otorgue la menor preferencia

o consideración especial; toda vanidad será reprimida por los jefes y los padres de familia.

XLVI. A la edad de cincuenta años, cada padre de familia será senador, y tendrá voz deliberativa y decisiva sobre todo reglamento que se elabore con respecto a las intenciones de las leyes, cuyo conservador será el senado.

XLVII. Cada provincia dará, por turno, un general o jefe perpetuo a todo el Estado. Este cargo de jefe del Estado recaerá, de derecho, sobre el jefe de la provincia a la que corresponda su turno, y que esté ejerciendo esa función en el momento de la muerte del general, o que esté a punto de asumir, por turno, dicha función; pero en este último caso, el jefe de provincia que pase a ser general será reemplazado, en su provincia, por aquel que deba sucederle, según la ley precedente.

XLVIII. Habrá un senado supremo de la nación, compuesto anualmente de dos o de varios diputados del senado de cada ciudad. Cada senador entrará, por turno, en el número de esos diputados. Habrá asimismo un consejo supremo de la nación, subordinado a ese gran senado, pero superior a los demás consejos. Esto mismo se aplicará a los diputados del consejo de cada ciudad, etcétera.

XLIX. Las funciones del senado supremo consistirán en examinar si las decisiones y los reglamentos de los senados de cada ciudad no contienen algo que, ya sea en el presente, ya en el porvenir, pueda estar en contra de las leyes del Estado, y si las medidas que se tomen para la policía y la economía se conforman sabiamente a las intenciones de las leyes distributivas y de las demás leyes; como consecuencia de este examen, el senado supremo confirmará a rechazará dichos reglamentos particulares, en su totalidad o solamente en parte. Lo que se hayan estatuido de esta manera para una ciudad, será observado en todas las demás cuando se trate de un mismo objeto, y tendrá fuerza de ley una vez otorgada la aquiescencia de los senados subalternos.

L. Las funciones de jefe de la nación consistirán, de manera general, en hacer observar bajo las órdenes del senado supremo, las leyes y las decisiones que se relacionen con las leyes. De manera especial, tendrá el mando superior de todas las corporaciones del Estado que se ocupen de la agricultura o de actividades anexas a ella; a él le corresponde también la inspección general de los almacenes de toda especie, y de los trabajos de todas las corporaciones de artesanos. Si el Estado es extenso, recorrerá sucesivamente cada una de las provincias, para ver si todo se ejecuta en ellas como debe ser, y si en los usos y en las prácticas hay en todas partes el máximo de uniformidad y de orden que sea posible.

LI. Todos los senadores, jefes políticos, jefes de talleres y maestros artesanos serán respetados y obedecidos en lo que toca al servicio

común de la patria, de la misma manera que los padres de familia por sus hijos.

LII. La fórmula de todo ordenamiento público será esta: *La razón quiere, la ley ordena.*

LIII. A la edad de cinco años, todos los niños de cada tribu comenzarán a vivir en común y serán alojados y alimentados en casas destinadas a ese efecto; pero se hará una separación de los dos sexos. Los alimentos, los vestidos y las primeras instrucciones de los niños serán en todas partes uniformemente los mismos, sin distinción alguna, conforme a las reglas que prescribe el senado.

LIV. Aquellos niños que, antes de la edad de diez años, sean lo bastante robustos para aprender los primeros rudimentos de la profesión para la cual se les haya juzgado idóneos, serán enviados cada día, durante algunas horas, a los talleres públicos, a fin de que en ellos comiencen sus ejercicios.

LV. A la edad de diez años, todo niño saldrá de esta morada paterna comunal, para pasar a los talleres. Aquí, los muchachos serán alojados, alimentados, vestidos e instruidos por los maestros y los jefes de cada profesión, a quienes deberán obedecer como si fueran sus propios padres; todo ello se hará igualmente en común, dentro de cada corporación y de cada taller; pero cada sexo será instruido por separado en las ocupaciones que le convienen.

LVI. A la edad de quince o dieciséis años, los jóvenes que ya se hayan casado saldrán de las academias públicas para regresar a la morada paterna, de donde irán a los talleres cada día, a las horas señaladas, para ejercer en ellos su profesión, hasta que lleguen a la edad en que deben profesar la agricultura; entonces pasarán a vivir en los alojamientos destinados a este estado.

LVII. El número de personas que hayan de dedicarse a las ciencias y a las artes, las cuales, más que fuerza corporal, exigen sagacidad, penetración, destreza, industria y talento, será fijado de acuerdo con las necesidades de cada ciudad y de cada género de estudio. Desde temprana edad se instruirá en tales disciplinas a los ciudadanos que manifiesten más disposiciones, sin que este género de estudios o de ejercicios los dispense de dedicarse a alguna rama de la agricultura, cuando hayan llegado a la edad de trabajar en ella. Con excepción del número de maestros y discípulos prescrito para las ciencias y las artes, nadie podrá dedicarse a éstas antes de la edad de treinta años. Después de dicha edad, aquellos cuyo entendimiento haya sido perfeccionado, por la experiencia, y muestren disposiciones para alguna profesión más destacada que la que ejercían anteriormente, podrán dedicarse a ella.

LVIII. Se dejará en entera libertad a la sagacidad y a la penetración del espíritu humano en lo que se refiere a las ciencias especulativas y experimentales, que tienen por objeto la indagación de los

secretos de la naturaleza, o bien el perfeccionamiento de las artes útiles para la sociedad.

LIX. Habrá una especie de código público de todas las ciencias, en el cual no se añadirá jamás cosa alguna a la metafísica ni a la moral, más allá de los límites prescritos por la Ley; únicamente se agregarán los descubrimientos físicos, matemáticos o mecánicos confirmados por la experiencia y por el razonamiento.

LX. Las bellezas físicas y morales de la naturaleza, objetos de las ciencias, de las comodidades y de los placeres de la sociedad, así como aquellos ciudadanos que hayan contribuido de una manera distinguida a perfeccionar todas esas cosas, podrán ser celebrados por la elocuencia, la poesía y la pintura.

LXI. Cada senado particular hará redactar por escrito las acciones de los jefes y de los ciudadanos dignos de memoria; pero pondrá cuidado en que estas historias estén exentas de toda exageración, de toda adulación y, con muchísimo mayor rigor aún, de todo relato fabuloso; el senado supremo mandará componer, con todo ello, el cuerpo de historia de la nación.

LXII. Todo ciudadano, sin excepción de rango ni de dignidad, inclusive el mismo jefe general de la nación, que (cosa imposible de imaginar) fuere lo bastante desnaturalizado para quitar la vida a alguien o para herirlo mortalmente, o que hubiera intentado, por cábala o de alguna otra manera, abolir las leyes sagradas para introducir la detestable propiedad, después de haber sido convicto y juzgado por el senado supremo, será encerrado por toda su vida, como loco furioso y enemigo de la humanidad, en una caverna construida, según se ha dicho en el lugar de las sepulturas públicas; su nombre será borrado para siempre del empadronamiento de los ciudadanos; sus hijos y toda su familia abandonarán ese nombre y serán incorporados separadamente en otras tribus, ciudades o provincias, pero sin que a nadie le sea lícito menospreciarlos o echarles en cara el delito de sus padres, bajo pena de quedar segregados de la sociedad durante dos años.

William Godwin

Nació en 1756 y murió en 1836. Fue pastor presbiteriano y predicó durante cinco años en Hertfordshire y en Suffolk. Poco tiempo después abandonó la carrera eclesiástica, probablemente a causa de la evolución de su pensamiento, cada vez más distante de los principios religiosos inculcados por su familia.

Godwin fue autor de varios escritos sobre cuestiones literarias; mas, el que le dio celebridad durante los últimos años del siglo XVIII y los primeros lustros del XIX fue la obra que tituló *The Inquiry concerning Political Justice, and its influence on General Virtue and Happiness.* El libro es una crítica acerba, tajante, incisiva y ágil de la sociedad capitalista. Su autor considera que los gobiernos son el origen de todos los males y aboga por su desaparición. Godwin muestra a cada paso su amor por la libertad y su pasión por la justicia. Se muestra en contra de la propiedad privada.

Investigación acerca de la justicia política y su influencia en la virtud y la dicha generales, traducción de J. Prince, introducción de Diego Abad de Bantillán, pp. 365-378, Americalee, Buenos Aires.

Lineamientos generales de un equitativo sistema de propiedad

La cuestión de la propiedad constituye la clave del arco que completa el edificio de la justicia política. Según el grado de exactitud que encierren nuestras ideas relativas a ella, nos ilustrarán acerca de la posibilidad de establecer una forma sencilla de sociedad sin gobierno, eliminando los prejuicios que nos atan al sistema de la propiedad. Nada tiende más a deformar nuestros juicios y opiniones que un concepto erróneo respecto a los bienes de fortuna. El momento que pondrá fin al régimen de la coerción y el castigo, depende estrechamente de una determinación equitativa del sistema de propiedad.

Muchos y evidentes abusos se han cometido con relación a la administración de la propiedad. Cada uno de ellos podría ser útilmente objeto de un estudio separado. Podríamos examinar los males que en ese sentido se han derivado de los dueños de grandeza nacional y de la vanidad de dominio. Ello nos llevaría a considerar las diferentes clases de impuestos, de índole territorial o mercantil, tanto los que han gravado los objetos superfluos como los más necesarios para la vida. Podríamos estudiar los excesos inherentes al actual sistema comercial, que aparecen bajo la forma de monopolios, patentes, privilegios, derechos proteccionistas, concesiones y prohibiciones. Podemos destacar las funestas manifestaciones del sistema feudal, tales como los derechos señoriales, los dominios absolutos, el vasallaje, las multas, el derecho de mayorazgo y primogenitura. Podemos destacar en igual sentido, los derechos de la iglesia, el diezmo, y las primicias. Y podemos analizar el grado de justicia que encierran las leyes según las cuales un hombre que ha disfrutado durante toda su vida soberanamente de considerables propiedades, puede seguir disponiendo de ellas incluso después que las leyes de la naturaleza ponen un término a su autoridad. Todas estas posibles investigaciones demuestran la

importancia extraordinaria del problema. Pero, dejando a un lado todos esos aspectos particulares, hemos de dedicar el resto de la presente obra al estudio, no de los casos particulares de abuso que eventualmente pueden surgir de tal o cual sistema de administración de la propiedad, sino de los principios generales en que todos ellos se fundamentan, los cuales, siendo en sí injustos, no sólo constituyen la fuente originaria de los males aludidos, sino también de muchos otros, demasiado multiformes y sutiles para ser expuestos en una descripción sumaria.

¿Cuál es el criterio que debe determinar si tal o cual objeto susceptible de utilidad debe ser considerado de vuestra propiedad o de la mía? A esta cuestión sólo cabe una respuesta: la justicia. Acudamos, pues, a los principios de justicia.

¿A quién pertenece justamente un objeto cualquiera, por ejemplo, un trozo de pan? A aquél que más lo necesita o a quien su posesión sea más util. He ahí seis personas acuciadas por el hambre y el pan podrá satisfacer la avidez de todas ellas. ¿Quién ha de afirmar que uno sólo tiene el derecho de beneficiarse del alimento? Quizá sean ellos hermanos y la ley de primogenitura lo concede todo al hermano mayor. ¿Pero puede la justicia aprobar tal concesión? Las leyes de los distintos países disponen de la propiedad de mil formas distintas, pero sólo puede haber una conforme con los dictados de la razón.

Veamos otro caso. Tengo en mi poder cien panes y en la próxima calle hay un pobre hombre que desfallece de hambre, a qnien uno de estos panes podría preservar de la muerte por inanición. Si sustraigo el pan a su necesidad, ¿no cometeré acaso un acto de injusticia? Si le entrego el pan, cumplo simplemente un mandato de equidad. ¿A quién pertenece, pues, ese alimento indispensable? Por otra parte, yo me encuentro en situación desahogada y no necesito ese pan como objeto de trueque o de venta para procurarme otros bienes necesarios para la vida. Nuestras necesidades animales han sido definidas hace tiempo y consisten en alimento, habitación y abrigo. Si la justicia tiene algún sentido, es inicuo que un hombre posea lo superfluo, mientras existan seres humanos que no dispongan adecuadamente de esos elementos indispensables.

Pero la justicia no se detiene ahí. Todo hombre tiene derecho, en tanto que la riqueza general lo permita, no sólo a disponer de lo indispensable para la subsistencia, sino también de cuanto constituye el bienestar. Es injusto que un hombre trabaje hasta aniquilar su salud o su vida, mientras otro nada en la abundancia. Es injusto que un ser humano se vea privado del ocio necesario para el cultivo de sus facultades racionales, en tanto que otro no contribuye con el menor esfuerzo a la riqueza común. Las facultades de un hombre equivalen a las facultades de otro. La justicia exige que todos contribuyan al acervo común, ya que todos participan del consumo. La reciprocidad, tal como lo demostramos al considerar separadamente la cuestión, constituye la verdadera esencia de la justicia. Veremos

luego cómo es posible asegurar esa recoprocidad, haciendo que cada cual contribuya con su esfuerzo y obtenga lo necesario del producto general.

Esta cuestión podrá ser enfocada aún con mayor claridad si reflexionamos un instante acerca de la significación del lujo y del derroche. La riqueza de una nación puede calcularse por el conjunto de los bienes que son consumidos anualmente en ella, dejando a un lado los materiales y los medios que se requieren para producir lo necesario para el consumo del año próximo. Considerando que esos bienes son el producto del trabajo realizado en conjunto por sus habitantes, hallaremos que en los países civilizados un campesino no consume generalmente más que una vigésima parte del valor contenido en su trabajo, en tanto que el rico propietario consume el equivalente al trabajo de veinte campesinos. El beneficio indebido que recibe este privilegiado mortal, es realmente extraordinario.

Sin embargo, es evidente que su situación dista mucho de ser envidiable. Un hombre que dispone de cien libras por año es mucho más feliz, si sabe ajustarse a sus medios. ¿Qué hará el rico con su enorme riqueza? ¿Ingerirá infinidad de platos de las más costosas viandas o hará verter toneles de los vinos más exquisitos? Una dieta frugal es infinitamente más conveniente para la salud, la claridad de la inteligencia, la alegría del espíritu y aun para el estímulo del apetito. Todo gasto superfluo es un gasto de pura ostentación. Ni siquiera el más empedernido de los epicúreos sostendría una mesa espléndida, si no tuviera espectadores, visitantes o criados que admirasen su magnificencia. ¿Qué objeto tienen los lujosos palacios, los ricos mobiliarios, los ostentosos equipajes y aun los costosos vestidos si no es la exhibición? El aristócrata que permitiera por primera vez en su vida a su fantasía imaginar el género de vida que llevaría si nadie lo observara si no tuviera que agradar a nadie más que a sí mismo, quedaría asombrado al comprender hasta qué punto fue la vanidad el único móvil de sus acciones hasta entonces.

Esa vanidad se manifiesta en el afán de atraer la admiración y el aplauso de los espectadores. No vamos a discutir el valor intrínseco del aplauso. Admitiendo que sea algo realmente digno de estimación, no deja de ser despreciable el motivo del aplauso de que suele ser objeto el hombre rico. "Aplaudidme porque mi antepasado me legó una vasta propiedad", parece decir su ostentación. ¿Pero qué mérito hay en ello? Uno de los primeros efectos de la riqueza consiste, pues, en privar a su poseedor de las genuinas facultades del entendimiento y en hacerle incapaz de discernir acerca de lo verdadero y lo justo. Le induce a colocar sus deseos en objetos extraños a las necesidades y a la conformación del espíritu humano, haciéndole en consecuencia víctima de la insatisfacción y del desengaño. Los mayores bienes personales son la independencia espiritual, que pone nuestra felicidad al abrigo de los cambios de fortuna y de la conducta extraña y la ale-

gre actividad que surge del empleo de nuestras energías en la creación de objetos útiles, valorados así por nuestro propio juicio.

Hemos comparado la suerte de un hombre de extrema opulencia, con la de otro que sólo dispone de cien libras por año. Pero el último término de la alternativa sólo se ha admitido como concesión a los prejuicios reinantes. Aún en el estado actual de la sociedad, un hombre que, mediante el ejercicio de una industria modesta, ganara lo suficiente para su vida, sin sufrir la envidia y la hostilidad de sus vecinos, puede sentirse tan dichoso como si hubiera dispuesto de esos bienes por su nacimiento. En el orden de cosas que prevemos para el futuro, el trabajo será una placentera necesidad; sentir el estímulo de una agradable actividad, comprendiendo que ningún revés de fortuna podrá privarnos de los medios necesarios para la subsistencia y el bienestar, será precisamente todo lo contrario de una desgracia.

Se suele alegar que hay una gran variedad de tareas e industrias y que no es justo, por consiguiente, que todos reciban igual retribución. Es indudable que no deben confundirse los méritos de los hombres, tanto en virtud como en laboriosidad. Pero veamos hasta qué punto otorga el presente régimen de propiedad un tratamiento equitativo a esos méritos. Este régimen confiere las más grandes fortunas al hecho accidental del nacimiento. El que haya ascendido de la miseria hasta la opulencia, debió emplear medios que no hablarán muy bien en favor de la honestidad. El hombre más activo e industrioso, logra con grandes esfuerzos resguardar a los suyos de los rigores del hambre.

Pero dejando a un lado esos inicuos resultados de una injusta distribución de la propiedad, veamos qué especie de retribución se quiere ofrecer a la diversa capacidad de trabajo. Si sois industriosos, tendréis cien veces más alimentos de los que podáis consumir y cien veces más vestidos de los que podáis usar. ¿Dónde está la justicia de tal retribución? Si yo fuera el mayor benefactor de la humanidad que se ha conocido, ¿es una razón para que se me otorgue algo que no necesito, en tanto que hay miles de personas que lo requieren de un modo indispensable? Esa riqueza superflua sólo podrá servirme para una estúpida ostentación y la provocación de la envidia; quizá me proporcione el placer inferior de devolver al pobre, en nombre de la generosidad, una parte de algo a que aquél tiene justo derecho. En suma, sólo me servirá para estimular prejuicios, errores y vicios.

La doctrina de la injusticia de la propiedad monopolizada se halla en los fundamentos de toda moral religiosa. Ésta incita a los hombres a reparar tal injusticia, mediante el ejercicio de la virtud individual. Los más celosos predicadores de la religión, se han visto obligados a pronunciar rigurosas verdades al respecto. Enseñaron a los ricos que debían considerarse simples depositarios de los bienes de que disponían, sintiéndose responsables hasta de la menor porción de riqueza gastada, a modo de meros administradores y no de amos absolutos. Pero el defecto de esta doctrina consiste precisamente en que sólo incita a paliar el mal, en vez de extirparlo de raíz.

Encierra esa doctrina, sin embargo, una verdad esencial. No hay acción humana y, sobre todo, no hay acción relativa a la propiedad, que no esté sujeta a las nociones de lo bueno y de lo malo y a cuyo respecto la moral y la razón no puedan prescribir normas específicas de conducta. El que reconozca que los demás hombres son de igual naturaleza que él mismo y sea capaz de imaginar el juicio que su conducta pueda merecer a los ojos de un observador imparcial, tendrá la sensación clara y precisa de que el dinero que invierte en la adquisición de objetos fútiles o innecesarios, es un dinero injustamente derrochado, puesto que podría emplearse en la obtención de cosas sustanciales e indispensables para la existencia de otros hombres. Su espíritu ecuánime le dirá que cada chelín debe ser invertido de acuerdo con las exigencias de la justicia. Pero sufrirá por su ignorancia acerca del modo de cumplir los mandos de la justicia y de servir a la utilidad general.

¿Hay alguien que ponga en duda la verdad de esas observaciones? ¿No se admitirá acaso que cuando empleo cualquier suma de dinero, pequeña o grande, en la compra de un objeto superfluo, he incurrido en una injusticia? Es tiempo ya de que todo eso sea plenamente comprendido. Es tiempo ya de que desechemos por completo los términos de virtud y justicia o bien de que reconozcamos de una vez que no nos autorizan a acumular lujo mientras nuestros semejantes carecen de lo indispensable para su vida y su felicidad.

En tanto que las religiones inculcan a los hombres los principios puros de la justicia, sus maestros e intérpretes se han esforzado en presentar la práctica de aquellos principios, no como una deuda a la que debe hacerse honor, sino como un hecho librado a la generosidad y a la espontaneidad de cada uno. Han exhortado al rico a que sea clemente y misericordioso con el pobre. En consecuencia, cuando los ricos destinan la partícula más insignificante de sus bienes a lo que suelen llamar actos de caridad, se sienten engreídos como benefactores de la especie, en lugar de considerarse culpables por lo mucho que retienen indebidamente.

En realidad, las religiones constituyen siempre una componenda con los prejuicios y las debilidades de los hombres. Los creadores de religiones hablaron al mundo en el lenguaje que éste quería escuchar. Pero ya es tiempo de que dejemos de lado las enseñanzas que son convenientes para mentalidades pueriles y de que estudiemos los principios y la naturaleza de las cosas. Si la religión nos enseña que todos los hombres deben recibir lo necesario para la satisfacción de sus necesidades, debemos concluir por nuestra cuenta que una distribución gratuita realizada por los ricos constituye un modo muy indirecto y sumamente ineficaz de lograr aquel objetivo. La experiencia de todas las edades nos demuestra que semejante método produce resultados muy precarios. Su único resultado consiste en permitir a la minoría que disfruta de la riqueza común, exhibir su generosidad a costa de algo que no le pertenece, obteniendo la gratitud de

los pobres mediante el pago parcial de una deuda. Es un sistema basado en la caridad y la clemencia, no en la justicia. Colma al rico de injustificada soberbia e inspira servil gratitud al pobre, acostumbrado a recibir el menguado bien que se le otorga, no como algo que se le adeuda, sino como donativo gracioso de los opulentos señores.

Beneficios de un sistema equitativo de propiedad

Habiendo demostrado la justicia de una distribución equitativa de la propiedad, consideremos ahora los beneficios que de tal distribución habrán de resultar. Pero antes de seguir adelante hemos de reconocer con dolor que por graves y extensos que sean los males causados por las monarquías y las cortes, por las imposturas de los sacerdotes y por la iniquidad de la legislación criminal, resultan en conjunto insignificantes en relación con las calamidades de todo género que produce el actual sistema de propiedad.

Su efecto inmediato consiste, como ya hemos dicho, en acentuar el espíritu de dependencia. Es verdad que las cortes estimulan el servilismo, la bajeza y la intriga y que esas tristes disposiciones se trasmiten por contagio a las personas pertenecientes a diversas clases sociales. Pero el actual sistema de propiedad introduce los hábitos de servilismo y ruindad, sin rodeos, en cada hogar. Observad a ese miserable que adula con abyecta bajeza a su rico protector; vedle enmudecido de gratitud por haber recibido una pequeña parte de lo que tenía derecho a reclamar con firme conciencia y digna actitud. Contemplad a esos lacayos que constituyen el tren de un gran señor, siempre atentos a su mirada, anticipándose a sus órdenes, sin atreverse a replicar a sus insolencias y sometidos constantemente a sus más despreciables caprichos. Ved al comerciante estudiar las debilidades de sus parroquianos, no para corregirlas, sino para explotarlas; contemplad la vileza de la adulación y la sistemática constancia con que exagera los méritos de su mercancía. Estudiad las prácticas de una deducción popular, donde la gran masa de electores es comprada con obsequiosidades, licencias y soborno, cuando no arrastrada por amenazas y persecuciones. "En verdad, la edad caballeresca no ha muerto." Sobrevive aún el espíritu feudal que reduce a la gran mayoría de la humanidad a la condición de bestias o de esclavos, al servicio de unos pocos.

Se habla mucho de planes de mejoramiento y visionarios y teóricos. Sería realmente quimérico y visionario esperar que los hombres se vuelvan virtuosos, en tanto sigan siendo objeto de una corrupción permanente, mientras se les enseñe, de padres a hijos, a enajenar su independencia, a cambio de la mísera recompensa que la opresión les otorga. Ningún hombre puede ser feliz ni útil a los demás, si le falta la virtud de la firmeza, si no es capaz de obrar de acuerdo con su propio sentido del deber, en vez de ceder ante los mandatos de la tira-

nía o de las tentaciones de la corrupción. Nuevamente acudiremos a la religión para ilustrar nuestra tesis. La religión es el fruto de la ebullición de la imaginación humana, que se expandió en el espacio infinito de lo desconocido en busca de verdades eternas. No es de extrañar, pues, que al volver a la tierra haya sido portadora de ideas erróneas acerca de los más sublimes valores del intelecto. Así, por ejemplo, la religión nos enseña que la perfección del hombre requiere su emancipación de las pasiones; nos dice que debemos renunciar a las necesidades ficticias, a la sensualidad y al temor. Sin embargo, pretender librar al hombre de las pasiones sin alterar el actual estado de cosas, constituye una insensata quimera. El buscador de la verdad, el genuino benefactor de la especie, procurarán ante todo eliminar los factores externos que fomentan las más viciosas inclinaciones. La verdadera finalidad que ha de procurarse es la de extirpar toda idea de sumisión y de dominio, haciendo que todo hombre comprenda que si presta un servicio a sus semejantes realiza el cumplimiento de un deber, y si reclama de ellos una ayuda, lo hace en el ejercicio de un derecho.

Uno de los males característicos del sistema actual de propiedad es la perpetua exhibición de la injusticia. Ello se debe en parte al capricho, en parte al alarde de lujo. Nada más pernicioso para el espíritu humano. Siendo la actividad una condición propia de nuestro ser, necesariamente hemos de fijarle un objetivo, sea de carácter personal o público; ya consista en el alcance de un bien material o de algo que nos atraiga la estima y el aplauso de nuestros semejantes. Ningún estímulo puede ser más plausible que este último. Pero el sistema actual canaliza esa actividad exclusivamente hacia la adquisición de riquezas. La ostentación de la opulencia aguijonea incesantemente la ambición del espectador. El hombre rico y ostentoso es el único digno de estimación y reverencia para los seres corrompidos por el servilismo que produce el predominio de la riqueza. Vanas serán la rectitud, la laboriosidad, la sobriedad; vanas serán las más sublimes cualidades del espíritu y las más nobles inclinaciones del corazón, si el poseedor de esas cualidades fuera pobre en recursos materiales. Adquirir y ostentar riqueza constituye, pues, una pasión universal. La estructura total de la sociedad se convierte en un sistema de estrecho egoísmo. Si la benevolencia y el amor de sí mismo se conciliaran en cuanto a sus objetivos, un hombre podría abrigar afanes de preeminencia y ser al mismo tiempo cada día más generoso y filantrópico. Pero la pasión a que aquí nos referimos consiste en medrar mediante una infame especulación con los intereses ajenos. La riqueza es adquirida generalmente engañando a los semejantes y es gastada infiriéndoles injurias.

La injusticia que el sistema actual de la propiedad exhibe, se identifica parcialmente con el capricho. Si inculcáis al hombre el amor a la rectitud, debéis procurar que los principios de la misma penetren en su espíritu no sólo por las palabras, sino también por los

hechos. Ocurre que durante el período escolar se nos inculcan incesantemente máximas relativas a la sinceridad y la honradez y el maestro hace todo lo posible por alejar las sugestiones de la malicia y el egoísmo. ¿Pero cuál es la lección que el confundido alumno recibe cuando abandona la escuela y entra en el mundo real? Si pregunta: "¿por qué se honra a este hombre?", se le contestará: "porque es rico". Si continúa preguntando: "¿por qué es rico?", la respuesta veraz será la siguiente: "por accidente de nacimiento o por una minuciosa y sórdida atención de sus intereses". El monopolio de la propiedad es fruto del régimen civil, y el régimen civil, según se nos ha enseñado, es fruto de la sabiduría de los siglos. Es así como el saber de los legisladores ha sido utilizado para establecer el sistema más sórdido e inicuo de propiedad, en flagrante contradicción con los principios de justicia y con la propia naturaleza humana. Se aflige la humanidad por la suerte que sufren los campesinos de todos los países civilizados y cuando aparta de ellos la mirada para contemplar el espectáculo que ofrece el lujo de los grandes señores insolentes, groseros y derrochadores, la sensación que experimenta no es menos dolorosa. Ese doble espectáculo constituye la escuela en que nos hemos educado. Los hombres se han habituado a tal punto a la contemplación de la injusticia, de la iniquidad y la opresión, que sus sentimientos han llegado a atrofiarse y su inteligencia se ha vuelto incapaz de comprender el sentido de la verdadera virtud.

Al señalar los males producidos por el monopolio de la propiedad, hemos comparado su magnitud con la de aquellos que son fruto directo de las monarquías. Ningún hecho ha provocado un repudio más enérgico que el abuso de las pensiones y prebendas que sirven, bajo la monarquía, para recompensar a centenares de individuos, no por servir al pueblo, sino por traicionarlo, derrochándose así el fruto duramente ganado por el trabajo en mantener a los serviles secuaces del despotismo. Pero la lista de la renta territorial de Inglaterra constituye una pensión mucho más formidable que la empleada en la adquisición de mayorías ministeriales. Todas las rentas y especialmente las de carácter hereditario deben ser consideradas como equivalentes al valor producido por la ruda labor del campesino y del artesano, valor que es derrochado en el lujo y el ocio por sus beneficiarios. La renta hereditaria es en realidad una prima pagada a la holganza, un inmenso presupuesto invertido con el propósito de perpetuar la brutalidad y la ignorancia entre los hombres. Los pobres no pueden ilustrarse, pues no disfrutan del ocio necesario para ello. Los ricos disponen de tiempo y de medios para cultivar su espíritu, pero se sienten más bien inclinados a la disipación y la indolencia. Los medios más poderosos que haya inventado el espíritu maligno, se emplean para impedir que desarrollen su talento y sean útiles al pueblo.

Esto nos lleva a observar que el actual sistema de propiedad tiende ciertamente a la nivelación, pero sólo en lo que se refiere al cultivo del espíritu y de la inteligencia, actividad mucho más valiosa y más

digna del hombre que el halago de la vanidad y la ambición de bienes materiales. El monopolio de la propiedad pisotea las facultades de la inteligencia, extingue las chispas del genio y obliga a la inmensa mayoría de la humanidad a hundirse en sórdidas preocupaciones; despoja, especialmente al rico, de los más sanos y fecundos estímulos de acción. Si se suprimiera el derroche se economizaría gran parte del trabajo que actualmente es requerido y el resto, fraternalmente repartido entre todos los hombres, no sería penoso para nadie. Una dieta frugal, pero saludable, mantendría en perfectas condiciones físicas a todos los habitantes; cada cual realizaría el esfuerzo corporal necesario para favorever sus funciones orgánicas y mantener la alegría del espíritu; nadie se vería embrutecido por la fatiga, pues todos dispondrían del ocio suficiente para cultivar las nobles y filantrópicas afecciones del alma y para dar rienda suelta a su imaginación en la búsqueda de nuevas conquistas intelectuales. ¡Qué contraste media entre esa hermosa perspectiva y la terrible situación actual, cuando el obrero y el campesino trabajan hasta que la fatiga embota su entendimiento, hasta que sus tendones quedan endurecidos por el excesivo esfuerzo, hasta que la enfermedad hace presa de sus cuerpos, haciendo que una prematura muerte los liberte de tanto dolor! ¿Cuál es el objeto de esa incesante y desproporcionada fatiga? Por la noche vuelven a sus hogares, donde encuentran a los suyos hambrientos, semidesnudos, soportando las inclemencias del tiempo, hacinados en un miserable tugurio, carentes de toda instrucción. Si alguna vez esa miseria es atemperada por obra de una ostentosa caridad es sólo para obligarles a caer en un abyecto servilismo. En tanto que su rico convecino . . . , pero ya vimos cuál es la vida que éste lleva.

¡Cuán rápidos y sublimes serían los avances del intelecto si el campo del saber fuera accesible a todos los hombres! Actualmente, noventa y nueve personas de cada cien no ejercitan regularmente sus facultades intelectuales más de lo que pudieran hacerlo las bestias. ¡Hasta qué extremos no llegaría el espíritu público en un país donde todos los habitantes participaran del conocimiento, donde todos estuvieran libres de prejuicios y de fe ciega, donde todos aceptaran sin temor las sugestiones de la verdad, dando fin para siempre al aletargamiento de las almas! Es de suponer que subsistirían las desigualdades de inteligencia, pero es de creer también que el genio de esa edad superará con mucho las mayores conquistas del intelecto hasta hoy conocidas. El espíritu humano no se sentirá deprimido por falsas necesidades y por mezquinas preocupaciones. No se verá obligado a vencer el sentimiento de inferioridad y de opresión que hoy malogran sus esfuerzos. Libre de las deleznables obligaciones que hoy constriñe a pensar constantemente en la satisfacción del interés personal, el espíritu humano podrá expandirse en toda su plenitud, hacia ideales de generosidad y de bien público.

De la perspectiva de progreso intelectual volvamos a la de progreso moral. Aquí ha de ser conclusión obvia que los móviles del crimen habrán desaparecido para siempre...

La fuente más proficua del crimen reside en el hecho de que unos hombres posean en exceso aquello de que otros carecen en absoluto. Sería menester cambiar el alma del hombre para evitar que ese hecho ejerza una poderosa influencia en sus actos. Habría que despojarlo de sus sentidos, librarlo de deseos y apetitos, para lograr que contemple sin rebeldía el monopolio de todos los placeres. Debería carecer del sentido de justicia para aprobar la simultánea realidad del derroche y de miseria a que nos hemos referido. Es verdad que el medio más adecuado para eliminar esos males es el de la razón y no el de la violencia. Pero no olvidemos que la tendencia general del presente orden de cosas es la de persuadir a los hombres de la impotencia de la razón. La injusticia que ellos sufren es sostenida por la fuerza y eso les induce a acudir igualmente a la fuerza con el objeto de limitar esa injusticia. Todo lo que pretende es una corrección parcial de la iniquidad que la educación les ha enseñado como necesaria, pero que la razón condena como tiránica.

La fuerza es fruto del monopolio. Ella pudo manifestarse espontáneamente entre los salvajes, cuyos apetitos excedían las provisiones disponibles o cuyas pasiones se sentían excitadas ante la visión de un objeto codiciado. Pero se hubiera extinguido gradualmente, a medida que progresaba la civilización. La acumulación de la propiedad dio bases permanentes a su imperio y de ahí en adelante la civilización no fue otra cosa que una perpetua lucha entre el poder y la astucia de un lado y la astucia y el poder del otro. Es indudable que las acciones violentas y prematuras de los desposeídos constituyen asimismo un mal. Tienden precisamente a perjudicar a la propia causa cuyo triunfo anhelan, haciendo postergar indefinidamente ese triunfo. El mayor mal reside en la egoísta y viciosa propensión a pensar sólo en los intereses de cada uno, despreciando las necesidades de todos los demás. Y es evidente que son los ricos los que más incurren en ella.

El espíritu de opresión, el espíritu de servilismo y el espíritu de dolo son los resultados inmediatos del sistema de propiedad actualmente establecido. Ellos son tan hostiles al progreso intelectual como al progreso moral. Los vicios de la envidia, la malicia y la venganza son sus inseparables acompañantes. En una sociedad donde todos vivieran en la abundancia y participaran por igual de los bienes de la naturaleza, esos bajos sentimientos se extinguirían por completo. Todo mezquino egoísmo sería desterrado. No estando nadie obligado a acumular riquezas, ni a proveer penosamente a sus necesidades de subsistencia, dedicaría cada cual sus energías al servicio del bien común. Nadie sería enemigo de su vecino, pues no habría motivos de rivalidad. La filantropía ocuparía, pues, en la sociedad, el lugar que la razón le asigna. El hombre se vería liberado de la constante ansiedad por el sustento material y su espíritu se expandiría gozoso en las esferas del pensa-

miento que le son propias. Cada cual ayudaría en las investigaciones de todos.

Fijemos por un instante nuestra atención sobre la revolución en las costumbres y las ideas que significó en la historia de los hombres el establecimiento de la distribución injusta de la propiedad. Antes que ello ocurriera, los hombres sólo buscaban lo necesario para satisfacer sus necesidades inmediatas, siéndoles indiferentes cuanto excediera de las mismas. Pero tan pronto se introdujo la acumulación de bienes comenzaron a inventar los medios más adecuados para despojar a sus vecinos, con el objeto de acrecentar el propio patrimonio. Después de haberse apoderado de mercancías extendieron el principio de apropiación sobre otros seres humanos. No tardaron en descubrir que la posesión de muchas riquezas otorgaba gran estimación e influencia entre sus semejantes. De ahí la presuntuosa soberbia de quienes detentan una posición privilegiada y la inquieta ambición de quienes aspiran a ocuparla en el futuro.

De todas las pasiones humanas es la ambición la más culpable de múltiples estragos. Es ella la que lleva a la conquista de nuevas regiones y nuevas provincias. En su afán insaciable cubre la tierra de ruinas, de sangre y destrucción. Pero esa pasión, así como los medios de satisfacerla, en un orden colectivo, sólo son el fruto del sistema de propiedad vigente. El monopolio de bienes confiere preponderancia incontestable a un hombre sobre los demás. Siendo así, nada más fácil que lanzar a los pueblos a la guerra. Pero si todos los habitantes de Europa dispusieran de lo necesario para su subsistencia, sin que nadie monopolizara lo excedente, ¿qué cosa podría inducirlos a la lucha fraticida? Si queréis arrastrar a los hombres a la guerra, debéis poner ante ellos determinados señuelos. Si no disponéis del poder que los obligue a acatar vuestros deseos, tendréis que atraer a cada individuo por medio de la persuación. ¡Cuán vano sería el empeño de lograr por medios persuasivos que los hombres se asesinen entre sí!

Es evidente, pues, que la guerra, en sus formas más horribles, es consecuencia de la desigual distribución de la propiedad. En tanto subsista esa temible fuente de corrupción y de celos será ilusorio hablar de paz universal. Tan pronto sea cegada esa fuente será imposible evitar los resultados de ese feliz acontecimiento. Es el monopolio de la propiedad lo que permite mover a los hombres como si fuesen una masa informe y dirigidos cual si constituyeran una sola máquina. Pero si fuera disuelto el pernicioso bloque del privilegio, cada ser humano se sentiría mil veces más unido a su semejante, en amor y benevolencia, sin dejar por eso de pensar y de juzgar cada cual con su propio criterio. Vean, pues, los abogados del sistema vigente qué valores defienden y si disponen de argumentos bastante poderosos para contrarrestar la evidencia de los males de que ese sistema es culpable.

Hay otro hecho que, aunque de menor importancia que los anteriormente señalados, merecen sin embargo, tenerse en cuenta. Nos referimos a la cuestión de la población. Se ha calculado que el promedio

de rendimiento de los cultivos de toda Europa puede ser aumentado hasta alimentar a una población cinco o seis veces mayor de la que hoy vive en el continente. Es un principio demográfico bien establecido, que la población se mantiene al nivel determinado por los medios de subsistencia. Es así que las tribus nómadas de Asia y de América nunca aumentan el número de sus miembros hasta el punto de verse obligados a cultivar la tierra. Así también ocurre entre las naciones civilizadas de Europa en que el monopolio de la propiedad territorial limita las fuentes de subsistencia de tal modo que, si aumentara la población, las capas inferiores de la sociedad se verían totalmente desprovistas de los medios necesarios para la vida vegetativa. Puede producirse algunas veces un concurso de circunstancias extraordinarias que modifiquen momentáneamente la relación establecida, pero en general ella se ha mantenido invariable durante siglos. De ese modo el sistema de propiedad vigente puede ser acusado de ahogar a una enorme cantidad de niños en su propia cuna. Sea cual sea el valor de la vida humana o, mejor dicho, su capacidad de goce, dentro de una sociedad libre e igualitaria, es indudable que el régimen que estamos enjuiciando aniquila en el umbral de la vida a las cuatro quintas partes de ese valor y de esa felicidad.

Francois Noel Babeuf

Este revolucionario francés nació en 1706. Fue funcionario público y periodista. A causa de sus ideas radicales sufrió persecuciones y encarcelamiento. A partir de 1795 resolvió luchar en contra del Directorio y por el restablecimiento de la Constitución de 1793. Su periódico *Le Tribune du Peuple* provocó intensa agitación y preparó el camino para la organización de un movimiento que tenía por objeto derribar al gobierno. Babeauf y Darthé fueron los jefes de *Societé des Egaux* (Sociedad de los iguales) la cual fue descubierta por las autoridades debido a la denuncia de un traidor.

Durante su encarcelamiento y proceso, Francois Noel Babeuf defendió sus principios e ideales con singular valentía. El tribunal que lo juzgó lo sentenció a muerte, lo mismo que a su compañero Darthé. El 27 de mayo de 1797 cayeron sus cabezas cortadas por la guillotina.

Tomado de Gabriel Deville, *Principios socialistas*,
traducción de M. Garvin, pp. 222-230,
librería española y extranjera, Madrid, España.

Ya es hora de hablar de la democracia, de definir lo que entendemos por ella y lo que queremos que ella nos procure; de inquirir, finalmente, con todo el pueblo, cuáles son los medios de fundarla y de sostenerla.

Se engañan los que creen que si yo me agito es con el fin de reemplazar una constitución con otra. Necesitamos más bien instituciones que constituciones. Si la Constitución del 93 mereció el aplauso de todos los hombres de bien, es porque preparaba el terreno a nuevas instituciones; y si por medio de ella no hubiera podido lograrse este objeto, yo hubiera cesado de admirarla. Toda constitución que deje subsistir las antiguas instituciones humanicidas y abusivas, cesará de excitar mi entusiasmo; todo hombre destinado a regenerar a sus semejantes que se arrastre penosamente por la vieja rutina de las legislaciones anteriores, cuya barbarie consagra la existencia de afortunados y desgraciados, no será a mis ojos un legislador, no me inspirará ningún respeto.

Trabajemos primero para fundar buenas instituciones, instituciones plebeyas, y podemos estar seguros de que una buena constitución vendrá después.

Instituciones plebeyas deben asegurar la felicidad común, el bienestar igual de todos los asociados.

Recordemos algunos de los principios fundamentales que desarrollamos en nuestro último número, en el artículo titulado "De la guerra de los ricos contra los pobres". Repeticiones de este género no cansan nunca a quienes interesan.

Dejamos sentado que la igualdad perfecta es de derecho primitivo; que el pacto social, lejos de ir contra este derecho natural, sólo debe servir para dar a cada individuo la garantía de que este derecho no será violado jamás, y que, por lo tanto, no debían haber existido instituciones que favoreciesen la desigualdad y la codicia, que permitiesen que lo necesario de unos pudiera ser usurpado para formar lo super-

fluo de otros. Que, no obstante, había sucedido lo contrario; que absurdos convenios se habían introducido en la sociedad y habían protegido la desigualdad y permitido el despojo de las mayorías por las minorías; que había épocas en que los últimos resultados de estas mortíferas reglas sociales se traducían en que la universalidad de las riquezas de todos se hallaba sumergida en poder de unos cuantos; que la paz, que es natural y lógica cuando todos son dichosos, se alteraba necesariamente en casos tales; que la masa, imposibilitada de vivir, hallándolo todo fuera de su posesión y no encontrando sino corazones despiadados en la casta que lo había acaparado todo, todos estos hechos reunidos determinaban la época de esas grandes revoluciones, fijaban esos períodos memorables, pronosticados en el Libro de los Tiempos y del Destino, en que una transformación general en el sistema de las propiedades viene a ser inevitable y en que la rebelión de los pobres contra los ricos es de una necesidad invencible.

Hemos demostrado que desde 1789 habíamos llegado a este punto, y que por eso estalló entonces la revolución. Hemos demostrado que desde 1789, y particularmente desde 1794 y 1795, la aglomeración de las calamidades y de la opreción públicas hacían muchísimo más urgente el lanzamiento majestuoso del pueblo contra sus expoliadores y sus opresores.

¿Es la ley agraria lo que queréis?, van a exclamar mil voces de gente honrada. No; es más que eso. Sabemos muy bien cuál es el invencible argumento que en tal caso se nos opondría. Se nos diría, y con razón, que la ley agraria sólo puede durar un día, que al siguiente de su establecimiento la desigualdad volvería a manifestarse. Los tribunos de Francia que nos han precedido concibieron mejor el verdadero sistema de la felicidad social; comprendieron que éste sólo podía residir en las instituciones capaces de asegurar y mantener de un modo inalterable la igualdad de hecho.

La igualdad de hecho no es una quimera. Su ensayo práctico fue realizado con buena fortuna por el gran tribuno Licurgo. Sabido es cómo llegó a instituir aquel sistema admirable en que las cargas y los beneficios de la sociedad se hallaban igualmente repartidos, en que lo suficiente correspondía a todos y nadie podía alcanzar lo superfluo.

Todos los moralistas de buena fe han admitido este principio superior y han tratado de realizarlo. Los que lo han enunciado más claramente han sido, a mi juicio, los más estimables y los más distinguidos tribunos. El judío Jesús no merece en absoluto este título, por haber expresado con demasiada obscuridad la máxima ama a tu prójimo como a ti mismo, según él decía. Estas palabras insinúan algo, pero no dicen de una manera suficientemente explícita que la primera de todas las leyes es que ningún hombre pueda aspirar legítimamente a que ni uno solo de sus semejantes sea menos dichoso que él.

Juan Jacobo ha concretado mejor este principio, cuando escribe: "Para que el estado social sea perfecto, es menester que cada uno tenga

bastante y que nadie tenga demasiado." Este corto pasaje es, en mi sentir, el elíxir del contrato social.

...Hora es ya de que el pueblo, pisoteado y asesinado, manifieste de una manera más grande, más solemne, más general de lo que ha hecho hasta ahora, su voluntad, para que no sólo los signos, los accesorios de la miseria, sino la realidad, la miseria misma, sean anonadadas. Proclame el pueblo su manifiesto solemnemente: defina en él la democracia como entiende verla establecida y tal como con arreglo a los principios puros debe existir; pruebe que la democracia consiste en la obligación, de parte de los que tienen demasiado, de cubrir todo lo que falta a los que no tienen lo suficiente. Que el déficit que existe en la fortuna de estos últimos procede de lo que los otros les han robado. Robado legítimamente, si se quiere, es decir, al amparo de leyes de bandidos que, bajo el último régimen, lo mismo que bajo los más remotos, han autorizado todos los latrocinios, al amparo de leyes, tales como las que existen en la actualidad, según las cuales yo me veo obligado, para vivir a desamueblar diariamente mi casa y a llevar a casa de todos los ladrones que ellas protegen hasta el último andrajo que cubra mis carnes. Declare el pueblo que quiere obtener la restitución de todos esos robos, de esas vergonzosas confiscaciones que los ricos han ejercido sobre los pobres; cuya restitución será tan legítima, sin ningún género de duda, como la que se ha impuesto a los emigrados. Con el restablecimiento de la democracia queremos, en primer lugar, que nuestras ropas, nuestros muebles nos sean devueltos y que los que nos los han robado no puedan en lo sucesivo volver a cometer atentados semejantes. Queremos, pues, con la democracia, lo que hemos dicho ya que han querido cuantos han concebido una idea justa.

Para restablecer los derechos del género humano y extirpar todos nuestros males, será menester una retirada al Monte Sacro o una Vandée plebeya. Todos los amigos de la igualdad deben prepararse y darse ya por advertidos. Cada cual debe penetrarse de la incomparable hermosura de esta empresa. ¡Librar a los israelitas de la servidumbre egipcia y conducirlos a la posesión de la tierra de Canaán!... ¿Puede darse expedición más digna de inflamar los grandes corazones? Estamos seguros de que el dios de la Libertad protegerá a los Moisés que quieran dirigirla. Ya nos lo han prometido, sin la meditación de Aarón, que no necesitamos para nada, ni de su colegio vicarial. Nos lo ha prometido sin aparición milagrosa en la zarza ardiente. Prescindamos de todos esos prodigios, de todas esas necedades. Las inspiraciones de las divinidades republicanas se manifiestan sencillamente bajo los auspicios de la Naturaleza (dios supremo), por la vía del corazón de los republicanos. Se nos ha revelado, pues, que mientras nuevos Josués pelearán un día en la llanura, sin necesidad de parar el sol, muchos otros, en lugar de un legislador de los hebreos, ocuparán la verdadera Montaña plebeya, desde donde trazarán, bajo el dictado de la eterna justicia, el Decálogo de la Humanidad, el sansculotismo, de la imprescindible equidad. Bajo la protección de nuestras cien mil lanzas y de

nuestros cañones, proclamaremos el primer Código de la Naturaleza, que no debió jamás ser infringido.

Explicaremos claramente lo que es la felicidad común, objeto de la sociedad.

Demostraremos que la suerte del hombre no ha debido empeorar en el paso del estado natural al estado social.

Definiremos la propiedad.

Probaremos que la tierra no pertenece a nadie, sino que es de todos.

Probaremos que todo lo que un individuo acapara, fuera de lo que puede mantenerlo, es un robo social.

Probaremos que el supuesto derecho de enajenabilidad es un infame atentado populicida.

Probaremos que la herencia por familia es un horror no menos grande, que aísla a todos los miembros de la asociación y hace de cada hogar una pequeña república, que no puede por menos de conspirar contra la grande y consagrar la desigualdad.

Probaremos que todo lo que un miembro del cuerpo social tiene menos que la suficiencia de sus necesidades de toda especie y de todos los días, es el resultado de una expoliación de su propiedad natural e individual, cometida por los acaparadores de los bienes comunes.

Que, por la misma razón, todo lo que un miembro del cuerpo social tiene de más que la suficiencia de sus necesidades de toda especie y de todos los días, es el resultado de un robo cometido en detrimento de sus consocios, a quienes priva necesariamente, en número más o menos considerable, de su parte de los bienes comunes.

Que los razonamientos más sutiles no pueden destruir tan inalterables verdades.

Que la superioridad de talento y de industria no es más que una quimera y un argumento especioso, que ha servido siempre indebidamente para justificar las intrigas de los conspiradores contra la igualdad.

Que la diferencia de valor y de mérito en el producto del trabajo de los hombres sólo descansa en la opinión que algunos de entre ellos han formulado y que han sabido imponer.

Que esta opinión es la que ha apreciado, sin razón, la jornada de trabajo del que hace un reloj en veinte veces más que la jornada del que traza surcos en la tierra.

Que ha sido, sin embargo, con ayuda de esta falsa estimación como la ganancia del relojero le ha puesto en situación de adquirir el patrimonio de veinte obreros obradores, a quienes por este medio ha expropiado.

Que todos los propietarios han llegado a serlo a consecuencia de la misma combinación, en proporciones más o menos distintas; pero partiendo todas de la única base de la diferencia de valor establecida entre las cosas por la sola autoridad de la opinión.

Que es absurda e injusta la pretensión de conceder mayor recompensa a aquel cuyo trabajo exige un grado mayor de inteligencia y más aplicación y tensión de espíritu; ¡como si esto extendiese la capacidad de su estómago!

Que ninguna razón puede justificar la demanda de una recompensa que exceda de la suficiencia de las necesidades individuales.

Que no es tampoco materia de opinión el valor de la inteligencia, y que está aún por examinar si el valor de la fuerza esencialmente natural y física no vale tanto.

Que son los inteligentes los que han señalado tan subido precio a las concepciones de su cerebro, y que si hubieran sido los fuertes los que, de mancomún, hubiesen ordenado las cosas, habrían establecido indudablemente que el mérito de los brazos vale tanto como el de la cabeza, y que el cansancio de todo el cuerpo no podía ponerse en parangón con el de la sola parte pensante.

Que, sin esta igualación, establecida, se da a los más inteligentes, a los más industriosos, un privilegio de monopolio, un título para despojar impunemente a los que lo son menos.

Que así se ha destruido y trastornado en el estado social el equilibrio del bienestar, puesto que no hay nada más bien probado que nuestra gran máxima, a saber: que no se puede llegar a poseer demasiado sino haciendo que otros no tengan bastante.

Que todas nuestras instituciones civiles, nuestras transacciones recíprocas, son actos de un perpetuo bandolerismo, autorizado por absurdas y bárbaras leyes, a cuya sombra sólo nos hemos ocupado en robarnos unos a otros.

Que nuestra sociedad de pillos lleva en sí, a consecuencia de sus atroces convenios primordiales, toda especie de vicios, de crímenes y de infortunio, contra los cuales algunos hombres de bien se ligan en vano para hacerles la guerra, en la que no pueden triunfar porque no atacan el mal en su raíz y porque sólo aplican paliativos sacados del arsenal de falsas ideas de nuestra depravación orgánica.

Que en vista de lo que precede, es claro que todo lo que poseen los que tienen más que su cuota individual en los bienes de la sociedad, es robo y usurpación.

Que, por consecuencia, es justo el obligarles a restituirlos.

Que aun el que pudiese probar que, por efectos de sus solas fuerzas naturales, es capaz de hacer tanto como cuatro, y que en consecuencia exigiese la retribución de cuatro, no dejaría de ser un conspirador contra la sociedad, porque alteraría por este solo medio el equilibrio y destruiría la preciosa igualdad.

Que la prudencia ordena imperiosamente a todos los asociados que repriman semejante hombre, que lo persigan como una plaga social, que lo reduzcan cuando menos a no poder desempeñar sino la tarea de uno solo, para que no pueda exigir más que la recompensa de uno solo.

Que nuestra especie es la única que ha introducido esa locura mortífera de distinciones de mérito y valor, y que por lo mismo es la única que conoce la desgracia y las privaciones.

Que no deben existir privaciones de las cosas que la Naturaleza otorga a todos, produce para todos, sino aquellas que son resultado de accidentes inevitables de la Naturaleza, y que, en tal caso, todas deben ser repartidas y participar igualmente de ellas.

Que los productos de la industria y del genio son también propiedad de todos, dominio de la asociación entera, desde el momento mismo en que los inventores y los trabajadores los han dado a luz; porque estos productos no son sino una compensación de las anteriores invenciones del genio y de la industria, de las cuales se han aprovechado en la vida social los nuevos inventores y trabajadores, y merced a ellas han podido llevar a cabo sus descubrimientos.

Que puesto que los conocimientos adquiridos son del dominio de todos, deben repartirse igualmente entre todos.

Que es una verdad, negada por la mala fe, por las preocupaciones o por la irreflexión, que este reparto igual de los conocimientos entre todos haría a los hombres próximamente iguales en capacidad y hasta en talento.

Que la educación es una monstruosidad cuando es desigual, cuando es patrimonio exclusivo de una porción de la sociedad, porque entonces se convierte, en manos de aquella porción, en un hacinamiento de máquinas, en una provisión de armas de todos géneros, con ayuda de los cuales esta primera porción combate a la otra, que está desarmada, y logra fácilmente, por lo tanto, subyugarla, engañarla, despojarla, maniatarla con las más vergonzosas cadenas.

Que no hay verdad más importante que la que ya hemos citado, y que un filósofo ha formulado en los términos siguientes: discurrid cuanto gustéis acerca de la mejor forma de gobierno; no habréis hecho nada mientras no hayáis destruido los gérmenes de la codicia y de la ambición.

Que es preciso, pues, que las instituciones sociales conduzcan a este punto, que quiten a todo individuo la esperanza de llegar a ser nunca ni más rico, ni más poderoso, ni más distinguido por sus luces que cada uno de sus iguales.

Que es necesario, para precisar mejor esta idea, llegar a encadenar la suerte, es decir, hacer la de cada asociado independiente de las circunstancias prósperas o adversas; garantizar a cada uno y a su posteridad, por numerosa que sea, lo suficiente, pero nada más que lo suficiente y privar a todos y a cada uno de toda clase de medios que pudieran permitirle en cualquier tiempo obtener más que su parte individual en los productos de la Naturaleza y del trabajo.

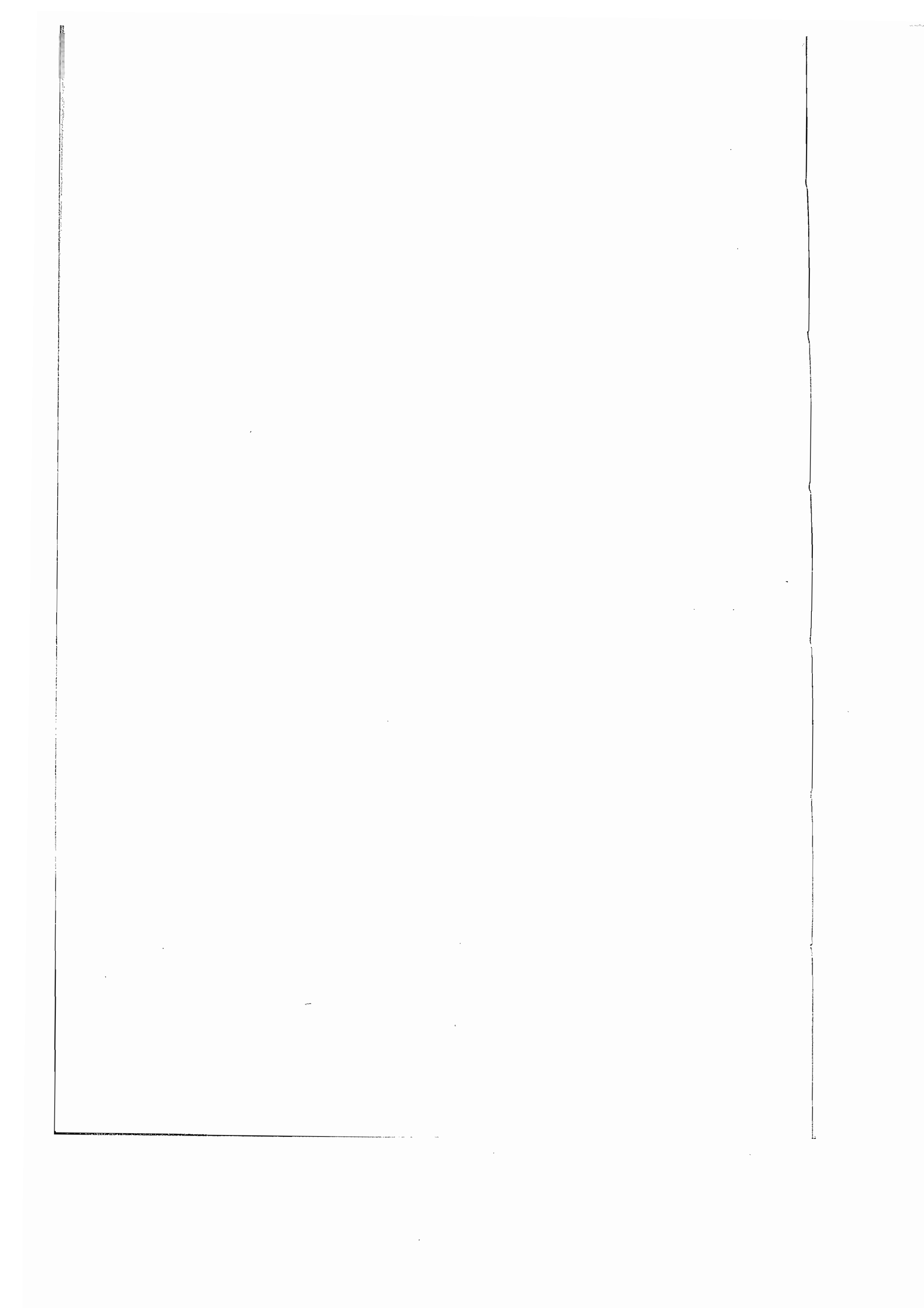
Que el último medio de llegar a este resultado es establecer la administración común; suprimir la propiedad particular; dedicar cada hombre a la profesión o a la industria que conoce; obligarle a depositar

el fruto de esta industria, en especie, en el almacén común, y establecer una simple administración de distribución, una administración de subsistencias, la cual llevará un registro de todos los individuos y de todas las cosas y hará el reparto de éstas con la más escrupulosa igualdad.

Que este gobierno, que es practicable, como lo ha demostrado la experiencia, puesto que es el que se aplica al millón y pico de hombres de nuestros doce ejércitos (lo que es posible en pequeño lo es en grande), es el único de que puede resultar una dicha universal inalterable, sin mezcla, la dicha común objeto de la sociedad.

Que con semejante gobierno desaparecerán las lindes, los vasallos, los robos, los asesinatos, todos los crímenes, los tribunales, las cárceles, los patíbulos, las penas, la desesperación que causan todas estas calamidades; la envidia, los celos, la insaciabilidad, el orgullo, el engaño, la doblez y, finalmente, todos los vicios. Además (y éste es indudablemente el punto esencial), el gusano roedor de la inquietud general, particular, perpetua, de cada uno de nosotros sobre nuestra suerte futura, del día, del mes, del año siguiente, sobre nuestra vejez y sobre la suerte de nuestros hijos y de los hijos de nuestros hijos.

Tal es el resumen de ese terrible Manifiesto que ofreceremos a la masa oprimida del pueblo francés, y cuyo primer bosquejo lo presentamos hoy para darle una idea de su importancia.



Claude Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon

Este personaje francés, economista y sociólogo, nació en 1760 y murió en 1825. De noble linaje, se creía predestinado a desempeñar un papel importantísimo en el mundo.

Saint-Simon, desde muy joven, se trasladó a Norteamérica para sumarse a las fuerzas que luchaban por la independencia de las trece colonias.

De regreso a Francia se dedicó durante los años de la Revolución francesa a especular con papel moneda y bienes nacionalizados, aprovechando el desorden existente. Pronto amasó una fortuna considerable y vivió durante varios años como un potentado —sus salones en los últimos años del siglo XVIII y comienzos del XIX, eran frecuentados por muchos de los intelectuales de más prestigio en Francia. Además, ayudaba a los jóvenes literatos y artistas, con generosidad. En 1805, toda su riqueza se había esfumado a consecuencia de su vida lujosa y su mesianismo. Vivió pobre durante varios años; mas, de 1814 a 1817 volvió a ser rico y otra vez dilapidó su fortuna. En 1823 trató de suicidarse, sin conseguirlo, y dos años más tarde, en 1825, dejó de existir este hombre de talento extraordinario.

Entre sus obras, podemos citar:

Lettres d'un habitant de Geneve a ses contemporains (1803);
Mémoire sur la science de L'homme (1813);
Reorganization de la societé européenne, en colaboración con Thierry (1814)
L'industrie, en colaboración con Thierry y Comte;
Le cathécisme des industriels (1823-1824);
Le Nouveau Christianisme (1824);
Physiologie sociale.

Oeuvres, publicadas por Olinde Rodríguez, pp. 71-80, Capelle Libraire Editeur, París, 1841.

Parábola de Saint-Simon

Supongamos que Francia pierde súbitamente sus cincuenta primeros físicos, sus cincuenta primeros químicos, sus cincuenta primeros fisiólogos, sus cincuenta primeros matemáticos, sus cincuenta primeros poetas, sus cincuenta primeros pintores, sus cincuenta primeros escultores, sus cincuenta primeros músicos, sus cincuenta primeros literatos;

...sus cincuenta primeros mecánicos, sus cincuenta primeros ingenieros civiles y militares, sus cincuenta primeros artilleros, sus cincuenta primeros arquitectos, sus cincuenta primeros médicos, sus cincuenta primeros cirujanos, sus cincuenta primeros farmacéuticos, sus cincuenta primeros marinos, sus cincuenta primeros relojeros;

...sus cincuenta primeros banqueros, sus doscientos primeros negociantes, sus seiscientos primeros cultivadores, sus cincuenta primeros maestros de herrería, sus cincuenta primeros fabricantes de armas, sus cincuenta primeros curtidores, sus cincuenta primeros tintoreros, sus cincuenta primeros mineros, sus cincuenta primeros fabricantes de paños, sus cincuenta primeros fabricantes de algodón, sus cincuenta primeros fabricantes de sederías, sus cincuenta primeros fabricantes de telas, sus cincuenta primeros fabricantes de quincallería, sus cincuenta primeros fabricantes de loza y de porcelana, sus cincuenta primeros fabricantes de cristales y de vidriería, sus cincuenta primeros armadores, sus cincuenta primeras empresas de transporte rodado, sus cincuenta primeros impresores, sus cincuenta primeros grabadores, sus cincuenta primeros orfebres y otros trabajadores de metales;

...sus cincuenta primeros albañiles, sus cincuenta primeros carpinteros, sus cincuenta primeros ebanistas, sus cincuenta primeros herradores, sus cincuenta primeros cerrajeros, sus cincuenta primeros cuchilleros, sus cincuenta primeros fundidores, y las otras cien personas de diversos estados no designados, las más capaces en las ciencias, en las

bellas artes, y en las artesanías y los oficios, hasta sumar en total los tres mil primeros sabios, artistas y artesanos de Francia.[1]

Como estos hombres son los franceses más esencialmente productores, aquellos que suministran los productos más importantes, los que dirigen los trabajos más útiles para la nación y los que la hacen productiva en las ciencias, en las bellas artes, y en los oficios y las artesanías, son ellos realmente la flor y nata de la sociedad francesa; son, entre todos los franceses, los más útiles para su país, los que le procuran más gloria, los que más hacen avanzar su civilización, al igual que su prosperidad: la nación quedaría convertida en un cuerpo sin alma en el instante en que los perdiera; caería inmediatamente en un estado de inferioridad frente a las naciones de las cuales es hoy rival, y seguiría en una situación subalterna con respecto a ellas en tanto que no hubiera reparado esa pérdida, en tanto que no le hubiera retoñado una cabeza. La nación francesa necesitaría, cuando menos, una generación entera para reparar semejante desgracia; pues los hombres que se distinguen en los trabajos de una utilidad positiva son verdaderas anomalías, y la naturaleza no es pródiga en anomalías, sobre todo en las de esta especie.

Pasemos a otra suposición. Admitamos que Francia siga conservando a todos los hombres de genio que posee en las ciencias, en las bellas artes y en los oficios y artesanías, pero que tenga la desgracia de perder, en un mismo día, a Su Alteza el hermano del Rey, a monseñor el duque de Angulema, a monseñor el duque de Berry, a monseñor el duque de Orleáns, a monseñor el duque de Borbón, a la señora duquesa de Angulema, a la señora duquesa de Berry, a la señora duquesa de Orleáns, a la señora duquesa de Borbón y a la señorita de Condé.

Que pierda al mismo tiempo a todos los grandes funcionarios de la Corona, a todos los ministros de Estado, con departamento o sin él, a todos los consejeros de Estado, a todos los relatores, a todos sus mariscales, a todos sus cardenales, arzobispos, obispos, vicarios mayores y canónigos, a todos los prefectos y subprefectos, a todos los empleados en los ministerios, a todos los jueces y, por añadidura, a los diez mil propietarios más ricos entre los que viven según las normas de la nobleza.

Este accidente afligiría ciertamente a los franceses, porque los franceses son buenos, porque no podrían ver con indiferencia la desaparición repentina de un número tan crecido de sus compatriotas. Pero esta pérdida de los treinta mil individuos a quienes se tiene por los más importantes del Estado no les causaría aflicción sino desde un punto de vista puramente sentimental, puesto que de ella no resultaría ningún mal político para el Estado.

[1] De ordinario con la palabra "artesanos" se designa únicamente a los simples obreros. Para evitar los circunloquios, nosotros entendemos por esa expresión a todos aquellos que se ocupan de productos materiales, a saber: los cultivadores, los comercianciantes, los banqueros, y todos los dependientes u obreros que ellos emplean.

En primer lugar, por la sencilla razón de que sería facilísimo volver a ocupar los lugares que hubieran quedado vacantes: existe un gran número de franceses en situación de ejercer las funciones de hermano del Rey en forma tan competente como Su Alteza; muchos son capaces de desempeñar las funciones de príncipes de manera tan acertada como monseñor el duque de Angulema, como monseñor el duque de Orleáns, como monseñor el duque de Borbón; muchas francesas serían tan excelentes princesas como la señora duquesa de Angulema, como la señora duquesa de Berry o como las señoras de Orleáns, de Borbón y de Condé.

Las antecámaras del castillo están llenas de cortesanos prontos a ocupar los puestos de grandes funcionarios de la Corona; el ejército posee una gran cantidad de militares que serán tan buenos capitanes como nuestros mariscales de hoy. ¡Cuántos simples empleados valen lo que nuestros ministros de Estado! ¡Cuántos administradores están en mejores condiciones de manejar bien los negocios de los departamentos que los prefectos y subprefectos actualmente en actividad! ¡Cuántos abogados hay, tan buenos jurisconsultos como nuestros jueces! ¡Cuántos curas tan competentes como nuestros cardenales, como nuestros arzobispos, como nuestros obispos, como nuestros vicarios mayores y como nuestros canónigos! En cuanto a los diez mil propietarios que viven según las normas de la nobleza, sus herederos no tendrían necesidad de ningún aprendizaje para hacer los honores de sus salones tan perfectamente como ellos.

La prosperidad de Francia no puede deberse sino a los efectos que resultan de los progresos de las ciencias, de las bellas artes y de los oficios y artesanías. Ahora bien, los príncipes, los grandes funcionarios de la Corona, los obispos, los mariscales de Francia, los prefectos y los propietarios ociosos no trabajan directamente en bien de los progresos de las ciencias, de las bellas artes y de los oficios y artesanías; lejos de contribuir a ese progreso, lo único que pueden hacer es perjudicarlo, puesto que están empeñados en prolongar la preponderancia ejercida hasta el día de hoy por las teorías conjeturales sobre los conocimientos positivos; perjudican necesariamente a la prosperidad de la nación, al privar a los sabios, a los artistas y a los artesanos —como los privan, en efecto— del primer grado de consideración que legítimamente les pertenece; la perjudican, porque emplean sus medios pecuniarios de una manera que no es directamente útil para las ciencias, para las bellas artes y para los oficios y artesanías; la perjudican, porque toman anualmente, de los impuestos pagados a la nación, una suma de tres a cuatrocientos millones a título de sueldos, de pensiones, de gratificaciones, de indemnizaciones, etc., para el pago de sus trabajos, que son inútiles para la nación.

Estas suposiciones ponen en evidencia el hecho más importante de la política actual; nos sitúan en un punto de vista desde el cual podemos descubrir ese hecho en toda su amplitud y de una sola ojeada. Demuestran claramente, aunque de una manera indirecta, que la organización

social está poco perfeccionada; que los hombres se dejan explotar todavía por la violencia y por el engaño; y que la especie humana, en cuanto a lo político, sigue hundida en la inmoralidad:

puesto que los sabios, los artistas y los artesanos, es decir, los únicos hombres cuyos trabajos son de una utilidad positiva para la sociedad, y que no le cuestan casi nada, están reducidos a una condición subalterna por los príncipes y por los demás gobernantes, que no son sino rutinarios más o menos incapaces;

puesto que los dispensadores de la consideración y de las demás recompensas nacionales no deben, en general, la preponderancia de que gozan sino al azar del nacimiento, a la adulación, a la intriga o a otras acciones poco estimables;

puesto que quienes están encargados de administrar los negocios públicos se reparten entre sí, año tras año, la mitad de los impuestos, y una tercera parte de las contribuciones de que no se apoderan personalmente, no la emplean de una manera útil para los administrados.

Estas suposiciones hacen ver que la sociedad actual es verdaderamente el mundo al revés:

puesto que la nación ha admitido como principio general que los pobres deben ser generosos para con los ricos, y que, en consecuencia, las personas menos acomodadas deben privarse cotidianamente de una parte de los bienes necesarios para aumentar los bienes superfluos de los grandes propietarios;

puesto que los grandes culpables, los ladrones generales, los que oprimen a la totalidad de los ciudadanos y les quitan de tres a cuatrocientos millones por año, se hallan encargados de hacer castigar los pequeños delitos contra la sociedad;

puesto que la ignorancia, la superstición, la pereza y el gusto de los placeres dispendiosos son el patrimonio de los jefes supremos de la sociedad, y las personas capaces, laboriosas y económicamente valiosas no son empleadas sino como subalternos y como instrumentos;

puesto que, en una palabra, en todos los géneros de ocupación son hombres incapaces quienes se hallan encargados del cuidado de dirigir a las personas capaces; que, desde el punto de vista de la moralidad, son los hombres más inmorales quienes están llamados a formar a los ciudadanos en la virtud, y que, desde el punto de vista de la justicia distributiva, son los grandes culpables quienes han sido encargados de castigar las faltas de los pequeños delincuentes.

Moyen constitutionnel d'accroître la force politique de l'industrie, et d'augmenter les richesses de la France, en Oeuvres, publicadas por Olinde Rodríguez, pp. 251-267, Capelle Librairie Editeur, París, 1841.

I

Del estado presente de la civilización

El temperamento, la educación, las circunstancias, ejercen tanto imperio sobre nuestra manera de proceder en la vida, que muy rara vez obramos de acuerdo con nuestras propias luces. La impetuosidad del carácter, la fuerza de los hábitos de la infancia, los objetos que nos rodean: tales son las cosas que más a menudo nos arrastran, las que nos gobiernan a despecho de nosotros mismos, a pesar de las advertencias de la razón y de la experiencia. Tal es, en pocas palabras, la historia de los hombres y de las *naciones.*

Francia y, en virtud de su impulso, todo el resto de *Europa,* han desplegado el carácter más violentamente guerrero, en una época en que todas las ideas adquiridas debían, en alguna forma, hacer imposibles las guerras, en una época en que el interés de todos, de acuerdo con la razón común, parecía encaminado a hacer de la *filantropía* una doctrina universal y el principio de la vida nacional en *Europa.* Pero donde se había formado nuestra juventud era en la escuela de la *barbarie antigua.* Los *griegos* y los *romanos,* nuestros maestros de literatura, se habían convertido también, no se sabe por qué, en nuestros maestros de *política,* y de allí, en gran parte, esa contradicción singular entre las luces y las costumbres, entre las ideas y la conducta.

Hemos vuelto hoy a ideas más sanas, y hemos tomado una dirección más saludable; cuidémonos, sin embargo, de volver a cometer una falta parecida a la primera, y que probablemente tendría consecuencias no menos funestas.[1] Cuando una *nación* se equivoca, o, mejor dicho,

[1] Las consecuencias de este error sería sin duda menos violentas, pero con toda seguridad serían más duraderas.

cuando se deja engañar en el trabajo de su *constitución*, esto nunca sucede impunemente.

La *constitución inglesa* fue, con toda razón, un objeto de envidia y de admiración para nosotros en un tiempo en que, extraviados en el laberinto de la *revolución*, o encadenados bajo la mirada del *despotismo*, el aturdimiento de todos los espíritus o el silencio de todos los pensamientos no nos permitía ver nada, producir nada, ni moderado ni atrevido; en una palabra, en un tiempo en que nuestra propia *civilización* no podía producir sus frutos; pero hoy que la *revolución* se ha calmado, hoy que el *despotismo* ha desaparecido, ¿qué vamos a hacer? Al dejarnos ir, atolondradamente, a ese mismo entusiasmo, a esa irreflexiva admiración que no nos deja ni concebir que pueda haber algo más allá de la *constitución* inglesa, lo que hagamos será imponernos a nosotros mismos nuevos obstáculos.

Hace más de *cien años* que los *ingleses* tendieron los fundamentos de su libertad, y a partir de entonces nuestra *civilización* ha venido preparándose en silencio. Pero no hay quien no vea que el copiarlos hoy sería lo mismo que trasladarnos un siglo atrás, aprovechar mal nuestra posición y convertirnos en esclavos, pues el espíritu humano no permanece estacionario: el transcurso del tiempo produce necesariamente más instrucción, el aumento de instrucción da lugar a mayor número de necesidades y, por consiguiente, a mayor número de derechos. Cuidémonos, pues, de perder una parte de nuestros derechos al fundarlos atropelladamente sobre una base demasiado estrecha; aprovechémonos de *Inglaterra*, puesto que está en una situación más avanzada que nosotros, pero procedamos de manera mejor que ella, puesto que nosotros somos más adultos, y por el hecho mismo de tenerla ante nuestra vista.

Las agitaciones revolucionarias, los aprietos en que vivimos desde hace mucho tiempo, el deseo que tenemos de vernos finalmente libres de ellos, nos han hecho, y con razón bendecir la *carta* como la aurora de un día más esplendoroso. Pero cuando nos felicitamos a nosotros mismos, semejantes a los viajeros que han llegado al puerto y no tienen ya nada que temer del mar; cuando exclamamos, en un rapto de alegría, que la *revolución ha terminado para siempre*, lo que hacemos es expresar un deseo más bien que una confianza razonable, y aquello que queremos más bien que aquello que sabemos. En efecto, ¿no tiene esta seguridad algo de temerario? ¿Hemos reflexionado lo bastante en ello? ¿Estamos seguros de que la cuestión resuelta por la *carta* es la única cuestión que hay que resolver, o incluso que es la cuestión más importante? He ahí algo que, en mi opinión, todos los espíritus han llevado hasta el último grado de convicción, y que, sin embargo, no ha merecido la consideración detenida de nadie.

Concedemos demasiada importancia a la *forma de los gobiernos*: parece como si toda la *política* estuviera concentrada en ella, y que, una vez bien establecida la *división* de los *poderes*, todo gozara de la mejor organización del mundo.

Hay en *Europa* dos pueblos que viven bajo el poder absoluto de una sola persona: me refiero a los *daneses* y a los *turcos*. Si hay algún matiz que valga la pena destacar, es que en *Dinamarca* el despotismo es más fuerte que en *Turquía*, puesto que es un despotismo legal, *constitucional*. Y, sin embargo, bajo una forma idéntica de gobierno, ¡qué diferencia en la condición de los gobernados! No hay pueblo más desdichado, más vejado, más apaleado, en una palabra, administrado con mayor injusticia y de manera más costosa que el *pueblo turco;* mientras que no hay uno solo en que la libertad se encuentre más extendida de hecho que *Dinamarca;* no hay uno solo, sin exceptuar a *Inglaterra* en que se haga sentir menos el poder arbitrario, en que la administración sea menos costosa. ¿De dónde viene esta diferencia? Sin duda, no de la forma de los gobiernos, ya que esta forma es la misma en un país y en el otro. Es preciso, pues, que la tiranía tenga otra causa, y esta causa es la siguiente: respetando todas las proporciones, el rey de Dinamarca es el más pobre de todos los príncipes de *Europa;* el *gran señor* es el más rico de todos, puesto que es en *Turquía* el único *propietario*, tal como es el único amo.

Este ejemplo demuestra que la ley que constituye los poderes y la *forma* del gobierno no es tan importante, y que no tiene tanta influencia sobre la felicidad de las *naciones* como la ley que constituye las *propiedades*[2] y que reglamenta su ejercicio. No vaya a imaginarse, sin embargo, que de esto queramos concluir nosotros que la ley que establece la *división* de los *poderes* no es una ley esencial; estamos lejos de profesar semejante herejía. Ciertamente la forma del *gobierno parlamentario* es muy preferible a todas las demás; pero se trata sólo de una forma, y la constitución de la *propiedad* es el *fondo;* por lo tanto, es esta *constitución* la que sirve verdaderamente de base al edificio social.

Así, la *cuestión* más *importante* que habría que resolver, es, en nuestra opinión, la siguiente: de qué manera debe constituirse la propiedad para el mayor bien de la sociedad entera, desde el doble punto de vista de la libertad y de la riqueza.

Pues bien, a esa cuestión general se refiere la cuestión de que vamos a ocuparnos aquí.

Mientras los *consumidores* se encuentren en posesión de la fuerza de mayoría en las deliberaciones en que se trate de determinar su parte, esta parte será siempre muy fuerte, tan fuerte como ellos quieran decidir que sea; es decir, que a pesar de nuestras *formas Parlamentarias;*

[2] No pretendemos decir que nadie se haya ocupado del *derecho de propiedad* en el curso de la *revolución*. Ciertamente se discutió este derecho cuando los bienes del clero; pero no se llegó a discutir de una manera general el *derecho de propiedad*, investigando de qué manera debería estar constituida la propiedad para la mayor ventaja de la *nación*. Le rogamos muy encarecidamente al lector que no pierda de vista que nosotros hemos declarado siempre que el *desorden* nos parece el mayor de todos los males, y que el mantenimiento del *orden* exige —independientemente del partido que cada cual tome, o de la ventaja que de ello deba resultar— que no se dé nunca efecto retroactivo a una ley, en este caso, los inconvenientes estarían siempre por encima de la utilidad.

seremos gobernados *arbitrariamente.* Por el contrario, desde el momento en que los *industriales,* es decir, las personas interesadas en la libertad y en la economía pública, se hayan apoderado exclusivamente del derecho de votar el impuesto, no darán sino aquello que quieran dar, y serán verdaderamente libres de ejercer sus derechos en toda su extensión. Y, una vez más, para llegar a ese resultado, ¿qué hay que hacer? Comprender bien la naturaleza del derecho de *propiedad,* y fundar este derecho de la manera más favorable al acrecentamiento de las riquezas y de las libertades de la *industria.* Pues bien, ésa es la condición que nosotros tenemos la intención de cumplir gracias a la medida legislativa expuesta en el presente *escrito,* y cuyo examen entregamos a la opinión pública, es decir, a la opinión *industrial.*

La *declaración* de los *derechos* del *hombre,* considerada hasta ahora como la solución del problema de la *libertad social,* no hacía, a decir verdad, otra cosa que enunciarlo. ¿Está resuelto este problema? ¿Llegará a resolverse? Lo único seguro es que esto no podrá conseguirse simplemente con el hecho de organizar, constituir o combinar los *tres poderes.*

II

Diferencia entre los "derechos" de los "industriales" agrícolas y los derechos de los industriales fabricantes y comerciantes, con respecto a sus proveedores de fondos

Los *proveedores de fondos* de una casa de comercio o de una manufactura son llamados *comanditarios,* expresión que designa el *papel* que desempeñan con respecto al *trabajador.*

En toda empresa de comercio o de fabricación, es el trabajador quien da su nombre a la casa, o, si se prefiere, es el nombre del *trabajador* lo que sirve de *razón* a la casa; es el *trabajador,* en una palabra, quien viene a ser el hombre importante a los ojos de la ley, o, mejor dicho, el *trabajador* es el que ha sido convertido por la ley en el hombre importante.

En la *agricultura,* el *trabajador* no es más que un *subalterno;* no es sino un *arrendatario* que llama al *propietario* su amo.

En la *industria comercial* y *manufacturera,* el *trabajador* tiene el derecho de empeñar, de la manera que le parezca conveniente para el bien de la empresa que dirige, los capitales que él está encargado de hacer fructificar.

En la *industria agrícola,* el *trabajador* no es más que un *inquilino* que no puede de ninguna manera disponer del capital confiado a sus cuidados; está obligado a someter sus más insignificantes ideas de mejora, sus más insignificantes planes agrícolas, a las ideas y a los planes del propietario.

En la *agricultura*, el *proveedor* de los *fondos* sólo está comprometido, cuando mucho, por un período de un año, mientras que en las otras dos ramas de la *industria*, la totalidad de los fondos confiados por el capitalista se encuentra comprometida incesantemente.[3]

¿Es el propietario de una tierra quien cultiva personalmente su propiedad? Entonces, la consideración de que disfruta entre los *industriales* de su clase se la debe a su calidad de *propietario* mucho más que a su calidad de *cultivador*.

¿Es un negociante el propietario de los fondos que se están beneficiando? Entonces, lo que le hace adquirir consideración en el mundo del comercio es su calidad de *negociante* mucho más que su calidad de *capitalista*.

III

Causa de la "diferencia" existente entre los derechos de los industriales de las dos clases con respecto a sus "proveedores" de "fondos"

Los *derechos* de los *industriales* dedicados a la *fabricación* y al *comercio* han sido establecidos por un convenio acordado libremente entre las partes, por un contrato al cual se ha dado el nombre de *retroventa de los municipios*.

Los *derechos* de los *propietarios de inmuebles*, que son los principales *proveedores* de *fondos* para la *industria agrícola*, han tenido por origen la *conquista*, es decir, la ley del más *fuerte*.

Los *francos*, vencedores de los *galos*, declararon que el suelo de los galos les pertenecía, al igual que todos los productos de los trabajos de los galos. Así, el establecimiento del *derecho* de *propiedad* en *Francia*, las limitaciones de este *derecho*, la manera de ejercerlo, fueron estipulados primitivamente por el *vencedor;* tal es, por lo menos, el origen más antiguo a que puedan remontarse los títulos de las propiedades existentes actualmente.

El *derecho* de *propiedad*, tal como quedó establecido en esa época, ha sido considerablemente modificado en épocas posteriores; pero como el espíritu de la ley no ha sido modificado, la ley sigue siendo todavía, a pesar del gran número de cambios que ha sufrido, más ventajosa para los representantes de los *vencedores*, que son sus descendientes o las personas que han adquirido bienes de ellos, que para los descendientes de los *vencidos*, que son necesariamente los únicos representantes de estos últimos, puesto que los vencidos no tenían

[3] De ahí ha resultado que la *industria comercial* y *manufacturera* haya realizado progresos infinitamente más rápidos que la *industria agrícola*.

ningún derecho que ceder. Ahora bien, los causahabientes de los *vencedores* son los *propietarios* de las tierras, y los sucesores de los *vencidos* son los *cultivadores*.

IV

Manera de corregir esta diferencia injusta y funesta

¿Cuál es el *medio* de asegurarle a la *industria* un acrecentamiento importante de derechos políticos?

Este *medio* consistiría en *asegurarles a los industriales agrícolas, con respecto a sus proveedores de fondos, las mismas ventajas de que disfrutan los industriales dedicados a la fabricación y al comercio, con respecto a las personas cuyos capitales están haciendo fructificar.*

La ley que autorice a los *industriales agrícolas* a empeñar los fondos que les hayan sido confiados, debe al mismo tiempo hacer los transportes de las propiedades territoriales lo menos caros y lo más fáciles que sea posible.

La fijeza que las leyes existentes tienden a dar a las posesiones territoriales, en las manos de sus poseedores actuales y de las personas de su linaje, es el mayor de los obstáculos que se oponen a la prosperidad de la *industria francesa:* esa rigidez les quita a los hombres capaces los motivos de emulación que podrían estimularlos al trabajo. Volveremos sobre este particular en uno de los capítulos siguientes.

El establecimiento del *derecho de propiedad* y de las disposiciones necesarias para hacerlo respetar es, la única base que es posible dar a una *sociedad política;* esta sociedad no podría existir, ni siquiera en el estado más imperfecto, si el mencionado derecho no estuviera consagrado cuando menos por la costumbre, ya que no lo estuviera por las leyes.

Es evidente, pues, que la ley fundamental es, en todo país, aquella que establece las propiedades y las disposiciones necesarias para hacerlas respetar; pero el hecho de que esta ley sea fundamental no se sigue que no pueda ser modificada. Lo que es necesario es una ley que establezca el *derecho de propiedad,* y no una ley que lo establezca de esta o aquella manera. De la conservación del *derecho de propiedad* es de lo que depende la existencia de la *sociedad,* pero no de la conservación de la ley que consagró primitivamente ese *derecho.* Esta ley depende, a su vez, de una ley superior y más general que ella, de la conocida ley de la naturaleza en virtud de la cual el espíritu humano realiza continuos progresos, ley en la cual todas las *sociedades políticas* fundamentan el derecho de modificar y de perfeccionar sus instituciones; ley suprema que prohíbe que las generaciones venideras sean encadenadas por ninguna disposición, de cualquier índole que sea.

Así, pues, las siguientes cuestiones:

¿Cuáles son las cosas susceptibles de convertirse en *propiedades*?

¿Por qué medios pueden los *individuos* adquirir esas *propiedades*?

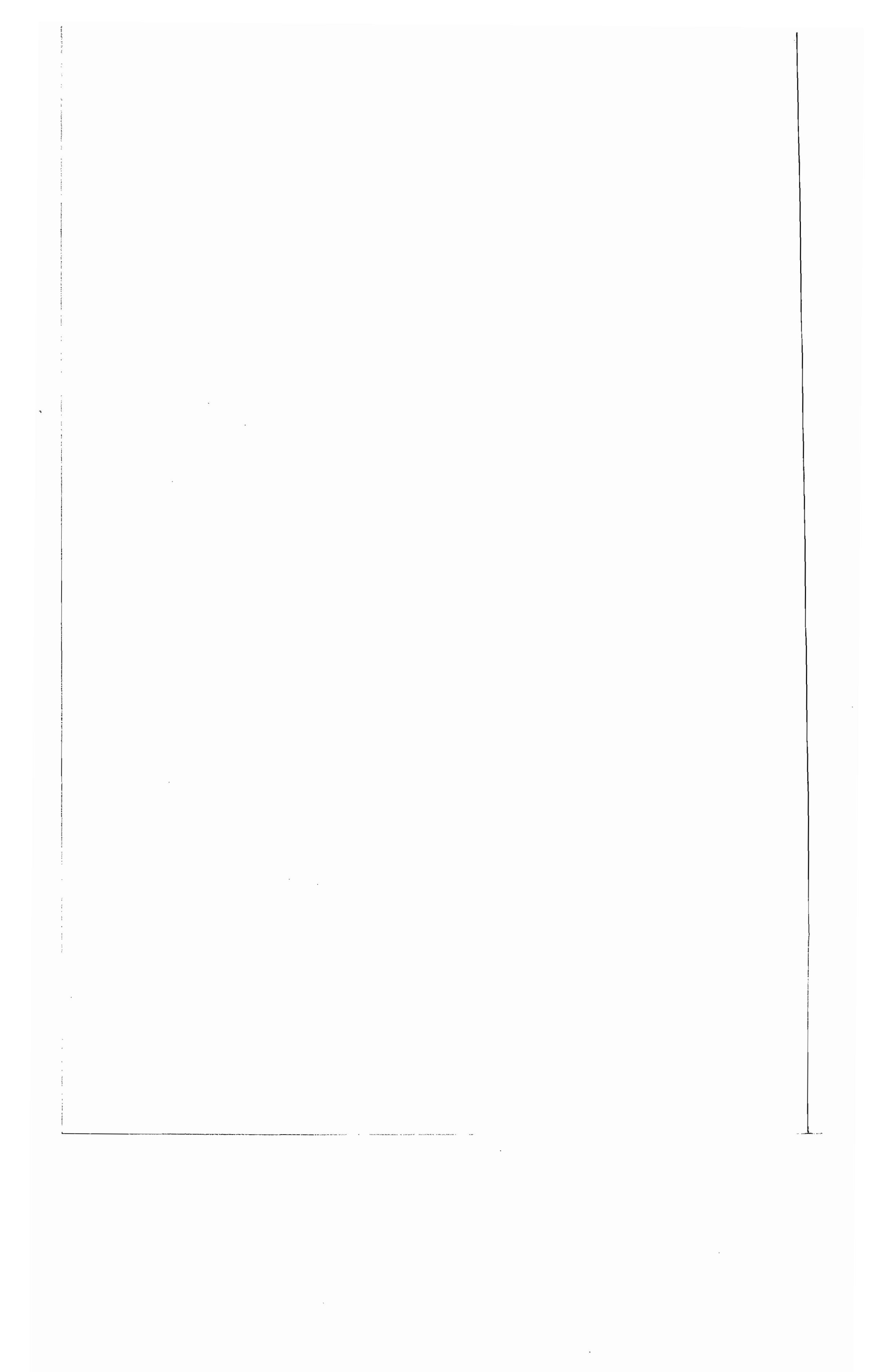
¿De qué manera tienen el derecho de usarlas, una vez que las han adquirido?

...son cuestiones que los *legisladores* de todos los países y de todas las épocas tienen el derecho de tratar cada vez que lo estimen conveniente, pues el derecho industrial de *propiedad* no puede fundarse sino sobre la utilidad común y general del ejercicio de este derecho, utilidad que puede variar según las épocas.

Así, una ley que ponga a los *trabajadores agrícolas*, con respecto a sus proveedores de fondos, sobre el mismo pie en que se hallan los *comerciantes* y los *manufactureros* con respecto a los suyos; una ley que, por consiguiente, les permita a los primeros empeñar los capitales que les han sido confiados en la misma forma en que los segundos están autorizados a hacerlo, esta ley, repetimos, puede hacerse y debe hacerse en caso de que se la juzgue útil.

La ley de las *elecciones* ha sido un efecto del progreso de las luces. La ley de que nosotros hablamos, y que desearíamos ver propuesta ante los legisladores, ha venido a ser tan necesaria como aquella otra. La sociedad no puede salir del estado de sufrimiento en que se encuentra sino gracias a esta disposición legislativa mucho más importante de lo que nunca ha sido la mismísima *carta*,[4] según lo demostraremos más adelante.

[4] Decimos aquí la *carta*, tal como podríamos referirnos a todas las constituciones que se han dado a *Francia* desde los comienzos de la revolución, tal como podríamos decir la constitución de *Inglaterra* y, en general, todas las constituciones que han reglamentado únicamente las formas del *gobierno*, sin ocuparse de la manera de constituir la *propiedad*.



Robert Owen

Este célebre utopista inglés nació en 1771 y murió en 1858. Su padre fue un modesto artesano. Owen comienza trabajando como aprendiz en un taller. En 1790, es decir, a los 21 años, es ya director de una fábrica textil en Manchester. Siete años después, en 1797 llega a ser copropietario y director de otra empresa textil en New Lanark, en la cual lleva a cabo reformas muy avanzadas para su tiempo, en beneficio de los trabajadores. Establece la jornada máxima de diez horas, cuando ésta era de catorce o dieciséis, suprime las multas; prohíbe el trabajo a niños menores de diez años y establece escuelas; mejora las condiciones de los talleres y del pequeño poblado. Owen solicitó al Parlamento una legislación en favor del proletariado, pero su petición no fue atendida.

En vista de su fracaso en Inglaterra para lograr sus propósitos de cambio social, se traslada a Estados Unidos y funda en Indiana, en 1825 la *New Harmony* (Nueva Armonía) para organizar la sociedad de sus sueños basada en la cooperación y la abolición de la propiedad privada. El fracaso es inevitable y Owen regresa a su país donde emprende una nueva tarea: la fundación, en el año 1832, de un almacén de cambio del trabajo. Ante el nuevo fracaso Owen no volvió a realizar más experiencias. Vivió todavía un cuarto de siglo más, pero no participó en ninguna otra actividad importante.

A New View of Society and Other Writings, pp. 130-139, Dentes & Sons, Ltd., Londres y Toronto, 1927.

Sobre el empleo de niños en las fábricas

Al muy honorable señor conde de Liverpool. Milord: Permitidme que me dirija a vuestra señoría en su calidad de primer ministro del Imperio Británico sobre un asunto de interés nacional, el cual, aunque ha atraído mucho la atención en determinados sectores, no parece ser comprendido ni apreciado por el público en general en grado proporcionado a su importancia real.

En la Cámara de los Comunes se ha leído dos veces un proyecto de ley relativo al empleo de niños en las fábricas, pasó por la Comisión correspondiente, se colmaron sus lagunas y será leído por tercera vez el primer lunes de abril.

Tomé nota de los debates que tuvieron lugar en sus lecturas primeras y segunda, y acabo de recibir una copia del proyecto con las enmiendas de la Comisión.

A este proyecto se oponen, a lo que parece, numerosos, activos y ricos hilanderos de algodón buenos hombres de negocios, algunos de los cuales son miembros de la Cámara de los Comunes y pueden presentar una oposición formidable a toda medida que imaginen pueda afectar a sus intereses.

Apoyan el proyecto quienes reputan las prácticas que al presente prevalecen en nuestras fábricas perjudiciales en muchos casos para los niños.

Mas parece que las dos partes consideran el asunto sobre bases muy limitadas.

Sus dilatadas consecuencias sobre intereses generales de la nación han sido examinadas muy imperfectamente, o no lo han sido en absoluto, y en consecuencia se ha insistido muy débilmente en el fuerte derecho que les asiste a reclamar la atención del gobierno y del país.

Los fabricantes lo consideran desde un punto de vista meramente mercantil, alarmados porque las medidas que se proponen puedan restarles de una manera u otra una parte de sus ganancias.

Es muy natural el miedo de hombres formados en los principios del comercio y de la industria a perder ganancias pecuniarias. Su situación en la sociedad, y, en muchos casos, su misma subsistencia, dependen del éxito en sus diferentes ocupaciones. Son también muy grandes sus trabajos e inquietudes, y, excepto algunos casos, que en consecuencia son siempre prominentes, son muy insuficientemente remunerados de sus afanes y cuidados. En tales circunstancias es muy razonable concluir que todo objeto debe ser considerado por ellos a través del medio de la circulación mercantil; y nadie puede censurarlos con justicia, ni sorprenderse, de la celosa actividad que despliegan en todas las ocasiones en que son atacados sus intereses reales o imaginarios.

Por esas y otras razones no debe ser perturbado el curso natural de los negocios, de las manufacturas y del comercio, excepto cuando se interponen a medidas que afectan el bienestar de toda la sociedad; caso en el cual las cosas menos considerables deben, naturalmente, ceder en todo momento ante las más importantes.

Las prácticas que prevalecen en nuestras fábricas constituyen, de una manera peculiar, una de esas excepciones; pues se oponen esencialmente a los mejores intereses de la sociedad, sin beneficio para ninguna clase ni individuo particulares.

Y presumo que bastará una breve explicación para demostrar a vuestra señoría la verdad de esa afirmación.

En términos generales, el trabajo que ofrecen las manufacturas en su organización actual es más o menos insano para quienes se ocupan en ellas, a los cuales se exige que sacrifiquen su vigor y sus comodidades esenciales para beneficio de otros, y con no poca frecuencia para beneficio de sus enemigos.

El número de individuos empleados ahora de esa manera constituye una parte importante de la población; tan grande, en realidad, que inevitablemente diseminará los buenos o malos efectos de las prácticas que privan entre ellos por todos los rincones del imperio.

Esas prácticas son:

Primera: El empleo de niños antes de que posean fuerza suficiente para su trabajo; antes de que puedan ser iniciados en sus necesarios deberes domésticos; y antes de que puedan adquirir hábitos morales y conocimientos sólidos que hagan de ellos individuos útiles, y no nocivos, para la sociedad.

Segunda: El empleo de adultos, tanto hombres como mujeres, en condiciones desfavorables para la salud, por un excesivo e irracional número de horas de trabajo al día.

El proyecto de ley que está ante la Cámara de los Comunes, va encaminado a aplicarse sólo al primero de dichos males, y a remediar lo que indudablemente es muy inadecuado.

Permite que se empleen niños entre nueve y doce años de edad durante doce horas y media al día, concediéndoles sólo hora y media durante ese tiempo para las comidas y para el ejercicio al aire libre.

La experiencia demuestra que los hombres pueden acostumbrarse por una práctica temprana a considerar las costumbres más inhumanas y bárbaras no sólo con indiferencia, sino como diversiones de las que obtienen un placer exquisito. Aun las mejores disposiciones naturales pueden ser enseñadas a deleitarse con el canibalismo. En consecuencia, sería manifiestamente injusto censurar a los fabricantes por prácticas con las que se han familiarizado desde la infancia, o suponer que son menos humanos que cualquier otra clase de hombres.

Pero esas prácticas, con las cuales se han familiarizado desde el comienzo de la vida, son, no obstante, extremadamente injustas para sus prójimos y particularmente dañinas para los mejores intereses del país.

Detallar todas sus consecuencias excedería de los límites de una carta; y es de suponer que un mero esbozo de ellas bastará para hacer ver a Vuestra Señoría la alta importancia del asunto y a la vez para fundamentar su derecho a la atención inmediata del gobierno.

Gobernar bien y con justicia es disponer las cosas de tal suerte, que resulten para los habitantes del país gobernado los mayores beneficios que las circunstancias permitan, y en especial que la parte más desvalida de la población sea protegida contra la opresión innecesaria.

Permitidme, milord, aplicar estos principios al asunto objeto de esta carta.

Por causas que no es necesario exponer aquí, el valor del mero trabajo manual se ha reducido tanto, que el trabajador en este y otros países se encuentra ahora en circunstancias mucho más desfavorables para su felicidad que el siervo y el villano en el régimen feudal o que el esclavo en cualquiera de las naciones de la Antigüedad.

Yo mismo, durante los tres últimos años, me vi obligado con excesiva frecuencia a rechazar los servicios de hombres que querían emplear su energía hasta el último extremo, cuando esos servicios se me ofrecían con apremio por súplicas que causaba pena decir, a jornales que no podían ofrecer al solicitante, ni para sí mismo ni para su familia, las cosas más simples y más necesarias para la vida.

Con la pequeña pitanza que pedían, en realidad no podían sino morir de hambre gradualmente, en medio de una miseria de la cual no pueden formarse una idea adecuada los ricos.

En estas circunstancias, el trabajador y su familia se han convertido ahora verdaderamente aun en este país en cosas lamentables.

Pero es de esa clase de donde los ricos sacan todo lo que poseen. Los ricos nadan en un exceso de lujos dañinos para ellos mismos, sólo por el trabajo de hombres privados de adquirir para su propio uso lo suficiente aun de los artículos indispensables para la vida, y

mucho menos de cualquiera de las innumerables comodidades que ven a su alrededor.

Y sin embargo, si se les permitiera poner en acción sus capacidades, multiplicarían esas cosas con tal abundancia, que no sólo podrían participar de ellas, sino que proporcionarían a las clases altas una cantidad aun mayor de riqueza de la que posiblemente puedan obtener en las presentes circunstancias.

Siendo tales los hechos, milord, lo cual puedo demostrar en cualquier momento a satisfacción de toda mentalidad inteligente y reflexiva, sin duda que el trabajador y su familia tienen legítimo y justo derecho a alguna ayuda y protección del cuerpo legislativo de su país.

En la mayoría de los casos, ahora, siempre que se le exige, se ve obligado por la dura necesidad a trabajar catorce, dieciséis o hasta dieciocho horas diarias, en ocupaciones de las cuales hay que descartar, la mayor parte de las veces, toda idea de comodidad, que son frecuentemente muy insanas y a veces repugnante a la naturaleza humana; pero, milord, sus hijos e hijas, y aun los niños y las niñas de más tierna edad, están sujetos ahora a la misma necesidad; todos tienen que trabajar así, cuando pueden conseguir trabajo aún de tan miserable especie, para sustentar una vida de privaciones.

La mayor parte de ellos nunca esperan otra cosa, sino que viven en el perpetuo temor, si una enfermedad los ataca, de que tarde o temprano se verán obligados a reducirse a la degradante situación de pobres sustentados por la parroquia.

Estoy seguro de que concederéis fácilmente, milord, que este estado de cosas no puede durar; que su prolongación aniquilará todo sentimiento decoroso entre los gobernados y sus gobernantes, y que la confusión y la miseria irán en aumento.

Si me preguntáis cuál es el remedio, o decís, como se inclinan a decir los políticos modernos, que el mal se curará por sí mismo con el tiempo, yo sostengo que hay remedios, y niego que el mal, si no se remedia, se cure por sí mismo de ninguna otra manera que aumentando perpetuamente la necesidad de adoptar tales remedios.

Un hombre de Estado verdaderamente ilustrado prevendrá con sabias medidas de mejoramiento esos males crecientes que, si se les deja progresar sin ponerles remedio, inevitablemente perturbarán el sistema social cuya dirección y corrección son deberes suyos.

La historia del pasado no ofrece una combinación de circunstancias que tenga alguna analogía con la crisis presente; no ha habido tiempo en que los conocimientos y la miseria estuviesen tan estrecha y extensamente unidos.

Es imposible que dicha unión dure mucho. Tiene que prevalecer una u otra de ambas cosas; y ninguna mentalidad capaz de ver en lo futuro dejará de conjeturar cuál de ellas se rendirá a la otra.

El único camino seguro que el gobierno puede seguir ahora es el de no oponerse a los conocimientos, sino ayudarlos y dirigirlos.

Los gobiernos que no quieran o no puedan actuar de ese modo, tendrán que hacer frente a dificultades cada vez mayores, que ningún poder artificial opuesto al bienestar permanente del pueblo al que gobiernan podrá contrarrestar por mucho tiempo.

Confío, milord, en que el gobierno británico no esté destinado a ser uno de ellos.

Estoy seguro de que hay entre nosotros demasiada buena intención y demasiada inteligencia para permitir que se inflija ese mal a una nación tan propicia a sacrificar sus intereses pasajeros a la seguridad de su libertad y su felicidad futuras.

Estas consideraciones me inducen a poner ante vuestra señoría los únicos remedios naturales que pueden ser eficaces contra los males presentes. Seguridad sólo puede encontrarse ahora en el sistema político que considera la instrucción, la educación y el empleo ventajoso adecuados de las clases trabajadoras como primeros objetivos del gobierno. Cualquier otro remedio que se intente resultará un mero paliativo, y ahora un paliativo de acción muy breve.

Pero milord, ¡cuán extremadamente vano es intentar esos objetivos mientras una parte tan grande de la población como he dicho, mientras no sólo adultos de uno y otro sexo, sino también niños de tierna edad, se ven obligados a trabajar en ocupaciones insanas catorce o quince horas diarias!

Semejante práctica nació de los ciegos esfuerzos de la ignorancia, que, en su avidez por tener una ganancia inmediata, destruye el único medio cierto de asegurar su permanencia y sus beneficios.

Los mismos opositores a las mejoras propuestas resultarían muy favorecidos con su adopción.

Aun cuando se mire el asunto como una mera cuestión de ganancia o provecho pecuniario únicamente, sería fácil demostrar a satisfacción de todo el que no haya sido preparado para ser un mero fabricante, o cuya mente no haya sido imbuida de un modo demasiado profundo de los prejuicios de los negocios, que todas las partes interesadas tienen que ser inevitablemente gananciosas con las disposiciones que deben adoptarse ahora; esto es, que se creará más riqueza para todos, a menor costo y con más bienestar para cada uno.

Pero no tengo por qué ocupar el tiempo de Vuestra Señoría con los detalles de una argumentación necesarios únicamente para aquellos cuyas ideas se han confinado a los límites de determinada clase, y que, en consecuencia, son incompetentes para cualquier proceso de razonamiento en que sea necesario considerar la sociedad como un todo, y no en pequeñas porciones separadas e inconexas.

El asunto está ahora ante la Legislatura y ante el país, donde yo desee verlo durante mucho tiempo, de suerte que sus principios pueden ser justa y plenamente discutidos por estadistas que no tienen interés, ni real ni imaginario, en la actual destrucción de la riqueza, de la moral y de la felicidad de sus prójimos, cuyo único recurso es después la limosna parroquial.

Pero lamento ver que las cláusulas sobre mejoras que contiene el proyecto de ley que tengo delante en su forma actual son insuficientes para remediar los males que ahora existen y que debieron ser evitados hace mucho tiempo.

Sus disposiciones limitan las mejoras propuestas sólo a las hilaturas de algodón, y permiten que se empleen en ellas niños de nueve años hasta dieciséis, doce horas y media diarias, concediéndoles sólo hora y media para las comidas y el ejercicio al aire libre.

No tengo duda en que el honorable diputado que presentó por primera vez este proyecto de ley al Parlamento, y que ha dedicado tanto tiempo al asunto, sabe que esos preceptos son insuficientes para remediar los males existentes.

Probablemente temió pedir más, por miedo a aumentar la oposición de quienes se creen interesados en perpetuar una opresión sobre sus prójimos peor que cualquier esclavitud de la misma extensión con que haya sido afligida la especie humana hasta ahora.

No tenemos conocimiento de ninguna nación, antigua ni moderna, que haya tolerado que sus centenares de miles de niños de siete a doce años de edad trabajasen quince horas diarias en una atmósfera insanamente bochornosa, concediéndoles sólo cuarenta minutos de ese tiempo para comer y cambiar de aire, que con frecuencia respiran en sótanos húmedos o en desvanes, en estrechas calles confinadas o en sucios callejones.

Y este régimen de opresión será sancionado por la Legislatura británica si el proyecto de ley propuesto es aprobado en su presente estado; porque consta en las declaraciones hechas ante una Comisión de la Cámara de los Comunes nombrada para investigar el asunto que esas prácticas prevalecen en otras manufacturas tan insalubres como la del algodón.

No puede suponerse ni por un momento que la Legislatura comprometa su carácter dando su apoyo a semejantes abusos.

Valdría más que el mal siguiera en toda su extensión, que burlar a las pobres víctimas con preceptos que sólo ofrecerían un insignificante y mezquino alivio a los empleados en una rama de nuestras manufacturas, mientras se deja a miles, y a centenares de miles de individuos en otras situaciones, experimentar toda la opresión y esclavitud de que me lamento ahora.

Milord, espero que este importante asunto sean atendido y defendido por los Ministros de la Corona en sus amplios y verdaderos principios. Confío en que demostrarán al país en general que no son necesarias la revolución ni la reforma violenta para obligarlos a proteger a los oprimidos y desvalidos; y que están dispuestos por sí mismos a iniciar la obra de reforma gradual en aquel punto en que debe empezar siempre toda reforma benéfica, esto es, atendiendo convenientemente a la preparación y la educación de la generación naciente.

Que se tome este punto como la Estrella Polar de la política interior de la Gran Bretaña, y podrá predecirse con seguridad que su pasada y efímera prosperidad y éxito no pasarán de ser sombras cuando se las compare con su poderío y su gloria futuros y permanentes.

Una oportunidad afortunada se presenta ahora en el momento adecuado para empezar esa admirable obra, y esperemos que será aprovechada con avidez por nuestros estadistas más ilustrados, quienes, descartando los ignorantes y degradantes sentimientos de partido, unirán todos sus esfuerzos en una causa en la que todos tienen un interés común, y, por la adopción de medidas oportunamente preventivas, fundadas en principios que conducen a la unión y a la buena voluntad entre los hombres, vencerán esos males del sistema social, que ahora amenazan por todas partes con disolver por la fuerza todos los gobiernos e instituciones existentes.

Pero, milord, y os formulo la pregunta como una afirmación práctica, ¿pueden ser bien y convenientemente formados los hábitos de la generación naciente mientras continúe siendo emparedada casi desde la primera infancia en nuestras desmoralizadas e insalubres fábricas durante catorce o quince horas diarias? O, por el contrario, milord, ¿podría el mayor enemigo de la naturaleza humana imaginar un medio más eficaz para acabar con toda esperanza de mejoramiento o de felicidad del hombre? ¿Podría semejante ser, en la plenitud de su malicia y de su odio, lanzar sobre los seres humanos de manera más segura una maldición agotadora, o infligirles de un modo tan cierto todas las formas y grados de la miseria a que está expuesta su naturaleza?

Para avanzar *un paso* más allá de la mera simulación de mejorar la desdichada situación de las clases trabajadoras —instrumentos únicos por los cuales son producidas las cosas que necesitamos, nuestras comodidades y nuestros lujos—, hay que protegerlas contra la opresión a que están sometidas ahora, y sus hijos deben ser colocados en circunstancias en que puedan ser instruidos en hábitos útiles a sí mismos y a la sociedad.

Si el proyecto de ley que está ahora ante la Legislatura no garantiza esos objetivos, no conseguirá nada que no hubiera sido mejor no hacer.

En vez de limitar los preceptos de la ley solamente a las hilaturas de algodón, debiera extenderlos a todas las manufacturas no realizadas en casas particulares.

En vez de admitir niños de nueve años de edad para trabajar en hilaturas de algodón doce horas y media diarias, sólo con hora y media para comidas y recreo, no debiera admitirse ningún niño a trabajar en ninguna fábrica antes de la edad de diez años ni por más de seis horas diarias hasta haber cumplido los doce años de edad.

Y no se permitiría a ningún fabricante emplear a menores ni adultos por más de doce horas diarias, concediéndoles dentro de ese tiempo una hora para el desayuno y otra para la comida, dejando diez horas

de pleno y constante trabajo, que es una más de las que nuestros mayores consideraban provechosas; y dudo si no serían aún más económicas y beneficiosas para el país nueve horas de trabajo regular y activo, establecidas como la medida del trabajo diario que pudiera exigirse a las clases trabajadoras.

Me formo idea cabal del clamor que estas disposiciones provocarán al principio de la ciega avaricia del comercio; porque el comercio, milord, prepara a sus hijos sólo para ver su interés inmediato o aparente; sus ideas son demasiado angostas para llevarlos más allá de la semana, el mes o a todo más el año en curso.

Se les ha enseñado, milord, a considerar la esencia de la sabiduría gastar millones de capital y años de extraordinaria aplicación científica, así como sacrificar la salud, la moral y las comodidades de la mayor parte de los súbditos de un poderoso imperio, para mejorar inútilmente la producción y aumentar la demanda de alfileres, agujas e hilos; para darse la singular satisfacción, tras inmensos cuidados, trabajo e inquietudes por su parte, de destruir la riqueza y la fuerza verdaderas de su país minando gradualmente la moral y el vigor físico de sus habitantes, con el único objeto de librar a otras naciones de la parte que les corresponde en ese envidiable proceso de hacer alfileres, agujas e hilo. Confío, milord, en que no serán tales hombres los que en adelante dirijan nuestros grandes intereses nacionales.

Si su voz predominante en nuestros consejos, los intereses vitales del país no tardarían en ser totalmente sacrificados a los errores políticos más crasos.

El credo de esa clase es que no deben escatimarse esfuerzos ni gastos para mejorar chucherías y lujos fútiles que, después de perfeccionados, no tienen ningún valor intrínseco, que no pueden añadir ni una partícula de fuerza ni de bienestar al imperio (no ha resultado ninguna ventaja efectiva de permitir a nuestras mujeres elegantes comprar encajes y muselinas finas a la cuarta parte de los precios antiguos; pero, para producirlos a ese precio, muchos miles de individuos de nuestra población han vivido en medio de las enfermedades y la miseria y han sido llevados prematuramente a la tumba); mientras cualquier intento de mejorar la situación de los seres humanos es condenado como innecesario y visionario, como ajeno a los asuntos propios de la vida, que para ellos consiste única y exclusivamente en acumular riqueza, riqueza que es adquirida no sólo a expensas de todo lo que es verdaderamente grande o valioso en el carácter de una nación, pero que, una vez adquirida, es inútil, más aún, dañina en el más alto grado, para ellos mismos y para los demás.

Es, milord, a esa clase de influencia a la que se han sacrificado durante años los mejores intereses del país; y si el gobierno no puede funcionar sin semejante ayuda, no es difícil ver a dónde será conducido rápidamente.

Si se os dijese, milord, que esas y otras medidas de mejoras estimularán el aumento de la población en proporciones tales que el

mundo no tardará en resultar demasiado pequeño para sus habitantes, no puedo imaginarme que vuestra señoría vea con alarma ese argumento.

Me propongo aprovechar una oportunidad próxima para demostrar que ese miedo al exceso de población no tiene mejores fundamentos que el miedo de los niños a los aparecidos y los duendes; que en este momento la tierra es, relativamente, un desierto; que todos sus habitantes actuales sufren por falta de una población mucho más extendida; y que, cuando se entiende adecuadamente el asunto, no se tome ningún mal verdadero de ese origen.

Hallándome fuertemente impresionado por esta visión del asunto creí un deber imperativo para mí recomendar públicamente a Vuestra Señoría, como Primer Ministro del país, la adopción, por medio del proyecto de la ley sometido ahora a la consideración de la Legislatura, el principio reconocido de reformar gradual y sistemáticamente los crecientes males del país formando bien y convenientemente los hábitos de la generación naciente.

Evidentemente, es un preliminar necesario a esa obra que los fabricantes renuncien al empleo prematuro y opresivo de niños.

La importancia del asunto de esta carta hace innecesario pedir disculpa por haber ocupado así tanto tiempo de Vuestra Señoría.

Recibid la seguridad de que, con todo el debido sentimiento de respeto por el largo sacrificio que habéis hecho de vuestras comodidades privadas en el cumplimiento de deberes públicos, quedo, milord, el más obediente y humilde servidor de vuestra señoría.

Petición a la república mexicana

Me dirijo a vosotros para hablaros de un asunto enteramente nuevo, y con el carácter de ciudadano del mundo.

Habéis establecido la República para mejorar la condición de los habitantes de México.

Habéis tropezado ya con obstáculos formidables que retardarán, ya que no impedirán, la realización de vuestros deseos hasta donde anheláis.

Todos los pueblos tienen dificultades para alcanzar el progreso y para mejorar su condición, y aspiran a vencerlas.

Voy a someter a vuestra consideración algunos medios que os proporcionarán el modo de hacer desaparecer las dificultades de que estáis rodeados y de ayudar a otros para que desaparezcan las suyas.

En una época temprana de mi vida descubrí que el fundamento de todas las instituciones humanas es el error y que ningún beneficio duradero puede haber para la raza humana hasta que ese fundamento deje de existir para ser reemplazado por otro mejor.

Que las preocupaciones de todos los pueblos vienen de su educación o de las circunstancias generales o particulares que atravesaron desde la infancia a la virilidad.

Que para acabar con esas preocupaciones debe adoptarse una nueva línea de conducta, a fin de que la población del mundo pueda conocer los errores que la rodean, y el alcance de los males que continuamente está alimentando con daño suyo de su posteridad.

Después de leer y meditar mucho sobre estos puntos hice numerosas experiencias para distinguir, por medio de los hechos, la verdad del error.

Estas experiencias han continuado sin interrupción durante cerca de 40 años y me han revelado la causa de la inquietud y de los desengaños de todos los pueblos. Ellas demuestran que la verdadera naturaleza del hombre no se ha comprendido, y que, en consecuencia, ha sido educado desde la infancia para pensar y obrar erróneamente y para producir el mal en lugar del bien.

Que el hombre no es un ser capaz de conocer por sí mismo la verdad o la mentira o de amar u odiar a las personas o las cosas, sin tener en cuenta las sensaciones que producen en su organización individual.

Que hasta ahora se ha supuesto que tiene esa facultad y bajo ese supuesto se le ha creado, educado y gobernado.

Que se le ha hecho creer que él mismo ha formado su carácter, cuando los hechos demuestran que en todos los casos el carácter se forma para cada individuo de la raza humana, sea chino, turco, europeo, americano o de cualquier otra parte.

Que debido a este error se ha formado en todos los tiempos y en todos los países de una manera defectuosa, el carácter del hombre.

Que hoy existen todos los medios para que se forme, en cada individuo de una manera superior a cuanto hasta ahora ha existido.

Estas experiencias y otras de que me ocupo demuestran también que la facultad de producir riquezas o verdadera opulencia existe hoy de modo que basta a satisfacer superabundantemente los deseos humanos, que esa facultad adquiere cada año mayores proporciones y que no pueden fijarse límites a su desarrollo.

Que sólo se requiere dirigir bien o con inteligencia esa facultad, para librar a los habitantes de todos los países de la pobreza o del temor de no obtener siempre de una manera segura todo lo que sea mejor para la especie humana, según lo acredita la experiencia.

Con los hechos desarrollados por estos experimentos puede llegarse al conocimiento de las dos ciencias más importantes a la felicidad humana.

Primero, la ciencia de formar un carácter superior en los niños en quienes se aplique esa ciencia según su educación y circunstancia.

Segundo, la ciencia que, aplicada desde la infancia a la edad madura, eduque al hombre de manera que goce de la más completa seguridad desde su nacimiento hasta su muerte.

Ninguna de estas ciencias puede aplicarse plenamente bajo las naturales formas de Gobierno, sean antiguas o modernas. En consecuencia, se necesita una nueva comarca en que no existan las leyes, instituciones y preocupaciones conocidas, para fundar este nuevo estado de la sociedad.

El Gobierno y el pueblo de la república mexicana poseen esa comarca que es muy a propósito para el objeto, en la Provincia o Estado de Coahuila y Texas.

Su situación, su suelo y su clima, y la condición y estado actual de sus pobladores, hacen que aquél sea el punto más a propósito del globo para establecer ese gobierno modelo que hará un beneficio a todos los demás gobiernos y a todos los pueblos; pero más inmediatamente, a las repúblicas americanas del norte y del sur.

El que suscribe pide que se ceda libremente la provincia de Texas y Coahuila a una sociedad que se formará con el fin de realizar este cambio radical en la raza humana, garantizando la independencia de aquella provincia la República mexicana, Estados Unidos y Gran Bretaña; y lo pide por las consideraciones siguientes:

Primera: que es una provincia fronteriza entre la República Mexicana y los Estados Unidos, que están ahora colonizándose con circunstancias que pueden producir rivalidades y disgustos entre los ciudadanos de ambos Estados y que, muy probablemente, en una época futura terminarán en una guerra entre las dos Repúblicas.

Sólo esta consideración, según opinan muchos estadistas de experiencia, haría que fuera una medida juiciosa que México aceptara para la provincia el nuevo arreglo que se propone.

Segunda: que esa provincia colocada bajo el régimen de esta sociedad, se poblaría pronto con gente de costumbres, educación e inteligencia superiores, y cuya mira principal sería no sólo conservar la paz entre las dos Repúblicas, sino demostrar los medios por los cuales las causas de guerra entre todas las naciones desaparecerían quedando asegurados para cada uno los fines que se esperan obtener con la guerra más afortunada.

Que el progreso que se iniciaría en ese nuevo Estado con la introducción en él de gran número de individuos, escogidos por su superioridad en industria, habilidad e inteligencia, contribuiría a que se hicieran también rápidos progresos en las ciencias y en el verdadero saber en todos los Estados de la República de México y en las repúblicas vecinas suyas, con lo cual se adelantaría de un modo desconocido hasta hoy en el camino de una nueva civilización tan superior a la antigua como lo es la verdad al error.

Y, por último, que una población instruida y de buena índole será de más utilidad y de más importancia para la República de México que un territorio sin gente o con una población de carácter y conocimientos inferiores.

Es de esperarse también que el nuevo Gobierno modelo demostrará pronto que todos los nuevos Estados tienen más territorio del que pueden poblar u ocupar por muchos siglos.

Por estas razones y estas consideraciones el que suscribe abriga la esperanza de que hay causa plena y suficiente para conceder las provincias de Coahuila y Texas a la Sociedad, cuya constitución y naturaleza va a explicar.

La Sociedad se formará de individuos de cualquier nacionalidad cuyo ánimo sea tan ilustrado que se haga superior a las preocupaciones de localidad, y su único objeto será mejorar la condición del hombre demostrando, prácticamente, cómo debe ser criado, educado, empleado y gobernado de conformidad con su naturaleza y las leyes naturales que la rigen.

En consecuencia, será una sociedad que prepare los medios de poner fin a las guerras, a las animosidades religiosas y a las rivalidades mercantiles entre las naciones, y a las discusiones entre los individuos; para que la actual población del mundo pueda verse libre de la pobreza o del temor a ella; para formarle un carácter enteramente nuevo a la próxima generación instruyéndola por medio de la investigación de los hechos en el conocimiento de su naturaleza y de las leyes inmutables que la rigen; dando así por resultado en la práctica "la paz en la tierra y la buena voluntad hacia los hombres".

Esta aspiración, tiempo hace anhelada por el género humano, no puede realizarse con los gobiernos, leyes e instituciones que existen en el mundo porque están todos, y cada uno, fundados en las mismas ideas originales y erróneas sobre la naturaleza humana y la manera de gobernarla bien.

El aumento de los conocimientos humanos, el progreso de las ciencias, y más que todo, los prodigios de las invenciones mecánicas y de los descubrimientos químicos, que evitan la necesidad de mucho trabajo manual, exigen hoy un cambio, en el gobierno del mundo, una revolución moral que mejore la condición de los productores y les impida destruir por medio de una revolución física a los no productores.

El que suscribe podrá dar consejos sobre el modo de hacer los arreglos necesarios para realizar estos grandes objetos y contribuir a que la sociedad ejecute sus designios, porque ha consagrado mucha experiencia a esos asuntos.

Con sus experimentos en Inglaterra y Escocia ha averiguado los principios de la ciencia, por medio de los cuales se puede formar un carácter superior a los niños que no están enfermos física o moralmente, y con los que pueden crearse grandes riquezas para todos y sin daño de nadie.

Con sus experimentos en los Estados Unidos, ha descubierto las dificultades que las instituciones y las preocupaciones que hoy existen han creado entre la población adulta para cambiar el antiguo modo de ser de la sociedad por el nuevo, con las leyes y las formas de gobiernos actuales.

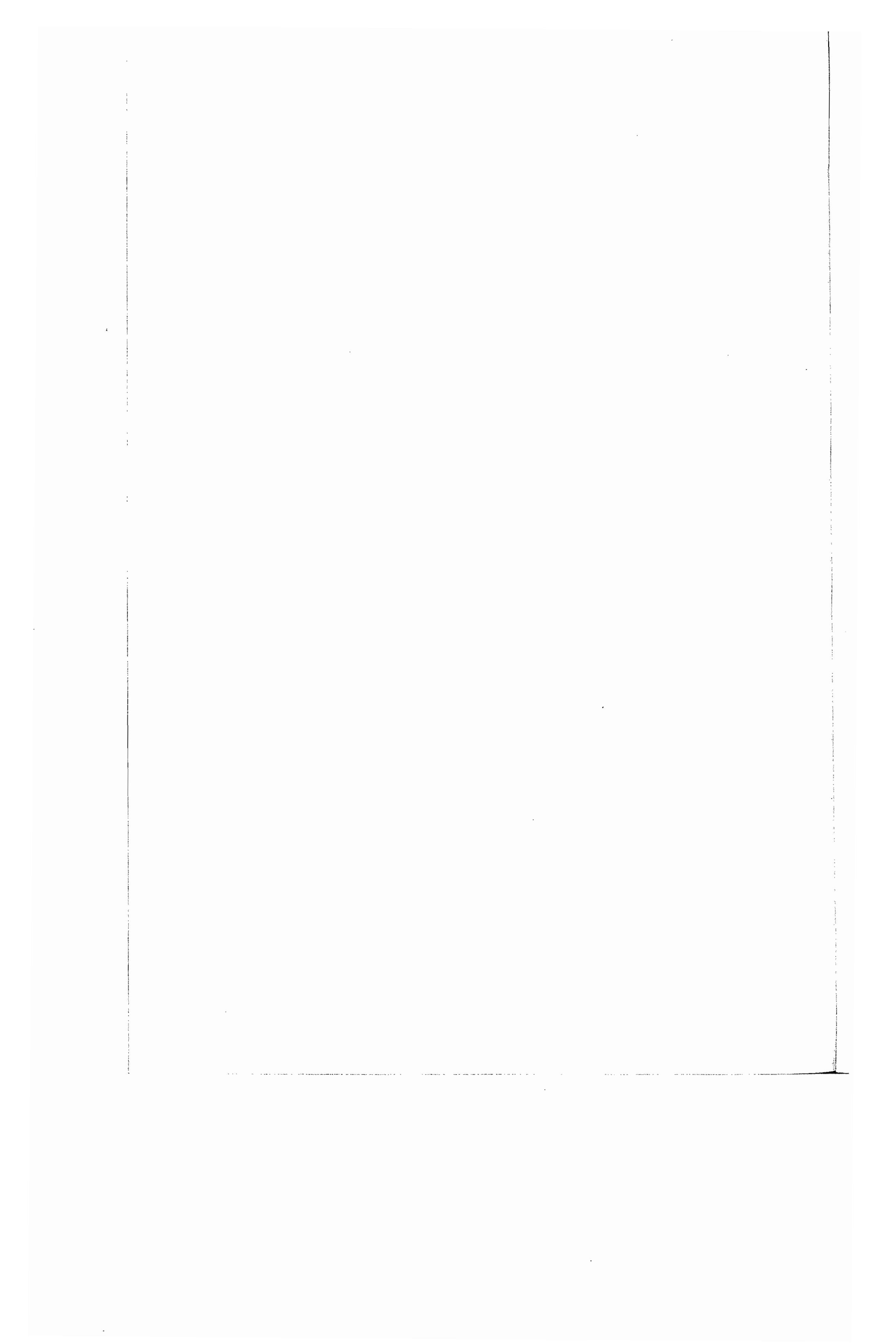
Así, se ha convencido de la necesidad de comenzar la regeneración del modo de ser de la raza humana, en un país nuevo en que las leyes y las instituciones se formen de acuerdo con los principios en que se funda esta gran mejora.

Todos los gobiernos del mundo están profundamente interesados en el asunto. El gran progreso intelectual y en descubrimientos científicos hace inevitable en todos los países una revolución moral y física. El ejemplo de la República de Norteamérica ha demostrado a las personas inteligentes de los Estados de que aquélla se compone, que cualquier gobierno, basado en las elecciones populares, tiene en sí mismo el germen de continuas agitaciones, divisiones y corrupciones y que sólo puede tolerarse por ser el mejor medio conocido para hacer adelantar a las sociedades con la educación superior de todas las clases, enseñándolas a gozar, de la manera más racional, de las riquezas, que aprenderán fácil y agradablemente a crear por procedimientos científicos sistemáticos.

En consecuencia, con el establecimiento del gobierno modelo en Texas, las revoluciones en los Estados antiguos o nuevos, serán inútiles. Es de desear para todo el mundo que nunca haya revoluciones y que las mejoras aumentan en la época en que vivimos, se hagan sin violencia por los gobiernos establecidos de todos los países que deriven sus conocimientos del ejemplo de un pueblo consagrado a adelantar, sin que lo impidan los errores y las preocupaciones.

Así, no sólo obtendrá la República de México incalculables ventajas para sí misma, sino que tendrá medios eficaces para impartirlas a otros Estados y a otros pueblos.

El que suscribe pide sólo que se le proporcionen los medios de emplear la experiencia que ha adquirido, en beneficio de sus semejantes. Nada pide, nada quiere para sí mismo.



Charles Fourier

Cumplido empleado de comercio, escritor fecundo, inculto y genial, nació en el año 1772 y murió en 1837. Sus padres, sus abuelos, sus ascendientes, todos fueron comerciantes. Y a él, por supuesto, desde muy pequeño, decidieron dedicarlo a la misma ocupación, no obstante que bien pronto manifestó su escaso interés en los negocios.

Cuando ya empezaba a ser mozo se le empleó en una casa comercial. Se escapó a los pocos días, pero fue detenido y se le obligó a entrar en otro establecimiento. Así le ocurrió tres veces, hasta que el joven Fourier, se resignó a ser durante el resto de su vida, viajante de comercio, cajero y tenedor de libros.

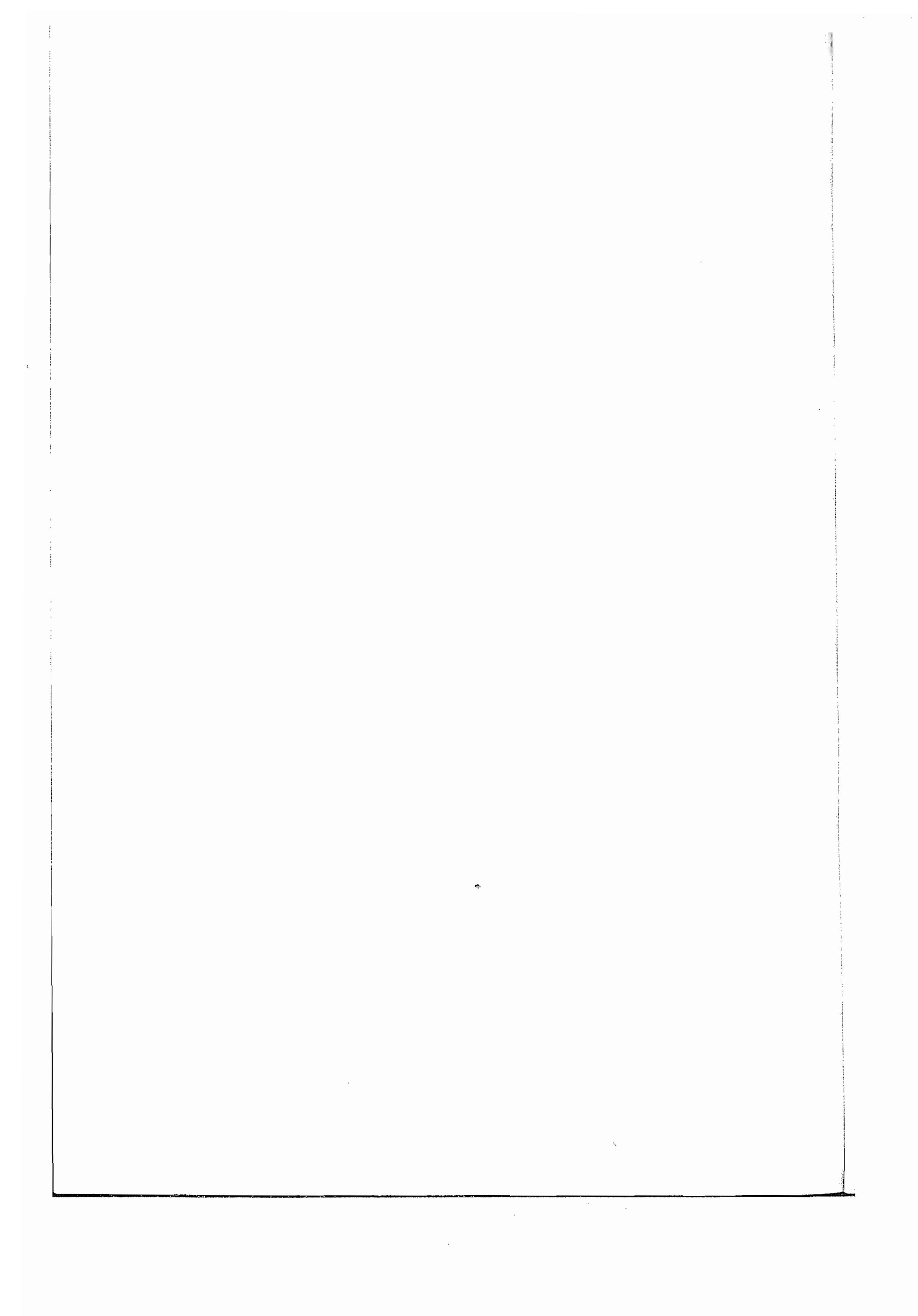
Entre sus principales obras tenemos:

Théorie des quatre mouvements (1808);

Théorie de l'unité universelle (1822);

Le Nouveaux Monde Industriel et Sociétaire (1829);

La fausse industrie (1836).



Tomado de F. Armand y R. Maublanc; *Fourier*, traducción de Enrique Jiménez Domínguez, pp. 219-242 y 381-387, Fondo de Cultura Económica, México, 1940.

El comercio y la banca

Para introducir la verdad en relaciones sociales se precisa... injertarla sobre aquella de las relaciones que tiene más extensión y más influencia... Ésta es sin discusión, el comercio. Cada uno de nosotros está en una relación de comercio, en todo instante, para hacer una compra o una venta. Pasamos a menudo meses y años enteros sin entrar en una relación administrativa, judicial, financiera, en tanto que el más pobre de nosotros no puede pasar jamás un día sin meterse, por compra o por venta, en alguna relación de comercio.

Y qué largo tiempo han tardado las naciones en darse cuenta de que el orden comercial es una monstruosidad provisional, la ausencia de toda sabiduría, en cuanto pone a las tres clases productoras, propietarios, agricultores y manufactureros, a merced de una clase parásita, indiferente a la patria y desprovista de toda responsabilidad sobre el producto industrial que administra arbitrariamente. Un orden tan vicioso es evidentemente efecto de un vacío en la ciencia social. Ha logrado parecer tolerable en la infancia de las sociedades humanas que, sin embargo, la trataban con desprecio; pero es indigna de la edad moderna que pretende tener mayor ilustración y perfeccionamiento y que hace alarde de investigar la verdad, cuyo mortal enemigo es el comercio. Examinemos, pues, cómo ha podido retardarse hasta nuestros días la invención de un sistema mejor, sin que el genio se haya preocupado por encontrar algún medio de liberar al cuerpo social del comercio y de la mentira.

He dicho antes que los sabios de la Antigüedad jamás hicieron del comercio objeto de sus estudios; se limitaron a considerarlo con el desprecio que merece. Los dueños del mundo, los Alejandros y los Césares habrían sonreído de piedad si se les hubiera propuesto que subordinan su política, como se hace hoy día, a los vendedores de

aceite y de jabón. El único favor de que el comercio había gozado en Cartago bastó para envilecerlo a los ojos de Roma; por eso los literatos romanos lo relegaron al rango de las profesiones infamantes.

En cuanto a las pequeñas repúblicas de Tiro, Cartago y Atenas, que se dedicaron al tráfico comercial, jamás influyeron la opinión de los grandes imperios. Éstas exaltaban su negocio por la misma razón que los tártaros exaltan el bandidaje, y los argelinos la piratería, que los enriquecía; secuestraban a sus vecinos cuantas veces era posible y se les consideraban como aves de presa, cuya voracidad se detesta, pero a quienes se tolera como útiles para alguna cosa.

El papel del comercio en la Antigüedad se reduce a muy poca cosa. ¿Cuál era el negocio de que tanto alarde hacían Tiro, Cartago y Atenas? Calculo que el movimiento de estos tres puertos apenas igualaría el de nuestros puertos como Niza, Bayona y Dieppe en tiempo de paz. Había entonces muy pocos objetos que cambiar entre los estados que estaban en las costas del Mediterráneo. Su producción era casi la misma y sus manufacturas estaban en la infancia. Desde luego sus siembras y sus fábricas, ofrecían pocas oportunidades para el negocio. La imperfección del arte náutico impedía frecuentar las zonas tórridas y frías que hubieran ofrecido salidas y productos distintos. El comercio entre los antiguos debe haber sido tanto más mediocre, cuanto que su rama más fuerte, el cambio de granos, era con frecuencia administrada por los soberanos porque leemos que Hierón, Rey de Siracusa, hacía envíos de trigo al Senado romano. El comercio no era, pues, entre los antiguos, sino una sombra de lo que es hoy día, apenas llegaba a una décima parte del moderno. Después de esto no sorprende que la política antigua no haya jamás detenido la mirada sobre los mercaderes, a los cuales ha despreciado y cuyas astucias ha visto con asco, así como entre nosotros se desdeñan las costumbres groseras de los chiquillos, sin ocuparse de corregirlos. La Antigüedad ni pudo ni debió entregarse a la investigación de otra forma de cambio distinta del comercio que toleraba como un vicio del populacho.

Las circunstancias son bastante distintas entre los modernos. Diversos acontecimientos improvistos han dado al comercio un desarrollo gigantesco; los progresos del arte náutico, el descubrimiento de las dos Indias, la variedad de productos que ofrecen al cambio, las siembras hechas en el Norte del globo y el establecimiento de comunicaciones entre las tres zonas, el perfeccionamiento rápido de las manufacturas y la multitud de los pueblos que concurren a relacionarse, todas estas oportunidades han dado al comercio un prodigioso desarrollo que puede uno estimar en un décuplo de lo que era entre los antiguos. A partir de entonces el tráfico se ha convertido en una de las ramas del mecanismo social; ha debido atraer al fin las miradas de los filósofos; éstos han cesado de ridiculizarlo; una clase entre ellos, a la que llamamos economistas se ha dedicado al estudio de la política industrial.

Desenmascarar las intrigas de la Bolsa y de los corredores, es emprender uno de los trabajos de Hércules. Dudo que el semidiós, al limpiar los establos de Augias, haya sentido tanta repugnancia como la que yo siento cuando registro esta cloaca de inmundicias morales que se llama el garito de la Bolsa y del corretaje, tema que la ciencia jamás ha tocado. Se necesita, para tratarlo, una persona que haya encanecido en el empleo y haya sido educado como yo, desde la edad de seis años, en los rediles mercantiles. He notado, desde esta edad, el contraste que reina entre el comercio y la verdad. Se me enseñó en el catecismo, y en la escuela, que jamás se debía mentir; después se me condujo a un almacén para formarme desde muy joven en el noble oficio de la mentira o arte de la venta. Asqueado con las trampas e imposturas que veía, me iba yo a hablarles aparte a los comerciantes y a revelárselas. Uno de ellos en una queja, cometió la torpeza de descubrirme y esto me valió una buena azotaina. Mis padres, viendo que yo tenía el gusto de la verdad exclamaron en tono de desaprobación: "Este muchacho no servirá nunca para el comercio." En efecto, le cogía una aversión secreta y a los siete años hice el juramento que hizo Aníbal a los nueve contra Roma: juré un odio eterno al comercio. Se me metió a él contra mi voluntad. Llevado a Lyon mediante el cebo de un viaje, y ya en la puerta del banquero Schérer a donde se me conducía, deserté en plena calle, declarando que yo jamás sería comerciante. Era rehusar el matrimonio en los peldaños del altar. Se me llevó a Rouen, donde deserté por segunda vez. Al fin me doblegué al yugo y gasté mis mejores años en los talleres de la mentira, oyendo resonar en mis orejas por todas partes este siniestro augurio: "Muchacho muy honrado, pero no sirve para el comercio." En efecto, me han engañado y desvalijado en todo lo que he emprendido. Pero si de nada servía yo para practicar el comercio, de algo serviré para desenmascararlo.

Un crítico famoso durante mucho tiempo por sus perversos folletos, Geoffroy, se aventuró un día a hablar del comercio. Era un poco intruso en semejante materia y lo confesaba él mismo. Adoptó como tesis una verdad absolutamente irrefutable y reconocida por todos los comerciantes: pretendía que el comercio era el arte de vender en seis francos lo que costaba tres. Todo comerciante activo confesará que éste forma por sí mismo la mitad de la ciencia mercantil: La otra consiste en el arte de comprar por tres francos lo que vale seis, es decir, que el genio comercial no es simple, sino compuesto: está formado de dos elementos, el arte de la venta y el arte de la compra; el que reúne estos talentos es el *Magnus Apollo* por excelencia, *muchacho hábil, buena cabeza* en términos técnicos.

El comercio es con respecto a los productores y a los propietarios, lo que para los campos es la horda de bandidos que se oculta en los bosques y que sale a asaltar inopinadamente las regiones mal custodiadas.

Toda ciencia está sujeta en sus orígenes a la confusión y a la incertidumbre de los principios. El sistema mercantil, que apenas tiene medio siglo de vida, es aún de tal manera informe que no se ha pensado en establecer una distinción entre lo principal y lo accesorio, entre el que produce y el que hace el cambio de las mercancías, cuyos intereses son muy opuestos. Los economistas han confundido estas dos ramas de la industria en una misma teoría, y para protegerlas han opinado indistintamente, como si sus intereses, que a veces coinciden, debieran estar siempre de acuerdo...

Los manufactureros y los agricultores crean la riqueza; el comerciante no produce nada, no es más que un agente distribuidor que sirve de criado a los manufactureros que la mantienen...

Los jefes de fábrica pueden fácilmente ejecutar las operaciones de los comerciantes; pueden comprar directamente los objetos fabricados o enviarlos a sus agentes para hacer la venta o distribución de ellos. El comerciante no puede en caso alguno reemplazar a los manufactureros, ni fabricar en ausencia de ellos.

El comercio es el enemigo natural de las fábricas; aparentando cuidado para abastecerlas, trabaja realmente para saquearlas. Por eso en la mayor parte de las ciudades fabriles se ha reconocido que el pequeño fabricante poco afortunado, no trabaja sino para el comerciante de materias primas; lo mismo que a menudo el pequeño agricultor no trabaja más que para el usurero, y el pobre sabio de buhardilla para el gran sabio de academia que se atreve a publicar bajo su nombre el fruto de los desvelos de una mano de obra literaria asalariada.

En resumen, el comerciante es un corsario industrial que vive a costa del manufacturero o productor.

...Se comprenderá que en Francia el comercio quita a la masa del producto agrícola o manufacturado, cuando menos setecientos millones, que es lo que el comerciante sobrecarga al consumidor, independientemente de contribuciones como patente, puerto, timbre y otras que el comerciante no olvida de incluir en su cuenta y que hace pesar también sobre el consumidor. Porque el Estado no puede sacar a los mercaderes un óbolo de impuesto comercial; toda contribución como la patente se agrega al precio de las mercancías y afecta solamente al consumidor.

Estas legiones de comerciantes son, en comparación con el orden verídico, piratas sociales, zánganos que sin producir nada les quitan con sus garras la mayor parte del beneficio y despojan con sus extorsiones al productor, al consumidor y al gobierno, bajo el pretexto de abastecerlo.

En un siglo que se ha llevado a la economía hasta los detalles más minuciosos, como el de reemplazar el café por el jugo de achicoria, el azúcar por el jugo de nabo y otros ahorros que no sirven más que para favorecer la supercheria de los comerciantes, para impacientar

a los viajeros que no pueden procurarse cosas buenas a ningún precio; en un siglo tan mezquino, me digo ¿cómo no se ha dado uno cuenta de que la principal economía debe ser la *economía de los brazos*, de los agentes superfluos que podría uno ahorrarse y que nosotros prodigamos en funciones improductivas como las del comercio?

He observado que según nuestras costumbres se emplean frecuentemente cien personas en un trabajo que apenas requeriría dos o tres si existiera la asociación, bastarían veinte hombres para aprovisionar el *mercado* de una ciudad adonde acuden ahora mil campesinos. Estamos en materia de mecanismo industrial tan tiernos como los pueblos que ignoraban el uso de los molinos y que empleaban cincuenta obreros para triturar el grano que quiebra hoy día una sola muela de molino. La superfluidad de los agentes es terrible, por todas partes, y se eleva en lo general al cuádruplo de lo necesario, en todos los empleos comerciales.

Desde que la filosofía predica el amor del tráfico se ven pulular comerciantes hasta en las aldeas. Los jefes de familia renuncian a la agricultura para dedicarse al cambalache ambulante: aunque vayan a vender sólo una ternera, perderán días paseándose en los mercados y en los cabarets. Es sobre todo en los países vinícolas en donde ve uno reinar este abuso; en todas partes la *libre competencia* eleva hasta el infinito el número de comerciantes y de agentes comerciales. En las grandes ciudades como en París, se cuentan hasta tres mil abarroteros, cuando se necesitarían apenas trescientos para satisfacer las necesidades habituales. En las aldeas la profusión de agentes es igual, en un pequeño lugar que recibe en el curso de un año cien viajeros comerciantes y cien vendedores ambulantes, no se veían quizá diez en 1788, y no faltaban sin embargo, ni artículos de primera necesidad, ni vestigios a precios muy moderados, a pesar de que los comerciantes no llegaban a una tercera parte del número actual.

Esta multiplicidad de rivales los estimula para adoptar las medidas más absurdas y más ruinosas para el cuerpo social, porque todo agente superfluo, como eran los monjes, es un expoliador de la sociedad, en la cual consume sin producir nada. ¿No se ha reconocido que los monjes españoles, cuyo número se asegura que asciende a quinientos mil producirían lo necesario para dos millones de personas si volvieran a la agricultura? Lo mismo pasa con los comerciantes superfluos cuyo número es incalculable; y cuando se conozca el método comercial del sexto período, la *competencia societaria*, se convencerá uno de que el comercio puede ejercerse con la cuarta parte de los agentes que emplea hoy, y que en Francia solamente hay un millón de habitantes retirados de la agricultura y de las fábricas por la afluencia de los agentes que crea la libre competencia; es pues, para Francia sola, una pérdida anual de las subsistencias de cuatro millones de habitantes, causada por un error de los economistas.

Siendo ya demasiado numerosos, los comerciantes se disputan encarnizadamente las ventas que cada día se hacen más difíciles por

la afluencia de competidores: una ciudad que consumía diez mil toneladas de azúcar cuando tenía diez comerciantes, sigue consumiendo diez mil toneladas cuando el número de comerciantes se ha elevado de diez a cuarenta; es lo que ha acontecido en todas las ciudades de Francia. En estos tiempos escucha uno a los hormigueros de mercaderes quejarse de la languidez del comercio, cuando de lo que deben quejarse es de la superabundancia de los comerciantes; se consumen en gastos de seducción y de rivalidades; se aventuran en los más absurdos gastos por el placer de *aplastar* a sus rivales. Erróneamente cree uno que el comerciante sirve sólo a su interés; está fuertemente esclavizado por su celo y por su orgullo; unos se arruinan por el estéril honor de maquinar inmensos negocios, los otros por la manía de *aplastar* a un vecino cuyo éxito les desespera. No es menos violenta, a pesar de estar velada la ambición mercantil, y si los trofeos de Milcíades turbaban el sueño de Temístocles, también se puede decir que las ventas de un tendero turban el sueño del tendero vecino. De aquí viene este frenesí de competencia por el cual tantos comerciantes se empujan hacia la ruina y se consumen en gastos que recaen ulteriormente sobre el consumidor; porque todo desperdicio lo soporta en último análisis el cuerpo social; se ha visto una prueba sorprendente en las luchas de las mensajerías, que por perjudicarse una a la otra, habrían estado dispuestas a transportar gratis a los viajeros. Cuando bajan los precios para destruirse mutuamente, se decía uno: "No tardarán en pagarnos una prima por conducirnos en posta." Importa insistir sobre estos detalles para probar que los economistas se han equivocado torpemente creyendo que el interés era el único móvil del comerciante. ¿Qué hombre sensato habría podido concebir a sangre fría la idea de cobrar por un transporte en diligencia de París a Reims, dieciocho libras tormesas? He aquí las locuras que ha producido la manía de aplastar. El resultado de estos atentados divertidos para los viajeros, era la quiebra de diversos campeones, que, en pocos meses de intervalo se *aplastaban* mutuamente; sus bancarrotas las soportaba el público, que siempre se interesa en las más locas empresas y, a pesar de su falta de éxito, dan utilidad al autor de la quiebra que expolia a sus coasociados y no les reembolsa los fondos que invirtieron. De aquí viene que los comerciantes, seguros de salvarse en caso de reveses por una bancarrota, arriesgan todo para perder a un rival y gozarse en la desgracia de un vecino; como esos japoneses que se hacen saltar un ojo en la puerta de su enemigo para que la justicia le saque dos a éste.

Se pretende que los hombres no son más mentirosos hoy que en otro tiempo; sin embargo, hace medio siglo podía uno obtener a poco costo telas bien pintadas y comestibles naturales; hoy día la alteración, la chapucería, dominan en todas partes. El agricultor ya se ha convertido también en el reo de fraudes que antes era el comerciante. Los derivados de la leche, los aceites o el aguardiente, el azúcar, el café, las harinas, todo se falsifica descaradamente. La multitud pobre no

puede procurarse comestibles naturales; no se le vende más que venenos lentos, a tal grado el espíritu de comercio ha hecho progresos hasta en las más pequeñas aldeas.

El acaparamiento es uno de los más odiosos crímenes comerciales, porque afecta siempre a la parte débil de la industria. Si sobreviene una penuria de artículos de primera necesidad o cualesquiera otras mercancías, los acaparadores se ponen en acecho para agravar el mal, apoderarse de las provisiones existentes, acaparan las que se esperan, las distraen de la circulación doblando o triplicando el precio mediante maniobras que exageran la escasez, y esparcen temores que reconoce uno demasiado tarde como ilusorios. Tienen en el cuerpo industrial el efecto de una banda de verdugos que fuera al campo de batalla a desgarrar y agrandar las llagas de los heridos.

...Sin embargo, han encontrado gente que los alaban entre esta clase de sabios llamados *economistas*, y nada es más respetado hoy en día que el acaparamiento y el agio, que se designan en el estilo de moda con los nombres de *la especulación y la banca*, porque es indecente llamar a las cosas por su nombre.

Semejante a esos intendentes que se apoderan de la renta de su amo y distraen la mejor porción, el comercio se apodera del producto industrial y no lo entrega a la circulación, sino cobrando un rescate al cuerpo social. Citemos el ejemplo más reciente.

Ve uno aumentar el precio de todas las mercancías en este año con una rapidez espantosa y siempre en provecho del comerciante y del agiotista. Cuando los aguardientes han subido súbitamente de precio, y han subido en el otoño de uno o dos luises el quintal, ¿son los productores los que se aprovechan de esta alza? ¿Son los viticultores y destiladores del Languedoc? No. Ya no les han quedado existencia; los agiotistas de P. y M. se las habían quitado desde el primer momento; los productores con demasiadas deudas y que han estado ganando poco en los últimos años, entregan en el primer instante del alza sus mercancías; ignoran la trama que el agio meditaba para doblar progresivamente el precio del líquido, y es así como toda la utilidad de este líquido se ha quedado en el comercio que sabe siempre sorprender y expoliar al productor, por tener más clarividencia sobre los acontecimientos del alza y las maniobras del agio.

En la civilización la caja fuerte es todopoderosa. Por eso hemos visto que el Congreso de Aquisgrán no se atrevió a decir nada antes de la llegada de los dos banqueros esperados. Si una oportunidad política pone los impuestos a disposición de una clase de prestamistas, esta clase, por ese hecho, se convierte en rival y competidora de los gobiernos; esto es lo que acontece hoy a los agiotistas, que ven el ministerio a sus pies. *Estos diezmadores del porvenir* dirigen todo el garito de la perfectibilidad, y reinan sobre el gobierno mismo, a tal punto que fracasa por completo todo ministerio que quiere contrarrestar el agio...

Este estado de cosas debía llamar la atención de la ciencia. Es claro que la civilización ha cambiado de aspecto, que el monopolio y el

agio, que son dos características comerciales, han trastornado el antiguo orden. ¿Es esto un motivo de triunfo o de alarma? *¿Qué desenlace presagia esta irrupción monstruosa del poder mercantil, cuyas usurpaciones van en aumento?*

La esclavitud de los gobiernos va creciendo y el ascendiente de los agiotistas ha llegado a tal punto, que el garito de la Bolsa se ha convertido en brújula de la opinión. La baja de los fondos públicos es para la gente común y corriente un termómetro sin réplica, y todo mirmidón[1] deduce de ello que el ministerio funciona mal, gobiernan mal. La baja es a menudo efecto de las intrigas de corredores más potentes que el ministerio. ¿Qué ministerio puede luchar contra coaliciones de agiotistas, en las que se ve a un solo individuo ganar en un año ochenta millones?

Desde que una cábala puede funcionar este resorte de conmociones políticas, esta baja ficticia de los fondos públicos, la opinión pública a coro desaprueba las operaciones del Gabinete. No se necesita más para provocar inoportunamente la caída de un ministro y a menudo comprometer la suerte de un Imperio por las intrigas de los corredores de Bolsa. ¿Ha habido alguna vez servidumbre mejor comprobada?

Los banqueros y los comerciantes ricos no tienen patria alguna; como pueden realizar y transportar en unos cuantos días sus capitales no están interesados en el Estado, y siempre están dispuestos a abandonarlo si éste corre algún peligro. Semejantes a una tropa de bandoleros que desvalija alternativamente las diversas comarcas y no se detiene más que donde hay algo que tomar, los comerciantes están dispuestos a explotar en cualquier país, a cambiar de nación de un día a otro, quebrar en París para ir a desplegar después de unos cuantos días un gran fasto en Londres o Berlín. He aquí lo que es fácil a los comerciantes y a los banqueros, y lo que es imposible al clero, a la nobleza, a los manufactureros y a los propietarios. Éstos no pueden, ni quieren ser ciudadanos más que de una sola patria, a cuya suerte están ligadas su fortuna o su existencia política. Los comerciantes o banqueros, por el contrario, siempre están listos para levar anclas, cualquiera nación puede tener la esperanza de poseerlos a su vez; son sin contradicción los verdaderos ciudadanos del mundo.

Un programa de grandes obras

Estoy de acuerdo, si se quiere, en que las legiones romanas que destruyeron a trescientos mil cimbros en Saint-Remy, se cubrieron de gloria y cosecharon laureles; pero ¿no hubiera sido más glorioso para estos ejércitos, el galo y romano, que se hubieran reunido para crear,

[1] Este nombre de un pueblo guerrero de la Grecia antigua, se tomaba irónicamente a principios del XIX para designar a los hombres de poca fuerza física o intelectual: abortos o engendros.

y no para destruir?; ¿para distribuirse desde Arles hasta Lyon y construir en el curso de una campaña treinta puentes de piedra sobre el Ródano?; ¿para levantar sobre sus bordes diques a fin de salvar las valiosas tierras que se lleva cada año? A mí me parece que semejante gloria bien valdría las cosechas de laureles de nuestros héroes, cuya colecta no deja más que una siembra de cipreses en el teatro de sus hazañas.

Se objeta: si los ejércitos pueden ejecutar en una campaña estas prodigiosas obras, ¿qué quedará por hacer en la campaña siguiente? Divertida pregunta. Todo está por hacerse en la industria. Se necesitan cuando menos cien años de esfuerzos de estos grandes ejércitos para recubrir de tierra vegetal y reforestar las montañas de los Alpes y de los Pirineos, que nuestros sabios han permitido que las dejen pelonar, para conducirnos a la perfectibilidad de las abstracciones metafísicas.

De acuerdo con la tesis de dualidad y desarrollo inverso del movimiento, la Asociación debe tener la facultad de reclutar ejércitos productivos, como la civilización recluta a los destructivos.

Y por oposición al orden civilizado que junta a sus héroes poniéndoles una soga al cuello, el orden societario debe reclutar a los suyos mediante el incentivo de fiestas y placeres desconocidos en el estado actual, en el que un ejército de cien mil hombres no conoce otro placer colectivo que el de destruir, incendiar, pillar y violar.

A pesar de las jeremiadas sobre la penuria de las finanzas, todo estado encuentra capitales inmensos cuando se trata de reunir y aprovisionar estas masas destructivas. Le he oído decir a un ingeniero ruso, que en el sitio de Rutschuk, en 1811, cada bomba lanzada sobre la ciudad le costaba a Rusia cuatrocientos francos, debido a los gastos de transporte. ¡Qué cantidad de gastos para la destrucción de hombres y de edificios! ¡Qué afortunado cambio sería un orden de cosas que reuniera semejantes masas de hombres para trabajos útiles!...

...¡Cómo no han osado nuestros fabricantes de utopía soñar esto: *una reunión de quinientos mil hombres ocupados en construir, en vez de destruir!...*

Es la falta de ejércitos industriales lo que hace que la civilización no sepa producir nada grande, y fracase en todos los trabajos de alguna extensión; en otras ocasiones ha ejecutado grandes cosas empleando masas de esclavos que trabajaban a fuerza de golpes y de suplicios. Pero si obras como las Pirámides y el lago Meris deben estar regadas con lágrimas de cinco millones de infelices, éstos son monumentos de oprobio y no trofeos para la civilización.

La grandeza de Armonía consiste, tanto en la enormidad de sus trabajos como en su rápida ejecución, que no podían obtenerse de una masa de esclavos y de asalariados, todos de acuerdo en eludir el trabajo. Los Armónicos, para los cuales se ha transformado en fiesta de amor propio, aportan una actividad tanto mayor cuanto que su progreso está facultado por el número de atletas...

Ninguna generación se hartó más que la nuestra de estos humos que se llaman laureles de la victoria. Nuestro siglo debe, pues, estar dispuesto a especular con laureles más útiles que los de la carnicería, con trofeos industriales.

Exige trabajos que son imposibles para los civilizados. Es preciso establecer grandes cuencas en todas las cumbres del valle; después canales y esclusas para distribución en ambos lados del valle, con estanques secundarios en las sinuosidades elevadas. Se sacará de estas cuencas un caudal para llenar el gran canal doble que correrá por la cima de la colina y la parte media; canal debajo del cual se arreglarán espacios adecuados para la colocación de bombas, que se llenará por medio de una llave. Estas bombas, que se llenarían sin trabajo, distribuirán las aguas por todas las pendientes, y quedará regado el campo más extenso como los arriates de un sibarita.

Esta sola ventaja... será suficiente para aumentar en la mitad la masa de las cosechas, porque desde el punto en que se puedan regar a voluntad las pendientes y las alturas se podrá entonces mojar mejor las planicies.

Éste será el primer trabajo de la Asociación. El cultivo sin riego general no es más que una obra trunca. Pero ¿cómo se atrevería uno a soñar en estos grandes trabajos, en el Estado fraccionado, en el que cada propietario, lejos de querer prestarse a la conveniencia general, no goza sino en lo que puede perjudicar a sus vecinos?

El desorden, el desperdicio, las tardanzas, los conflictos, la incuria, la impericia y el espíritu mercenario que presiden nuestras obras públicas, hacen abortar entre nosotros todos los proyectos útiles, por pocos esfuerzos que exijan.

Cuántas veces no se ha resuelto desecar, explotar y darles valor a los desiertos de Carmague y Crau, contiguos a la ciudad de Arles. ¿No es escandaloso que en el centro de nuestras más ricas campiñas del mediodía se encuentre un enorme desierto que podría nutrir a ciento veinte mil agricultores más?

Y en el oeste, otro desierto, que contendría trescientos mil habitantes más, si en un tiempo se le hubiera concedido a los moros de España.

Los economistas nos cuentan que el comercio protege y hace florecer la agricultura: ¿qué pasa, pues, en Francia, en donde las dos tierra eriales más grandes, cuya roturación es posible, se encuentran en medio de los grandes centros de comercio, una entre Marsella y Montpellier, y la otra entre Burdeos y Bayona, colindando con ambas ciudades, y aun yendo más allá del espacio que las separa?

Sin embargo, hace mucho tiempo que Burdeos y Marsella disfrutan de capitales suficientes para explotar sus tierras eriales vecinales; pero para dar este paso se necesitan otros brazos y otras cabezas, distintos de los civilizados.

No hablemos más que del páramo provenzal: para explotarlo es preciso ante todo desviar y verter en el lago de Berre, al devastador

Durante, el más terrible de los afluentes del Ródano. Su desaparición disminuirá mucho las inundaciones del delta arlesiano; facilitaría los trabajos y garantizaría su estabilidad.

Hecho esto, disminuirían muchos los depósitos llamados *grasos*, que amenazan llenar los puertos de Buoc y de Cette, porque el Durance llevará sus arenas al lago, llenada la parte alta de éste, que forma en las tierras una saliente incómoda. El canal de Craponne franqueará el nuevo río sobre un puente-acueducto.

Esta desviación no presenta más dificultades que la del Oxus, muchísimo más grande que la del Durance. Los tártaros Usbecks, sin necesidad de ingenieros, supieron desviar el cauce del Oxus en el lago Aral, con gran perjuicio del mar Caspio, que ha bajado de nivel y ha perdido una preciosa arteria comercial.

Esta colosal obra de los Usbecks no fue trabajo *asalariado*, sino *apasionado*, como el de las barricadas, aguijoneado por la décima pasión, llamada *cabalística*.

Es cierto que las hordas tártaras, estimuladas por un celo nacional contra las usurpaciones de Rusia, y que votaron en masa la construcción de una obra defensiva, alacanzaron en su ejecución el grado de ardor y de vehemencia que tendrían en armonía a los ejércitos de la industria atractiva, no ven sino juegos de niños en las empresas que son el coco de la mezquina civilización, heroína de la imposibilidad, verdadero pigmeo, tanto en la industria como en el razonamiento.

El orden combinado emprenderá la conquista del gran desierto del Sahara; será abordado en diversos puntos por diez y veinte millones de brazos si es necesario, y a fuerza de llevar con tierras, de plantar y forestar, de trecho en trecho, se llegará a mojar el territorio, a fijar las arenas y a reemplazar el desierto por regiones fecundas. Se harán canales navegables donde no podríamos ni aun hacer canales de riego, y los barcos navegarán, no solamente a través de istmos, como los de Suez y Panamá, sino aun en el interior de los continentes, como desde el mar Caspio al de Azof, de Persia y del Aral; navegarán de Quebec a los cinco Grandes Lagos; y, en fin, del mar a todos los Grandes Lagos...

Jean Charles Sismonde de Sismondi

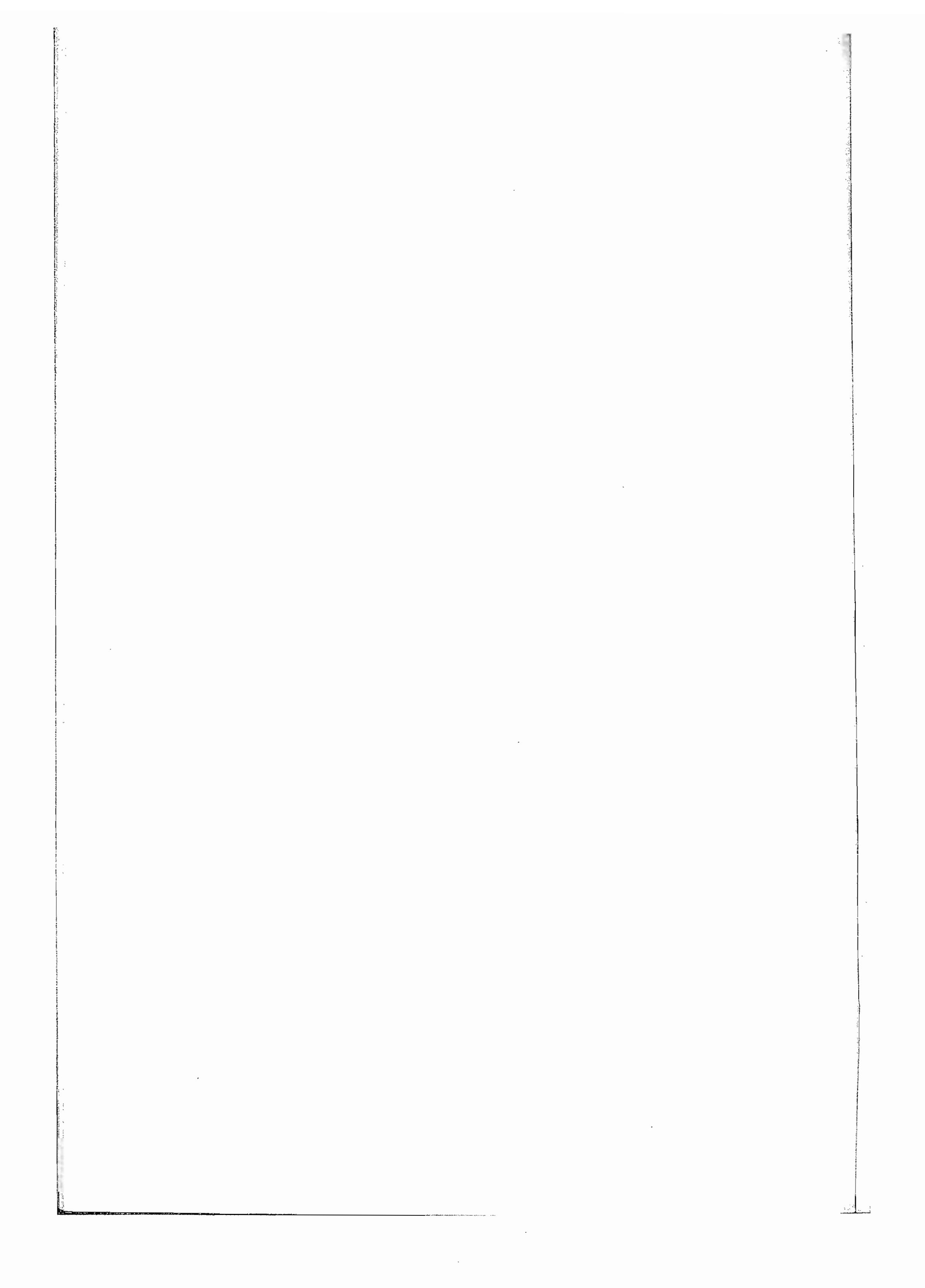
Este historiador y economista ginebrino nació en 1773 y murió en 1842. Fue un hombre extremadamente laborioso.
Entre sus obras se pueden mencionar:

Tableau de l'agriculture toscane (1801);
Traité de la richesse comerciale (1803);
Histoire des repúbliques italiennes du Moyen Age (1807-1818);
Nouveaux principes d'économie politique (1819);
Histoire des francais (1821);
Études sur les constitutions des peuples livres (1836);
Études des sciencies sociales (1836-1838).

Sismondi en su obra *Nouveaux principes d'économie politique*, se muestra como un severo crítico de la sociedad de su tiempo, aún cuando no llega a dar soluciones precisas ni definidas para curar los males de esa sociedad.

Marx y Engels reconocen la aportación de Sismondi y sus congéneres en el párrafo siguiente:

> En países como Francia, en que la clase labradora representa mucho más de la mitad de la población, era natural que ciertos escritores, al abrazar la causa del proletariado contra la burguesía, tomasen por norma, para criticar al régimen burgués, los intereses de los pequeños burgueses y los campesinos, simpatizando con la causa obrera con el ideario de la pequeña burguesía. Así nació el socialismo pequeñoburgués. Su representante más característico, lo mismo en Francia que en Inglaterra, fue Sismondi.



Nouveaux principles d'économie politique ou de la richesse dans ses rapports avec la population, pp. 335-366, vol. II, Delaunay, París.

Cómo debe proteger el gobierno a la población contra los efectos de la competencia

Se habrá podido observar que la diferencia principal entre las opiniones que nosotros acabamos de desarrollar y las que ha expuesto Adam Smith, consiste en que este último ha rechazado constantemente la intervención del gobierno en todo cuanto se refiere al acrecentamiento de la riqueza nacional, mientras que nosotros hemos invocado a menudo esa intervención. Adam Smith establecía como principio el siguiente postulado: que la más libre competencia obligaría a cada productor a vender al precio más bajo posible y, en consecuencia, permitiría a cada consumidor hacer en sus compras la mayor economía. Consideraba la riqueza de una manera abstracta, sin relación con los hombres que debían disfrutar de ella; y, en ese sistema, quizás tenía razón al concluir que, realizando el máximo posible de trabajo y vendiéndose al precio mínimo posible, con la primera operación se aumentarían las rentas, y con la segunda se disminuirían los gastos de la sociedad.

La competencia más absoluta tenía que producir, inevitablemente, ambos efectos. Pero cuando se ha comenzado a considerar la economía política como una ciencia cuyo objeto es no sólo la riqueza, sino también la población, y cuando se ha buscado, no lo que pudiera dar más opulencia, sino lo que pudiera dar a los hombres, mediante la opulencia, una felicidad mayor, entonces el que así reflexiona ha tenido que espantarse de la cosa misma que antes se tenía por deseable. Trabajar lo más posible y vender al precio más bajo posible es renunciar a todas las ventajas de esa riqueza que se va a buscar; es multiplicar las fatigas y mermar el disfrute; es convertir a los ciudadanos en esclavos para que el encargado de hacer el balance de la nación se dé el gusto de anotar sumas más gruesas sobre el papel.

El gobierno ha sido instituido para que, con las fuerzas de todos, proteja a cada uno contra las injurias de cualquier otro. Opone el interés público a todos los intereses privados. Y lo hace así, no porque los hombres de que se compone deban a la superioridad de su rango ninguna superioridad de conocimientos, sino porque está llamado a servirse de las luces de todos al igual que de las fuerzas de todos. La justicia es la expresión de esas luces. Esta justicia, al mismo tiempo que es el mayor bien de todos, se opone al interés privado de cada uno, ya que este interés enseñaría siempre a usurpar los bienes del vecino. La economía política es otra expresión de las luces sociales. Enseña igualmente a distinguir el interés general de los intereses particulares de cada uno; es decir, atiende, por una parte, a que nadie quede agobiado por el trabajo y a que nadie se vea desprovisto de recompensa, y, por otra parte, a que nadie atraiga hacia sí todas las recompensas del trabajo, acumulando la mayor cantidad de bienes al precio más bajo posible.

Así, pues, la tarea del gobierno, como protector de la población, consiste en poner límites, en todas partes, al sacrificio que cada hombre podría verse obligado a hacer de sí mismo; su objeto es impedir que el hombre, después de haber trabajado diez horas por día, consienta en trabajar doce, catorce, dieciséis y dieciocho; impedir, igualmente, que después de haber exigido una alimentación sustanciosa, así animal como vegetal, se contente con pan duro, o con papas y sopas económicas; impedir, por último, que, a fuerza de competir siempre con el vecino, el hombre se reduzca a la más espantosa miseria.

Esta tarea es difícil; es complicada; debe combinarse con el mayor respeto por la libertad individual. Pero no hay que olvidar que, entre los derechos de que esta libertad se compone, hay varios que, siendo concesiones sociales, no pueden existir para el hombre salvaje y deben ser modificados por esa misma autoridad pública que los garantiza. Al hablar del proceso de cada riqueza, hemos indicado la protección que el gobierno debía dar a la población en contra de la competencia. En el presente capítulo no haremos otra cosa que resumir brevemente esas diversas funciones.

Cuando los campesinos son propietarios, la población agrícola se estabiliza por sí sola en el momento en que se ha llegado a una división de las tierras suficiente para que cada familia sea llamada al trabajo y, mediante este trabajo, pueda vivir en la holgura. En consecuencia, cuando hay varios hijos en una familia, los menores no se casan hasta que encuentran una mujer que aporte al matrimonio alguna propiedad. Si abandonan la casa paterna, es para trabajar por jornadas; pero, en un medio de campesinos cultivadores, el oficio de jornalero no es un estado, y el obrero que no tiene otra cosa que sus brazos difícilmente encontrará un padre tan imprudente que le dé a su hija.

Cuando la tierra, en lugar de ser cultivada por sus propietarios, lo es por arrendatarios, por aparceros, por jornaleros, la condición de éstos es más precaria, y su multiplicación no resulta ya tan necesaria-

mente proporcionada a la demanda de su trabajo. Son mucho menos instruidos que el campesino propietario y, sin embargo, están llamados a hacer cuentas muchos más complicadas. Como de un día a otro pueden verse despedidos de la tierra que trabajan, lo que les importa no es lo que esa tierra pueda producir, sino las oportunidades que haya de encontrar empleo en algún otro lugar. Como no tienen una certidumbre, calculan las probabilidades; se remiten al azar en cuanto a las cosas sobre las cuales no pueden juzgar; se confían a su buena suerte; se casan mucho más jóvenes; crían muchos más hijos, justamente porque saben con menor precisión de qué manera podrán colocarlos.

Así, pues, por lo que se refiere a la población agrícola, la tarea general del gobierno consiste en reunir sin cesar el trabajo con la propiedad en acelerar esta reunión por todas las sustituciones perpetuas que encadenan las propiedades, y en atribuir tales ventajas a la posesión de la tierra, que hagan que cada campesino se proponga la adquisición de un pequeño patrimonio como meta de su ambición.

Estos medios indirectos, ayudados por la fuerza vital de la sociedad, influirán por sí solos en enorme medida para reparar un desorden que, hasta nuestros días, ha sido protegido por toda la fuerza de los gobiernos. Pero cuando ese desorden es ya inveterado, cuando las tierras están reunidas en inmensas propiedades, como en el Imperio romano durante su decadencia, en el Estado de la Iglesia y en Inglaterra; cuando los propietarios ejercen contra los jornaleros la fuerza del monopolio, cuando los obligan a pujar los unos sobre los otros, haciendo que se ofrezcan a trabajar por el más miserable salario; cuando, al mismo tiempo, ellos aprovechan las ventajas de un fuerte capital, de trabajos ordenados en gran escala y de una dirección económica, para hacer insostenible la condición de los pequeños propietarios y de los pequeños arrendatarios, entonces la legislación tiene que acudir de manera más directa en socorro de estos últimos. Debe hacerlo así por el interés de la clase obrera, por el de la nación en su totalidad, y por el de los mismos grandes propietarios, que se encontrarán arruinados a su vez cuando hayan acabado de destruir a esa población a la que acosan.

Un estatuto de la reina Isabel, que no es obedecido, prohíbe construir en Inglaterra una cabaña rústica (cottage) sin asignarle por lo menos un terreno de cuatro acres de extensión.[1] Si esta ley hubiera sido puesta en práctica, no se habría podido realizar ningún matrimonio entre los jornaleros sin que tuvieran su cottage, y ningún cottager se habría visto reducido al último grado de miseria. Es algo, pero no es todavía lo bastante: en el clima de Inglaterra, una población de campesinos viviría en la indigencia con cuatro acres por familia.

En un último capítulo trataremos de averiguar si existe un principio general que deba proteger a la población obrera, así en los campos como en las ciudades, contra la loca competencia a que la expone la organización actual de la sociedad. Pero aun antes de haber encontrado

[1] Citado por Malthus, *Principios de población*, lib. IV, capítulo XI.

ese remedio, sentimos ya que la dificultad de atender a la suerte de los pobres obreros de la tierra no es insuperable, ni siquiera en Inglaterra, donde el desorden es actualmente el más amenazador. Mucho más difícil es remediar las condiciones de vida de los obreros de las ciudades. La imaginación queda horrorizada al observar su número y su miseria; y, entre las calamidades que los afligen, hay algunas que parecen no tener ningún remedio.

La población industrial que vive en las ciudades dispone de menos datos aún que la población de los campos para calcular la suerte de la generación futura. Lo único que sabe el obrero es que ha vivido de su trabajo; debe creer que sus hijos lograrán vivir de la misma manera. ¿Cómo podría tener una opinión exacta de la extensión del mercado, o de la demanda general del trabajo en su país, cuando el patrón que lo emplea se equivoca sin cesar en tales cosas? De ahí que esta clase, que más que ninguna otra depende para su subsistencia de una serie de azares de toda índole, sea justamente la que menos calcula esos azares para la formación de su familia. Los miembros de la clase obrera son los que se casan más pronto, los que producen mayor número de hijos, y los que, por consiguiente, los pierden en mayor número; pero no los pierden sino después de haberse expuesto ellos mismos a una competencia que los priva sucesivamente de todas las satisfacciones de la vida.

Hemos señalado en otro lugar la protección que esta clase desventurada encontraba antiguamente en la institución de los gremios y corporaciones de artesanos, y hemos recordado la especie de certidumbre que un obrero adquiría cuando había pasado a la categoría de maestro, puesto que a partir de ese momento se encontraba en condiciones de mantener a su familia. De ninguna manera pretendemos que se restablezca la organización estrafalaria y opresiva de los gremios: las lecciones de la experiencia tendrían muy poca ventaja si, después de habernos extraviado, no supiéramos hacer otra cosa que volver a caminar ciegamente por el sendero de nuestros padres, sin buscar un camino más derecho. Pero lo que el legislador debe proponerse ante todo es elevar la retribución del trabajo industrial, redimir a los jornaleros de la precaria situación en que viven y, finalmente, facilitarles el logro de lo que ellos llamarán *un estado*, y prohibirles que se casen mientras no hayan alcanzado esa situación.

El cambio más fatal que ha sobrevenido en la condición de los obreros, ya sea a causa de la abolición de las antiguas corporaciones, ya a causa del establecimiento de grandes manufacturas que emplean inmensos capitales, así como todos los auxilios de las ciencias, y gran número de brazos, es que ahora los obreros nacen y mueren obreros, mientras que, en otros tiempos el estado de obrero no era sino una preparación, un grado para llegar a un estado superior. Esta posibilidad de progreso es la que importa esencialmente restablecer. Es preciso dar a los patrones un interés en virtud del cual les resulte conveniente hacer pasar a sus obreros a un rango superior; es preciso que el hombre

que entra en una fábrica comience, sí, por trabajar simplemente en vista de un salario, pero que tenga siempre ante los ojos la esperanza de llegar, gracias a su buena conducta, *a una participación en las utilidades de la empresa.*

Sin duda, la clase manufacturera sería más feliz si, después de un tiempo de probación, llegara a adquirir un derecho y una propiedad en el establecimiento al cual consagra sus sudores, tal como los dependientes de un negocio llegan finalmente a tener un interés en la casa de su patrón. ¡Si una mitad de las ganancias se repartiera entonces entre los obreros asociados, pasando la otra mitad al socio capitalista, y si los obreros que aspiran a este progreso no se casaran nunca hasta que fuesen asociados...! Pero esta utopía podrá muy bien ser el objeto de los deseos del legislador; difícilmente será el de las leyes.

Así, pues, lo que nos queda es tratar de encontrar, tanto para los obreros de las ciudades como para los de los campos, cuál es el principio de derecho, cuál es el principio de justicia que la sociedad debe proteger en el obrero contra la fuerza de la competencia, la cual tiende siempre a reducirlo a un nivel tan bajo, que no puede proveer ni a sus más estrictas necesidades. Este principio debe ser común a todos los géneros de trabajo, y debe establecer el justo límite entre las pretensiones del trabajador y las del patrón que lo emplea. Si podemos descubrirlo y exponerlo a la luz del día, creeremos haber merecido bien de la humanidad.

El obrero tiene derecho a la garantía de quien lo emplea

Hay en la sociedad dos clases de ciudadanos cuya cooperación es necesaria para llevar a cabo toda especie de trabajos, y cuyos intereses, sin embargo, están constantemente en conflicto. Me refiero a la clase de los propietarios del trabajo acumulado, que descansan, y a la clase de los hombres que no tienen más que su fuerza vital y que ofrecen su capacidad de trabajo. Ahora bien, ese conflicto no es una consecuencia de la naturaleza del hombre ni de la naturaleza del trabajo. La separación de las dos clases, su oposición de intereses, es consecuencia de la organización artificial que nosotros hemos dado a la sociedad humana. Todo cuanto es obra nuestra está sometido a nuestra censura, y la autoridad del legislador se extiende esencialmente a los abusos que son el resultado de sus leyes.

La cooperación del capital con el trabajo no es la armonía de que me propongo hablar; ésta pertenece a la esencia misma de las cosas y no depende de nosotros. Pero el orden natural del progreso social no tendía a hacer una separación entre los hombres y las cosas, o entre la riqueza y el trabajo; en los campos, el propietario podía seguir siendo cultivador; en las ciudades, el capitalista podía seguir siendo artesano; la separación entre la clase que trabaja y la clase que descansa no era

esencial ni para la existencia de la sociedad, ni para la de la producción; nosotros la hemos introducido para la mayor ventaja de todo; a nosotros, pues, nos corresponde reglamentarla para obtener de ella, efectivamente, esa ventaja.

En esta organización social que nosotros hemos adoptado, todo el trabajo es realizado por la cooperación constante de las dos clases mencionadas, la de los que tienen la riqueza y la de los que la ponen a trabajar. Ningún trabajo es producido sin la riqueza y la mano de obra. El obrero le es necesario a aquél que lo paga, tal como el que paga le es necesario al obrero. El uno hace vivir al otro. Existe, pues —o debería existir, por lo menos—, una especie de solidaridad entre ellos.

La tierra puede ser cultivada por su propietario. En tal caso, éste reunirá en su persona la propiedad del suelo, la propiedad del capital que lo hace valer, y la propiedad del trabajo que lo fertiliza. A cada paso vemos ejemplos de ello, y no cabe duda de que el suelo está muy bien cultivado de esa manera, el cultivador muy feliz, y la sociedad muy abundantemente provista de víveres.

Pero el propietario, para disfrutar de los ocios de la riqueza, prefiere no cultivar la tierra por sí mismo, y entonces la pone en arrendamiento. El arrendatario, a su vez, convertido en gran señor, no quiere ya trabajar como campesino, y entonces hace que todo su trabajo sea realizado por jornaleros. ¡Enhorabuena! La sociedad no se opone a ello. La sociedad se abstiene de entorpecer las transacciones particulares, pero no tiene por qué sufrir los daños que de ellas puedan resultar. Les ha podido permitir a los propietarios ociosos, o a los arrendatarios opulentos, que creen para su propio uso, a fin de alcanzar una comodidad que sólo es cosa de ellos, una clase nueva en la nación, la de los jornaleros de la tierra; pero lo que no debe permitir nunca es que esta clase venga a significar una carga para la nación.

Si todo propietario cultivara por sí mismo sus tierras, con sus brazos; si, al no bastarle ya sus fuerzas, repartiera su propiedad entre sus hijos; y si la clase de los campesinos propietarios se desarrollara hasta sus límites naturales, es decir, hasta que sus fuerzas manuales siguiesen siendo todavía bastantes para la explotación de sus tierras, es evidente que entonces no habría jornaleros, y que, por consiguiente, no habría pobres en los campos, ni existirían los modernos impuestos de pobres, que son una carga para la agricultura.

Cuando este orden de cosas ha sido alterado y los propietarios han dejado que sus tierras sean explotadas por otra clase de hombres, si estos hombres son, a su vez, arrendatarios o aparceros que realizan todo el trabajo con sus brazos, mediante un contrato permanente que les da un derecho en la propiedad que están haciendo fructificar, entonces no habría todavía —o no habría casi— pobres en los campos, ni impuestos de pobres pesando sobre la agricultura.

Los grandes propietarios y los grandes arrendatarios han dado la existencia a los jornaleros, de los cuales no pueden prescindir. La pro-

piedad de los primeros no valdría nada sin los segundos; los segundos no son útiles a ninguna otra clase de la sociedad, si no es a los primeros. Así, pues, existe entre ellos una solidaridad innegable, y los jornaleros deben vivir exclusivamente de la riqueza que están creando en las grandes empresas agrícolas. Se puede dejarlos debatir con el propietario el precio de sus jornadas, tal como ellos lo entiendan; pero si este precio es insuficiente, si la familia del jornalero, después de haberlo recibido, se encuentra todavía obligada a pedir un suplemento, entonces el gran propietario, o el gran arrendatario,[2] para cuya ventaja existe esa clase, debe ser el único a quien corresponde dar ese suplemento. En la organización completamente bárbara e inhumana de los países feudales, de los países en que había esclavos, no se desconoció este principio esencial de justicia. A ningún señor se le ocurrió nunca desentenderse de los vasallos, de los siervos o de los esclavos en sus calamidades, su vejez o sus enfermedades, dejando que fueran una carga para la provincia. Comprendió siempre perfectamente que a él, y sólo a él, le tocaba proveer a las necesidades de unos hombres que no las sufrían sino por la propia ventaja de él. A menudo, es verdad, el señor feudal cumplió ese deber con la dureza y la parsimonia que eran de esperarse de una organización social tan odiosa. Y ahora, en cambio, en el sistema de las grandes explotaciones agrícolas, el verdadero deudor se sacude esta deuda sagrada y la arroja sobre el resto de sus compatriotas.

¿Es posible imaginar cosa más injusta que el hacer pagar al pequeño propietario y al pequeño arrendatario que sostienen con sus propias manos la esteva del arado, y que sin ayuda ajena llevan a cabo con sus hijos todas las tareas de sus campos? Y, por el contrario, ¿cómo podrían prescindir de los jornaleros quienes trabajan personalmente? Y ese suplemento de salario que la parroquia da a los jornaleros de los grandes propietarios y arrendatarios, ¿no es, por ventura, tan injusto como si la misma parroquia tuviera la obligación de suministrar la avena de sus caballos?

Es probable que los grandes propietarios y los grandes arrendatarios no encuentren ninguna utilidad real en el hecho de que los jornaleros (que no existen sino en beneficio de ellos, y que no deben ser pagados sino por ellos) sean mantenidos en parte por la comunidad, ya que esta misma comunidad, de la cual son miembros a su vez, mantiene a otros jornaleros de quienes los propietarios no deberían ser solidarios de ninguna manera, a saber, los de las artes y los oficios. En efecto, es preciso, por principio de cuentas, trazar una separación entre la administración de los socorros a los pobres rurales y la de los socorros a los pobres urbanos, o artesanos; no son las mismas personas quienes

[2] Al hablar del sostenimiento de los pobres jornaleros, no hago ninguna separación entre los propietarios y sus arrendatarios. Unos y otros actúan de la misma manera; pero el arrendatario no paga su renta sino en proporción del producto neto, una vez deducidos todos los gastos de cultivo; y como el impuesto de pobres es un suplemento del salario, debe contarse entre los gastos de cultivo.

los han sumido en la miseria, y por lo tanto no son las mismas personas quienes deben darles un alivio.

Pero en los tiempos actuales reina en todo esto una gran confusión: sin hacer ninguna diferencia entre las distintas clases de pobres, todos ellos son arrojados al cuidado de la caridad pública. Unas veces esta caridad está reglamentada por leyes, como en Inglaterra; otras veces se la abandona a los impulsos de la humanidad, como ocurre en los demás países. En todo caso, cada hombre rico deja que sea la sociedad quien se haga cargo de los pobres, y contribuye a agravar su condición, sin considerar que, como miembro que es de esta sociedad, él mismo será llamado en seguida a acudir en su socorro, ya sea mediante los impuestos parroquiales, ya mediante las contribuciones voluntarias que él se imponga espontáneamente por amor de la humanidad. Si cada cual sintiera sobre sí mismo la consecuencia de sus propios esfuerzos, entonces cada cual renunciaría a ahorrarse esa parte de salario que muy pronto se vería obligado a reembolsar.

Existe una solidaridad natural entre el gran agricultor y todos los obreros necesarios para la explotación de sus tierras. Una vez reconocida esta solidaridad, si el empresario agrícola sabe que él, y nadie más, estará obligado a ocuparse del sostenimiento de los obreros en sus enfermedades, su vejez o su miseria, tratará de encontrar la manera de sostenerlos que sea lo menos onerosa para sí mismo o para la sociedad; y no tardará en descubrir que esa manera será la que les dé a los obreros el interés más permanente en la vida, la que los asocie mejor a su propia economía, la que les garantice el máximo de alegría, el máximo de salud, el máximo de fuerzas corporales; la que, por consiguiente, se acerque en mayor medida a la propiedad.

Actualmente el gran agricultor trata de reducir el salario del obrero al nivel más bajo posible, y de obtener a cambio de ese salario la mayor cantidad posible de trabajo. Si este trabajo agota a los obreros y los hace caer enfermos, la parroquia proveerá; si, en el intervalo de los trabajos, hay temporadas muertas, la parroquia proveerá; si los campos no brindan trabajos adecuados para las mujeres, para los niños, para los ancianos, la parroquia proveerá. Gracias a la competencia, el gran empresario agrícola obtiene el trabajo más fuerte posible de los hombres más robustos, en la mejor temporada, y por el precio más bajo; y, mientras tanto, comparte con los pequeños arrendatarios y con los pequeños propietarios el cuidado de suministrar la compensación a las familias de los jornaleros, por todo el trabajo que él no está utilizando. Es imposible, en esta condición, que el pequeño agricultor aguante la competencia de los grandes; y así el sistema de las grandes explotaciones agrícolas tiene que extenderse.

Pero si el gran arrendatario o el gran propietario sabe que él será, durante todo el año, el único responsable del sostenimiento de la familia del jornalero a quien él necesita, no verá ya ningún interés en reducir su salario al nivel más bajo, o en sacar de él mayor cantidad de trabajo de lo que sus fuerzas le permiten; no le convendrá ya elegir

la temporada más ventajosa para realizar todo el quehacer de una sola vez, sino que, por el contrario, preferirá repartirlo durante el curso del año, para que haya menos tiempo perdido. No le convendrá ya hacer trabajar únicamente al obrero más robusto, sino que, por el contrario, hará trabajar a toda la familia por igual, según las fuerzas de cada uno. Y siendo así las cosas, le resultará más ventajoso tener criados que tener obreros, y contratar a las familias por año, que a los hombres por semana. Le resultará más ventajoso al propietario tener aparceros o arrendatarios labradores, que arrendatarios en gran escala; y quizá le resulte más ventajoso todavía enajenar una parte de sus tierras, haciéndolas pasar a manos de quienes las cultivarán por sí mismo. De esa manera se imprimiría a toda la explotación rural una dirección diametralmente opuesta a la que sigue Inglaterra en nuestros días; y cada cual sin guiarse por otra cosa que por su interés bien entendido, se acercaría a los sistemas que, según hemos demostrado anteriormente, son los más propios para derramar la felicidad en todas las clases de la nación.

No tenemos la pretensión de presentar un proyecto de ley sobre los pobres, para un país extranjero, al que no conocemos sino muy imperfectamente, y que, por lo demás, estaría muy poco dispuesto a recibir semejantes consejos; nos limitamos a señalar de qué manera la exención del impuesto de pobres podría servir de impulso para los pequeños agricultores, y cómo su agravación sobre los grandes propietarios debería compensar, por el contrario, la ventaja ruinosa para el Estado que a éstos les resulta del sistema de las grandes explotaciones agrícolas.

La administración de los pobres que se dedican a la agricultura debería ser completamente independiente de la de los pobres que se dedican a las artes y a la industria. Si la extensión del mercado en que cada pobre jornalero ofrece su trabajo es la misma que la de las parroquias, podría conservarse la circunscripción de los pobres rurales por parroquia. El mantenimiento de estos pobres quedaría exclusivamente a cargo de los grandes empresarios agrícolas que los emplean. Los grandes propietarios y arrendatarios deberían suministrar todo aquello de que tuvieran necesidad los pobres rurales, pero quedarían completamente exentos de contribuir en ninguna forma al mantenimiento de los pobres pertenecientes a la clase industrial, que son la otra carga de la sociedad. Todo hombre que cultive por sí mismo una heredad de menos de veinticinco acres, si ésta le pertenece en propiedad absoluta, debería estar exento del impuesto de pobres. Todo arrendatario que cultive con sus manos, y mediante el trabajo de su familia o de sus domésticos, una finca de menos de cincuenta acres, debería estar igualmente exento de ese impuesto. Y a los grandes propietarios debería dárseles, mediante leyes nuevas, toda clase de facilidades para enajenar una parte de sus propiedades en favor de sus jornaleros, ya sea mediante arriendos parcelarios, ya mediante enfiteusis, ya mediante ventas a largo plazo. Los jornaleros se encuentran ya, en parte, a cargo de los propietarios; pero vendrían a quedar de una manera más inmediata todavía a cargo

de ellos si todo aquel que explota su tierra mediante el trabajo de jornaleros se viera obligado a mantener por sí solo, cuando se hallen en la miseria, a los jornaleros de que tiene necesidad para este funesto sistema de cultivo. Por otra parte, todo aquel que poseyera en propiedad diez acres de tierra, o que dispusiera de veinte en arrendamiento, no tendría ningún derecho a ser asistido por la parroquia; y, si llegara a dividir ese pequeño patrimonio entre sus hijos, estos últimos, por muy pequeña que sea la porción a que hayan quedado reducidos, no tendrían tampoco ningún derecho a esa ayuda.

Semejante proposición sublevará probablemente a los grandes propietarios, que en nuestros días son los únicos que ejercen en Inglaterra el poder legislativo. Sin embargo, es una proposición absolutamente justa. Los arrendatarios y los propietarios que cultivan sus pequeñas fincas agrícolas con sus manos no tienen nada que ver con los jornaleros; los grandes propietarios son los únicos que los necesitan, para su propia utilidad. Ellos son quienes los han creado; a ellos les toca mantenerlos. Muy pronto encontrarían que la manera más económica de mantenerlos sería hacerlos entrar en la clase de los propietarios; que el sistema de las grandes explotaciones agrícolas no es ventajoso sino en razón de la injusta división que se ha establecido entre el que trabaja y el que hace trabajar, y en vista de que los salarios reales de quienes trabajan les son pagados, no únicamente por aquellos que los hacen trabajar y que desembolsan su paga al final de cada jornada, sino también por el resto de la sociedad, obligada a remediar, en todos los momentos de apuro, la mediocridad de ese salario. Se vería casi inmediatamente cómo el arriendo parcelario y la venta al por menor de las grandes propiedades, fenómenos tan frecuentes hoy en Francia, sucedían en Inglaterra a la reunión cotidiana de las pequeñas y las grandes fincas agrícolas.

En verdad que al mismo tiempo, para proteger contra la multiplicación de una población indigente no sólo a la clase pobre y a sus hijos por nacer, sino también a los ricos obligados a cuidar de su mantenimiento, yo no vacilaría en prohibir el matrimonio al obrero rural que no tuviera diez acres en propiedad, o veinte acres en arrendamiento. Aunque esta ley sería, sin duda, muy benéfica para los obreros, en el momento de su promulgación podría parecerles infinitamente rigurosa: por fortuna, Inglaterra posee un medio de suavizar su severidad, mediante la repartición de sus inmensos terrenos comunales. El jornalero que no hubiera logrado obtener en propiedad o en arrendamiento una parcela suficiente para criar una familia, podría aún, gracias a su buena conducta, merecer que los magistrados del condado le concedieran en propiedad. Esta esperanza sostendría y confortaría a una clase numerosa de hombres a la cual se le quitarían esas dulzuras del matrimonio y de la paternidad que ella considera, sin duda, como verdaderos derechos, pero que no pueden separarse del deber de mantener a la mujer y a la prole, que contrae cada hombre al casarse.

El mismo principio de solidaridad entre el que trabaja y el que hace trabajar puede extenderse a la industria de las ciudades. En el origen de las sociedades, cada hombre posee el capital sobre el cual ejerce su trabajo, y casi todos los artesanos viven de una renta que está formada igualmente de ganancias y de salario. El herrero suministra por sí mismo el hierro y el carbón a base de los cuales trabaja; el zapatero suministra sus cueros, el carpintero sus maderas. La división de los oficios no haría siquiera necesaria la separación entre los obreros y los patrones: constantemente vemos manufacturas en que cada uno traba por su cuenta las materias primas sobre las cuales trabaja. Pero en fin, si esta división de los oficios no ha forzado la de las condiciones, cuando menos es natural que la haya facilitado. Por consiguiente, en la producción de cada mercancía, en lugar de comparar simplemente los gastos de producción con los gastos de consumo para ver si convenía o no elaborar la cosa demandada, el capitalista se ha visto obligado a calcular si no podría encontrar en los obreros productores la ganancia que no le ofrecían los consumidores.

Poniendo de ese modo a los productores en oposición consigo mismos es como se les ha hecho seguir una ruta diametralmente contraria al interés de la sociedad. Desde el punto de vista de ésta, una manufactura no vale la pena de ser explotada sino cuando puede mantener a sus obreros en un estado de tolerable holgura; desde el punto de vista del jefe de la manufactura, basta que produzca ganancias, aunque sus obreros deban malvivir, y a la larga, perecer de miseria.

Los manufactureros de algodón han ido reduciendo sucesivamente a sus obreros, de un salario de un franco por día, setenta y cinco a sesenta y finalmente a cuarenta céntimos. Como sus intereses han venido a quedar absolutamente separados de los de sus obreros, lo único de que han tenido que ocuparse, al tratar con ellos, es de los medios de asegurarse sus servicios al precio más bajo posible, en el momento en que tienen necesidad de ellos; los despiden en sus enfermedades, en su vejez, o en las temporadas muertas, para que la caridad pública, los hospitales, en Inglaterra la parroquia, traten de remediar su miserable existencia. Mancomunados los unos con los otros, luchan contra sus obreros y parecen apostar a quién arrojará de manera más completa esta carga a cuestas de la sociedad. Cada rama de la industria acomete la misma especie de lucha; todos los empresarios trabajan por el interés de su clase contra el interés social, y cada uno de ellos olvida que tendrá que contribuir, a su vez, mediante sus caridades privadas, mediante sus contribuciones a los hospitales o mediante el impuesto de pobres, al sostenimiento de esos mismos miserables que él se ha dedicado a crear.

En esta lucha constante por hacer bajar los salarios, el interés social es olvidado por todos, no obstante que todos y cada uno tienen su parte en él. Pero si cada industria se hace responsable de su propia carga, veremos cómo cada fabricante reconocerá muy pronto si atañe o no al interés de su manufactura el hacer bajar los salarios; si, cuando el

sostenimiento permanente de un hombre exige un franco por día, no es cien veces preferible que se lo pague él mismo, en recompensa inmediata de su trabajo, en lugar de darle 40 céntimos como salario y hacer que reciba los otros 60 a título de limosna.

Sin embargo, fuerza es reconocer que, aunque el principio sea idéntico, resulta mucho más difícil ponerlo en práctica en el caso de la industria de las ciudades que en el caso de la labor de los campos; pero es también mucho más esencial y mucho más urgente atender a la situación de las industrias urbanas. Hasta ahora, Inglaterra es el único país en que los agricultores tienen necesidad de ser sostenidos por la caridad pública, mientras que no hay un país en Europa —y, a decir verdad, ello se debe, en parte, precisamente a Inglaterra— en que los obreros de cualquier clase de manufactura no se vean amenazados de manera constante con quedar privados de su sustento, o reducidos a un salario insuficiente para sus necesidades.

Es de todo punto evidente que si los distintos oficios pudieran volver a reunirse en corporaciones, únicamente para fines de caridad, y si los jefes de las industrias quedaran sujetos a la obligación de proporcionar socorros a todos los pobres de su oficio, precisamente sobre la base en que las parroquias se los suministran en Inglaterra, se remediarían de golpe los sufrimientos a que se halla expuesta la clase obrera, como se remediaría también ese excedente de producción que ocasiona actualmente la ruina del comercio, y ese excedente de población que reduce a la desesperación a las clases pobres.

Actualmente el manufacturero cree realizar una ganancia cada vez que le vende más caro su producto al consumidor, y cada vez que le paga menos salarios al obrero; pero entonces aprendería que en lo único que puede ganar es en la venta, y que cada vez que le rebaja algo al obrero, no será ya la sociedad, sino él mismo quien deba devolvérselo como socorro. Actualmente, el manufacturero seduce al obrero mediante un salario miserable, y lo obliga a arriesgar su salud en un aire mefítico, en el polvo del algodón o en los vapores del mercurio; pero entonces aprenderá a pagar luego en otras tantas jornadas de hospital. Actualmente, el manufacturero, después de haber llamado a numerosas familias para que trabajen en beneficio suyo, las deja de repente sin empleo, porque ha descubierto que una máquina de vapor puede realizar todo el trabajo que ellas hacían; pero entonces aprendería que la máquina de vapor no produce ninguna economía, si todos los hombres que antes trabajaban no encuentran la manera de seguir trabajando, y si él se ve obligado a sostenerlos en el hospital mientras calienta sus hornos. Esta carga, que recaería sobre él solo, sería de la más estricta justicia, puesto que en la situación actual obtiene una ganancia a base de la vida de los hombres, y arroja sobre las espaldas de la sociedad todos los perjuicios que de ello resultan. Si los salarios que paga son suficientes, si pueden sostener a los obreros de su fábrica no sólo durante su edad viril, sino también durante su infancia, durante su vejez y durante sus enfermedades; si las operaciones que les enco-

mienda no son malsanas; si las máquinas que inventa no hacen otra cosa, según lo asegura él mismo, que dar ocasión para poner en ejercicio una cantidad mayor de trabajo, entonces la responsabilidad que se hace recaer sobre él solo no será ninguna carga, y ciertamente no tendrá ningún motivo para quejarse. Si es onerosa, su industria es por ello mismo una industria insostenible; más vale que renuncie a ella, y no que haga soportar a la sociedad las pérdidas que de ella resulten.

Pero no basta que esta medida sea de la más rigurosa justicia, para eliminar las grandísimas dificultades que presenta en el momento de su ejecución. Por una parte, la extensión del mercado, para los objetos manufacturados, expondría a los obreros de una provincia a volver a ser una carga para su patrón, a consecuencia de algún cambio ocurrido en el sistema de producción a cien leguas de distancia; por otra parte, las revoluciones del comercio arruinan a menudo a esos mismos patrones de los cuales se pide justamente que suministren un socorro; por último, se correría el peligro de que las corporaciones nuevas resuciten los privilegios de las antiguas, y ejerzan como ellas una verdadera tiranía sobre sus subordinados.

Otra de las dificultades de esta legislación nueva —pero una dificultad a la cual es forzoso hacer frente—, sería la de situar convenientemente el derecho de prohibir a los obreros el matrimonio. Este derecho es una consecuencia del compromiso que contraen quienes emplean a un obrero, de asegurar su subsistencia; los patrones desempeñan con respecto a los trabajadores las funciones de padres de familia, y a ellos les toca juzgar si habrá demanda de trabajo, y, por lo tanto, posibilidad de subsistencia, para una población nueva. No será fácil impedir que la negativa de los patrones a consentir en el matrimonio de sus obreros exponga frecuentemente a éstos a pequeñas injusticias, a actos arbitrarios o tiránicos; pero, por otra parte, una vez adoptado el obrero por su fábrica, una vez casado con el consentimiento de su corporación, habrá asegurado la existencia de su familia; su estado será para él una propiedad, una herencia que lo pondrá para siempre a salvo de toda inquietud y de toda necesidad. Desgraciadamente, no está en la mano de ninguna legislación el eximir al pobre de toda preocupación, de todo sufrimiento o incluso de toda injusta dependencia; pero tal vez se haya hecho ya mucho por su felicidad cuando se ha restablecido para él la esperanza, y cuando en lugar de esa condición uniformemente precaria a la cual está hoy condenado, se le muestra como objeto de sus anhelos un período de descanso y de holgura a la cual puede hacerlo llegar su buena conducta.

Me parece también que ya es mucho el haber indicado dónde está el principio, dónde está la justicia. Hay todavía un largo trecho entre eso y una ley sabia, pero cuando menos se sabe hacia qué meta debe enderezarse la legislación. Esta legislación no podrá ser la misma en todos los países, y tal vez debería variar asimismo para cada oficio; pero aunque fuera muy incompleta y estuviera muy llena de vicios, les daría siempre a los manufactureros un interés más conforme al de la

sociedad y los obligaría a aguzar su ingenio para encontrar los medios de asegurarse el trabajo de los obreros, de interesarlos en la propiedad y en la economía, de convertirlos, finalmente, en hombres y ciudadanos, todos los países, y tal vez debería variar asimismo para cada oficio; cuando lo que hacen en nuestros días es esforzarse por convertirlos en simples máquinas.

Sin duda, el efecto de un cambio tan grande en la legislación, al disminuir rápidamente esa clase de obreros que porfían los unos contra los otros por ver quién puede prescindir mejor hasta de lo indispensable para la vida, y al obligar a cada industria a resistir con sus propios recursos las pérdidas que haya atraído sobre sí misma por una producción inoportuna, consistiría en hacer reconocer muy pronto que varias manufacturas de las cuales se juzga que producen ganancias, en realidad iguales y aun superiores a sus pretendidas utilidades. Sin duda se seguiría de ello que más de un país, que ahora vive sólo de la industria vería clausurarse sucesivamente varias de sus fábricas, y que la población de las ciudades, que se ha acrecentado en forma desmesurada, no tardaría en disminuir, a la vez que la población de los campos comenzaría a aumentar de nuevo.

Un Estado debe acoger con agradecimiento las industrias nuevas que se desarrollan a impulsos de las necesidades de los consumidores, pero también debe dejar que se marche la industria que decide cerrar sus puertas, sin hacer esfuerzos por retenerla. Todos los favores que el gobierno le concede, todos los sacrificios que hace para sostenerla en su decadencia, no sirven sino para prolongar el sufrimiento de los patrones o de los obreros, y no salvan a la manufactura moribunda sino a expensas de aquellos mismos a quienes ésta debe hacer vivir.

Una sola nación, es verdad, se encuentra actualmente en esa condición forzada; una sola nación ve contrastar incesantemente su riqueza aparente con la espantosa miseria de la décima parte de su población, reducida a vivir de la caridad pública. Pero esta nación, tan digna por varios conceptos de ser imitada, tan deslumbradora en sus mismos defectos, ha seducido con su ejemplo a todos los hombres de estado del continente. Y, si las presentes reflexiones no pueden ya serle útiles a ella, por lo menos estimaré haber servido a la humanidad y a mis compatriotas al señalar los peligros que hay en el camino que ella recorre, y al demostrar, por su experiencia misma, que si se hace descansar toda la economía política sobre el principio de una competencia sin límites, ello equivale a autorizar los esfuerzos de cada cual contra la sociedad, y sacrificar el interés de la humanidad a la acción simultánea de todas las codicias individuales.

Pierre Joseph Proudhon

Las fechas de nacimiento y muerte de este autor son 1809 y 1865. Puede considerarse a Pierre Joseph Proudhon de origen campesino. Su padre fue un honrado elaborador de cerveza en pequeña escala. Proudhon fue en sus años mozos tipógrafo y corrector de pruebas. Desde entonces leyó todo lo que caía en sus manos: a Fourier, Kant. Hegel, Say y los principales y los clásicos ingleses. Fue un caso típico de autodidactismo. Proudhon puede ser clasificado como periodista, sociólogo, filósofo y economista.

Su primer libro titulado *Qu'est-ce que la propieté? (¿Qué es la propiedad?)* apareció en 1840 y le dio gran celebridad. Tenía entonces 31 años.

Entre las obras de Proudhon, además de la citada, se encuentran:

Systeme des contradictions économiques ou philosophie de la misere (1846);

Confessions d'un rèvolutionaire pour servir a l'histoire de la Rèvolution de Février (1849);

Révolution sociale démontée par le coup d'Etat (1849);

La justice dans la Rèvolution et dans l'Eglise (1858);

La guerre et la paix (1861);

Capacité politique des classe ouvrières (1865).

Karl Marx contestó al *Système des contradictions économiques ou Philosophie de la misere*, con otro libro que tituló *Miseria de la filosofía* en el cual critica a Proudhon con severa ironía, en párrafos como este:

> Quiere ser la síntesis y es un error compuesto. Quiere planear un nombre de la ciencia por encima de los burgueses y los proletarios, y no es más que el pequeño burgués zarandeado constantemente en el capital y el trabajo, entre la economía política y el comunismo.

Tomado de Armand Cuviller, *Proudhon*, traducción de Mª Luisa Díez-Canedo, pp. 212-232 y 236-241, Fondo de Cultura Económica, México, 1939.

La propiedad

Emprendo la tarea de discutir el principio mismo de nuestro gobierno y de nuestras instituciones, la propiedad: estoy en mi derecho; puedo equivocarme en la conclusión que haya de salir de mis investigaciones: estoy en mi derecho; me place poner al principio el pensamiento último de mi libro: estoy en mi derecho.

Tal autor enseña que la propiedad es un derecho civil, nacido de la ocupación y sancionado por la ley; tal otro sostiene que es un derecho natural que tiene sus fuentes en el trabajo: y estas doctrinas, por opuestas que parezcan, encuentran aliento, son aplaudidas. Yo pretendo que ni el trabajo ni la ocupación ni la ley pueden crear la propiedad; que la propiedad es un efecto sin causa: ¿merezco reprensión?

¡Cuántos murmullos se levantan!

¡La propiedad es el robo! ¡He aquí el toque de rebato del 93! ¡He aquí el zafarrancho de las revoluciones! . . .

Tranquilícese, lector, no soy agente de discordia, botafuego de sedición. Me anticipo a la historia en algunos días; expongo una verdad cuya manifestación tratamos en vano de detener; escribo el preámbulo de nuestra futura Constitución. Esta definición que os parece blasfematoria; *la propiedad es el robo,* sería el hierro que atrae el rayo si nuestras preocupaciones nos dejasen oírlo; pero, cuántos intereses, cuántos prejuicios se oponen... ¡Ay! La filosofía no ha de cambiar el curso de los acontecimientos: los destinos se realizarán independientemente de la profesía: por otra parte, ¿No es necesario que se haga justicia y que nuestra educación se complete?

¿Es justa la propiedad?

Todo el mundo contesta sin titubear: sí, la propiedad es justa. Digo todo el mundo porque hasta ahora nadie me parece que ha contestado

con pleno conocimiento: no. Tampoco era fácil dar una respuesta motivada; sólo el tiempo y la experiencia podían traer una solución. Actualmente esta solución está dada; a nosotros nos toca entenderla. Yo intento demostrarla.

He aquí de qué manera vamos a proceder a esta demostración:

1. Nosotros no disputamos, no refutamos a nadie, no discutimos nada, aceptamos como buenas todas las razones alegadas en favor de la propiedad y nos limitamos a buscar su principio, con el fin de comprobar después si ese principio está fielmente expresado por la propiedad. En efecto, la propiedad, no pudiendo ser difundida más que como justa, la idea o por lo menos la intención de justicia, debe necesariamente encontrarse en el fondo de todos los argumentos que se han presentado en pro de la propiedad: como, por otra parte, la propiedad no se ejerce más que sobre cosas materialmente apreciables, objetivándose la justicia misma, por así decirlo, secretamente, debe aparecer bajo una fórmula enteramente algebraica. Por este método de examen llegamos en seguida a reconocer que todos los razonamientos imaginados en defensa de la propiedad, *sean los que fueren*, concluyen siempre, y necesariamente, en la igualdad, es decir, en la negación de la propiedad.

Esta primera parte comprende dos capítulos: uno, relativo a la *ocupación*, fundamento de nuestro derecho; otro, relativo al *trabajo* y al *talento*, considerados como causas de propiedad y desigualdad social.

La conclusión de estos dos capítulos será, por un lado, que el derecho de ocupación *impide* la propiedad; y, por otro, que el derecho del trabajo la *destruye*.

2. Habiéndose, pues, concebido necesariamente la propiedad bajo la razón categórica de igualdad, tenemos que investigar por qué, a pesar de esta necesidad de lógica, la igualdad no existe. Esta nueva investigación comprende también dos capítulos: en el primero, considerando el hecho de la propiedad en sí mismo, veremos si este hecho es real, si existe, si es posible; porque implicaría contradicción el que dos fórmulas socialistas opuestas, la igualdad y la desigualdad, fuesen una y otra posibles. Entonces es cuando descubrimos, cosa singular, que en verdad la propiedad puede manifestarse como accidente, pero que, como institución y principio, es matemáticamente imposible.

La ocupación no sólo conduce a la igualdad; *impide la propiedad*. Porque, puesto que todo hombre, por el sólo hecho de existir, tiene derecho de ocupar y, para su vida, no puede prescindir de una materia de explotación y trabajo; y puesto que, por otra parte, el número de ocupantes varía de continuo a causa de los nacimientos y muertes, resulta que la porción de materia a la que cada trabajador puede pretender varía según el número de ocupantes; por consiguiente, que la ocupación está siempre subordinada a la población; por último,

que la posesión en derecho, no pudiendo permanecer nunca fija, es imposible, de hecho, que se convierta en propiedad.

Todo ocupante es, por lo tanto, necesariamente poseedor o usufructuario, cualidad que excluye la de propietario. Ahora bien, tal es el derecho del usufructuario: es responsable de la cosa que se le confía; debe usar de ella conforme a la utilidad general con el propósito de conservarla y desarrollarla; no es dueño de transformarla, de aminorarla o desnaturalizarla; no puede dividir el usufructo de manera que otro explote la cosa mientras él recoge el producto; en una palabra, el usufructuario está colocado bajo la vigilancia de la sociedad, sometido a la condición del trabajo y a la ley de la igualdad.

Por ahí se encuentra aniquilada la definición romana de la propiedad; derecho de uno y de abuso, inmoralidad nacida de la violencia, la pretensión más monstruosa que hayan sancionado las leyes civiles. El hombre recibe su usufructo de manos de la sociedad, única poseedora de manera permanente: el individuo pasa, la sociedad no muere nunca.

¡Qué honda repugnancia se apodera de mi alma al discutir tan triviales verdades! ¿Dudamos hoy de estas cosas? ¿Habrá que armarse una vez más para lograr su triunfo y, en defecto de la razón, podrá la fuerza sola introducirlas en nuestras leyes?

El derecho a ocupar es igual para todos.

Como la medida de la ocupación no reside en la voluntad, sino en las condiciones variables del espacio y del número, la propiedad no puede formarse.

¡Esto es lo que ningún código ha expresado jamás, lo que ninguna Constitución puede admitir! ¡Éstos son los axiomas que rechazan el derecho civil y el derecho de gentes!

Pero ya oigo las reclamaciones de los partidarios de otro sistema: "¡El trabajo! ¡El trabajo es lo que hace la propiedad!"

Los partidarios del trabajo no se dan cuenta de que su sistema está en contradicción absoluta con el código, todos los artículos, todas las disposiciones del cual, suponen la propiedad fundada en el hecho de la ocupación primitiva. Si el trabajo, a causa de la apropiación que de él resulta, es lo único de que nace la propiedad, el código civil miente, la Carta es una contraverdad, todo nuestro sistema social una violación del derecho. Esto es lo que se pondrá de manifiesto con la más clara evidencia, por la discusión a la que vamos a dedicarnos en este capítulo y en el siguiente, tanto sobre el derecho del trabajo como sobre el hecho mismo de la propiedad. Veremos a la vez, por una parte, a nuestra legislación en oposición consigo misma, y, por otra, a la nueva jurisprudencia en oposición tanto con su principio como con la legislación.

He dicho por adelantado que el sistema que funda la propiedad en el trabajo implica, igualmente que el que la funda en la ocupación, la igualdad de fortunas; el lector debe estar impaciente por ver cómo

de la desigualdad de talentos y de facultades, puedo hacer salir esta ley de igualdad: en seguida quedará satisfecho. Pero conviene que llame un instante su atención sobre este incidente notable del proceso, a saber, la sustitución del trabajo a la ocupación como principio de la propiedad: y que pase revista rápidamente a unos cuantos prejuicios que los propietarios tienen costumbre de invocar, que la legislación consagra y que el sistema de trabajo arruina de pies a cabeza.

¿Nunca has asistido, lector, al interrogatorio de un acusado? ¿Has observado sus artificios, sus rodeos, sus huidas, sus distinciones, sus equívocos? Derrotado, confundido en todo lo que alega, perseguido, como una fiera, por el inexorable juez, acosado de hipótesis en hipótesis, afirma, se corrige, de desdice y se contradice; agota todas las estratagemas de la dialéctica, mil veces más sutil y más ingenioso que el que inventó las setenta y dos formas del silogismo. Así el propietario obligado a justificar su derecho: primero se niega a contestar, lanza exclamaciones, amenaza, desafía; luego, obligado a aceptar el debate, se acoraza con sutilezas, se rodea de una formidable artillería cruzando los fuegos y oponiendo, alternativamente y a un mismo tiempo, la ocupación, la posesión, la prescripción, las convenciones, la costumbre inmemorial y el consentimiento universal. Vencido en este terreno el propietario se revuelve igual que un jabalí herido: hice más que ocupar, exclama con emoción terrible, trabajé, produje, mejoré, transformé, *creé*. Esta casa, estos campos, estos árboles, son obra de mis manos; yo soy quien ha transformado el zarzal en viña y el espino en higuera; soy el que hoy cosecha en tierras de hambre. Aboné el suelo con mis sudores; pagué a estos hombres que, sin el jornal que ganaron conmigo, se hubiesen muerto de hambre. Nadie disputó el trabajo y el gasto, nadie lo compartirá conmigo.

¡Tú trabajaste, propietario! ¿Para qué, pues, hablar de ocupación primitiva? ¡Qué! ¿no estabas seguro de tu derecho, o esperabas engañar a los hombres e ilusionar a la justicia? Apresúrate a que conozcamos tus medios defensivos porque no hay apelación para la sentencia y ya sabes que se trata de restitución.

¡Has trabajado! pero ¿qué hay de común entre el trabajo, al que te obliga el deber, y la apropiación de cosas comunes? ¿Ignoras que el dominio del suelo, igualmente que el del aire y de la naturaleza no puedes prescribir?

¡Has trabajado! ¿nunca hiciste trabajar a los demás? ¿Pues cómo, entonces, has perdido, al trabajar para ti, lo que tú supiste adquirir sin trabajar para ellos?

¡Has trabajado!, enhorabuena; pero veamos tu obra; vamos a contar, pesar, medir. Será el juicio de Baltasar: porque, lo juro por esta balanza, por este nivel y por esta escuadra, que si te apropiaste el trabajo de otro, de cualquier modo que sea, devolverás hasta el último cuarterón.

Vamos a demostrar, por los propios aforismos de la economía política y del derecho, es decir, por todo lo que la propiedad puede objetar con argumentos más espaciosos:

1º Que el trabajo por sí mismo no tiene, sobre las cosas de la naturaleza, ningún poder de apropiación;

2º Que reconociendo, sin embargo, este poder al trabajo, se llega a la igualdad de las propiedades, cualesquiera que sean por lo demás, la clase de trabajo, la rareza del producto y la desigualdad de las facultades productivas;

3º Que, en el orden de la justicia, el trabajo *destruye* la propiedad.

1º Desde el momento en que Ch. Comte, el apóstol de la propiedad y el panegirista del trabajo, supone una enajenación de territorio por parte del gobierno, no hay que creer que haga tal suposición sin tener motivo y por supererogación; tenía necesidad de ello. Como rechazaba el sistema de ocupación y además sabía que el trabajo no hace el derecho, sin el permiso previo de ocupar, se vio forzado a referir tal permiso a la autoridad del gobierno, lo que significa que la propiedad tiene por principio la soberanía del pueblo, o, en otros términos, el consentimiento universal. Ya hemos discutido este prejuicio.

Decir que la propiedad es hija del trabajo, dar al trabajo, después, una concesión por medio del ejercicio, es, si no me equivoco, trazar un círculo vicioso. Las contradicciones van a surgir.

"Un espacio de tierra determinado no puede producir alimentos más que para el consumo de un hombre durante un día: si el poseedor, por medio de su trabajo, encuentra el medio de hacerle producir para dos días, el valor se dobla. Este nuevo valor es obra suya, creación suya; no le ha sido arrebatado a nadie; es su propiedad."

Sostengo que el poseedor recibe la paga de su trabajo y de su industria por su doble cosecha, pero que no adquiere derecho ninguno sobre la heredad. Que el trabajador haga suyos los frutos, lo concedo; pero no comprendo que la propiedad de los productos lleve consigo la de la materia. ¿El pescador que, en una misma costa, logra obtener más pescado que sus compañeros, llega a ser propietario, por su habilidad, de los parajes en que pesca? ¿La destreza de un cazador fue considerada alguna vez como título de propiedad sobre la caza de un cantón?

La paridad es perfecta; el cultivador diligente halla en una cosecha abundante y de mejor calidad la recompensa de su industria; si ha hecho mejoras en el suelo tiene derecho a preferencia como poseedor; nunca, en ningún aspecto, puede admitírsele que presente su habilidad de cultivador como título de propiedad del suelo que cultiva.

Para transformar la posesión en propiedad es necesario algo más que el trabajo, sin lo cual el hombre cesaría de ser propietario desde el momento en que cesa de ser trabajador; ahora bien, según la ley lo que hace la propiedad es la posesión inmemorial, indiscutida, en una palabra, la prescripción; el trabajo no es más que el signo sensible,

el acto material por el cual se manifiesta la ocupación. Si, pues, el cultivador sigue siendo propietario después que cesó de trabajar y de producir, si su posesión, primero concedida y después tolerada, llega a hacerse inalienable, es por beneficio de la ley civil y en virtud del principio de ocupación. Tan cierto es esto que no hay contrato de venta, arrendamiento o alquiler ni constitución de renta que no lo suponga ...

"Si hay hombres que consiguen fertilizar un terreno que nada producía, y aun era funesto, como ciertos pantanos, crean, por ello, la propiedad entera."

¿Para qué agrandar la expresión y jugar a los equívocos, como si se quisiera dar el cambiazo? *Crean la propiedad entera;* queréis decir que crean una capacidad productiva que antes no existía; pero está capacidad no puede ser creada más que a condición de una materia que es sostén suyo. La sustancia del suelo sigue siendo la misma; sólo han sido cambiadas sus cualidades y modificaciones. El hombre lo ha credao todo, todo, excepto la materia misma. Ahora bien, yo sostengo que de esta materia no puede tener más que posesión y uno, bajo la condición permanente del trabajo y abandonándole por un momento la propiedad de las cosas que ha producido.

He aquí resuelto el primer punto: la propiedad del producto, aunque se le concediera, no lleva consigo la propiedad del instrumento; esto me parece que no necesita más amplia demostración. Hay identidad entre el soldado, poseedor de sus armas, el albañil, poseedor de los materiales que se le confían, el pescador, poseedor de las aguas, el cazador, poseedor de los campos y los bosques, y el cultivador, poseedor de las tierras: todos serán, si se quiere, propietarios de sus productos; ninguno es propietario de sus instrumentos.

2º He aquí mi proposición: el trabajador conserva, aún después de haber recibido su salario, un derecho natural de propiedad sobre lo que produjo.

Continúa citando a Comte:

"Se emplean obreros para desecar este pantano, para arrancar los árboles y las malezas, en una palabra, para limpiar el suelo: acrecientan su valor, hacen de él una propiedad más considerable; el valor que le añaden se les paga con los alimentos que se les dan y con el precio de sus jornales; la tierra pasa a ser propiedad del capitalista."

Este precio no basta: el trabajo de los obreros ha creado un valor, ahora bien, este valor es propiedad de ellos. Pero no la han vendido ni cambiado, y tú, capitalista, no la has adquirido tampoco. Nada es más justo que tengas un derecho parcial sobre la totalidad por los suministros que hayas hecho y las subsistencias que hayas procurado; has contribuido a la producción, tienes que tener parte en el goce. Pero tu derecho no aniquila el derecho de los obreros que, a pesar tuyo, han sido tus colegas en la obra de producción. ¿Qué hablas de salarios? El dinero con que pagas los jornales de los trabajadores

apenas bastaría para saldar unos años de la posesión perpetua que ellos te abandonan. El salario es el gasto que exige el mantenimiento y la reparación diaria del trabajador; estás equivocado al ver en ello un precio de venta. El obrero no ha vendido nada: no conoce ni su derecho, ni la extensión de la cesión que te hizo, ni el sentido del contrato que pretendes haber firmado con él. Por su parte, ignorancia completa; por la tuya, error y sorpresa por no decir robo y fraude ...

En este siglo de moralidad burguesa, en que he tenido el honor de nacer, el sentido moral se ha debilitado tanto, que nada asombraría oír a más de un honrado propietario preguntarme qué encuentro en todo esto de injusto e ilegítimo. ¡Alma de lodo! ¡Cadáver galvanizado! ¿Cómo puedo esperar convenceros si el robo en acción no os parece manifiesto? Un hombre con palabras melosas e insinuantes encuentra el secreto de obligar a los demás a contribuir para su establecimiento, luego, una vez enriquecido por el esfuerzo común, se niega, en las mismas condiciones que él dictó en persona, a procurar el bienestar de los que hicieron su fortuna: ¡Y preguntáis qué tiene de fraudulenta una conducta semejante! Bajo el pretexto de que ha pagado a sus obreros, de que ya no les debe nada, de que no está para ponerse al servicio de otros mientras le reclaman sus propias ocupaciones, se niega, digo, a ayudar a los otros para que se establezcan, como los otros le ayudaron a él; y cuando esos trabajadores abandonados, en la impotencia de su aislamiento, van a caer en la necesidad, en la impotencia, él, propietario ingrato, bribón próspero, está pronto a consumar la expoliación y la ruina de ellos. ¡Y esto os parece justo! Tened cuidado, leo en vuestras miradas sorprendidas el reproche de una conciencia culpable, más que ingenuo asombro de una ignorancia involuntaria.

El capitalista, se dice, pagó los jornales de los obreros; para ser exactos hay que decir que el capitalista pagó tantas veces un jornal como obreros empleó cada día, lo que no es lo mismo ni mucho menos. Porque la fuerza inmensa que resulta de la unión y la armonía de los trabajadores, de la convergencia y la simultaneidad de sus esfuerzos ésa no la ha pagado. Doscientos granaderos han erigido sobre su base en unas cuantas horas el obelisco de Luksor; ¿se puede suponer que lo hubiera conseguido un solo hombre en doscientos días? Sin embargo, para las cuentas del capitalista la suma de los salarios hubiera sido la misma. Pues bueno, un desierto que cultivar, una casa que construir, una manufactura que explotar, son el obelisco por levantar, la montaña que cambiar de sitio. La más pequeña fortuna, el más flaco establecimiento, el comienzo de la industria más mezquina, exige un concurso de trabajo y de talentos tan diversos, que un hombre solo nunca bastaría. Es asombroso que los economistas no hayan advertido esto ...

Divide et impera: divide y reinarás; divide y te harás rico; divide y engañarás a los hombres, deslumbrarás a su razón y te burlarás de la justicia. Separad uno de otro a los trabajadores y puede ser que el

jornal que se le pague a cada uno sobrepase el valor de cada producto individual: pero no se trata de esto. Una fuerza de mil hombres en actividad durante veinte días se ha pagado como lo sería la fuerza de uno solo durante cincuenta y cinco años; pero la fuerza de los mil hombres ha hecho en veinte días lo que la fuerza de uno solo, repitiendo su esfuerzo durante un millón de siglos no llevaría a cabo: ¿el trato es equitativo? Una vez más, no: aunque hayáis pagado todas las fuerzas individuales no habéis pagado la fuerza colectiva; por consiguiente, siempre queda un derecho de propiedad colectiva que no habéis adquirido y del que gozáis injustamente.

La propiedad es imposible porque exige algo de nada ...

Según Quesnay y los antiguos economistas, toda producción viene a ser la tierra; y, por el contrario, Smith, Ricardo y De Tracy dicen que la producción está en el trabajo. Say, y la mayoría de los economistas que vienen después de él, enseñan que la tierra es productiva, que el trabajo es productivo, y que los capitales son productivos. Esto es el eclecticismo en economía política. La verdad es que NI la tierra es productiva, NI el trabajo es productivo, NI los capitales con productivos; la producción resulta de estos tres elementos igualmente necesarios, pero que tomados separadamente, son igualmente estériles.

En efecto, la economía política trata de la producción, de la distribución y del consumo de las riquezas o de los valores; pero ¿de qué valores? De los valores producidos por la industria humana, es decir, de las transformaciones que el hombre ha hecho experimentar a la materia para acomodarla a su uso, y de ningún modo de las producciones espontáneas de la naturaleza. Aunque el trabajo del hombre no consistiera nada más que en tomar algo sencillamente con la mano, no hay valor producido para él mientras no se tome ese trabajo: hasta aquí, la sal del mar, el agua de las fuentes, la hierba de los campos y la madera de los bosques son para él como si no existieran. El mar, sin el pescador y sus redes, no da pescados; el bosque, sin el leñador y su hacha, no suministra ni madera; la pradera, sin el segador, no da ni heno ni retoños. La naturaleza es como una vasta materia de explotación y de producción; pero la naturaleza no produce nada más que para la naturaleza; en el sentido económico, sus productos, con respecto al hombre, no son todavía productos.

Igualmente son improductivos los capitales, las herramientas y las máquinas. El martillo y el yunque, sin herrero y sin hierro, no forjan; el molino, sin molinero y sin grano, no muele; etc. Juntad las herramientas y las materias primas, colocad un arado en un suelo fértil; montad una fragua, encended el fuego y cerrad la tienda; con ello no produciréis nada. Esta observación ha sido hecha por un economista cuyo buen sentido excede la medida de sus colegas:

"Say atribuye a los capitales un papel activo que no está en su naturaleza, porque son instrumentos inertes en sí mismos."

En fin, el trabajo y los capitales reunidos, pero mal combinados, siguen sin producir nada. Labrad un desierto de arena, agitad el agua

de los ríos, pasad por la criba los tipos de imprenta, nada de ello os producirá trigo, pescados ni libros. Vuestro esfuerzo será tan improductivo como lo fue aquel gran trabajo del ejército de Jerjes que, al decir de Heródoto, mandó azotar al Helesponto durante 24 horas, por sus tres millones de soldados, para castigarle por haber roto y dispersado el puente de barcas que el gran rey había mandado construir ...

La gente trabajadora no puede comprar ni las telas que teje, ni los muebles que fabrica, ni los metales que forja, ni las pedrerías que talla, ni las estampas que graba; no puede procurarse ni el trigo que siembra, ni el vino que hace brotar, ni la carne de los animales que cría; no le está permitido vivir en las casas que construye, asistir a los espectáculos que prepara, gozar del descanso que reclama su cuerpo: ¿y por qué? Porque para gozar de todo eso habría que comprarlo a precio de coste y el derecho aduanal no se lo permite. En el rótulo de los suntuosos almacenes que admira su indigencia, el trabajador lee en letras grandes: *Es obra tuya y no es para ti: Sic vos non vobis!*

Todo jefe de manufactura que da trabajo a mil obreros y gana por cada uno un tanto por día es un hombre que prepara la miseria de mil obreros; todo el que goza de un beneficio ha jurado el pacto del hambre. Pero el pueblo ni siquiera tiene ese trabajo, con ayuda del cual la propiedad le hace pasar hambre; ¿y por qué? Porque la insuficiencia del salario obliga a los obreros al acaparamiento del trabajo, y antes de ser diezmados por la escasez se diezman entre sí por la competencia. No nos cansemos de perseguir esta verdad.

Si el salario del obrero no puede comprar producto, resulta que el producto no es hecho para el productor, entonces, ¿para quién se reserva? Para el consumidor más rico, es decir, para una fracción sólo de la sociedad ...

Sistema de las contradicciones económicas o Filosofía de la miseria, traducción de Alejandro Bou, pp. 43-52, Aguilar, Madrid, 1932.

Del valor

1. OPOSICIÓN DEL VALOR DE "UTILIDAD" Y DEL VALOR DE "CAMBIO"

El *valor* es la piedra angular del edificio económico. El divino artista que nos encargó de la continuación de su obra no se la explicó a nadie: pero, según ciertos indicios, se conjetura. El valor, en efecto, presenta dos caras: una, que los economistas denominan valor *en uso* o valor en sí; otra, valor *en cambio* o de opinión. Los efectos que produce el valor bajo ese doble aspecto, y que son muy irregulares en tanto que no está constituido, cambian totalmente por esa constitución.

Luego el objeto y el fin de la economía política está en saber en qué consiste la correlación valor *útil* o valor de *cambio*, qué hay que entender por valor *constituido* y por qué peripecias se opera esa constitución. Suplico al lector que ponga toda su atención en lo que sigue, siendo éste el único capítulo de la obra que exigirá por su parte un poco de buena voluntad. Por mi parte, me esforzaré en ser cada vez más sencillo y claro.

Todo lo que puede servirme de alguna utilidad tiene para mí valor, y soy tanto más rico cuanto más abundante es la cosa útil, en esto no existe dificultad. La leche y la carne, los frutos y las semillas, la lana, el azúcar, el algodón, el vino, los metales, el mármol, la tierra; en fin, el agua, el aire, el fuego, el sol, son, respecto a mí, valores en uso, valores por su naturaleza y destino. Si todas las cosas que sirven para mi existencia fuera tan abundante como algunas de ellas, por ejemplo, la luz; en otros términos, si la cantidad de cada especie de valores fueran inagotable, mi bienestar se hallaría asegurado para siempre; ya no tendría que trabajar, ni siquiera tendría que pensar en ello. En ese estado, existiría siempre *utilidad* en las cosas, pero no sería una verdad el decir que ellas valen; porque el valor, tal como

lo veremos muy pronto, indica un beneficio esencialmente social, y tan sólo por el cambio, efectuando una especie de retorno de la Sociedad a la Naturaleza, es como hemos adquirido la noción de utilidad. Todo el desarrollo de la civilización se apoya, pues, en la necesidad en que se encuentra la raza humana de provocar incesantemente la creación de nuevos valores, así como los males de la sociedad tienen su causa primera en la lucha perpetua que sostenemos contra nuestra propia inercia. Quitad al hombre esa necesidad que le obliga a pensar y le mueve a la vida contemplativa, y el contramaestre de la Creación ya no valdría más que el primero de los cuadrúpedos.

Mas ¿cómo se transforma el valor de utilidad en valor de cambio? Porque es preciso advertir que las dos clases de valores, aunque contemporáneas en el pensamiento (ya que la primera no se percibe más que en ocasión de la segunda), sostiene, sin embargo, una relación de sucesión: el valor de cambio viene dado por una especie de reflejo del valor útil, como los teólogos enseñan que en la Trinidad, el Padre, contemplándose en su eternidad, engendra el Hijo. Esta generación de la idea de valor no ha sido estudiada por los economistas con bastante cuidado; importa, pues, que nos detengamos en ella.

Puesto que entre los objetos de que tengo necesidad, un gran número de ellos no se encuentran en la naturaleza sino en cantidad mediocre, o no se encuentran en absoluto, me veo obligado a ayudar a la producción de aquello que me falta; y como no puedo echar una mano a tantas cosas, propondré a otros hombres, mis colaboradores en diversas funciones, que me cedan una parte de sus productos a cambio del mío. Tendré, pues, en cuanto al producto particular mío, siempre más de lo que necesite para mi consumo, así como mis semejantes tendrán también, de los suyos respectivos, más de lo que necesiten. Esa convención táctica se cumple por el *comercio*. En esta ocasión haremos observar que la sucesión lógica de las dos especies de valores aparece mucho mejor en la historia que en la teoría, habiendo pasado los hombres millares de años disputándose los bienes naturales (y esto es lo que denomina *comunidad primitiva*); antes de que su industria haya dado lugar a cambio alguno.

Sentado eso, diremos que la capacidad que todos los productos, sean naturales o sean industriales, tienen para servir a la subsistencia del hombre, se denomina particularmente *valor de cambio*. En el fondo es la misma cosa, puesto que el segundo caso no hace más que añadir al primero la idea de una sustitución y todo eso puede parecer de una sutileza ociosa; en la práctica, las consecuencias son sorprendentes, y sucesivamente beneficiosas o funestas.

Así, la distinción establecida en el valor viene dada por los hechos y nada tiene de arbitraria; es el hombre a quien corresponde, al estar sujeto a esa ley, hacerla variar en provecho de su bienestar y de su libertad. El trabajo, según la acertada expresión de Walras, es una guerra declarada a la parsimonia de la Naturaleza; es por medio de él cómo se engendran a la vez la riqueza y la Sociedad. No sólo pro-

duce al trabajo incomparablemente mayores bienes que los que nos dé la Naturaleza —así, por ejemplo, se ha visto que sólo los zapateros de Francia producían diez veces más que todas las minas reunidas del Perú, del Brasil y de México—, sino que el trabajo a causa de las transformaciones que ha hecho sufrir a los valores naturales, extendiendo y multiplicando hasta el infinito sus derechos, hace que toda riqueza, poco a poco y a fuerza de pasar por la hilera industrial, vuelva de nuevo por entero a aquél que la crea, y nada o casi nada queda para el poseedor de la materia prima.

Tal es, pues, la marcha del desarrollo económico; en el primer momento, apropiación de la tierra y de los valores naturales; después, asociación y distribución por el trabajo hasta una completa igualdad. Los abismos abundan en nuestro camino, la cuchilla está suspendida sobre nuestras cabezas; pero para conjurar todos los peligros tenemos la razón, y la razón es la omnipotencia.

Resulta, de la relación del valor útil al cambiable, que si, por accidente o malevolencia, fuera prohibido el cambio a uno de los productores, o si la utilidad de su producto cesara de pronto, a pesar de tener sus almacenes llenos nada poseería. Y cuantos más sacrificios hubiera hecho y más deseos de producir hubiese desplegado, más profunda sería su miseria. Si la utilidad del producto, en vez de desaparecer por completo, disminuyera tan sólo, cosa que puede ocurrir de cien distintas maneras, el trabajador, en vez de ser víctima de la decadencia y verse arruinado por una súbita catástrofe, no estará más que empobrecido; obligado a entregar una gran cantidad de su valor por una débil cantidad de valores ajenos, su subsistencia quedará reducida en una proporción igual al déficit de su venta, lo que le conduciría por grados de la vida fácil a la extenuación. Si, finalmente, la utilidad del producto creciera, o si la producción llegara a ser menos costosa, la balanza del cambio giraría con ventaja para el productor, cuyo bienestar podría así salir de la mediocridad laboriosa a la opulencia ociosa. Ese fenómeno de depreciación y de enriquecimiento se manifiesta bajo mil formas y mediante mil combinaciones; y en esto consiste el juego pasional e intrigado del comercio y de la industria; es esta lotería llena de asechanzas la que creen los economistas que debe durar eternamente, y cuya supresión solicita, sin saberlo, la Academia de ciencias morales y políticas, cuando, bajo los nombres de beneficio y de salario pide que se concilie el valor útil y el valor de cambio, es decir, que se encuentre el medio de haber que todos los valores útiles sean igualmente cambiables y, viceversa, todos los valores cambiables igualmente útiles.

Los economistas han hecho resaltar muy bien el doble carácter del valor; pero lo que no han mostrado con la misma limpieza es su contradictoria naturaleza. Y aquí comienza nuestra crítica.

La utilidad es la condición necesaria del cambio, pero, prescindid del cambio, y la utilidad se hace nula; estos dos términos están indisolublemente ligados ¿Dónde aparece, pues, la contradicción?

Puesto que todos, en cuanto somos, no subsistimos más que por el trabajo y el cambio, y somos tanto más ricos cuanto más producimos y cambiamos, la consecuencia, para cada uno, es que cada cual produzca todo lo más posible de valor útil, a fin de aumentar en igual proporción sus posibilidades de cambios, y por tanto sus alegrías. Pues bien, el primer efecto, inevitable de la multiplicación de los valores es envilecerlos; cuando más abunda una mercancía, más pierde en el cambio y más se desprecia comercialmente. ¿No es cierto que existe contradicción entre la necesidad del trabajo y sus resultados?

Conjunto al lector, antes de proseguir buscando la explicación, a que fije su atención en el hecho.

Un campesino que ha cosechado veinte sacos de trigo y que se propone comérselos con su familia, se juzga dos veces más rico que si no hubiera recogido más que diez; de un modo parecido, una dueña de casa que ha tejido cincuenta varas de tela, se cree dos veces más rica que si no hubiera tejido más que veinticinco. Relativamente a la vida de familia, tienen razón uno y otra; pero desde el punto de vista de sus relaciones exteriores, pueden engañarse de medio a medio. Si la cosecha de trigo es doble en todo el país, veinte sacos se venderán en menos que los diez si la cosecha hubiera sido la mitad; como también, en caso parecido, las cincuenta varas de tela valdrá menos que veinticinco. De suerte que el valor decrece según aumenta la producción de utilidad, y un productor puede llegar a la indigencia a pesar de enriquecerse cada vez más. Y eso parece no tener remedio, puesto que el único modo de evitarlo sería que los productos industriales se pudieran dividir todos, como el aire y la luz, en cantidad infinita, lo cual es absurdo. ¡Dios de mi razón!, se hubiera dicho Juan Jacobo: no son los economistas los que desatinan, es la misma economía política la que es infiel a sus definiciones: *Mentita est iniquitas, sibi.*

En los ejemplos que preceden, el valor útil supera al valor cambiable; en los otros casos es menor. Entonces se producen, el mismo fenómeno, pero en sentido inverso; la balanza es favorable al productor y es el consumidor el que sale perjudicado. Es lo que sucede claramente en las épocas de escasez, en que el alza de las subsistencias tiene siempre algo de ficticio. Existen también profesiones en las que todo el mérito consiste en dar a una utilidad mediocre, sin la cual podría pasarse muy bien, un valor de opinión exagerado; tales son en general las artes suntuarias. El hombre, por su pasión estética, está ávido de futilidades, cuya posesión satisface grandemente su vanidad, su innato gusto por el lujo y su amor, más noble y más respetable, de lo bello; y en eso es en lo que especulan los proveedores de esa clase de objetos.

Imponer la fantasía y la elegancia no es cosa ni menos odiosa ni menos absurda que establecer impuestos sobre la circulación; pero ese impuesto es percibido por algunos contratistas en boga, a quienes protege el capricho general, y cuyo único mérito es muy a menudo falsear

el gusto y hacer que nazca la inconstancia. Desde entonces nadie se queja; y todos los anatemas de la opinión se reservan para los monopolizadores que, a fuerza de talento, logran elevar algunos céntimos el precio de las telas y del pan.

Es poco haber señalado, en el valor útil y en el valor cambiable, ese sorprendente contraste, en el que los economistas están acostumbrados a ver algo muy sencillo; es preciso demostrar que esa pretendida sencillez oculta un profundo misterio que tenemos el deber de penetrar.

Requiero, pues, a todo economista serio a que me diga, de otro modo que traduciendo o repitiendo la pregunta, por qué causa decrece el valor a medida que la producción aumenta; y recíprocamente, qué es lo que hace crecer el valor a medida que el producto disminuye. En términos técnicos, el valor útil y el valor de cambio, necesarios una a otro, están en razón inversa uno de otro; y pregunto, ¿por qué la rareza y no la utilidad es sinónimo de caro? Porque, hagámoslo notar bien, el alza y la baja de las mercancías son independientes de la cantidad de trabajo empleado en la producción; y el mayor o menor coste de ellas no sirve de nada para explicar las variaciones de precio. El valor es caprichoso como la libertad; no considera ni la utilidad ni el trabajo; lejos de eso, parece que, en el curso ordinario de las cosas, y dejando aparte ciertas perturbaciones excepcionales, los objetos más útiles son siempre aquellos que deben venderse a más bajo precio; en otros términos, es justo que los hombres que trabajen con mayor afán sean los mejor retribuidos, y los que vierten en su trabajo sangre y sudor, los que lo están peor. De tal modo que siguiendo el principio hasta sus últimas consecuencias, se llegaría a concluir, con la mayor lógica del mundo, que las cosas cuyo empleo es necesario y en cantidad infinita, deben tener un precio inestimable. Pero, para colmo de dificultades, la práctica no admite en manera alguna tales extremos; por una parte, ningún producto humano sabría llegar hasta el infinito en grandeza; por otra, hasta las cosas más raras tienen necesidad de ser útiles en un grado cualquiera, sin lo cual no tendrían ningún valor de cambio, quedan, pues, fatalmente encadenados uno a otro, aunque por su naturaleza tienden continuamente a excluirse.

No cansaré al lector con la refutación de las logomaquias que podrían presentarse para aclarar el tema; acerca de la contradicción inherente a la noción de valor no existe causa asignable ni explicación posible. El hecho de que trato es uno de esos que se denominan primitivos, es decir, que pueden servir para explicar otros, pero que en sí mismos, como los cuerpos denominados simples, son insolubles. Tal es el dualismo del espíritu y de la materia. El espíritu y la materia son dos términos que, tomados separadamente, indican cada uno una vista especial del espíritu, pero sin responder a realidad alguna. Asimismo, dada la necesidad que tiene el hombre de una gran variedad de productos, los que obligadamente ha de procurarse con su trabajo, la

oposición del valor útil al valor cambiable existe necesariamente, y de esa oposición resulta una contradicción en el umbral mismo de la economía política. Ninguna inteligencia, ninguna voluntad, ni divina ni humana, sabría impedirlo.

Así, en vez de buscar una explicación quimérica, contentémonos con comprobar la necesidad de la contradicción.

Cualquiera que sea la abundancia de valores creados y la proporción en que se cambien, para que cambiemos nuestros productos hace falta, si eres *el que solicita*, que mi producto te convenga, y si eres *el que ofrece*, que yo acepte el tuyo. Porque nadie tiene derecho a imponer a otro su propia mercancía; el único que puede juzgar la utilidad, o lo que viene a ser lo mismo, la necesidad, es el comprador. Luego en el primer caso, tú eres árbitro de la conveniencia, y en el segundo el árbitro soy yo. Quitad la libertad recíproca, y el cambio ya no será el ejercicio de la solidaridad industrial, sino una expoliación. El comunismo, lo diremos de paso, jamás triunfará de esa dificultad.

Pero, con la libertad, la producción continúa siendo necesariamente indeterminada, ya sea en cantidad, ya sea en calidad, si bien desde el punto de vista del progreso económico, como desde el de la conveniencia de los consumidores, la estimación del valor permanece eternamente arbitraria y siempre quedará flotando el precio de las mercancías. Supongamos por un momento que todos los productos vendan a precio fijo; y habrá quien, produciendo a mejor precio o mejor calidad, ganará mucho, mientras que los otros no ganarán nada. De todas maneras, el equilibrio se habrá roto.

¿Se quiere limitar la producción a lo más indispensable, a fin de detener el estancamiento del comercio? Eso es violar la libertad; porque, al quitarme la facultad de elegir, me condenan a pagar un máximo; se destruye la competencia, una de las garantías del precio conveniente, y se provoca el contrabando. Así, para impedir la arbitrariedad comercial, os lanzaréis a la arbitrariedad administrativa; para crear la igualdad, destruiréis la libertad, lo cual es la negación de la misma igualdad. ¿Agruparéis a los productores en un taller único, suponiendo que poseáis el secreto para ello? Esto no bastaría aún; os sería preciso agrupar también a los consumidores en una casa común; pero entonces os apartaríais de la cuestión. No se trata de abolir la idea de valor, cosa tan imposible como abolir el trabajo, sino de determinarla; no se trata de matar la libertad individual, sino de socializarla. ¿Luego está probado que es el libre albedrío del hombre el que da lugar a la oposición, en tanto que subsista el libre albedrío? y ¿cómo sacrificar éste, a menos de sacrificar también al hombre?...

Pues sólo porque en mi calidad de comprador libre soy juez de mis necesidades y juzgo de la conveniencia del objeto y el precio que le quiero atribuir; y, por otra parte, en su cualidad de productor libre,

eres dueño de elegir los métodos de ejecución y, en consecuencia, tienes la facultad de reducir gastos, la arbitrariedad se introduce forzosamente en el valor y lo hace oscilar entre la utilidad y la opinión.

Pero esa oscilación, perfectamente señalada por los economistas, no es sino el efecto de una contradicción que, en mayor escala, engendra los más inesperados fenómenos. Tres años de fertilidad, en ciertas provincias de Rusia, son una calamidad pública, así como en nuestras viñas, tres años de abundancia son una calamidad para el viticultor. Los economistas, lo sé bien, atribuyen ese apuro a la falta de salida, y por eso entre ellos es una cuestión de importancia ésa de la salida de los productos. Desgraciadamente ha sido esa teoría de la salida, así como la de la emigración, la que se ha querido oponer a Malthus; es una petición de principio. Los Estados mejor dotados de salidas para sus productos están sujetos a la sobreproducción lo mismo que los más aislados; ¿hay otro lugar donde la baja y el alza sean más conocidos que en las Bolsas de París y de Londres?

De las oscilaciones del valor y de los irregulares efectos que de ello se desprenden, socialistas y economistas, cada uno por su lado, han deducido consecuencias opuestas, pero igualmente falsas; los primeros han hecho de ello motivo para calumniar a la economía política y excluirla de la ciencia social; los otros, para rechazar toda posibilidad de conciliación entre los términos y afirmar como ley absoluta del comercio la inconmensurabilidad de los valores, partiendo de la desigualdad de fortunas.

Y yo digo que por ambas partes el error es igual.

Primero. La idea contradictoria del valor, si bien aclarada por la distinción inevitable del valor útil y valor en cambio, no procede de una falsa apreciación del espíritu, ni de una terminología viciosa, ni de ninguna aberración de la práctica; es íntima de la naturaleza de las cosas, y se impone a la razón como forma general del pensamiento, es decir, como categoría. Luego como el concepto de valor es el punto de partida de la economía política, se deduce que todos los elementos de la ciencia —empleo la palabra ciencia por anticipado— son contradictorios en sí mismos y opuestos entre sí, si bien en cada cuestión el economista se encuentra inmediatamente situado entre una afirmación y una negación igualmente irrefutables. La *antinomia* en fin, sirviéndome de la palabra consagrada por la filosofía moderna, es el carácter esencial de la economía política, es decir, a la vez su sentencia de muerte y su justificación.

ANTINOMIA

Literalmente *contraley*, quiere decir oposición en el principio o antagonismo en la relación, como la contradicción *antilogia* indica oposición o contrariedad en los discursos. La antinomia —pido perdón por entrar en estos pormenores de escolástica, pero poco familiares aún

a la mayor parte de los economistas— es la concepción de una ley de doble faz, positiva una, negativa la otra; tal es por ejemplo, la ley denominada atracción, que hace girar a los planetas en torno del Sol, y que los geómetras han descompuesto en fuerza centrípeta y fuerza centrífuga. Tal es también el problema de la divisibilidad de la materia hasta el infinito, que Kant ha demostrado podría ser negada y afirmada sucesivamente mediante argumentos de igual modo plausibles e irrefutables.

La antinomia no hace más que expresar un hecho y se impone imperiosamente a la imaginación; la contradicción propiamente dicha es un absurdo. Esta distinción entre la antinomia *(contra lex)* y la contradicción *(contra dictio)* demuestra en qué sentido ha podido decirse que el argumento de contradicción, en un cierto orden de ideas y de hechos no tiene el mismo valor que en matemáticas.

En estas últimas es de regla que si se ha demostrado que una proposición inversa es verdadera, y recíprocamente. Tal es incluso el gran medio de demostración matemática. En economía social, no sucede así; veremos, por ejemplo, que habiéndose demostrado que la propiedad es falsa por sus consecuencias, la fórmula contraria, la comunidad, no es por eso verdadera, sino que es negable al mismo tiempo y con el mismo título que la propiedad. ¿Se sigue de eso, como se ha dicho con un énfasis asaz radículo, que toda verdad, toda idea, procede de una contradicción, es decir, de una cosa cualquiera que se afirma y se niega en el mismo momento y con el mismo punto de vista, y que es preciso arrojar muy lejos la antigua lógica, que hace de la contradicción el signo por excelencia del error? Esa habladuría es digna de los sofistas que sin fe ni buena fe, trabajan para eternizar el excepticismo, a fin de sostener su impertinente inutilidad. Como la antinomia, tan pronto como es desconocida, conduce infaliblemente a la contradicción, se las ha tomado a una por otra, sobre todo en francés, donde gusta designar cada cosa por sus efectos. Pero ni la contradicción ni la antinomia que el análisis descubre en el fondo de toda idea sencilla, es el principio de lo verdadero. La contradicción es siempre sinónima de nulidad; en cuanto a la antinomia, que alguna vez es designada con aquel nombre, es, en efecto, la precursora de la verdad y, considerada en sí misma, es la causa eficiente del desorden, la forma propia de la mentira y del daño.

La antinomia se compone de dos términos, necesarios uno a otro, pero siempre opuestos y tendiendo recíprocamente a destruirse. Apenas me atrevo a añadir, pero es preciso franquear ese paso, que el primero de esos términos ha recibido el nombre de *tesis*, posición, y el segundo el de *antítesis*, contraposición. Ese mecanismo es ahora tan conocido, que bien pronto se le verá figurar, así lo espero, en el programa de las escuelas primarias. Pronto veremos cómo de la combinación de esos dos ceros, surge la unidad, o la idea, la cual hace desaparecer la antinomia.

Así, en el valor, nada hay, entre lo útil, que no se pueda cambiar, nada cambiable si no es útil; el valor de uso y el valor de cambio son inseparables. Pero en tanto que, por el progreso de la industria, la demanda varía y se multiplica hasta el infinito; que la fabricación tiende en consecuencia a agotar la utilidad natural de las cosas y, finalmente, a convertir todo valor útil en valor de cambio; por otro lado, la producción al aumentar incesantemente la potencia de sus medios y reduciendo de continuo sus gastos, tiende a retrotraer la venalidad de las cosas a la utilidad primitiva; de suerte que el valor de uso y el de cambio están en perpetua lucha.

Los efectos de esta lucha son conocidos: las guerras comerciales y mercantiles, los estorbos, los estancamientos, las prohibiciones, las luchas de la competencia, el monopolio, la depreciación de los salarios, las leyes de máximo, la desigualdad abrumadora de las fortunas, la miseria, se deducen de la antinomia del valor. Se me dispensará que no dé aquí la demostración, que por lo demás, se desprenderá naturalmente de los capítulos siguientes:

Los socialistas, mientras piden con justa razón el fin de ese antagonismo, han cometido la torpeza de desconocer la fuente y no ver más que un desprecio del sentido común, que puede ser reparado por decretos de una autoridad pública. De ahí esa explosión de sensiblería lamentable, que ha hecho tan insípido el socialismo a los espíritus positivos, y que, propagando las más absurdas ilusiones, lleva a cabo aún, todos los días, tantos engaños. Lo que reprocho al socialismo no es que haya hecho su aparición sin motivo, sino el haber permanecido tanto tiempo y tan obstinadamente en su necedad.

Segundo. Mas los economistas han tenido la culpa no menos grave de rechazar *a priori*, y eso precisamente en virtud de lo contradictorio de los datos, o por mejor decir, de los datos antinómicos del valor, toda idea y toda esperanza de reforma, sin querer comprender jamás que por lo mismo que la sociedad había llegado a su más alto período de antagonismo, existía inminencia de conciliación y de armonía. Eso es, por lo tanto, lo que un atento examen de la economía política hubiera hecho tocar con el dedo a sus adeptos, si hubiera tenido más en cuenta las luces de la moderna metafísica. Está demostrado, en efecto por todo lo que la razón humana conoce de más positivo, que ahí donde se manifiesta una antinomia, hay promesa de resolución de los términos y, por consecuencia, anuncio de una transformación. Luego la noción del valor, tal y como ha sido expuesta por J. B. Say entre otros, cae precisamente dentro de ese caso. Pero los economistas, que en su mayoría y por una inexplicable fatalidad, permanecen extraños al movimiento filosófico, no pusieron cuidado en suponer que el carácter esencialmente contradictorio o, como ellos dicen, variable del valor, fuera al mismo tiempo el signo auténtico de su constitucionalidad, quiero decir de su naturaleza eminentemente armónica y determinable. Y aunque el decirlo sea en desdoro de las diferentes escuelas económicas, lo cierto es que la oposición que éstas

han hecho al socialismo procede únicamente de esa falsa concepción de sus propios principios, una prueba entre mil será suficiente.

La Academia de Ciencias (no la de ciencias morales, sino la otra) saliéndose un día de sus atribuciones, dio lectura a una *Memoria* en la cual se proponía que se calcularan unas tablas de valor para todas las mercancías, según los promedios de producción por hombres y por jornada de trabajo en cada clase de industria. El *Journal des Economistes* (agosto de 1845) tomó en seguida nota de esa comunicación usurpadora a sus ojos, para protestar contra el proyecto de tarifa objeto de ella y restablecer lo que denominaba los verdaderos pıincipios.

"No existe, decía en sus conclusiones, medida del valor, patrón del valor; es la ciencia económica la que dice eso, como la ciencia matemática nos dice que no existe el movimiento perpetuo ni es posible la cuadratura del círculo, y que esa cuadratura y ese movimiento no serán hallados jamás. Luego si no hay patrón del valor, si la medida de éste no es sino una ilusión metafísica, ¿cuál es, pues, en definitiva la regla que preside los cambios? . . . Es, ya lo hemos dicho, *la oferta y la demanda;* de una manera general; he aquí la última palabra de la ciencia."

Según eso, ¿cómo prueba *Journal des Economistes* que no hay medida de valor? Me sirvo del término consagrado, y demostraré en seguida que esa expresión *medida del valor* tiene algo de antiguo y no expresa exactamente lo que se quiere, lo que se debe decir.

Ese periódico repetía, acompañándola con ejemplos, la exposición que antes hemos hecho de la variabilidad del valor, pero sin atenerse como nosotros a la contradicción. Pero si el estimable redactor, uno de los economistas más distinguidos de la escuela de Say, hubiera tenido costumbres dialécticas más severas; si hubiese tendido desde tiempo antes no sólo a observar los hechos, sino a buscar la explicación en las ideas que los producen, no dudo que se hubiera expresado con más reserva, y en vez de ver en la variación del valor la *última palabra de la ciencia,* reconocido por sí mismo que no era sino la primera. Al reflexionar que la variabilidad en el valor procede no de las cosas, sino del espíritu, se hubiera dicho él qué, así como la libertad del hombre tiene su ley, el valor debe tener la suya; en consecuencia, que la hipótesis de una medida del valor, puesto que así se expresa, no tiene nada de irracional, sino todo lo contrario, es la negación de esa medida del valor, es la negación de esa medida, que es ilógica, insostenible.

¿En virtud de qué la idea de medir, y por consecuencia de fijar el valor, repugna a la ciencia? Todos los hombres creen en esa fijación; todos la quieren, la buscan, la suponen; cada proposición de venta o de compra no es en fin de cuentas sino una comparación entre dos valores, es decir, una determinación, más o menos justa si se quiere, pero efectiva. La opinión del género humano acerca de la diferencia

que existe entre el valor real y el precio de comercio es, puede decirse, unánime. Eso hace que tantas mercaderías se vendan a precio fijo; y hasta las hay que, incluso en sus variaciones, son siempre fijas, tal ocurre con el pan. No se negará que si dos industrias pueden expedirse recíprocamente en cuenta corriente, y a precio de antemano establecido, cantidades de sus respectivos productos, diez, ciento, mil industriales pueden hacer otro tanto. Luego eso precisamente sería haber resuelto el problema de la medida del valor. El precio de cada cosa sería haber resuelto el problema de la medida del valor. El precio de cada cosa sería discutido, convengo en ello, porque la discusión es aún para nosotros la única manera de fijar el precio; pero en fin, como toda luz nace de la discusión, ésta aun cuando sea una prueba de incertidumbre, tiene por objeto, prescindiendo de la mayor o menor buena fe que en ello se emplee, descubrir la relación entre los valores, es decir, su medida, su ley.

Ricardo, en su teoría de la renta, ha presentado un magnífico ejemplo de conmensurabilidad de los valores. Ha hecho ver que las tierras arables son entre sí como, a igualdad de gastos, son sus rendimientos; y la práctica universal está en esto de acuerdo con la teoría. Según eso, ¿quién nos afirma que esa manera positiva y segura de valuar las tierras, y en general todos los capitales empleados, no puede extenderse también a los productos?...

Se dice: la economía política no se rige por los *a priori;* no determina sino sobre los hechos. Luego son los hechos, es la experiencia lo que nos informa que no existe ni puede existir medida del valor, y la que prueba que si semejante idea ha debido presentarse naturalmente, su realización es por completo quimérica. La oferta y la demanda, tal es la única regla de los cambios.

No repetiré que la experiencia prueba precisamente lo contrario; que todo, en el movimiento económico de las Sociedades, indica una tendencia a la constitución y a la fijación del valor; que ése es el punto culminante de la economía política (la cual, por esa constitución, se encuentra transformada) y el signo supremo del orden en la Sociedad; ese resumen general, reiterado sin prueba, sería insípido. Me refugio por el momento en los términos de la discusión, y digo que la *oferta* y la *demanda,* que se pretende sean la única regla de los valores, no son otra cosa que dos formas ceremoniosas que sirven para poner frente a frente el valor de utilidad y el valor de cambio para procurar su conciliación. Son los dos polos eléctricos que puestos en contacto debe producir el fenómeno de afinidad económica denominado *cambio.* Como los polos de la pila, la oferta y la demanda son diametralmente opuestas y tienden sin cesar a anularse la una a la otra; por su antagonismo, el precio de las cosas o se reduce a la nada; se quiere, pues, saber si no es posible, en toda ocasión, equilibrar o hacer que transijan esas dos potencias, de manera que el precio de las cosas sea siempre la expresión del verdadero valor, la expresión de la justicia. Asegurar después de esto que la

oferta y la demanda son la regla de los cambios, es decir, que la oferta y la demanda son la regla de la oferta y la demanda; y eso no es explicar la práctica, sino declararla absurda, y niego que la práctica sea absurda.

Hace poco he citado a Ricardo como autor, para un caso especial de una regla positiva de comparación de los valores; los economistas hacen más aún; cada año recopilan de los cuadros estadísticos el promedio de todas las mercuriales. Más ¿qué puede deducirse del examen de un promedio? Todo el mundo concibe que en una operación particular, tomada al azar entre un millón de ellas, nada puede indicar si la oferta, valor útil, la que domina, o si es el valor de cambio, esto es, la demanda. Pero como toda exageración en el precio de las mercancías, tarde o temprano, va seguido de una baja proporcional; como, en otros términos, en la Sociedad los beneficios del agio son iguales a las pérdidas, puede considerarse con justa razón el promedio de los precios, durante un período completo, como indicador del valor real y legítimo de los productos. Ese promedio, es cierto, llega demasiado tarde mas ¿quién sabe si no podrá ser descubierto por anticipado? ¿Hay algún economista que se atreva a decir que no?

De buen o mal grado, hay que buscar, pues, la medida del valor; es la lógica quien lo ordena, y sus conclusiones son iguales contra los economistas que contra los socialistas. La opinión que niega la existencia de esta medida es irracional, irrazonable. Decid cuanto queráis, por una parte, que la economía política es una ciencia de hechos, y que los hechos son contrarios a la hipótesis de una determinación del valor; decid por otra parte que esa escabrosa cuestión no tiene ya lugar en una asociación universal que absorbería todo antagonismo; siempre replicaría yo a los cuatro vientos:

Primero: Que así como no se origina un hecho que no tenga su causa, no existe tampoco hecho que no tenga su ley; y que si la ley del cambio no se encuentra, la culpa no es de los hechos, sino de los sabios.

Segundo: Que por mucho tiempo que trabaje el hombre para subsistir, trabajando libremente, la justicia será la condición de la fraternidad y la base de la asociación; sin una determinación del valor, la justicia es defectuosa, imposible.

Louis Blanc

Las fechas de su nacimiento y muerte son 1811 y 1882. Periodista, historiador y político. Al conmemorarse la revolución de febrero de 1848, fue nombrado miembro del gobierno provisional. Bien pronto dejó de participar en el gobierno dominado por la burguesía conservadora, teniendo que refugiarse en Inglaterra donde vivió durante más de veinte años. Blanc regresó a Francia en 1871, después de la caída de Napoleón III.

Entre sus principales obras, se pueden citar:

Organisation du travail;
Histoire de dix ans;
Histoire de la Révolution Francaise;
Pages de l'histoire de la révolution de Février.

La obra que le dio fama fue la mencionada en primer término. Fue leída y discutida por todas partes y reeditada un gran número de veces.

Organisation du travail, 5ª edición corregida y aumentada por el autor, pp. 28-75, Bureau de la Société de L'Industrie Fraternelle, París, 1849.

La competencia es para el pueblo un sistema de exterminio

¿Es el pobre un miembro o un enemigo de la sociedad? Respondan. Él encuentra a su alrededor el suelo ocupado.

¿Puede sembrar la tierra por su propia cuenta? No, porque el derecho del primer ocupante se ha transformado en derecho de propiedad.

¿Puede coger los frutos que la mano de Dios ha hecho madurar al paso del hombre? No, porque igual que el suelo, los frutos han sido apropiados.

¿Puede ocuparse de la caza o la pesca? No, porque eso constituye un derecho consolidado por el Gobierno.

¿Puede sacar agua de una fuente enclavada en un campo? No, porque el propietario del campo es, en virtud del derecho de acceso, propietario de la fuente.

¿Puede, muerto de hambre y sed tender la mano para implorar la caridad de sus semejantes? No, porque hay leyes contra la mendicidad.

¿Puede dormirse, agotado de cansancio y falto de asilo sobre el empedrado de las calles? No, porque hay leyes contra el vagabundaje.

¿Puede acaso, huyendo de su patria homicida en donde todo le es negado, ir a pedir medios de existencia lejos del lugar en el que le fue dada la vida? No, porque no está permitido cambiar de comarcas más que bajo ciertas condiciones imposibles para él de llenar.

¿Qué hará, pues, ese infeliz? Dirá: "Tengo brazos, tengo inteligencia, tengo fuerzas, tengo juventud; tomen todo eso y dénme en cambio un poco de pan." Esto es lo que hacen y dicen hoy los proletarios.

Pero puede usted contestar al pobre: "No tengo trabajo que darte". ¿Qué quieren ustedes que haga él entonces?... Si aseguran el tra-

bajo del pobre, habrán hecho aún poco por la justicia, y mediará una gran distancia de allí al reino de la fraternidad; pero al menos habrán conjurado peligros horrorosos y marcado un alto a las revueltas.

¿Habrán pensado alguna vez que cuando un hombre que desea servir a la sociedad es fatalmente empujado a atacarla, so pena de morir de hambre, que su agresividad latente es en legítima defensa y que la sociedad que lo golpea en lugar de juzgarlo lo asesina?

Por lo tanto, la cuestión que se plantea es esta: ¿La competencia, es un medio de asegurar trabajo para el pobre? Pero plantear el problema en esa forma no es resolverlo. ¿Qué es la competencia en relación a los trabajadores? Es el trabajo puesto en subasta. Un empresario tiene necesidad de un obrero: tres se presentan: —"¿Cuánto por su trabajo? —Tres francos; tengo mujer e hijos. —Bien, ¿y usted? —Dos francos y medio, no tengo hijos, pero tengo mujer. —Perfecto, ¿y usted? —Dos francos me bastan, soy solo. —Entonces, lo prefiero." Y así se hace: el trato queda concluido. ¿Qué sucede con los dos proletarios excluidos? Hay que esperar que se mueran de hambre. ¿Y si se hicieran ladrones? No teman, tenemos gendarmes. ¿Y asesinos? Tenemos al verdugo.

En cuanto al más afortunado de los tres, su triunfo es sólo provisional. Viene un cuarto trabajador bastante robusto para ayunar uno de cada dos días, la pendiente se acentúa hasta el máximo y tenemos un nuevo paria, un nuevo recluta para el presidio, posiblemente.

Diríase que estos resultados tan tristes son exagerados; que sólo son posibles en todo caso, cuando el trabajo no alcanza para todos los brazos que desean ser ocupados. Y pregunto yo a mi vez, si la competencia lleva por casualidad, en sí misma, algo con qué impedir esta desproporción homicida.

Si una industria se encuentra falta de brazos ¿quién le asegura que en esa inmensa confusión creada por una competencia universal, otra rebosa de ellos? Porque aún si en treinta y cuatro millones, sólo veinte hombres se vieran reducidos a robar para poder vivir, eso sería suficiente para condenar el principio.

¿Pero quién puede ser lo suficientemente ciego para dejar de ver que bajo el reino de la competencia ilimitada, el descenso constante de los salarios es un hecho necesariamente general y de ninguna manera excepcional? ¿Tiene acaso la población límites que no le sean dados salvar? Es posible decirle a la industria abandonada a los caprichos del egoísmo individual, a esa industria, mar fecundo en naufragios: "¡No irás más lejos!" La población crece sin cesar. Ordenad a la madre del pobre que se vuelva estéril y blasfemad contra Dios que la ha hecho fecunda; porque si no lo hacéis, será bien pronto estrecha la arena para los combatientes. Una máquina es inventada. Ordenad que la destruyan y anatematizad a la ciencia; porque si no lo hacéis los mil obreros que la máquina expulsa del taller, irán a tocar las puertas del taller vecino y harán descender el salario de sus compañeros. Rebajas

sistemáticas de salarios que desembocan en la supresión de cierto número de obreros, éste es el inevitable efecto de la compentencia ilimitada. Éste no es más que el proceso industrial por medio del cual los proletarios son forzados a exterminarse unos a otros.

Además, para que no nos acusen los espíritus exactos de haber cargado los colores del cuadro, presentamos una imagen de la condición de la clase obrera de París, en cifras.

Se podrá constatar que hay mujeres que no ganan más de setenta y cinco céntimos por día y eso sólo durante nueve meses al año, lo que indica que durante tres meses, no ganan nada, o si se quiere, que su salario repartido en todo el año se reduce a cincuenta y siete céntimos al día, aproximadamente. ¿Cuántas lágrimas representa cada uno de estos jornales? ¿Cuántos gritos de angustias? ¿Cuántas maldiciones violentamente reprimidas en los abismos del corazón?

Sin embargo, ésta es la condición del pueblo de París, la ciudad de la ciencia, de las artes, la esplendorosa capital del mundo civilizado; ciudad por lo demás, cuya fisonomía reproduce demasiado fielmente todos los horrorosos contrastes de una civilización tan alabada. Los soberbios paseos y las calles lodosas, las brillantes tiendas y los talleres sombríos, los teatros en los que se canta y los oscuros retiros en los que se llora; monumentos para los que triunfan y salas de hospital para los que fracasan; la Plaza de la estrella y el depósito de cadáveres.

Ciertamente es notable el poder de atracción que ejercen sobre el campo estas grandes ciudades en las cuales la opulencia de unos insulta a todo momento la miseria de otros. Es muy cierto que la industria compite con la agricultura. Un periódico, devoto del orden social actual, reproducía hace poco estas tristes líneas salidas de la pluma de un prelado, el Obispó de Estraburgo; ahora 1 000 francos apenas me alcanzan. Si no elevamos muy alto el precio de sus jornadas, los obreros nos amenazan para ir a trabajar a las fábricas. ¿Cuánto sufre la agricultura, verdadera riqueza del Estado, de un tal sistema? Observamos que si el crédito industrial se reduce, si una empresa comercial se hunde, tres o cuatro mil obreros se quedan repentinamente sin trabajo, sin pan, quedando a cargo del gobierno porque esos infelices no pueden economizar para el futuro. Cada semana gastas el fruto de su trabajo; y en las épocas turbulentas en las que precisamente las bancarrotas son más numerosas, ¡qué funesta es para la tranquilidad pública esa población de obreros hambrientos que pasan repentinamente de la indigencia a la intemperancia! Ni siquiera cuentan con la posibilidad de vender sus brazos a los terratenientes; no estando ya acostumbrados a las rudas labores del campo, sus brazos enervados no tienen ya la fuerza necesaria.

No obstante que las grandes ciudades son el foco de la extrema miseria, la población del campo es irresistiblemente atraída hacia ese foco que las devorará. Y para ayudar a ese funesto movimiento, ¿no van a tenderse por todos lados vías férreas? Porque los ferrocarriles que

en una sociedad sabiamente organizada, constituyen un progreso inmenso, no son en la nuestra, más que una nueva calamidad. Tienden a despoblar los lugares en los cuales faltan brazos y a hacinar hombres ahí donde muchos piden en vano que se les haga un pequeño lugar bajo el sol; tienden a complicar el tremendo desorden que es introducido en la clase trabajadora, en la distribución de los trabajos, en la distribución de los productos.

Obtenemos de un informe oficial publicado en 1837 por el señor Gasparín que el número de indigentes que recibieron ayuda en los 1 329 hospitales y hospicios del reino, se elevaba en 1833 a no menos de 425 049. Agregando a ese número acusador el de los indigentes que recibieron ayuda a domicilio por las Instituciones de Beneficiencia, el autor del hermoso libro sobre la miseria de las clases trabajadoras, M. Buret confirma como resultado seguro de las últimas investigaciones administrativas que en Francia hay más de un millón de hombres que sufren literalmente hambre y no viven sino de las migajas caídas de la mesa de los ricos. Y aquí sólo hablamos de los indigentes oficialmente registrados. ¿Qué sucedería si pudiéramos hacer la cuenta exacta de los que no lo están? Suponiendo que un indigente registrado representa al menos tres, suposición admitida por M. Buret que nada tiene de exagerada, tenemos que reconocer que la masa de la población que vive en la miseria es a la población total, más o menos en una relación de nueve a uno. El hecho de que la novena parte de la población viva en la miseria, no es suficiente para que proclamemos que nuestras instituciones son crueles e impío el principio que las rige. Hemos demostrado por medio de números a qué excesos de miseria ha sido empujado el pueblo por la aplicación del principio cobarde y brutal de la competencia. Pero todo no está dicho aún, la miseria engendra consecuencias espantosas. Vayamos al corazón de este tema doloroso.

Malesuada Fames, decían los antiguos, el hambre es mala consejera; ¡terrible y profunda sentencia! Según cálculos de Fregier, jefe de oficina de la Prefectura de Policía, existen en París 235 000 en los periodos de plena actividad. De ésos, y siempre de acuerdo con los mismos cálculos, hay 33 000 individuos, quienes precipitados en los bajos fondos del vicio por la miseria y la ignorancia, se agitan y se pudren en la loca desesperación. En cuanto a los miserables que buscan sus medios de vida en alguna industria criminal como los ladrones, defraudadores, estafadores, encubridores, mujeres públicas y sus amantes, llegan a un total de 33 072, número formidable que agregado al de los 33 000 hace llegar a más de 63 000 individuos de todas las edades y de ambos sexos este ejército del mal que París contiene y alimenta.

¿Hay necesidad acaso de referirse a las guaridas en las que se esconde la población de malhechores que la policía conoce sin tener motivos suficientes para apresar? En el corazón de la capital del mundo civilizado, en colonias infectas de calles llenas de misterios sangrientos, hay antros en los que se vende por 20 céntimos el reposo de la noche. El autor del libro sobre las *Clases peligrosas*, dice (tomo 1, p. 52)

que el número de casas de ínfimas categorías se elevaba en 1836 a 243 que contenían juntos, una población de 6 000 inquilinos entre los cuales las mujeres dedicadas a la prostitución y el robo, constituían un tercio.

Ahí, en efecto, vienen a apilarse en abominable confusión los leprosos de nuestro mundo moral... Ahí se suceden escenas capaces de hacer temblar. Las caras que encontramos no expresan sino ferocidad y bestialidad. El idioma que se habla es un idioma funesto inventado para encubrir los pensamientos. Son constantes las orgías, en las cuales mezclan la sangre de sus querellas con el vino que embrutece. De ahí salen a veces, los que, en medio de la sociedad que llenan de horror y terror, toman el camino del presidio o el patíbulo.

Y es espantoso reconocerlo; pero muchos malhechores ocupan en París una especie de posición oficial. La policía los conoce, tiene su nombre y dirección, ha registrado su corrupción, los sigue paso a paso para poder sorprenderlos en flagrante delito. Ellos, por su lado, caminan con la cabeza bien alta mientras no existan pruebas jurídicas de sus excesos y se mantienen audazmente en acecho de la ocasión. De tal manera que la represión y el mal constituyen en el seno de nuestra sociedad dos potencias enemigas que se fortalecen a discreción, se observan continuamente y escandilizadas se miden con la vista, luchando con astucia y obligándose a presenciar sin fin ni tregua las peripecias de su eterno combate.

Pero eso no es todo... Hoy, los asesinos y los ladrones se regimentan; obedecen reglas disciplinarias, se han dado una moral, un código; actúan en bandas, de conformidad con ingeniosas combinaciones. La corte de audiencias, durante los últimos tiempos ha hecho desfilar delante de nuestros ojos la *banda de Charpentier* que había declarado la guerra a las fortunas medianas; y la *banda de Courvoisier* que había sistematizado el pillaje en el suburbio Saint Germain; y *la banda Gauthier Pérez* que robaba los ahorros de los obreros; y *la banda de Auvergnats*, la de los *Adormecedores* y la de los *Estranguladores*. La fuerza que no se utiliza en los dominios del trabajo, pasa al campo del crimen. Gentes muy honorables dicen que no pueden emplear a individuos perversos, ladrones o asesinos. Y mientras se deciden a organizar asociaciones de trabajadores, vemos cómo se organizan las de los malvados.

Todo ese desorden es intolerable: debe ponérsele un término. Sin embargo, si los resultados nos llenan de espanto, fuerza es que nos tomemos la pena de remontarnos a sus causas. Hablando llanamente, sólo existe una, y se llama miseria. Que el hombre nazca necesariamente perverso, no osamos pretenderlo por miedo de blasfemar contra Dios. Preferimos creer que la obra de Dios es buena, que es santa. No seamos impíos para absolvernos de haberla echado a perder. Que la libertad humana exista en la rigurosa acepción de la palabra, grandes filósofos lo han puesto en duda: con el pobre siempre se encuentra extrañamente modificada y comprimida. Yo conozco una tiranía mucho más inexorable, mucho más difícil de eludir que la de un Tiberio y un

Nerón, es la tiranía de las cosas, base de un orden social corrompido. Se compone de ignorancia, abandono, malos ejemplos, dolores del alma que esperan en vano un consuelo, sufrimientos del cuerpo que no encuentran remedio; tiene por víctima a todo aquel que sufre por falta de alimentación, de vestidos y de viviendas, en un país que tiene abundantes cosechas, tiendas llenas de telas preciosas y palacios vacíos.

He aquí un desdichado nacido en el fango de nuestras ciudades. No se le ha dado noción alguna de moral. Crece en medio de las enseñanzas y las imágenes del vicio. Su inteligencia se ha quedado en las tinieblas. El hambre le ha sugerido tentaciones ordinarias. La mano de un amigo jamás ha presionado su mano. Ninguna dulce voz ha despertado en su corazón marchito los ecos de la ternura y el amor. Ahora, si ha llegado a ser culpable, apelen ustedes vuestra justicia para que intervenga: vuestra seguridad así lo exige. Pero no olviden que nuestro orden social no ha extendido su protección a este infortunado. No olviden que su libre arbitrio ha sido pervertido desde el nacimiento; que una fatalidad aplastante e injusta ha pesado sobre su voluntad; que ha tenido hambre; que ha tenido frío; que no ha conocido; que no ha aprendido lo que es la bondad... A pesar de que sea vuestro hermano y vuestro Dios sea también el de los pobres, los débiles, los ignorantes, el de las criaturas sufrientes e inmortales.

Cuando hoy se entrega un hombre al verdugo se pregunta usted ¿por qué? Se le responde: "Porque este hombre ha cometido un crimen." Y si usted pregunta luego, por qué ha cometido ese hombre un crimen, no hay ninguna respuesta.

Hace algunos años, un procurador del rey, mister Boucly, reconocía en su discurso que el orden social existente sufre de innúmeras plagas; que la discordia vigila en el umbral de las familias siempre lista para invadirlas; que se tiene siempre a mano el ejemplo de la avidez o de la avaricia; se camina siempre entre la perversidad de los encubridores y los cuchillos de los asaltantes nocturnos; que es en París, hogar de la civilización moderna, centro de nuestras ciencias y nuestras artes, donde el crimen ha establecido preferentemente su domicilio; que es en las sombras misteriosas y llenas de peligros de París en donde se escapan los Lacenaire y los Poulmann, foragidos sistemáticos, héroes execrables de un mundo desconocido; que bajo esa capa de riqueza, elegancia y buen tono de alegría alocada, se desenvuelven dramas capaces de erizar los cabellos; que a algunos pasos de nosotros hay desórdenes increíbles, libertinajes, refinamientos depravados, niños asesinados lentamente por sus propias madres. Sí, he aquí algo que los agentes más serios del poder deben reconocer. Desgraciadamente, la única conclusión que sacan es que urge multiplicar, afilando las espadas de la justicia. ¡Y no tienen una sola palabra que decir sobre la necesidad de secar la fuente de tantos crímenes y horrores! Sin embargo, parece que más valdría prevenir que reprimir...

Mientras no ataquemos el mal en su raíz, nos agotaremos en esfuerzos estériles contra la fatalidad y sus consecuencias. Velado sin ser

destruido, el mal germinará, crecerá bajo las apariencias del bien, mezclando una decepción a cada progreso, y escondiendo bajo cada obra buena una trampa.

Sabemos que no le han faltado panegiristas y admiradores a la caja de ahorros.

Publicistas sinceros vieron en ella un medio para que el pueblo se liberase elevándose poco a poco a la riqueza por medio de la previsión. ¡Vana ilusión de una sociedad que mide al pobre con mano avara, escatimándole todo placer y aun la vida! El salario de los obreros no siempre alcanza para su existencia: ¿cómo podría alcanzarles para hacer economías? La enfermedad, el desempleo, esperan para agotar el reducido peculio, servir a constituir el capital para la liberación futura del proletariado.

Se aconseja al proletario amasar para el futuro: esto equivale a decirle que transija con el hambre, que ahogue en sí mismo el germen imperecedero del deseo, que acumule voluntariamente nuevas miserias a las miserias de su condición: y ¿para qué? Para llegar a la posesión de un pequeño capital, presa fácil de la competencia, después de 10 años de privaciones y angustias, cuando el corazón envejecido no late ya para la felicidad, cuando el hombre ha pasado la edad de las flores y del sol.

Mas la cuestión tiene un alcance mayor aún. Colocar al pueblo en una civilización falsa e inicua bajo la dependencia del que lo gobierna es una posición llena de peligros. Ligado por un interés estrecho y ficticio al mantenimiento de la opresión que pesa sobre él ¿no podría encontrarse encadenado a su destino por el miedo de ver desaparecer en los azares de un cambio social, los pocos óbolos así amasados? ¿Y a qué no se atrevería contra los hombres del pueblo un poder tiránico, al contar con sus ahorros, al tener suspendida sobre ellos la amenaza de una bancarrota?...

El ahorro en sí, es una cosa excelente, negarlo sería afectación pueril y local. Sin embargo, nótese bien, combinado con el individualismo, el ahorro engendra egoísmo, hace competencia a la limosna, seca en las mejores naturalezas las fuentes de la caridad, reemplaza por una ávida satisfacción la santa poesía del buen acto. Combinada con la asociación, al contrario, el ahorro adquiere un carácter respetable, una importancia sagrada. Ahorrar sólo para sí mismo es un acto de desconfianza respecto a nuestros semejantes y del futuro; pero ahorrar para otros, al mismo tiempo que para sí, sería practicar la gran prudencia, sería dar a la inteligencia las proporciones de la abnegación.

Ciertos moralistas han ensalzado la actual caja de ahorros viendo en ella un poderoso medio de combatir la inclinación a la embriaguez de las clases pobres. Nos parece que el remedio está en otro lado. Porque la realidad es demasiado dura y el obrero busca una salida hacia el mundo de los sueños. Esa copa tosca que se quiere romper en su propio interés entre sus manos, le es querida por el olvido que con-

tiene. ¡Cuántos necesitan, para soportar la existencia, perder la mitad de sus sentidos! ¿Y quién tiene la culpa si no la sociedad, al hacer entre sus miembros una repartición tan injusta de los trabajos y los goces? El ocioso se emborracha por aburrimiento; el pobre que trabaja se emborracha para dejar de sufrir. De manera que siempre vamos a dar al problema fundamental, el cual estriba en suprimir la miseria, suprimiendo las causas que la originan.

Del individualismo, lo hemos dicho, sale la competencia; de la competencia la reducción de los salarios, su insuficiencia . . . , llegados a ese punto, lo que encontramos es la disolución de la familia. Todo casamiento es un aumento de carga. ¿Por qué la pobreza se une con la pobreza? He aquí a la familia cediendo el lugar al concubinato . . . , a los pobres les nacen niños. ¿Cómo darles de comer? De ahí tantas criaturas infelices encontradas muertas en las esquinas sobre los escalones de alguna iglesia solitaria y hasta bajo el peristilo del palacio en el que se hacen las leyes . . . Ha sido necesario que el Estado diga a toda madre indigente: "Yo me encargo de tus hijos; abro un hospicio." Pero eso fue demasiado poco. Había que ir más lejos . . . Se establecieron las casas de cuna . . . ¿Pero, quién frenará el aumento del concubinato, ahora que las seducciones del placer están libres del temor de las cargas que imponen? Esto es lo que han exclamado bien pronto los moralistas. Hablaron luego los calculadores sin entrañas y su queja fue más viva aún: "¡Supriman las casas de cuna, supriman las casas de cuna, o verán aumentar el número de niños abandonados, de tal manera que todos nuestros presupuestos juntos no alcancen para alimentarlos." De hecho, el aumento en Francia ha sido notable desde el establecimiento de las casas de cuna. El 1º de enero de 1814, el número de niños abandonados fue de 40 000; en 1820 de 102 103; en 1831 era de 122 981. Hoy es de 130 000 aproximadamente. La relación de los niños abandonados con el total de la población se ha más que triplicado en el espacio de cuarenta años. ¿Qué límite puede ponerse a esta gran invasión de la miseria? Yo sé bien que las probabilidades de mortalidad son grandes en los talleres de la caridad moderna. Yo sé bien que entre esos niños, condenados a la beneficencia pública, hay muchos que mueren al salir del zaquizami donde nacieron al aire libre de la calle o a la espesa atmósfera del hospicio. Sé que hay quienes amamantados con la misma nodriza mueren de la leche que sus compañeros, nacidos del libertinaje han envenenado.

Uno de los resultados más horribles del sistema industrial que combatimos es la acumulación de niños en las fábricas. "En Francia —leemos en una petición dirigida a las cámaras por los filántropos de Mulhouse—, se admite en las fábricas de hilados y en los otros establecimientos industriales niños de todas las edades; hemos visto niños de cinco y seis años. El número de horas de trabajo es el mismo para todos, grandes y chicos. En la fábrica de hilados jamás se trabajó menos de trece horas y media al día, excepción hecha en los casos de crisis comercial.

Atraviesen ustedes una ciudad industrial a las cinco de la mañana y miren la población que se apretuja a la entrada de las fábricas de tejidos. Verán ustedes niños infelices, pálidos, endebles, achaparrados, la mirada apagada, las mejillas lívidas, respirando apenas, caminando con la espalda encorvada como viejos. Escuchen las conversaciones de esos niños. Su voz es ronca, sorda y velada por las impurezas que respiran en los establecimientos algodoneros.

¡Ojalá que esta descripción fuera exagerada! Pero los hechos que señala se apoyan en las observaciones consignadas en documentos oficiales y recogidos por hombres serios. ¡Las pruebas, además son demasiado convincentes! Mister Charles Dupin dijo en la Cámara de los pares que de 10 000 jóvenes llamados a sobrellevar las fatigas de la guerra, los diez departamentos más manufactureros de Francia presentaban 8 980 lisiados o deformados, mientras que los departamentos agrícolas sólo presentaban 4 029. En 1837, para tener 100 hombres sanos, fue necesario rechazar 170 en Rouen, 157 en Nimes, 168 en Elboeuf, 100 en Mulhouse. Éstos son los efectos naturales de la competencia, que empobrece más a los obreros . . . , los obliga a buscar en los hijos un complemento del salario. Así, en todo lugar en el que reina la competencia ha sido necesario el empleo de niños en las manufacturas.

En Inglaterra, por ejemplo, los talleres se componen, en gran parte de niños. El *Monthly Review*, citado por mister D'Haussez, eleva a 1 078 el número de trabajadores que en las manufacturas de Dundée no llegan a un decimoctavo año, la mayoría está por encima de catorce años; una parte por debajo de doce; algunos por debajo de nueve; y los hay que sólo tienen seis o siete años. Podemos juzgar por el *Ausland*, citado por el *Edelstand Duméril*, los efectos de este desastroso sistema sobre la infancia . . .

Es un régimen homicida que forza a los pobres a explotar a sus propios hijos. Desde el punto de vista moral, ¿qué puede imaginarse más desastroso que la unión de los sexos en las fábricas? Es la inoculación del vicio a la infancia. ¿Cómo leer sin horror lo que dice el doctor Cumin de esos enfermos de once años que él ha tratado en un hospital de enfermedades sifilíticas? ¿Y qué conclusión podemos sacar del hecho de que en Inglaterra la edad media en los prostíbulos es de dieciocho años?

Mas a ese aniquilamiento de las facultades físicas y morales de los hijos del pobre viene a agregarse el aniquilamiento de sus facultades intelectuales. Gracias a los términos imperativos de la ley, hay un maestro de primaria en cada localidad, pero los fondos necesarios para su mantenimiento han sido votados en todas partes con una tacañería vergonzosa. Pero eso no es aún todo, hemos recorrido no hace mucho las dos provincias más civilizadas de Francia, y siempre que preguntábamos a un obrero por qué no enviaba a sus hijos al colegio, nos respondía que los mandaba a la fábrica. De suerte que hemos podido verificar, por una experiencia personal, lo que se deriva de todos los testimonios y los que hemos leído en el informe oficial de un miembro

de la Universidad, Mister Lorain, cuyas expresiones reproducimos aquí: "Cuando una fábrica, una empresa textil, una manufacturera se ha abierto, pueden ustedes cerrar la escuela." ¿Qué es, pues, un orden social en el que la industria es sorprendida en flagrante delito contra la educación? ¿Y cuál puede ser la importancia de la escuela en tal orden social? Visiten las comunas, aquí, son los forzados liberados, los vagabundos, los aventureros, quienes se erigen en profesores; más allá son profesores hambrientos quienes dejan la cátedra por la carreta y sólo enseñan cuando no tienen nada mejor que hacer.

En todos los lugares los niños son amontonados en salas húmedas, que les sirven a la vez de cocina, de sala, comedor y dormitorio. Cuando el hijo del pobre recibe educación, es pobre la enseñanza que recibe y ésos son los más favorecidos. Estos detalles, están obtenidos en informes oficiales. ¿En qué sueñan, por lo tanto, los publicistas que pretenden que debe instruirse al pueblo, que sin ello, no es posible, mejorar nada? La respuesta es bien simple: cuando el padre es llamado a decidirse entre la escuela y la fábrica no podrá dudar en su elección ni por un momento. La fábrica tiene para obtener la preferencia, un elemento decisivo; en la escuela se instruye al niño, pero en la fábrica se le paga. Por lo tanto, bajo el régimen de la competencia, después de haber tomado a los hijos del pobre a solo algunos pasos de su cuna, se ahoga su inteligencia, al mismo tiempo que se deprava su corazón y se destruye su cuerpo: ¡triple crimen!

Dejamos a la meditación de nuestros lectores las siguientes cifras extraídas de la obra de E. Bulwer: *Inglaterra y los ingleses.*

El jornalero independiente no puede conseguir con su salario más que 122 onzas de alimento por semana de los cuales 13 onzas son de carne.

El pobre recibe a costa de la parroquia, 151 onzas de alimento por semana de los cuales 21 onzas son de carne.

El criminal recibe 239 onzas por semana, de las cuales 38 onzas son de carne.

Lo que indica que en Inglaterra la condición material del criminal es mejor que la del pobre alimentado por la parroquia, mejor que la del hombre honrado que trabaja. ¿Es monstruoso, verdad? Y sin embargo, es necesario. Inglaterra tiene obreros, pero menos obreros que habitantes. Y ya que entre matar a los pobres y alimentarlos no hay punto intermedio, los legisladores franceses ven a sangre fría esas abominables consecuencias del régimen industrial que han pedido prestado a Inglaterra. La competencia produce la miseria. Ése es un hecho probado con números. La miseria es horriblemente prolífica ése es un hecho probado con números. La fecundidad del pobre arroja en la sociedad, infelices que tienen necesidad de trabajar y no encuentran trabajo: es un hecho probado con números.

Llegada ahí, una sociedad sólo puede escoger entre matar a los pobres o nutrirlos gratuitamente, atrocidad o locura.

Karl Marx*

ANTI-DÜHRING. Tomado de
Editora Política, La Habana, 1963

Segunda Parte
Economía Política

X

DE LA "HISTORIA CRÍTICA"

Para terminar, echemos una ojeada a la *Historia crítica de la economía nacional*, esa "empresa" del señor Dühring, que según él, "no tiene absolutamente ningún predecesor". Tal vez aquí nos encontremos, por fin, con la tan prometida última y más rigurosa cientificidad.

El señor Dühring atruena el espacio con su hallazgo de que la "teoría económica" es un "fenómeno extraordinariamente moderno" (p. 42).

En efecto, ya en *El capital* de Marx se dice: "La economía política... no aparece como verdadera ciencia hasta el período de la manufactura"[1] y en su *Contribución a la crítica de la economía política*, (p. 29), se expone que la economía política clásica "comienza en Inglaterra con Petty, en Francia con Boisguillebert, y termina en Inglaterra con Ricardo y en Francia con Sismondi". El señor Dühring se limita a seguir esta senda que le trazan, sólo para él la economía *superior* comienza con los deplorables abortos que la ciencia burguesa alumbra en las postrimerías de su período clásico. En vista de lo cual, proclama triunfalmente con todos los títulos de legitimidad al final de su intro-

* En el prólogo a la segunda edición Engels dice: el capítulo X de la sección que trata de economía (De la "historia crítica") fue escrito por Marx... p. 13, ed. cit. (*N. de la E.*)

1 K. Marx, *El capital*, tomo I, volumen I, p. 404.

ducción: "Pero, si esta empresa carecía de predecesores, en sus características exteriormente perceptibles y en la mitad más moderna de su contenido, su punto de vista interiormente crítico y su posición general son, mucho más, aportaciones originales mías."

La verdad es que, tanto en uno como en otro aspecto, en el aspecto externo y en el interno, hubiera podido enunciar su "empresa" (la expresión industrial es bastante afortunada) así: El único y su propiedad.

Desde que la economía política, tal y como se nos presentó históricamente, realmente no es más que la concepción científica de la economía del período capitalista de producción, sus doctrinas y teoremas sólo pueden presentarse, supongamos, en los autores de la antigua sociedad griega en la medida en que ciertos fenómenos, tales como la producción de mercancías, el comercio, el dinero, el capital dado a réditos, etc., sean fenómenos comunes a ambas sociedades. Los griegos, en las incursiones incidentales que hacen en este campo, revelan la misma genialidad y originalidad que en todos los demás campos. Por eso sus ideas forman, históricamente, los puntos teóricos de partida de la ciencia moderna. Pero oigamos al histórico-universal, señor Dühring.

"De este modo, en lo que a la teoría científica en la economía de la antigüedad se refiere, no tenemos realmente (!) nada positivo que comunicar, y aun nos ofrece menos material para esto (¡para no comunicar *nada!)* la Edad Media, totalmente desprovista de ciencia. Sin embargo, como la moda, ávida por desplegar vanidosamente una apariencia de erudición... ha desvirtuado el carácter puro de la ciencia moderna, no tenemos más remedio que traer aquí, al menos, a modo de información, unos cuantos ejemplos." Y, en efecto, el señor Dühring aporta unos cuantos ejemplos de una crítica con la que, ciertamente, no incurre en lo que él llama "apariencia de erudición".

La tesis de Aristóteles, según la cual "el empleo de todo objeto es doble: uno inherente al objeto como tal y el otro no, como por ejemplo la sandalia, que sirve para calzar y que es cambiable; ambos son modos de empleo de la sandalia, pues quien cambia de sandalia por algo que necesita, por dinero o por alimentos, usa la sandalia como tal sandalia; pero no es su empleo natural, pues la sandalia no existe para ser cambiada"; esta tesis, según el señor Dühring, "no sólo se formula de un modo harto trivial y escolástico", sino que quienes pretenden encontrar en ella una "distinción entre el valor de uso y el valor de cambio" incurren, además, en el "humorismo" de olvidar que "en estos últimos tiempos" y "dentro del marco del sistema más progresivo", que es, naturalmente, el del propio señor Dühring, se ha terminado para siempre con el valor de uso y el valor de cambio.

"En las obras de Platón sobre el Estado se ha querido descubrir... también el capítulo *moderno* de la división económica del trabajo." Esta crítica se dirige, al parecer, contra un pasaje de *El capital*, capí-

tulo XII, 5, p. 369[2] de la tercera edición, en el que se pone precisamente de relieve todo lo contrario, el "riguroso antagonismo" que media entre la idea de la división del trabajo que tenía la antigüedad clásica y la que tienen los tiempos modernos. Según el señor Dühring, Platón no merece más que un gran desdén por su exposición, genial para su tiempo, de la división del trabajo como base natural de la ciudad (que, como se sabe, para los griegos era sinónimo de estado), y únicamente porque no menciona (¡sí, eso lo hizo el griego Jenofonte, señor Dühring!) el "límite que la extensión del mercado en cada caso impone a las ramificaciones de las actividades profesionales y a la división técnica de las operaciones específicas... La idea de este límite es la que convierte en una verdad de importancia económica aquello que de otro modo no podría considerarse ni siquiera enunciado científico".

Es Roscher, ese "profesor" a quien tanto aborrece el señor Dühring, quien, en efecto, ha trazado ese "límite" que, según él, infunde carácter "científico" a la idea de la división del trabajo, y esto es lo que le autoriza a hacer de Adam Smith el descubridor de la ley de la división del trabajo. En una sociedad en que la producción de mercancías constituye el régimen dominante de producción, "el mercado" —para hablar, aunque no sea más que por una vez, en los términos del señor Dühring— fue siempre un "límite" muy conocido para los "negociantes". Pero para comprender que no fue el mercado el que creó la división capitalista del trabajo, sino que son, por el contrario la descomposición de conexiones sociales anteriores y la división del trabajo originada por ella las que crearon el mercado, hace falta algo más que "la sabiduría y el instinto de la rutina" (Véase *El capital*, tomo I, capítulo XXIV, 5: creación del mercado interior para el capital indusrial).[3]

"El papel del dinero ha sido en todos los tiempos el primero y principal inspirador de las ideas económicas (!). ¿Y qué sabía un Aristóteles de ese papel? Manifiestamente, sólo sabía aquello que encierra la creencia de que el intercambio por medio del dinero vino a sustituir al intercambio natural primitivo".

Y si "un" Aristóteles se atreve a descubrir las dos formas de *circulación* del dinero, una, en que sólo interviene como simple medio de circulación y otra, en que actúa ya como capital, no hace, según el señor Dühring, más que dar expresión a "una antipatía moral". Y si "un" Aristóteles hasta tiene la audacia de querer analizar el dinero en su "papel" de *medida de valores*, y de hecho plantea acertadamente este problema, decisivo para la teoría del dinero, "un" Dühring cree oportuno silenciar —sus buenas razones tiene para ello— tan inadmisible audacia.

Resultado final: en la imagen "traída a modo de información" por el señor Dühring, la antigüedad griega no acredita "más que ideas

[2] K. Marx, *El capital*, tomo I, volumen I, pp. 405-406.

[3] K. Marx, *El capital*, tomo I, volumen II, p. 834, edición citada.

absolutamente vulgares" (p. 25) si es que tales ñoñerías (p. 29) tienen algo que ver con ideas, vulgares o no vulgares.

El capítulo que el señor Dühring dedica al mercantilismo, es mejor leerlo en el "original", es decir, en el "Sistema nacional" de F. List, capítulo 29: "El sistema industrial, al que en la escuela se ha dado falsamente el nombre de sistema mercantil." Cuán cuidadosamente procura también aquí el señor Dühring rehuir toda "apariencia de erudición", lo revela entre otras cosas el siguiente pasaje:

List, capítulo 28, "Los economistas italianos", dice: "Italia marchó a la cabeza de las demás naciones modernas, así en la práctica como en la teoría de la economía política" y menciona luego como "la primera obra sobre economía política, la escrita en Italia por Antonio Serra, de Nápoles, sobre los medios para procurar a los reinos una abundancia de oro y plata (1613)".

El señor Dühring toma esto sin preocuparse de más, y ello le permite considerar el *Breve trattato*[4] de Serra "como una especie de inscripción estampada en los umbrales de la pre-historia moderna de la economía". A esta "nadería de amena literatura" se reduce en efecto, la atención que le merece el *Breve trattato.* Desgraciadamente, en la realidad las cosas ocurrieron de otro modo, y en el año de 1609, es decir, cuatro años antes que el *Breve trattato* de Serra, vio la luz *A Discourse of Trade,* etc.[5] por Thomas Mun. Ya en su primera edición esta obra tenía la importancia específica de ir encaminada contra el primitivo *sistema monetario,* defendido todavía por entonces como práctica del Estado inglés, y representaba por tanto la consabida autoseparación del sistema mercantil de su sistema paterno. Ya en su primera forma, esta obra fue reeditada varias veces e influyó directamente en la legislación. En la edición de 1664, completamente refundida por el autor y publicada después de su muerte con el título de *England's Treasure,* etc.[6] Esta obra siguió siendo el evangelio mercantilista por otros cien años. Si el mercantilismo tiene, pues, una obra que sienta época, "como una especie de inscripción estampada en sus umbrales", esa obra es ésta; y precisamente por eso ni siquiera existe para el señor Dühring, "que observa tan cuidadosamente las gradaciones jerárquicas de la historia".

Hablando del fundador de la economía política moderna, de *Petty,* el señor Dühring nos dice que poseía "una cantidad bastante considerable de pensamiento superficial", y además, una "ausencia de sentido para las distinciones interiores y sutiles de los conceptos"... una

[4] *Breve trattato delle cause che possono far abbondare li regni d'oro et d'argento, dove non sono miniere (Breve tratado sobre las causas capaces de crear abundancia de oro y plata en los países que no disponen de minas propias). (N. de la E.)*

[5] *A. Discourse of Trade from England into the East Indies (Disertación sobre el comercio de Inglaterra en las Indias orientales). (N. de la E.)*

[6] *England's Treasure by Foreign Trade (La riqueza de Inglaterra creada por el comercio exterior. (N. de la E.)*

"versatilidad que sabe muchas cosas pero que salta con pie ligero de unas a otras, sin echar raíces profundas en ninguna idea"... "en el terreno económico procede todavía de un modo muy tosco" y "llega a ingenuidades cuyo contraste... puede entretener acaso, de vez en cuando, a un pensador más serio". ¡No es poca afabilidad que este "pensador más serio", el señor Dühring, se digne en general, prestar su atención a "un Petty"! ¿Y cómo se manifiesta esta atención?

Las tesis de Petty acerca "del trabajo y aun del tiempo de trabajo como medida de valor, de lo que se encuentran en él *huellas imperfectas*", no vuelven a mencionarse más que con esta frase: ¡huellas imperfectas! En su *Treatise on Taxes and Contributions*[7] (primera edición 1662), Petty traza un análisis perfectamente claro y exacto de la magnitud del valor de las mercancías. Al esclarecer esta magnitud intuitivamente primero con la equivalencia de metales preciosos y trigo, que encarnan la misma cantidad de trabajo, pronunciada la primera y última palabra "teórica" acerca del valor de los metales preciosos. Pero proclama, al mismo tiempo, con la misma precisión y alcance general, que los valores de las mercancías se miden por un *trabajo igual (equal labour)*. Aplica su descubrimiento a la solución de distintos problemas, algunos de ellos muy complicados, y saca a trechos, en diferentes ocasiones y en diversos escritos, aún allí donde no repite su tesis fundamental, importantes consecuencias de la misma. Pero dice también, en su primera obra:

Afirmo que esto (la tasación a base de la igualdad de trabajo) es *la base de la nivelación y balanceo de los valores;* sin embargo, confieso que en la superestructura y aplicación práctica de ese principio, se dan no pocas variedades y complicaciones.[8] Como se ve, Petty está perfectamente convencido de la importancia de su descubrimiento, a la par que de las dificultades que se alzan ante su aplicación concreta. Por eso intenta también ir por otro camino para llegar al esclarecimiento de determinados detalles. Y trata de descubrir una proporción natural de paridad *(a natural par)* entre la tierra y el trabajo, de tal modo que el valor pueda expresarse indiferentemente "en cualquiera de los dos o, mejor aun, en ambos". Hasta el mismo extravío es genial.

El señor Dühring glosa la teoría del valor de Petty con esta aguda observación: "Si él mismo hubiera pensado con más agudeza, no descubriríamos en otros pasajes huellas de una concepción opuesta, a la que ya antes hemos tenido ocasión de aludir"; es decir, de las que "antes" el señor Dühring no dijo otra cosa sino que las tales "huellas" eran "imperfectas". Es una manera muy característica del señor Dühring ésta de aludir "antes" a algo ligeramente, con una frase sin importancia, para "luego" hacer creer al lector que ya "antes había

[7] *Tratado sobre tributos y contribuciones. (N. de la E.)*

[8] *The Economic Writings of Sir William Petty*, vol. I, p. 44 (Cambridge University Press edition). (*N. de la E.*)

tenido conocimiento de su aspecto fundamental, cuando en realidad el autor no ha hecho más que pasar sobre él como sobre ascuas, antes y después.

En Adam Smith no sólo encontramos "huellas" de "concepciones opuestas" acerca del concepto del valor, y no sólo dos, sino tres y hasta, en rigor, cuatro concepciones abiertamente antagónicas sobre el valor, que discurren placenteramente las unas junto a las otras y se combinan entre sí. Y lo que en él, que echa los cimientos de la economía política obligadamente a tientas, experimentando y debatiéndose con un caos de ideas que aún no ha tomado forma, es una cosa perfectamente lógica y natural, debiera sorprender tratándose de un autor que resume y sistematiza más de siglo y medio de investigaciones, cuando ya los resultados de esta ciencia han pasado, en parte al menos, de los libros a la conciencia general. Y, para venir de lo grande a lo pequeño, vemos que el propio señor Dühring nos daba también a elegir, amablemente, entre cinco clases distintas de valor y, con ellas, nos ofrece otras tantas concepciones contradictorias. Es evidente que si el señor Dühring hubiera él mismo pensado con más agudeza, no habría malgastado tanto esfuerzo en lanzar a sus lectores de la idea perfectamente clara del valor que se encierra en Petty a la más extrema confusión.

Un trabajo perfecto, como fundido en una sola pieza, de Petty, publicado en 1682, diez años después de su *Anatomy of Ireland*[9] obra que vio la luz "por vez primera" en 1672, y no en 1691, como el señor Dühring copia de las "más vulgares compilaciones manualescas", es su *Quantulumcunque concerning Money.*[10] En esta obra han desaparecido ya de raíz las últimas huellas de ideología mercantilista con que nos encontramos en otras obras suyas. Es, por su contenido y por su forma, una pequeña obra maestra; por eso precisamente no aparece ni siquiera mencionada en las páginas del señor Dühring. Se comprende perfectamente que ante el investigador más brillante y más original de la economía, una empinada mediocridad de maestrillo de escuela gruña su descontento y dé salida a su furia lamentándose de que las chispas teóricas de luz no desfilen procesionalmente como "axiomas" perfilados, sino que viertan sus destellos dispersos, luciendo desde la profundidad de una serie de materiales prácticos "toscos", como por ejemplo, los impuestos.

La misma suerte que los trabajos estrictamente económicos de Petty corre en manos de Dühring su fundamentación de la "aritmética política", vulgo estadística. ¡El señor Dühring se alza cazurramente de hombros ante la singularidad de los métodos aplicados por Petty! Si los comparamos con los métodos grotescos aplicados incluso por Lavoisier cien años después de este campo y tenemos en cuenta la gran distancia que todavía separa a la estadística actual de la meta

9 *The Political Anatomy of Ireland (Anatomía política de Irlanda). (N. de la E.)*

10 *Algunas palabras acerca del dinero. (N. de la E.)*

que Petty le trazara en rasgos grandiosos, este jactancioso aire de superioridad adoptado dos siglos *post festum* se nos revelará en toda su desnuda necedad.

Las ideas más importantes de Petty, de las que la "empresa" del señor Dühring apenas nos dice una palabra, no son, según éste, más que ocurrencias sueltas, ideas casuales, manifestaciones ocasionales, a las que nuestra época, por medio de citas arrancadas a su contexto, les atibuye una importancia que no les corresponde ni con mucho, y que no desempeñan tampoco ningún papel en la historia *real* de la economía política, sino sólo en los libros modernos que quedan por debajo del nivel de la crítica radical y "el trazo histórico de gran estilo" del señor Dühring. Por lo visto, en su "empresa" cree tener delante a un público de lectores que comulgan todos con ruedas de molino y a quienes ni por asomo se les ocurre pedirle la prueba de sus afirmaciones. Pronto volveremos sobre esto (al hablar de Locke y de North), pero antes tenemos que detenernos un momento en Boisguillebert y Law.

Con respecto al primero, pondremos de relieve el único hallazgo de que puede jactarse el señor Dühring. Ha descubierto un entronque, que nadie hasta él había echado de ver, entre Boisguillebert y Law. En efecto, el primero de estos autores afirma que, en las funciones normales de dinero que desempeñan dentro de la circulación de mercancías,[11] los metales preciosos podrían ser sustituidos por dinero fiduciario *(un morceau de papier)*. En cambio, Law se imagina que el "aumento" a voluntad de estos "pedazos de papel" aumenta la riqueza de una nación. De donde se sigue, según el señor Dühring, que el giro de Boisguillebert "envolvía ya un nuevo giro de mercantilismo"; para decirlo en otros términos, la teoría de Law. Y esto se demuestra, con claridad meridiana, como sigue: "No había *más* que atribuir al «simple pedazo de papel» la misma función que hubieran *debido* desempeñar los metales preciosos, y se habría operado inmediatamente una metamorfosis del mercantilismo." Por este mismo procedimiento, cualquiera puede operar en un instante la metamorfosis del tío en tía. Cierto es que el señor Dühring añade, atenuando un poco su afirmación: "Claro está que no era ésa la intención de Boisguillebert". Pero, ¿cómo diablos iba a ser su intención sustituir su propia concepción racionalista respecto a la función de dinero de los metales preciosos por la concepción supersticiosa de los mercantilistas, pura y simplemente porque, según él, los metales preciosos pudieran ceder su puesto para el desempeño de esa misión, al papel moneda? Sin embargo, prosigue el señor Dühring, con su seria comicidad, "sin embargo, hay que reconocer que, de vez encuando, nuestro autor hace alguna que otra observación realmente atinada" (p. 83).

11 En lugar de *Warenproduktion* ("producción de mercancías"), de acuerdo con el manuscrito de Marx: "Notas marginales a la *Historia crítica de la economía política de Dühring*". *(N. de la E.)*

Por lo que a Law se refiere, el señor Dühring no hace más que esta "observación realmente atinada": "Tampoco Law pudo llegar a *extirpar* en absoluto, y se comprende, la última base (o sea, 'la base de los metales preciosos'), pero llevó la emisión de billetes hasta sus últimas consecuencias, o sea, hasta la bancarrota del sistema" (p. 94). En realidad, lo que se proponían las mariposas de papel que revoloteaban por entre el público como simples signos monetarios, no era precisamente "extirpar" la base de los metales preciosos, sino extraer estos metales de los bolsillos del público y trasladarlos a las arcas exhaustas del Estado.

Para volver a Petty y al papel tan poco lucido que el señor Dühring le hace representar en la historia de la economía, veamos ante todo qué es lo que nos dice acerca de dos continuadores inmediatos de aquél, Locke y North. En el mismo año, en 1691, ven la luz *(Considerations on Lowering of Interest and Raising of Money*[12] de Locke y *Discourses upon Trade*[13] de North.

"Lo que él (Locke) nos dice acerca de los intereses y de la moneda, no se sale del cuadro de las reflexiones usuales bajo el imperio del mercantilismo, al amparo de los sucesos de la vida de Estado" (p. 64). Con sólo leer este "informe", el lector comprenderá con una claridad meridiana por qué el libro de Locke *Lowering of Interest* ejerció en la segunda mitad del siglo XVIII una influencia tan considerable sobre la economía política en Francia e Italia, verdad es que en sentido diferente.

"Acerca de la libertad del tipo de interés, había no pocos hombres de negocios que pensaban lo mismo (que Locke), y el desarrollo de las relaciones llevaba consigo la propensión a considerar ineficaces las trabas puestas a los intereses. En una época en que un Dudley North podía escribir sus *Discourses upon Trade* en el sentido del librecambio, tenía por fuerza que flotar, por decirlo así, en el aire, mucho de lo que la oposición teórica contra las restricciones de la tasa de interés presentaba como si no fuese algo inaudito" (p. 64).

Es decir, ¡Locke tenía que cavilar sobre las ideas de los "hombres de negocios" o pescar muchas de las cosas que en su época "flotaban, por decirlo así, en el aire", para teorizar acerca del principio de la libertad de intereses y no decir nada "inaudito". ¡Pero, de hecho ya en 1662, en su *Treatrise on Taxes and Contributions,* Petty oponía el interés, concebido como la renta del dinero que llamamos usura *(rent of money which we call usury)* a la renta del suelo, rústica y urbana *(rent of land houses),* y enseñaba a los terratenientes, empeñados en que la ley rebajase, no la renta del suelo, pero sí la del dinero, la vanidad y esterilidad de cuantas leyes civiles, positivas, se promulgasen

[12] *Some Considerations on the Consequences of the Lowering of Interest and Raising the Value of Money (Algunas consideraciones sobre las consecuencias de la reducción del interés y el aumento del valor dinero). (N. de la E.)*

[13] *Disertaciones sobre el comercio. (N. de la E.)*

contra la ley de la naturaleza *(the vanity and fruitlessness of making civil positive law against the law of nature).* Por eso en su *Quantulumcunque* (1682) declara que la reglamentación legal de los intereses es tan necia como lo sería una reglamentación encaminada a restringir la exportación de los metales preciosos o a dictar normas al curso de las letras de cambio. Y en la misma obra, nos dice lo decisivo y definitivo en punto al "*raising of money*" (el intento, por ejemplo, de dar a medio chelín el nombre de un chelín, acuñando de una onza de plata doble número de chelines).

En lo que a este último punto se refiere, Locke y North apenas hacen más que copiarlo. Pero en punto a los intereses, Locke arranca del paralelo trazado por Petty entre los réditos del dinero y la renta del suelo, mientras que North, desarrollando la idea, opone los réditos como renta del capital *(rent of stock)* a la renta del suelo, y los *stocklords*[14] a los *landlords.*[15] Pero, mientras que Locke sólo acepta con restricciones la libertad del tipo de interés postulada por Petty, North la acepta de un modo absoluto.

El señor Dühring se supera incluso a sí mismo cuando, siendo como es rabioso mercantilista en un sentido "más sutil" despacha los *Discourses upon Trade* de Dudley North con la acotación de que fueron escritos "en el sentido de librecambio". Es como si al hablar de Harvey se dijese que escribió "en el sentido" de la circulación de la sangre. La obra de North, prescindiendo de los otros méritos que en ella concurren, es un análisis clásico, hecho con consecuencia inflexible, de la teoría del librecambio así en el comercio exterior como en el interior, análisis que en el año 1691, en que vio la luz, representaba indudablemente "algo inaudito".

Por lo demás, el señor Dühring nos informa que North era un "mercader", y además un mal sujeto, y que su obra "no pudo encontrar aplauso". ¡Pues bueno hubiera sido que en una época en que triunfaba definitivamente el sistema proteccionista hubiese encontrado "aplauso" en Inglaterra, en la gentuza que daba el tono, semejante libro! Lo cual no fue obstáculo para que ejerciese una influencia teórica inmediata, influencia que se patentiza en toda una serie de obras económicas publicadas en Inglaterra inmediatamente después de él, algunas de las cuales ven la luz todavía en el siglo XVII.

Locke y North son un ejemplo de cómo los sucesores ingleses de Petty se asimilan y desarrollan los primeros trazos audaces de éste en casi todos los campos de la economía política. Las huellas de este proceso, en el período que va desde 1691 a 1752, se le meten por los ojos al más superficial observador con sólo fijarse en que todas las obras económicas de cierta importancia publicadas durante todos esos años, arrancan en forma positiva o negativa, de Petty. Este período, lleno de cabezas originales, es por tanto el más importante para inves-

[14] *stocklords:* capitalistas. *(N. de la E.)*

[15] *landlords:* terratenientes. *(N. de la E.)*

tigar la génesis y gradual desarrollo de la economía política. Pues bien; nuestro "historiador de gran estilo", que reprocha a Marx como pecado imperdonable el que en *El capital* arme tanto estrépito por Petty y los escritores de este período los desahucia lisa y llanamente de la historia. Desde Locke, North, Boisguillebert y Law, salta inmediatamente a los fisiócratas, y luego aparece en los umbrales del verdadero templo de la economía política: David Hume. Con permiso del señor Dühring, nosotros vamos a permitirnos fijar el verdadero orden cronológico poniendo a Hume antes de los fisiócratas.

Los *Essays* económicos de Hume vieron la luz en 1752. En estos ensayos, que forman una unidad: *Of Money,*[16] *Of the Balance of Trade,*[17] *Of Commerce,*[18] Hume va siguiendo paso a paso, a veces hasta en sus simples quimeras, la obra de Jacob Vanderlint: *Money answers all things,*[19] Londres, 1734. Y aunque este último autor permanezca perfectamente ignorado del señor Dühring, se le tiene muy en cuenta todavía en las obras económicas inglesas de fines del siglo XVIII, es decir, en el período postsmithiano.

Al igual que Vanderlint, Hume considera al dinero como simple signo de valor; copia de él casi a la letra (cosa muy importante, pues hubiera podido tomar muy bien la teoría del signo de valor de muchas otras obras) el argumento de por qué la balanza comercial no puede ser constantemente adversa o favorable para un país; enseña como él, la teoría del equilibrio de las balanzas, equilibrio que se establece naturalmente, conforme a las distintas posiciones económicas de los varios países; predica como él el librecambio, sólo que con menos audacia y menos consecuentemente; al igual que él destaca las necesidades como fuerzas impulsoras de la producción, aunque con menos relieve; le sigue en la influencia equívoca que adjudica a los valores bancarios y a todos los valores públicos en general sobre los precios de las mercancías; repudia como él, los valores fiduciarios, y al igual que él hace depender los precios de las mercancías del precio del trabajo, es decir, del salario; le copia incluso en la quimera de que la acumulación de tesoros mantiene bajos los precios de las mercancías, etcétera.

El señor Dühring venía ya balbuceando oracularmente desde hace mucho tiempo acerca de la incomprensión por alguien de la teoría del dinero de Hume, apuntando principalmente, con gesto amenazador, a Marx, quien además, infringiendo los reglamentos de policía, se había atrevido a poner de relieve en *El capital* la oculta conexión de Hume con Vanderlint y con J. Massie, de quien nos ocuparemos enseguida.

[16] "Del dinero". *(N. de la E.)*

[17] "De la balanza comercial". *(N. de la E.)*

[18] "Del comercio". *(N. de la E.)*

[19] "El dinero equivale a todas las cosas". *(N. de la E.)*

Respecto a esta incomprensión, la cosa es como sigue. En lo que se refiere a la verdadera teoría del dinero de Hume, según la cual el dinero no es más que un simple signo de valor, y por tanto, permaneciendo invariables las demás circunstancias, los precios de las mercancías descienden en la misma proporción en que crece la masa del dinero circulante, y, viceversa, suben[20] en la proporción en que ésta decrece, el señor Dühring por mucha que sea su buena voluntad —y con la clarividencia en él proverbial— no puede hacer más que repetir a sus equivocados predecesores. Pero Hume, después de establecer dicha teoría, se objeta a sí mismo (cosa que ya había hecho Montesquieu, arrancando de los mismos supuestos) que es indudablemente "cierto" que desde el descubrimiento de las minas americanas "la industria ha crecido en todos los pueblos de Europa, a excepción de aquellos que poseían dichas minas", y que esto "se debe también, entre otras razones, al incremento del oro y de la plata". Y explica este fenómeno diciendo que "si bien el elevado precio de las mercancías es un efecto necesario del incremento del oro y de la plata, no sigue, sin embargo, inmediatamente a este incremento, sino que tiene que transcurrir algún tiempo antes de que el dinero circule por todo el Estado y haga sentir sus efectos en todas las capas del pueblo". Durante este período intermedio actúa benéficamente sobre la industria y el comercio. Al final de este análisis, Hume nos dice también por qué, aunque de un modo más unilateral que algunos de sus predecesores y contemporáneos: "Es fácil seguir los progresos del dinero a través de toda la comunidad y, al hacerlo, veremos que necesariamente tiene que espolear el celo de todo el mundo, *antes de aumentar el precio del trabajo*".

Dicho en otros términos: Hume describe aquí los efectos de una revolución operada en el valor de los metales preciosos, o, más concretamente, de una depreciación; o lo que es lo mismo, los efectos de una revolución en la medida del valor de esos metales. Y descubre acertadamente que esta depreciación, dada la lentitud con que se nivelan los precios de las mercancías, sólo en última instancia "aumenta el precio del trabajo", vulgo salario, es decir, que la ganancia de los comerciantes y de los industriales se incrementa y de este modo se "espolea el celo", a costa de los obreros (cosa que a él, por otra parte le parece muy natural). Sin embargo, no se plantea el problema verdaderamente científico, el problema de saber hasta qué punto la mayor afluencia de metales preciosos, sin cambiar el valor de los mismos, ejerce sus efectos sobre los precios de las mercancías, sino que confunde *todo* "aumento" de metales "preciosos" con la depreciación de los mismos. Es decir, que Hume hace exactamente lo que Marx (en su *Crítica*, etc. p. 141) le achaca. Aun tendremos ocasión de vol-

[20] Evidentemente las palabras "descienden" y "suben" deben ser trocadas aquí. Ver, en relación a ello, la parte de la *Crítica de la Economía política* donde Marx expone la teoría de Hume sobre el dinero. *(N. de la E.)*

ver incidentalmente sobre este punto; antes queremos detenernos un momento en el ensayo de Hume sobre *Interest*.[21]

La demostración, que Hume desarrolla expresamente contra Locke, de que el interés no se regula por la masa de dinero existente, sino por la prorrata de ganancia, y las demás explicaciones que da acerca de las causas que determina el grado mayor o menor del tipo de interés, aparecen expuestas de un modo mucho más exacto y menos ingenioso en un escrito publicado en 1750, dos años antes de aparecer el ensayo de Hume, con el título *An Essay on the Governing Causes of the Natural Rate of Interest, wherein the sentiments of Sir W. Petty and Mr. Locke, on that head, are considered*.[22] Su autor es J. Massie, un escritor en muchos sentidos más ágil y mucho más leído, como puede verse por la literatura inglesa de la época. La explicación del tipo de interés que da Adam Smith se acerca más a Massie que a Hume. Ambos, Massie y Hume, no saben ni dicen nada acerca de la naturaleza de la "ganancia", que en uno y otro representa un papel.

"En general —sermonea el señor Dühring— en la apreciación de Hume se ha procedido de un modo muy parcial, y hasta se le han adjudicado ideas que ni siquiera pensó tener". Y el propio señor Dühring nos da más de un ejemplo contundente de tal "proceder".

Así, por ejemplo, el ensayo de Hume sobre el interés comienza por estas palabras: "Nada se considera; y con razón, como más cierto indicio de la prosperidad de un pueblo que el hecho de que en él rija un tipo de interés, si bien yo creo que la causa de ello no está donde generalmente se piensa". Es decir, que ya en la primera frase Hume afirma que el bajo tipo de interés es el más seguro indicio de la prosperidad de un pueblo, y lo dice como si expusiese un lugar común ya perfectamente vulgarizado en su tiempo. Y en efecto, esta "idea" llevaba sus buenos cien años rodando por el mundo desde que Child la proclamara. Véase, en cambio, lo que dice, hablando de esto, el señor Dühring: "Es en las opiniones expuestas por Hume *hay que hacer resaltar principalmente la idea* de que el tipo de interés es el verdadero barómetro de las condiciones (¡condiciones de qué!), y cuando es bajo, un signo casi infalible de la prosperidad de un pueblo" (p. 130). ¿Quién es el "parcial" y el equivocado que habla así? Nadie más que el señor Dühring.

Lo que, además, provoca candoroso asombro en nuestro crítico historiador es que Hume, para una vez que tiene ocasión de apuntar una idea feliz, "no se haga pasar siquiera por su autor". Al señor Dühring no le habría ocurrido jamás semejante cosa.

Hemos visto que Hume confunde todo aumento de los metales preciosos con el aumento que lleva aparejada una depreciación, una revolución en su propio valor, y, por tanto en la medida de valor de las

[21] *Interés. (N. de la E.)*

[22] *Ensayo sobre las causas que determinan el nivel natural del interés en el que se analizan los puntos de vista de sir W. Petty y del señor Locke sobre este tema. (N. de la E.)*

mercancías. En Hume, esta confusión era inevitable, ya que no había sabido comprender ni en lo más mínimo la función de los metales preciosos como *medida de valor.* Y no había podido comprenderla porque no sabía una palabra de lo que era el valor. La palabra valor, aparece, probablemente, sólo una vez en sus ensayos, allí, donde, al glosar el error de Locke de que los metales preciosos "sólo tienen un valor imaginario", lo subraya diciendo que tienen "principalmente un valor ficticio".

En este respecto, Hume está muy por debajo no sólo de Petty, sino también de algunos de sus contemporáneos ingleses.

Y el mismo "atraso" revela cuando, según la vieja moda, presenta al "comerciante" como el primer resorte de la producción, idea sobre la que hacía ya mucho tiempo que Petty se había remontado. Y en cuanto a la afirmación del señor Dühring, de que Hume se había ocupado en sus ensayos de las "condiciones económicas fundamentales", basta comparar la obra de Cantillon, citada por Adam Smith (obra publicada en 1752, como los ensayos de Hume, pero muchos años después de muerto su autor), para asombrarse de los estrechos confines en que se movían los trabajos económicos de aquel escritor. Como hemos dicho,[23] Hume sigue siendo, a pesar de la patente que le extiende el señor Dühring, un autor respetable también en el campo de la economía política, pero en éste dista mucho de ser un pensador original, y más todavía uno de esos pensadores que hacen época. Los efectos de sus ensayos económicos en los círculos cultos de su tiempo no hay que atribuirlos solamente a su brillante método de exposición, sino sobre todo al hecho de que representan una glorificación progresiva y optimista de la industria y del comercio que florecían por aquel entonces, es decir, de la sociedad capitalista que iba entronizándose rápidamente en la Inglaterra de aquellos tiempos, en la que era natural que sus doctrinas encontrasen "aplauso". Una sola indicación bastará para comprobarlo. Todo el mundo sabe con qué pasión combatía la masa del pueblo inglés, precisamente en tiempos de Hume, el sistema de impuestos indirectos que el célebre Robert Walpole introducía sistemáticamente para eximir de tributos a los terratenientes y a los ricos en general. En su ensayo sobre los impuestos *(Of Taxes)*, donde Hume, sin mentarle polemiza contra su compañero de armas, Vanderlint, a quien siempre tiene presente y que era el más resuelto propugnador del impuesto sobre la tierra, se dice: "Ellos (los impuestos sobre el consumo) tienen que ser, en efecto, unos impuestos muy recargados y distribuirse de un modo muy irracional, que el obrero, aun redoblando su celo y frugalidad, *no podrá pagar sin elevar el precio de su trabajo*". Tal parece como si el autor de estas palabras fuese el propio Robert Walpole, so'›re todo si a ellas añadimos el pasaje tomado

[23] Las palabras "como hemos dicho" se referían originalmente al párrafo "Pero, por qué . . . . . . para nuestra época", que en la primera y segunda ediciones del "Anti-Dühring" estaba después de "David Hume". Engels, por error, no corrigió la redacción de esta frase al cambiar de sitio el párrafo mencionado. *(N. de la E.)*

del ensayo sobre el "crédito público" donde, al hablar de las dificultades para hacer tributar a los acreedores del Estado, dice: "La disminución de sus ingresos no se *disfrazaría* bajo la apariencia de ser una simple partida de los impuestos indirectos o de los aranceles aduaneros".

La admiración que Hume sentía por las ganancias burguesas no era, ni mucho menos, platónica, como no podía serlo tratándose de un escocés. Siendo como era por su origen un pobre diablo, llegó a reunir una renta de sus buenas, muy buenas, mil libras anuales, hecho que el señor Dühring, aquí que no se trata de Petty, expresa sutilmente en estos términos: "Gracias a una buena *economía privada,* basada sobre muy pocos recursos, había llegado a una situación tal, que no necesitaba escribir a gusto de nadie". Y añade: "Jamás hizo la menor concesión a la influencia de los partidos ni de los príncipes o de las universidades" y ciertamente, no nos consta que Hume se asociase nunca para negocios literarios con un "Wagener"[24] pero sí sabemos que era un incansable partidario de la oligarquía de los whigs, defensora de la "Iglesia y del Estado", y fueron premiados sus servicios con el puesto de secretario de la embajada de París, y más tarde con el cargo, mucho más importante y mejor retribuido, de subsecretario de Estado. "En el aspecto político, Hume era y siguió siendo siempre conservador y rigurosamente monárquico. Por eso —dice el viejo Schlosser—, los partidarios de la Iglesia dominante no le atacaron jamás con la dureza que a Gibbon". "Hume, el egoísta, el falsificador de la historia", que injuria a los monjes ingleses llamándolos gordiflones libres de matrimonio y de familia, que viven de limosnas, "jamás tuvo familia ni mujer, y era también un gordiflón lleno de grasa, cebado casi exclusivamente con el dinero del Estado, sin haberse hecho nunca acreedor a él con ningún verdadero servicio público", dice el "toscamente" plebeyo Cobbett. Pero Hume "está en ciertos respectos esenciales, en su actitud *práctica* frente a la vida, muy por encima de un Kant" dice el señor Dühring.

Pero, ¿por qué en la "Historia crítica" se le asigna a Hume un lugar tan exagerado? Pues sencillamente porque este "serio y sutil pensador" tiene el honor de ser algo así como el Dühring del siglo XVIII. Y del mismo modo que un Hume sirve para demostrar que la "creación de toda esta rama de la ciencia (de la economía) fue obra de la filosofía más ilustrada" el precursor Hume es la mejor garantía de que toda esta rama de la ciencia encontrará, en un período previsible de tiempo, su remate y coronación en el hombre fenomenal que ha sabido transformar la filosofía "más ilustrada" en la cegadora filosofía de la realidad y en el que, ni más ni menos que Hume, cosa sin precedente en Alemania..., el cultivo de la filosofía se hermana, en el más estricto de los sentidos, con los esfuerzos científicos en la eco-

[24] Alusión a las relaciones de Dühring con el agente de Bismarck, el funcionario prusiano Wagener, por cuyo encargo Dühring escribió un informe sobre la cuestión obrera. *(N. de la E.)*

nomía nacional". Y así, nos encontramos con que Hume, en todo caso muy respetable como economista, aparece convertido en una estrella económica de primera magnitud, cuya importancia sólo pudo empañar, hasta hoy, la misma envidia que silencia obstinadamente los grandes méritos de la obra del señor Dühring, "decisiva para nuestra época".

Como es sabido, la escuela *fisiocrática* nos ha legado en el *Tableau économique* de Quesnay un enigma en el que han venido hincando los dientes hasta hoy, sin lograr descifrarlo, los críticos y los historiadores de la economía. Este cuadro, que pretende resumir claramente la idea fisiocrática de la producción y la circulación de la riqueza total de un país, ha quedado envuelto en sombras para los economistas de las generaciones posteriores. También en este punto es el señor Dühring quien va a revelarnos la explicación definitiva. Lo que esta "imagen económica de las relaciones de la producción y la distribución *quiere significar en el propio Quesnay* —nos dice—, sólo puede descubrirse "*después de haber investigado minuciosamente* los conceptos a él peculiares que lo presiden". Tanto más cuanto que hasta hoy estos conceptos han sido siempre expuestos con una "fluctuante vaguedad", sin que ni siquiera en Adam Smith puedan "reconocerse sus rasgos esenciales". El señor Dühring es el hombre llamado a poner término de una vez y para siempre a estas habituales "informaciones superficiales". Después de esto, el señor Dühring se dedica a mofarse de sus lectores a lo largo de cinco páginas enteras, cinco páginas en las que un tropel de giros dispares, constantes repeticiones y embrollos deliberados pretenden encubrir el hecho fatal de que el señor Dühring apenas sabe decirnos de los "conceptos que presiden" el cuadro de Quesnay ni siquiera lo que nos dicen esas "vulgares compilaciones manulescas" contra las que tanto previene al lector. Uno de los "aspectos más deplorables" de esta introducción es que ya en ella se mete de pasada con el Cuadro, que el lector sólo conoce de nombre, perdiéndose luego en toda suerte de "reflexiones", como por ejemplo, "la distinción entre gastos y resultados". Pero si "en la idea de Quesnay esta distinción no aparece de modo definido", pronto el señor Dühring nos aportará un fulminante ejemplo de ella, en cuanto pase de los "gastos" fatigosos e interminables de su introducción a sus "resultados" sorprendentemente pobres, o sea, a las conclusiones acerca del propio Cuadro. Transcribiremos aquí todo, *literalmente* todo lo que se digna decirnos del Cuadro de Quesnay.

En la parte de los "gastos", dice el señor Dühring: "Para él (Quesnay), era evidente que el rendimiento (el señor Dühring ha hablado poco antes de producto neto) debía concebirse y tratarse como un *valor en dinero*... enlaza inmediatamente sus reflexiones (!) con los *valores en dinero*, que él presupone como resultados de venta de todos los productos agrícolas, al salir de su primera mano. De este modo (!) opera en las columnas de su Cuadro con unos cuantos miles de millones" (o sea, con valores en dinero). Se nos dice, pues, por tres veces, que, en su Cuadro, Quesnay opera con los "valores en dinero" de los

"productos agrícolas", incluyendo el del "producto neto" o "rendimiento líquido". Más adelante, el texto sigue así: "Si Quesnay hubiese abrazado la senda verdaderamente natural de observación y no se hubiero sustraído solamente a la preocupación por los metales preciosos y la masa de dinero, sino también a la preocupación por los *valores en dinero*... Pero, tal y como él plantea las cosas, opera únicamente con *sumas de valor* y concibe (!) desde el primer momento el producto neto como un *valor en dinero*". Sabemos, pues, por cuarta y quinta vez, que en el Cuadro no hay más que valores en dinero.

"Él (Quesnay) obtuvo lo mismo (el producto neto), descontando las inversiones y *pensando* (!) principalmente (información no acostumbrada, pero no por ello menos superficial) en aquel valor que corresponde al terrateniente en concepto de renta". Seguimos sin movernos del sitio; pero en seguida van a cambiar las cosas: "Por otra parte, *no obstante, también* (¡ese 'no obstante también' es una verdadera perla!), el producto neto entra en circulación en calidad de objeto natural, y se convierte de este modo en un elemento, por medio del cual... se mantiene la clase llamada estéril... Aquí puede advertirse *inmediatamente* (!) la confusión que se produce por el hecho de que en un caso la argumentación esté determinada por el valor en dinero, y en otro caso por el objeto mismo". En términos generales, parece que *toda* la circulación de mercancías adolece de la "confusión" de que las mercancías circulen a la vez como "objetos naturales" y como "valores en dinero". Sin embargo, seguimos dando vueltas en torno a los "valores en dinero", pues "Quesnay quiere eludir un doble asiento en los ingresos de la economía nacional".

Con permiso del señor Dühring: en el "Análisis"[25] que de su Cuadro hace Quesnay, al pie de éste figuran las diferentes clases de productos como "objetos naturales", mientras que en el mismo Cuadro, arriba, aparecen sus valores en dinero. Y no sólo esto, sino que más tarde Quesnay hizo que su fámulo, el abate Baudeau, estampase también en el Cuadro los objetos naturales *junto* a sus valores en dinero.

Después de tantos "gastos" llegamos, al fin, al "resultado". Oigamos y asombrémonos: "Pero la inconsecuencia (respecto al papel que Quesnay asigna a los terratenientes) resalta *inmediatamente* tan pronto como se inquiere *qué se hace en el ciclo de la economía nacional del producto neto apropiado como renta*. Para la concepción fisiocrática y para el *Tableau économique*, aquí sólo cabían una confusión y una arbitrariedad que degeneran en el misticismo".

El fin corona la obra. El señor Dühring no sabe, pues, "qué se hace en el ciclo económico (que expone el Cuadro) del producto neto apropiado como renta". El cuadro es para él la "cuadratura del círculo". Y confiesa que no se le alcanza el ABC de la fisiocracia. Después de tanto darle vueltas a la masa, después de tanto trillar en paja, ir y venir de frente y de través, después de tantas payasadas, episodios, diversio-

[25] *Analyse du Tableau Economique*. (N. de la E.)

nes, repeticiones y caóticas mezcolanza capaces de aturdir a cualquiera, encaminadas todas a prepararnos para el golpe final, para la revelación de lo que el Cuadro "quiere significar en el propio Quesnay", resulta que el señor Dühring se descuelga confesando vergonzosamente que *ni él mismo lo sabe.*

Una vez sacudido este torturante secreto, esta negra preocupación horaciana que tanto le ensombreció durante su cabalgata por el campo fisiocrático, nuestro "serio y sutil pensador" vuelve a soplar alegremente en su trompeta, y dice: "Las líneas que Quesnay traza aquí y allá (y que, en total, se reducen a seis) en su Cuadro por lo demás bastante sencillo (!) y que pretenden representar la circulación del producto neto", nos dan que pensar si "por debajo de estas extrañas combinaciones de columnas" no discurrirá alguna fantasía matemática; recuerdan los esfuerzos consagrados por Quesnay al problema de la cuadratura del círculo, etc. El señor Dühring confiesa que esas líneas, pese a toda su sencillez, son para él un misterio, y es, pues, natural, que *recele* de ellas, con su manera acostumbrada. Llegado aquí, puede ya, tranquilamente, asestar al Cuadro fatal el golpe de gracia: "Después de haber analizado el producto neto en este aspecto más dudoso", etc. ¡El Sr. Dühring llama "el aspecto más dudoso del producto neto" a la confesión forzosa de que no ha entendido ni una palabra del *Tableau économique*, ni del "papel" que en él desempeña el producto neto! ¡Qué amargo humorismo!

Para que nuestros lectores no queden sumidos respecto al Cuadro económico de Quesnay en la misma cruel ignorancia en que se verán necesariamente envueltos los que tomen su sabiduría económica de "primera mano" del señor Dühring, haremos aquí unas cuantas indicaciones breves acerca de él.

Como es sabido, según los fisiócratas la sociedad se divide en tres clases: 1) la clase productiva, o sea, la que se ocupa activamente en la agricultura, los arrendatarios y los obreros del campo; su trabajo se califica de productivo, porque arroja un excedente, que es la renta; 2) la clase que se apropia este excedente, formada por los terratenientes con todo su séquito, los príncipes y todos los funcionarios pagados por el Estado en general, así como la Iglesia, en cuanto perceptora de los diezmos. Por razones de brevedad, llamamos a la primera clase la de los "arrendatarios", y a la segunda la de los "terratenientes", 3) la clase industrial o estéril; estéril, porque según el modo de ver los fisiócratas, se limita a incorporar a las materias primas que le suministra la clase productiva sólo tanto valor cuanto consume en los víveres suministrados por esta misma clase. El Cuadro económico de Quesnay se propone exponer concisamente cómo el producto global de un país (concretamente de Francia) durante un año circula entre estas tres clases y sirve a la reproducción anual.

El primer supuesto previo de que parte el Cuadro es la implantación general del sistema de arriendos y, con él, de la agricultura en grande, tal y como regía en tiempos de Quesnay, para lo cual le sirven

de modelo Normandía, Picardía, la Isla de Francia y algunas otras provincias francesas. Por eso el arrendatario aparece como el verdadero director de la agricultura, representa en el Cuadro a toda la clase productiva (agrícola) y paga al terrateniente una renta en dinero. A la totalidad de los arrendatarios se les asigna un capital de instalación o inventario de diez mil millones de libras, una quinta parte de las cuales, o sean, dos mil millones representan el capital de explotación a reponer anualmente, cálculo para el que también sirven de modelo las mejor cultivadas entre las fincas arrendadas en las dichas provincias.

Otros supuestos previos son: 1) se supone, por razones de sencillez, que los precios son constantes y la reproducción simple; 2) se excluye toda circulación que sólo se desarrolle dentro de una clase concreta, y no se tiene en cuenta más que la circulación entre clase y clase; 3) todas las compras y respectivamente las ventas realizadas entre clase y clase en el curso del año operativo se resumen en una única suma global. Finalmente, conviene recordar que en tiempos de Quesnay en Francia, más o menos como en toda Europa, la propia industria casera de la familia campesina suministraba la parte más considerable de los elementos necesarios para satisfacer las necesidades que no versaban sobre víveres, razón por la cual el Cuadro da por supuesto que ésta es una dependencia natural de la agricultura.

Punto de arranque del cuadro es la cosecha total, que, por ello, figura en el cuadro a la cabeza del producto bruto del rendimiento anual del suelo o "reproducción total" del país, en este caso, de Francia. La magnitud del valor de este producto en bruto se calcula con arreglo a los precios medios de los productos del suelo en las naciones comerciales y asciende a cinco mil millones de libras, suma que, según los cálculos estadísticos accesibles en la época, viene a representar aproximadamente el valor del producto bruto de la agricultura francesa, expresado en dinero. Esta y no otra es la razón de que Quesnay, en su Cuadro, "opere con unos cuantos miles de millones", concretamente con cinco, y no precisamente con cinco *livres tournois*.[26]

El producto bruto total, con un valor de cinco mil millones, se encuentra, pues, en manos de la clase productiva; es decir, primeramente, en manos de los arrendatarios que lo han producido mediante el gasto de un capital anual de explotación de dos mil millones, correspondiente a un capital de instalación de diez mil millones. Los productos agrícolas, víveres, materias primas, etc., requeridos para reponer el capital de explotación, y, por consiguiente, también para mantener a todas las personas dedicadas directamente a la agricultura, se descuentan *in natura* de la cosecha total, y se gastan en la nueva producción agrícola. Y como, según hemos dicho, los precios se suponen constantes y la reproducción simple, de acuerdo con la escala ya establecida, el valor del dinero de esta parte, descontada de antemano

[26] Antigua moneda francesa. *(N. de la E.)*

del producto bruto, equivale a dos mil millones de libras. Esta parte no entra, pues, en la circulación general, ya que, como hemos dicho, la circulación que se realiza *dentro* de cada clase, y no entre las diferentes clases, queda excluida del cuadro.

Después de repuesto el capital de explotación con una parte del producto bruto, queda un remanente de tres mil millones, dos de ellos en víveres y uno en materias primas. La renta que los arrendatarios están obligados a pagar a los terratenientes sólo llega a dos terceras partes de esta suma, o sea, dos mil millones. En seguida veremos por qué sólo estos dos mil millones figuran bajo la rúbrica de "producto neto" o "ingreso líquido".

Pero, aparte de la "reproducción total" agrícola, que representa un valor de cinco mil millones, de los cuales tres mil millones entran en la circulación general, *antes* de que se inicie el movimiento representado por el Cuadro, se encuentra también en manos de los arrendatarios todo el "peculio" de la nación, peculio que asciende a dos mil millones de dinero efectivo. Con ellos se procede del siguiente modo.

Como el punto de arranque del Cuadro es la cosecha total, el Cuadro constituye a la par el punto final de un año económico, *v. gr.* del año 1758, al término del cual comienza un nuevo año económico. Durante este nuevo año de 1759, la parte del producto bruto destinada a la circulación se distribuye, por medio de una serie de pagos, compras y ventas, entre las otras dos clases. Estos movimiento sucesivos y esparcidos, que se extienden a lo largo de todo un año se resumen, sin embargo —como forzosamente tenía que ocurrir en el Cuadro— en unos cuantos actos característicos, que en cada caso comprenden de golpe un año entero. De este modo, al terminar el año 1758 ha vuelto a revertir a la clase de los arrendatarios el dinero por ellos abonado a los terratenientes como renta para el año 1757 (de qué modo, el propio Cuadro lo dice), o sea, la suma de dos mil millones que, por tanto, pueden volver a poner en circulación en el año 1759. Y como esta suma es, en realidad, según advierte Quesnay, mucho mayor que la requerida para la circulación total del país (Francia), donde los pagos se repiten constantemente de un modo fragmentario, esos dos mil millones de libras que se encuentran en manos de los arrendatarios representan la suma total del dinero circulante en la nación.

La clase de los terratenientes que viven de sus rentas aparece, en primer término, como casualmente ocurre todavía hoy, desempeñando el papel de perceptora de pagos. Según el supuesto previo de Quesnay, los verdaderos terratenientes sólo reciben cuatro séptimas partes de la renta de dos mil millones; dos séptimas partes van al gobierno y la otra séptima parte a los perceptores de diezmos. En tiempo de Quesnay, la Iglesia era en Francia la terrateniente más importante, y además, percibía el diezmo de todas las demás tierras.

El capital de explotación gastado por la clase "estéril" durante todo un año *(avances annuelles)* consiste en materias primas por valor de

mil millones; sólo en materias primas, pues los instrumentos de labor, máquinas, etc., se cuentan entre los productos de esta misma clase. Pero los múltiplos papeles que estos productos desempeñan en la explotación de las industrias de esa clase no le interesa para nada al Cuadro, como tampoco le interesa la circulación de mercancías y de dinero que se desarrolla exclusivamente dentro de su propio círculo. El salario del trabajo con que la clase estéril convierte las materias primas en mercancías manufacturadas equivale al valor de los víveres que obtiene directamente de la clase productiva o, indirectamente, a través de los propietarios de la tierra. Y aunque esta clase estéril se descomponen en capitalistas y obreros asalariados, forma, según la idea fundamental de Quesnay, una clase conjunta, a sueldo de la clase productiva y de los propietarios de la tierra. La producción global de la industria, y por tanto también su circulación total, distribuida durante el año que sigue a la cosecha, es comprendida asimismo en un todo único. Por eso se presupone que al iniciarse el movimiento representado por el Cuadro, la producción anual de mercancías de la clase estéril se encuentra toda ella en sus manos; que por tanto, todo su capital de explotación, es decir, las materias primas, por valor de mil millones, se han convertido en mercancías valoradas en dos mil millones, la mitad de los cuales representan el precio de los víveres consumidos durante esta transformación. Podría objetarse que también la clase estéril consume los productos industriales para sus propias necesidades domésticas, preguntándose: ¿dónde figuran éstos, si su propio producto total pasa a las otras clases mediante la circulación? A esto se nos contesta: La clase estéril no sólo consume ella misma una parte de sus propias mercancías, sino que además procura retener la mayor parte posible de ellas. Por eso vende las mercancías que lanza a la circulación por encima de su valor real, y no tiene más remedio que hacerlo así, toda vez que tasamos estas mercancías por el valor total de su producción. Pero esto no altera para nada las conclusiones del Cuadro, pues las otras dos clases sólo obtienen las mercancías manufacturadas por el valor de su producción total.

Conocemos ya, pues, la posición económica que ocupan las tres clases distintas al iniciarse el movimiento representado por el Cuadro.

La clase productiva, después de reponer en especie su capital de explotación, todavía dispone del producto bruto agrícola por valor de tres mil millones y de dos mil millones en metálico. Precisamente en este momento aparece en el Cuadro la clase de los propietarios de la tierra, con su pretensión de percibir dos millones de rentas de la clase productiva. La clase estéril dispone de mercancías manufacturadas por valor de dos mil millones. La circulación que sólo alcanza a dos de esas tres clases es denominada por los fisiócratas circulación imperfecta; la que abarca las tres clases recibe el nombre de circulación perfecta.

Con esto, podemos entrar a examinar ya directamente el *Tableau économique*.

Primera circulación (imperfecta). Los arrendatarios pagan a los propietarios de la tierra sin contraprestación, con dos mil millones en dinero, la renta que les corresponde. Con uno de estos dos mil millones, los terratenientes compran a los arrendatarios víveres, con lo cual revierte a éstos la mitad del dinero abonado para el pago de las rentas.

En su *Analyse du Tableau Économique*, Quesnay no habla ya del Estado, a quien corresponden dos séptimas partes, ni de la Iglesia, que recibe una séptima parte de la renta del suelo, pues el papel social de estas instituciones es generalmente conocido. Pero refiriéndose a los verdaderos propietarios del suelo, dice que sus gastos incluidos los de todos sus servidores, son, a lo menos en su grandísima mayoría, gastos estériles, exceptuando tan sólo la parte menor destinada "a la conservación y mejora de sus fincas y al fomento de su cultivo". Pero, según el "derecho natural", su verdadera función está precisamente en "velar por la buena administración y por los gastos necesarios para la conservación de su heredad", o, como más adelante se explica, en los *avances foncieres*, o sea, en los gastos para preparar la tierra y dotarla de todos los accesorios que permitan al arrendatario dedicar todo su capital exclusivamente a la obra del cultivo real.

Segunda circulación (perfecta). Con los otros mil millones con que se quedan, los terratenientes compran a la clase estéril mercancías manufacturadas, y esta clase invierte el dinero así obtenido en comprar víveres a los arrendatarios.

Tercera circulación (imperfecta). Los arrendatarios compran a la clase estéril mercancías manufacturadas por valor de mil millones en dinero; una gran parte de estas mercancías está representada por instrumentos agrícolas y otros medios de producción necesarios para el cultivo de la tierra. La clase estéril reintegra a los arrendatarios el mismo dinero, comprando con él, para reponer su propio capital de explotación, materias primas por valor de mil millones. Con esto, revierten a los arrendatarios los dos mil millones en dinero desembolsado por ellos para el pago de la renta y queda cerrado el movimiento. Y con él resuelto el gran enigma de saber "qué se hace en el ciclo económico del producto neto apropiado como renta".

Más arriba, dejábamos en manos de la clase productiva, en el punto de arranque del proceso, un remanente de tres mil millones. De ellos sólo se pagaron a los terratenientes dos como producto neto, en forma de renta. Los otros mil millones del remanente forman los intereses del capital total invertido por los arrendatarios, o sea el diez por ciento de diez mil millones. Pero adviértase que estos intereses no los adquieren los arrendatarios por obra y gracia de la circulación; los tienen en sus manos en especie, y los realizan en la circulación solamente, convirtiéndolos en mercancías manufacturadas que representan el mismo valor.

Sin estos intereses, el arrendatario, agente principal de la agricultura, no adelantaría su capital de instalación. Ya desde este punto de vista, los fisiócratas consideran la apropiación por el arrendatario de la parte del *plusrendimiento* agrícola que representan el interés, como una condición tan necesaria para la reproducción como la misma clase de los arrendatarios, razón por la cual este elemento no puede incluirse en la categoría del "producto neto" o "rendimiento líquido" nacional; pues éste se caracteriza precisamente por el hecho de ser consumible sin atender para nada a las necesidades inmediatas de la reproducción nacional. Y este fondo de mil millones se destina en su mayor parte, según Quesnay, a las reparaciones necesarias durante el año y a las renovaciones parciales del capital de establecimiento, sirviendo además de fondo de reserva contra los accidentes imprevistos, y finalmente, cuando sea posible, aumentar el capital de instalación y el de explotación así como para mejorar la tierra y extender su cultivo.

No puede negarse que el proceso es, en conjunto, "bastante sencillo". Se lanzan a la circulación: dos mil millones en dinero por los arrendatarios para el pago de rentas y tres mil millones en productos, dos terceras partes consistentes en víveres y una tercera parte en materias primas, y dos mil millones en mercancías manufacturadas por la clase estéril. De los víveres, con un valor total de dos mil millones la mitad es consumida por los propietarios de la tierra y su séquito, la mitad restante por la clase estéril, como pago de su trabajo. Mil millones de materias primas reponen el capital de explotación de esa misma clase. La mitad de los dos mil millones de mercancías manufacturadas que circulan corresponde a los terratenientes, la otra mitad a los arrendatarios, para quienes sólo representa una forma transformada, arrancada de primera mano a la reproducción agrícola, de los intereses correspondientes a su capital de establecimiento. En cambio, el dinero que el colono lanza a la circulación al pagar la renta revierte a él mediante la venta de sus productos, con lo cual el mismo ciclo puede volver a desarrollarse al año económico siguiente.

Y ahora puede uno admirar la exposición "realmente crítica" del señor Dühring que tan infinitamente supera las "habituales informaciones superficiales". Después de exponernos misteriosamente por cinco veces seguidas cuán arriesgadamente opera Quesnay en su Cuadro únicamente con valores en dinero —cosa que resultó además ser falsa— llega por último al resultado de que, tan pronto como se pregunta "qué se hace en el ciclo de la economía nacional del producto neto apropiado como renta" el *Tableau économique* incurre necesariamente en "una confusión y en una arbitrariedad que degeneraban en el misticismo". Hemos visto que el Cuadro de Quesnay, exposición tan sencilla como genial, para su tiempo, del proceso anual de reproducción, tal y como se opera por medio de la circulación, contesta de un modo muy preciso y concreto a aquella pregunta, diciéndonos qué se hace en el ciclo económico del producto neto, con lo cual el "misti-

cismo" y la "confusión y arbitrariedad" vuelven a figurar única y exclusivamente en el haber del señor Dühring como el "aspecto más dudoso" y único "producto neto" de sus estudios fisiocráticos.

El mismo dominio que acredita en cuanto a la teoría de los fisiócratas, lo revela el señor Dühring cuando habla de la influencia histórica de los mismos. Así, nos enseña que "con Turgot, los fisiócratas desaparecieron teórica y prácticamente en Francia". Pero el que Mirabeau, en sus concepciones económicas, fuese esencialmente un fisiócrata; el que éste fuera, en la Asamblea Constituyente de 1789, la primera autoridad en materia económica; el que en sus reformas económicas esta Asamblea tradujese una gran parte de los principios de los fisiócratas de la teoría a la práctica, y, particularmente, impusiera un fuerte tributo al producto neto, a la renta del suelo apropiada "sin recompensa", todo esto no existe para "un" señor Dühring.

Y del mismo modo que, echando una larga raya por encima del período que va desde 1961 a 1752, quita de en medio a todos los predecesores de Hume, con otra raya quita a Sir James Steuart, situado entre Hume, y Adam Smith. En la "empresa" del señor Dühring no se menciona para nada la magna obra de este autor, la que, aparte de su importancia histórica, ha enriquecido considerablemente el campo de la economía política. Pero en cambio, el señor Dühring obsequia a Steuart con la palabra más injuriosa que existe en su léxico, cuando dice de él que es "un profesor" del tiempo de Adam Smith. Desgraciadamente, esta conjetura es una pura invención. En efecto, Steuart era un rico terrateniente escocés que, desterrado de Inglaterra por supuesta participación en la conspiración de los Estuardo, residió y viajó durante largo tiempo por el continente, y pudo familiarizarse con la situación económica de varios países.

Resumiendo. Según la *Historia crítica,* todas las teorías de los economistas anteriores sólo tienen valor o como gérmenes de la profunda y "decisiva" fundamentación del señor Dühring, o para, por medio de su reprobación, hacer resaltar aún más también unos cuantos héroes que no sólo crean simples "gérmenes" de la "profunda fundamentación", sino también "teoremas" de los que esta fundamentación, de acuerdo con lo prescrito por la filosofía de la naturaleza, no se "desarrolla", sino que se "compone" directamente; y estos héroes son: el "incomparablemente grande y eminente" *List*, que se ha encargado de hinchar en "poderosísimas" palabras, para honra y provecho de los fabricantes alemanes, las más "sutiles" enseñanzas mercantilistas de un Ferrier y de otros: *Carey,* que nos pone al desnudo la verdadera médula de su sabiduría con esta frase: "el sistema de Ricardo es un sistema de discordia... tiende a engendrar la enemistad de clases... su obra es el manual del demagogo que aspira a conquistar el Poder por medio del reparto de tierra, de la guerra y del saqueo"; y finalmente, *MacLeod,* el Confucio de la City de Londres.

Por lo tanto, quien, actualmente o en un futuro previsible, desee estudiar la historia de la economía política, hará mucho mejor fami-

liarizándose con los "productos acuosos", las "vulgaridades" y los "enormes bodrios" de las "más vulgares compilaciones manualescas" que confiándose al "trazo histórico de gran estilo" del señor Dühring.

¿A qué conclusiones llegamos como resultado de nuestro análisis del "sistema propio y original" de economía política del señor Dühring? Exactamente a las mismas conclusiones a que llegamos en el análisis de su "filosofía": todas sus frases ampulosas y sus aun más grandilocuentes promesas se redujeron a humo. La teoría del valor, "piedra de toque para juzgar de la solidez de los sistemas económicos" terminó en que el señor Dühring nos ofrecía cinco conceptos, radicalmente distintos y abiertamente contradictorios, del valor, demostrando con ello que ni él mismo sabe lo que quiere. Las "leyes naturales de toda economía" anunciadas con tanta pompa, resultaron ser unas vulgaridades de la peor especie conocidas por todo el mundo y que, además, el señor Dühring ni siquiera comprendió. La única explicación de los hechos económicos que sabe darnos el sistema de su propia creación es que esos hechos son el resultado de la "violencia", tópico con el que hace miles de años vienen consolándose de todo lo que les desagrada los filisteos de todas las naciones y que nos deja donde estábamos. En vez de investigar los orígenes y los efectos de esa violencia, el señor Dühring nos invita a contentarnos con la sola *palabra* "violencia", como la causa última y explicación definitiva de todos los fenómenos económicos. Viéndose obligado a dar una explicación más detallada de la explotación capitalista del trabajo, empieza presentándola en general como basada en la tributación y en el recargo de precios, con lo cual no hace más que apropiarse íntegramente de la "anticipación" *(prelevement)* proudhoniana para luego explicarla en detalle por medio de la teoría del plustrabajo, del plusproducto y de la plusvalía, según Marx. Se las arregla, pues, para conciliar felizmente dos concepciones totalmente contradictorias, copiando las dos de una plumada. Y del mismo modo que en la filosofía no encontraba bastantes palabras groseras contra aquel mismo Hegel a quien no hacía más que explotar desfigurándole, en la *Historia crítica* los más infundados insultos contra Marx, no sirven más que para encubrir el hecho de que todo lo que en el *Curso*, hablando del capital y el trabajo tienen cierto sentido, no es más que plagio de Marx, de la más baja categoría. La ignorancia del hombre que en el *Curso* coloca en los umbrales de la historia de los pueblos civilizados al "gran terrateniente", y no tiene idea de la propiedad común del suelo vigente en la comunidad de la tribu y en la rural, que es el punto real de partida de toda la historia, esta ignorancia, casi inconcebible en nuestros días, resulta quizá superada por la ignorancia que en la *Historia crítica* se admira a sí misma como el "alcance universal de la ojeada histórica", de la que aquí nos hemos limitado a aportar un par de ejemplos espantosos. En una palabra: primero un enorme "gasto" de alabanzas a sí mismo, de clarinadas de feria, de promesas descollantes las unas sobre las otras, y luego, el "resultado" —igual a cero.

Tercera parte
Socialismo

ESBOZO HISTÓRICO

Hemos visto en la Introducción[1] como los filósofos franceses del siglo XVIII, los que abrieron el camino a la revolución, apelaban a la razón como único juez de todo lo existente. Se pretendía instaurar un Estado racional, una sociedad racional, y cuanto contradecía a la razón eterna debía ser desechado sin piedad. En realidad, esa razón eterna no era más que el entendimiento idealizado del hombre de la clase media que, precisamente por aquel entonces, se estaba convirtiendo en burgués. Por eso, cuando la Revolución Francesa puso en ejecución esta sociedad racional y este Estado racional, resultó que las nuevas instituciones, por más racionales que fuesen en comparación con las antiguas, no eran en modo alguno absolutamente racionales. El Estado racional había quebrado completamente. El *Contrato social* de Rosseau tomó cuerpo en la época del terror, y la burguesía, extraviada en el camino de su propia habilitación política, fue a refugiarse, primero en la corrupción del Directorio y, por último, bajo la égida del despotismo napoleónico. La prometida paz eterna se había trocado en una interminable guerra de conquistas. Tampoco corrió mejor suerte la sociedad racional. El antagonismo entre los pobres y ricos, lejos de fundirse en el bienestar general, habíase agudizado al desaparecer los privilegios de los gremios y otros que lo encubrían y los establecimientos caritativos eclesiásticos que lo atenuaban. [La "liberación de la propiedad" de las trabas feudales, que ahora se convertía en realidad, resultaba ser, para el pequeñoburgués y el pequeño campesino, la libertad de vender a esos mismos señores poderosos su pequeña propiedad, agobiada por la arrolladora competencia del gran capital y de los grandes latifundios; con lo que se convertía, para el pequeñoburgués y el pequeño campesino, en quedar libre *de toda* propiedad.] El auge de la industria sobre bases capitalistas convirtió la pobreza

[1] Ver pp. 25 a 44, *Anti-Dühring*, F. Engels, Ediciones R, Instituto del Libro, La Habana, 1970. *(N. de la E.)*

y la miseria de las masas trabajadoras en condición de vida de la sociedad. [El pago al contado fue convirtiéndose, cada vez en mayor grado, según la expresión de Carlyle, en el único eslabón que enlazaba a la sociedad.] El número de crímenes aumentaba de año en año. Los vicios feudales, que hasta entonces se habían exhibido impúdicamente a la luz del día, no desaparecieron, pero se recataron por el momento al menos, al fondo de la escena; en cambio, florecían exhuberantemente los vicios burgueses, ocultos hasta allí bajo la superficie. El comercio fue degenerando, cada vez más, en estafa. La "fraternidad" de la divisa revolucionaria tomó cuerpo en las trampas y en la envidia de la lucha de competencia. La opresión violenta cedió el puesto a la corrupción, y la espada, principal palanca del poder social, fue sustituida por el dinero. El derecho de pernada pasó del señor feudal al fabricante burgués. La prostitución se desarrolló en proporciones hasta entonces inauditas. El matrimonio mismo siguió siendo lo que ya era: la forma reconocida por la ley, el manto oficial con que se cubría la protistución, complementado además por una gran abundancia de adulterios. En una palabra, comparadas con las brillantes promesas de los enciclopedistas, las instituciones sociales y políticas instauradas por el "triunfo de la razón" resultaron ser unas tristes y desengañadoras caricaturas. Sólo faltaban los hombres que pusiesen de relieve este desengaño, y esos hombres surgieron en los primeros años del siglo XIX. En 1802, vieron la luz las *Cartas ginebrinas* de Saint-Simon; en 1808, publicó Fourier su primera obra, aunque las bases de su teoría databan ya de 1799; el 1º de enero de 1800, Robert Owen se hizo cargo de la dirección de New Lanark.

Por aquel entonces, el modo capitalista de producción, y con él el antagonismo entre la burguesía y el proletariado, se había desarrollado todavía muy poco. La gran industria, que en Inglaterra acababa de nacer, era todavía desconocida en Francia. Y es la gran industria la que desarrolla, de una parte, los conflictos que transforman en una necesidad imperiosa la subversión del modo de producción [y la eliminación de su carácter capitalista] —conflictos que estallan, no sólo entre las clases engendradas por ella, sino también entre las fuerzas productivas y las formas de cambio por ellas creadas— y, de otra parte, la gran industria desarrolla también en estas gigantescas fuerzas productivas los medios para resolver estos conflictos. Y si allá por el año 1800, los conflictos que brotaban del nuevo orden social apenas empezaban a desarrollarse, mucho menos desarrollados estaban aún los medios que habían de conducir a su solución. Si las masas desposeídas de París lograron adueñarse por un momento del poder durante la época del terror [y con ello llevar al triunfo a la revolución burguesa, incluso *en contra* de la burguesía], fue sólo para demostrar hasta qué punto era imposible mantener [por mucho tiempo] este poder en las condiciones de la época. El proletariado, que empezaba a sobresalir en el seno de estas desposeídas, como tronco de una clase nueva, totalmente incapaz todavía para una acción política independiente, no repre-

sentaba más que un sector social oprimido, sufriente, a quien en su incapacidad para valerse por sí mismo, la ayuda tenía que venirle, en el mejor de los casos, de fuera, desde arriba.

Esta situación histórica determinó también las concepciones de los fundadores del socialismo. A la inmadurez de la producción capitalista y del proletariado como clase, correspondió la inmadurez de sus teorías. La solución de las tareas sociales, oculta todavía en las relaciones económicas no desarrolladas, hubo de ser extraída de la cabeza. La sociedad no ofrecía más que calamidades, que la razón pensante era la llamada a eliminar. Tratábase por eso de descubrir un sistema nuevo y más perfecto de orden social, para implantarlo en la sociedad desde fuera, por medio de la propaganda, y a ser posible por el ejemplo, mediante experimentos que sirviesen de modelo. Estos nuevos sistemas sociales nacían condenados a moverse en el reino de la utopía; cuanto más minuciosa fuera su elaboración, más tenían que degenerar en puras fantasías.

Sentado esto, no tenemos por qué detenernos ni un momento más en este aspecto, incorporado ya definitivamente al pasado. Dejemos que los traperos literarios a lo Dühring revuelvan solemnemente en estas fantasías, que hoy no pueden más que mover a risa, para poner de relieve sobre ese fondo "descabellado" la superioridad de sus propios modos sobrios de pensar. Nosotros, preferimos admirar los geniales gérmenes de ideas y las ideas geniales que brotan por todas partes bajo esa envoltura de fantasía y que los filisteos son incapaces de ver.

[Saint-Simon era hijo de la Gran Revolución Francesa, que estalló cuando él no contaba aún treinta años. La Revolución fue el triunfo del tercer estado, es decir, de la gran masa *activa* de la nación, a cuyo cargo corrían la producción y el comercio, sobre los estados hasta entonces *ociosos* y privilegiados de la sociedad: la nobleza y el clero. Pero pronto se demostró que el triunfo del tercer estado no era más que el triunfo de una parte muy pequeña de él, la conquista del poder político por el sector socialmente privilegiado de este estado: la burguesía rica. Esta burguesía se desarrollaba rápidamente ya en el proceso de la revolución, especulando con las tierras conquistadas y luego *vendidas* de la aristocracia y de la Iglesia, y estafando a la nación por medio de los proveedores del ejército. Fue precisamente el gobierno de estos estafadores el que, bajo el Directorio, llevó a Francia y a la revolución al borde de la ruina, dando con ello a Napoleón el pretexto para su golpe de Estado. Por eso, en la mente de Saint-Simon, el antagonismo entre el tercer estado y los estamentos privilegiados tomó la forma de un antagonismo entre "trabajadores" y "ociosos". Los "ociosos" eran, no sólo los antiguos privilegiados, sino todos aquellos que vivían de sus rentas, sin intervención en la producción ni en el comercio. En el concepto de "trabajadores" no entraban solamente los obreros asalariados, sino también los fabricantes, los comerciantes y los banqueros. Que los ociosos habían perdido la capacidad para dirigir espiritualmente y gobernar políticamente, era un hecho palmario que

la revolución había sellado con carácter definitivo. Y, para Saint-Simon, las experiencias de la época del terror demostraron, a su vez, que los desposeídos también carecían de esta capacidad. Entonces, ¿quiénes habían de dirigir y gobernar? Según Saint-Simon, la ciencia y la industria, unidas por un nuevo lazo religioso, llamadas a restaurar la unidad de las concepciones religiosas destruida desde la Reforma, un "nuevo cristianismo", forzosamente místico y rigurosamente jerárquico. Pero la ciencia eran los sabios académicos, y la industria eran, en primer término, los burgueses activos, los fabricantes, los comerciantes, los banqueros. Cierto es que estos burgueses habían de transformarse en una especie de funcionarios públicos, de hombres de confianza de toda la sociedad, conservando sin embargo, frente a los obreros, una posición autoritaria y también económicamente privilegiada; principalmente los banqueros, quienes, por medio de una reglamentación del crédito, serían los llamados a regular toda la producción social. Esta concepción correspondía perfectamente a una época en que la gran industria, y con ella el antagonismo entre la burguesía y el proletariado, apenas comenzaba a despuntar en Francia. Pero Saint-Simon insiste muy especialmente en que lo que a él le preocupa siempre y en primer término, es la suerte de "la clase más numerosa y más pobre" *(la classe la plus nombreuse et la plus pauvre).*]

Saint-Simon sienta ya, en sus *Cartas ginebrinas,* las tesis de que "todos los hombres deben trabajar". En la misma obra, se expresa ya la idea de que el reino del terror era el gobierno de las masas desposeídas. "Ved —les grita— lo que aconteció en Francia, cuando vuestros camaradas dominaban allí; ellos provocaron el hambre." Pero el concebir la Revolución Francesa como una lucha de clases [y no sólo entre la nobleza y la burguesía, sino] entre la nobleza, la burguesía y los desposeídos, era, para el año 1802, un descubrimiento verdaderamente genial. En 1816, Saint-Simon declara que la política es la ciencia de la producción y predice ya la total absorción de la política por la economía. Y si aquí no hace más que aparecer en germen la idea de que la situación económica es la base de las instituciones políticas, proclama ya claramente la transformación del gobierno político sobre los hombres en la administración sobre las cosas y la dirección de los procesos de la producción, es decir, expresa la idea de la abolición del Estado, que tanto estrépito viene levantando últimamente. Y en el mismo plano de superioridad sobre sus contemporáneos, declara en 1814, inmediatamente después de la entrada de las tropas coligadas en París, y reitera en 1815, durante la guerra de los Cien Días, que la alianza de Francia con Inglaterra y, en segundo término, la de estos países con Alemania es la única garantía del desarrollo próspero y de la paz en Europa. Para predicar a los franceses de 1815 una alianza con los vencedores de Waterloo, hacía falta por cierto algo más de valentía que para declarar una guerra de chismes a los profesores alemanes.[2]

[2] Obviamente se trata de una alusión al conflicto de Dühring con algunos profesores de la Universidad de Berlín. En *Del socialismo utópico al socialismo científico,* este pasaje

Lo que en Saint-Simon es una amplitud genial de conceptos que le permite contener ya, en germen, todas las ideas no estrictamente económicas de los socialistas posteriores, en *Fourier* es la crítica ingeniosa auténticamente francesa, pero no por ello menos profunda, de las condiciones sociales existentes. Fourier coge por la palabra a la burguesía, a sus encendidos profetas de antes y a sus interesados aduladores de después de la Revolución. Pone al desnudo despiadadamente la miseria material y moral del mundo burgués, y la compara tanto con las promesas fascinadoras de los [viejos] enciclopedistas, como con su imagen de una sociedad en la que sólo reinaría la razón, en la que la civilización haría felices a todos los hombres, y en la que adquiriría todo su desarrollo la ilimitada capacidad humana de perfección. Desenmascara las brillantes frases de los ideólogos burgueses de la época, demuestra cómo a esas frases altisonantes responde, por todas partes, la más cruel de las realidades y vuelca sobre este ruidoso fiasco de la fraseología su sátira mordaz. Fourier no es sólo un crítico; su espíritu siempre jovial hace de él un satírico, uno de los más grandes satíricos de todos los tiempos. La especulación fraudulenta que se desató con el ocaso de la Revolución y el espíritu mezquino del comercio francés en aquellos años, aparecen pintados en sus obras con trazo magistral y deleitoso. Pero todavía es más magistral en él la crítica de las relaciones entre los sexos y de la posición de la mujer en la sociedad burguesa. Él es el primero que proclama que el grado de emancipación de la mujer en una sociedad dada es el barómetro natural por el que se mide la emancipación general. Sin embargo, donde más descuella Fourier es en el modo de concebir la historia de la sociedad. Fourier divide toda la historia anterior en cuatro fases de desarrollo: el salvajismo, la barbarie, el patriarcado y la civilización, fase esta última que coincide con la actualmente llamada sociedad burguesa, [es decir, con el régimen social implantado desde el siglo XVI,] y demuestra que el "orden civilizado eleva a una forma compleja, ambigua, equívoca e hipócrita todos aquellos vicios que la barbarie practicaba en medio de la mayor sencillez". Demuestra que la civilización se mueve en un "círculo vicioso", entre contradicciones que está reproduciendo constantemente sin acertar a superarlas, consiguiendo de continuo lo contrario precisamente de lo que quiere o dice querer conseguir. Y así nos encontramos, por ejemplo, con que "en la civilización, *la pobreza brota de la misma abundancia*". Como se ve, Fourier maneja la dialéctica con la misma maestría que su contemporáneo Hegel. Frente a los que se llenan la boca hablando de la ilimitada capacidad humana de perfección, pone de relieve, con igual dialéctica, que toda fase histórica tiene su vertiente ascensional, mas también su ladera descendente, y proyecta asimismo esta concepción sobre el futuro de toda la humanidad. Y así como Kant introduce en la ciencia de la naturaleza la

está redactado así: "Para predicar a los franceses de 1815 una alianza con los vencedores de Waterloo, hacía falta tanta valentía como capacidad para ver a lo lejos en la historia". *(N. de la E.)*

idea del fin futuro de la tierra, Fourier introduce en su estudio de la historia la idea del fin futuro de la humanidad.

Mientras el huracán de la revolución barría el suelo de Francia, en Inglaterra se desarrollaba un proceso revolucionario, más tranquilo, pero no por ello menos poderoso. El vapor y la nueva maquinaria convirtieron la manufactura en la gran industria moderna, y revolucionaron con ello todos los fundamentos de la sociedad burguesa. El ritmo soñoliento del desarrollo del período de la manufactura cedió lugar, en la producción, a un verdadero período de lucha y embate. Con una velocidad cada vez más acelerada, iba produciéndose la división de la sociedad en grandes capitalistas y proletarios desposeídos, y entre ellos, en lugar de la antigua clase media estable, oscilaba, llevando una existencia insegura, una masa inestable de artesanos y pequeños comerciantes, la parte más fluctuante de la población. El nuevo modo de producción hacía poco que estaba remontándose por su vertiente ascensional; era todavía el modo de producción normal, [regulan] el único posible, en aquellas circunstancias. Y, sin embargo, ya entonces originó toda una serie de graves calamidades sociales; hacinamiento en las más sórdidas viviendas de las grandes ciudades de una población desarraigada de su suelo; disolución de todos los lazos tradicionales de la costumbre, de la sumisión patriarcal, de la familia; prolongación abusiva de la jornada de trabajo, que sobre todo para las mujeres y los niños tomaba proporciones aterradoras, desmoralización en masa de la clase obrera, súbitamente lanzada a condiciones de vida totalmente nuevas [del campo a la ciudad, de la agricultura a la industria, de una situación estable a otra constantemente variable e insegura]. En estas circunstancias, se alza como reformador un fabricante de veintinueve años, un hombre cuyo carácter, de una ingenuidad infantil, rayaba en lo sublime y que era, a la par, un dirigente innato de hombres, como pocos. Robert Owen habíase asimilado las enseñanzas de los enciclopedistas materialistas, según las cuales el carácter del hombre es, de una parte, el producto de su organización innata, y de otra, el fruto de las circunstancias que rodean al hombre durante su vida, y principalmente durante el período de su desarrollo. La mayoría de los hombres de su situación social no veían en la revolución industrial más que caos y confusión, una ocasión propicia para pescar en río revuelto y enriquecerse aprisa. Owen vio en ella el terreno adecuado para poner en práctica su tesis favorita, e introducir orden en el caos. Ya en Manchester, dirigiendo una fábrica de más de quinientos obreros, había intentado, no sin éxito, aplicar prácticamente su teoría. Desde 1800 a 1829 encauzó en este sentido, aunque con mucha mayor libertad de iniciativa y con un éxito que le valió fama europea, la gran fábrica de hilados de algodón de New Lanark, en Escocia, de la que era socio y gerente. Una población obrera que fue creciendo paulatinamente hasta 2 500 almas, reclutada al principio entre los elementos más eterogéneos, la mayoría de ellos muy desmoralizados, convirtióse en sus manos en una colonia modelo, en la que no se conocía la embriaguez, la

policía, los jueces del crimen, los procesos, la caridad ni la beneficencia públicas. Para ello, le bastó sólo con colocar a la gente en condiciones más humanas de vida, consagrando un cuidado especial a la educación de la joven generación. Owen fue el creador de las escuelas de párvulos, que funcionaron por vez primera en New Lanark. Los niños eran enviados a la escuela desde los dos años, y se encontraban tan a gusto en ella, que con dificultad se les podía llevar a su casa. Mientras sus competidores obligaban a los obreros a trabajar hasta trece y catorce horas diarias, en New Lanark la jornada de trabajo era de diez horas y media. Cuando una crisis algodonera obligó a cerrar la fábrica por espacio de cuatro meses, los obreros de New Lanark que quedaron sin trabajo, siguieron cobrando íntegros sus jornales. Y, con todo, la empresa había incrementado hasta el doble su valor y rendido a sus propietarios, hasta el último día, abundantes ganancias.

Sin embargo, Owen no estaba satisfecho con lo conseguido. La existencia que había procurado a sus obreros distaba todavía mucho de ser, a sus ojos, una existencia digna de un ser humano; "aquellos hombres eran mis esclavos"; las circunstancias relativamente favorables en que les había colocado, estaban todavía muy lejos de permitirles desarrollar racionalmente y en todos sus aspectos el carácter y la inteligencia, y mucho menos desenvolver libremente sus facultades. "Y, sin embargo, la parte trabajadora de aquellas 2 500 personas daba a la sociedad una suma de riqueza tal como hace apenas medio siglo no hubiera sido capaz de crearla una población de 600 000 hombres. Yo me preguntaba: ¿a dónde va a parar la diferencia entre la riqueza consumida por estas 2 500 personas y la que hubieran tenido que consumir las 600 000? La contestación era clara: esa diferencia se invertía en abonar a los propietarios de la empresa el cinco por ciento de interés sobre el capital de instalación, a los que venían a sumarse más de 300 000 libras esterlinas de ganancia. Y éste era, aunque en proporciones mucho mayores que en New Lanark, el caso de todas las otras fábricas de Inglaterra. "Sin esta nueva fuente de riqueza creada por las máquinas, hubiera sido imposible llevar adelante las guerras emprendidas para derribar a Napoleón y mantener en pie los principios de la sociedad aristocrática y sin embargo, este nuevo poder era obra de la clase obrera.[3] A ella debían pertenecer también, por tanto, sus frutos. Las nuevas y gigantescas fuerzas productivas, que hasta allí sólo habían servido para que se enriqueciesen unos cuantos y para la esclavización de las masas, ofrecían, según Owen, la base de una reconstrucción social y estaban llamadas a trabajar solamente para el bienestar colectivo, como propiedad colectiva de todos los miembros de la sociedad.

Fue así, por este camino práctico y como fruto, por decirlo así, de los cálculos de un hombre de negocios, como surgió el comunismo

[3] *De The Revolution in Mind and Practice (La Revolución en el espíritu y en la prática),* un memorial dirigido a todos "los republicanos rojos, comunistas y socialistas de Europa" y enviado al Gobierno provisional francés en 1848, pero también "a la reina Victoria y a sus consejeros responsables". *(Nota de Engels.)*

oweniano, que conservó en todo momento este carácter práctico. Así, en 1823, Owen propone un sistema de colonias comunistas para combatir la miseria reinante en Irlanda y acompaña un cálculo completo de gastos de establecimiento, desembolsos anuales e ingresos probables. Y así también en su plan definitivo de la sociedad del porvenir, los detalles técnicos están calculados con un dominio tal de la materia, [incluyendo hasta los diseños, planos y su perspectiva a vista de pájaro,] que una vez aceptado el método oweniano de reforma de la sociedad, poco es lo que podría objetar, ni aun un técnico experto, contra los pormenores de su organización.

Su paso al comunismo constituye el punto crucial en la vida de Owen. Mientras se había limitado a actuar sólo como filántropo, no había cosechado más que riquezas, aplausos, honra y fama. Era el hombre más popular de Europa. Tanto los hombres de su posición social como los hombres de Estado y los príncipes le escuchaban con aprobación. Pero, en cuanto formuló sus teorías comunistas, se volvió la hoja. Eran principalmente tres grandes obstáculos los que, según él, se alzaban en su camino de la reforma social: la propiedad privada, la religión y la forma vigente del matrimonio. Y no ignoraba a lo que se exponía atacándolos: la proscripción de toda la sociedad oficial y la pérdida de su posición social. Pero esta consideración no le detuvo en sus ataques despiadados contra aquellas instituciones, y ocurrió lo que él preveía. Desterrado de la sociedad oficial, ignorado completamente por la prensa, arruinado por sus fracasados experimentos comunistas en América, a los que sacrificó toda su fortuna, se entregó directamente a la clase obrera, en el seno de la cual actuó todavía por espacio de treinta años. Todos los movimientos sociales, todos los progresos reales registrados en Inglaterra en interés de los obreros, van asociados al nombre de Owen. Así, en 1819, después de cinco años de grandes esfuerzos, consiguió que fuese votada la primera ley que limitaba el trabajo de la mujer y del niño en las fábricas. Él fue también quien presidió el primer congreso en que los organismos gremiales de toda Inglaterra se fusionaron en una gran organización sindical única. Y fue también él quien creó, como medida de transición hacia una organización social enteramente comunista, sociedades cooperativas (cooperativas de consumo y de producción), que han servido por lo menos para demostrar prácticamente que el comerciante y el fabricante no son indispensables; y bazares obreros, establecimientos de intercambio de los productos del trabajo por medio de bonos de trabajo y cuya unidad era la hora de trabajo; estos establecimientos tenían necesariamente que fracasar, pero se anticipan mucho al banco proudhoniano de intercambio, aunque se diferenciaban de él precisamente en que no pretendían ser la panacea universal para todos los males sociales, sino pura y simplemente un primer paso hacia una transformación mucho más radical de la sociedad.

Tales son los hombres a quienes el soberano señor Dühring contempla desde las cumbres de su "verdad definitiva de última instancia". Con

un desprecio del que hemos dado algunos ejemplos en la introducción.[4] Este desprecio, no deja de tener en un sentido, suficiente base: nace, en el fondo, de una ignorancia verdaderamente aterradora de las obras de los tres utopistas, De Saint-Simon, por ejemplo, nos dice que "su idea fundamental era sustancialmente exacta, y, prescindiendo de ciertos criterios unilaterales, todavía hoy aporta el impulso dirigente para creaciones reales". Pues bien; aunque al parecer el señor Dühring ha tenido en sus manos algunas de las obras de Saint-Simon, en vano buscaremos en las veintisiete páginas impresas que le dedica, la "idea fundamental" de Saint-Simon, ni más ni menos que nos ocurrió con "lo que quiere significar en el propio Quesnay", el Cuadro económico de éste, y a la postre, queramos o no, ¡tenemos que contentarnos con la frase de que "la imaginación y el afecto filantrópico..., con la supertención de fantasía propia de él, dominaban todo el mundo ideológico de Saint-Simon"! De Fourier, sólo conoce y sólo tiene en cuenta sus fantasías del porvenir cargadas de detalles novelescos, lo que no dudamos que es "mucho más importante" para poner de relieve la infinita superioridad del señor Dühring sobre Fourier que el investigar cómo éste "intenta criticar *ocasionalmente* las condiciones reales". ¡Ocasionalmente! Cuando apenas hay en él una sola página en que no brillen a raudales las chispas de la sátira y de la crítica contra las miserias de la tan ensalzada civilización. Es como si dijésemos que el señor Dühring proclama sólo "ocasionalmente" al señor Dühring como el más grande pensador de todos los siglos. Y en cuanto a Robert Owen, para escribir las doce páginas que le dedica, no ha tenido más fuente de información que la mísera biografía del filisteo Sargant, que tampoco conocía las obras más importantes de Owen: las referentes al matrimonio y a la organización comunista de la sociedad. Esta ignorancia permite al señor Dühring lanzar intrépidamente la afirmación de que no hay base para "presuponer en Owen ningún comunismo decidido". De todos modos, si el señor Dühring hubiese tenido siquiera en la mano su *Book of the New Moral World*[5] no sólo hubiese visto proclamado en él el más decidido comunismo, con el deber general de trabajar y el derecho a participar por igual del producto —por igual dentro de cada edad, como Owen puntualiza siempre—, sino que habría encontrado también perfectamente elaborado el edificio de la comunidad comunista del futuro, con sus diseños, planos y su perspectiva a vista de pájaro. Pero cuando el "estudio directo de las propias obras de los representantes de los círculos ideológicos socialistas" se reduce a conocer el título, o a lo sumo, *los epígrafes* de unos pocos de esos libros, como aquí el señor Dühring, no hay más remedio que descolgarse con una afirmación tan absurda y falsa como ésta. Owen no sólo predicó el "comunismo decidido", sino que además lo practicó durante cinco años (a fines de la década del 30 y comienzos de la del 40) en la colonia

[4] Ver nota 1.

[5] *El libro del nuevo mundo moral.* (N. de la E.)

de Harmony Hall[6] de Hampshire, cuyo comunismo no dejaba, en punto a decisión, nada que desear. Yo mismo he conocido a numerosos ex miembros de este modelo de experimento comunista. Lo que ocurre es que Sargant ignora todo esto, como ignora en absoluto la actividad de Owen entre los años 1836 y 1850; por eso la "más profunda historiografía" del señor Dühring queda también aquí en la más negra ignorancia. El señor Dühring dice de Owen que era, "en todos los aspectos, un verdadero monstruo de importunidad filantrópica". Pero de ese mismo señor Dühring que nos informa del contenido de libros que sólo conoce por el título y a lo sumo por los epígrafes, nosotros no debemos ni pensar en decir que es "en todos los respectos, un verdadero monstruo de importunidad ignorante", porque en *nuestros* labios se tomaría por un "insulto".

Los utopistas, como hemos visto, eran utopistas, porque en una época en que la producción capitalista estaba tan poco desarrollada no podían ser otra cosa. Estaban obligados a sacar de su cabeza los elementos de una nueva sociedad, porque en la propia sociedad existente, esos elementos no se manifestaban todavía de un modo evidente para todos; para esbozar los trazos fundamentales de su nuevo edificio, se vieron limitados a apelar a la razón, porque no podían apelar a la historia contemporánea. Y si hoy, casi ochenta años después de su aparición, el señor Dühring salta a la escena con la pretensión de construir el sistema "decisivo" de un nuevo orden social, no desarrollándolo como resultado necesario del material existente históricamente comprobado, sino sacándolo de su cabeza soberana, de su razón preñada de verdades definitivas, no es él, que por todas partes acecha epígonos, más que un epígono de los utopistas, el más nuevo utopista. Llama a los grandes utopistas "alquimistas sociales". Es posible. La alquimia fue necesaria en su tiempo. Pero desde entonces ha venido la gran industria a desarrollar de modo tan evidente las contradicciones que dormitaban en el seno del régimen capitalista de producción, que la quiebra inminente de este régimen de producción puede casi palparse con las manos; hasta tal punto, que las nuevas formas productivas sólo pueden conservarse y seguir desarrollándose implantando un nuevo régimen de producción congruente con su grado actual de desarrollo; hasta tal punto, que la lucha entre las dos clases engendradas por el régimen actual de producción e incesantemente reproducidas, en antagonismo cada vez más agudo, ha invadido todos los países civilizados, haciéndose cada día más violenta, de tal modo, que ya hoy poseemos la conciencia de su trabazón histórica y podemos penetrar en las condiciones de la transformación social que ella hace inevitable, como podemos igualmente predecir las líneas generales de esa transformación, condicionada también por ella. Cuando el señor Dühring, en vez de atenerse al material

[6] Casa de la Armonía. *(N. de la E.)*

económico existente, fabrica ahora, sacándolo de su augusta cabeza, un nuevo orden social utópico, no sólo practica la "alquimia social", sino que, más bien procede como procedería el que, después de descubiertas y formuladas las leyes de la química moderna, se obstinase en restaurar la alquimia antigua, valiéndose de los pesos atómicos, de las fórmulas moleculares de la polivalencia de los átomos, del análisis espectral y de la cristalografía para descubrir... *la piedra filosofal.*

Indice

Friedrich List 5
Nassau William Senior 25
Frédéric Bastiat 41
John Stuart Mill 51
Friedrich Engels 77
Morelly 137
William Godwin 149
François Noel Babeuf 163
Claude Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon 173
Robert Owen 187
Charles Fourier 203
Jean Charles Léonard Sismonde de Sismondi 217
Pierre Joseph Proudhon 233
Louis Blanc 257
Karl Marx 269

Este libro ha sido procesado en el Combinado Poligráfico "Alfredo López" del Ministerio de Cultura, terminado en el mes de noviembre de 1985. AÑO DEL TERCER CONGRESO.
Ciudad de La Habana.
06-07